



**UNSAM**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE  
SAN MARTÍN



**MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**  
Acreditada por la CONEAU (Resolución N° 649/05-06/09/05)

***Ser guerrillera es un honor.***  
**Mediaciones en la conversión y  
permanencia de mujeres militantes de  
organizaciones insurgentes en Colombia**

Estudiante: Isabel Cristina Giraldo Quijano

Directora: Virginia Vecchioli

Mayo de 2016

***Ser guerrillera es un honor. Mediaciones en la conversión y permanencia de mujeres militantes de organizaciones insurgentes en Colombia***

**Isabel Giraldo Quijano**

**Maestría en Antropología Social. UNSAM/IDAES**

**Resumen**

Esta investigación tiene como objetivo analizar los sentidos que las mujeres que participan en organizaciones insurgentes en Colombia construyen sobre su práctica política, así como dar cuenta de los procesos que han hecho posible la adhesión a esta forma de activismo.

Haciendo uso de herramientas etnográficas y de las ciencias sociales, me interesa problematizar los estereotipos circulantes sobre las mujeres guerrilleras, asociados a una postura que sostiene que “por naturaleza” las mujeres son pacíficas y los hombres violentos y por ende, ellas están destinadas a ser constructoras de paz, en gran medida por su capacidad biológica de reproducción.

Para esto tomo como fuente primaria las experiencias de mujeres que se reivindican como guerrilleras, aun viviendo “la prueba más difícil” de sus vidas: estar privadas de su libertad con condenas que superan los sesenta años. Ellas ingresaron a las organizaciones insurgentes entre mediados de los 80 y finales de los 90 y llegaron a ser mandos medios en la jerarquía de tales organizaciones.

Espero que estas líneas contribuyan a la construcción de nuestra memoria como pueblo, indispensable para la edificación de aquella paz estable y duradera con la que mis interlocutoras de campo, así como tantos y tantas, hemos soñado.

**Palabras clave:** guerrillera, prisión política, conflicto armado, Colombia, insurgencia.

*A mi abuela, a quien despedí cuando emprendí el camino de esta investigación.*

*A mi madre, mi padre y mis hermanos, por su incondicional apoyo.*

*A mi familia de sangre y de la vida, a quienes robé tiempo valioso para sacar este  
proyecto adelante.*

*A Juan, mi compañero de paisajes.*

*A Juan Martín, para que sea parte de una generación que logró crecer sin el dolor de  
la guerra.*

*A Patricia, Andrea, Carmenza, Sara y Paola por las inmensas enseñanzas que, en  
medio de una profunda humildad, me brindaron.*

*A Huber, a Miguel Ángel y a todas las mujeres y hombres a quienes han robado la  
libertad por atreverse a construir un mundo diferente.*

*A todas y todos los valientes que luchan por la libertad.*

## **AGRADECIMIENTOS**

Toda mi gratitud para las personas a quienes está dedicada esta investigación.

A mi familia por su apoyo de siempre y su respaldo en la persecución de mis sueños.

A mis interlocutoras de campo, inmensas gracias por abrirme las puertas de su historia, por su paciencia para responder mis preguntas y explicarme lo que se me hacía inentendible de los mundos que configuran sus vidas. Las cartas que me escribieron son uno de los mayores tesoros que poseo, porque son parte de la historia de este país y porque sé el gran esfuerzo que significó para ellas el doble ejercicio de andar en su pasado y plasmar en un papel sus pensamientos. Espero que esto sea interpretado por ellas como un humilde aporte.

Agradezco al IDAES y a los profesores y profesoras de la maestría en Antropología Social por la formación que me aportaron.

Especialmente quiero agradecer a Virginia Vecchioli por la confianza que depositó en mí cuando aceptó ser la directora de esta tesis. Desde el primer momento Virginia me brindó generosamente una gran disposición y acompañamiento en términos intelectuales, académicos y también políticos y emocionales, cuando se hacía más necesario. Leyó con paciencia una y otra vez mis líneas. La pertinencia de sus aportes fue de un valor incalculable. Aunque nunca nos hemos mirado a los ojos, encontré en ella un respaldo importante y un aliciente para poner lo mejor de mí en este ejercicio investigativo. Su tarea como guía de este trabajo fue intachable.

Mis agradecimientos a todas y todos quienes con su compañía, amor, complicidad y confianza hicieron posible este proyecto.

## TABLA DE CONTENIDO

<b>Introducción</b> .....	5
<b>Capítulo 1. Etnografía de la guerra desde el campo de combate</b> .....	14
Aterrizaje. De cómo los trámites burocráticos se convirtieron en un hecho político .....	15
El gigante gris .....	21
De investigadora a “amigo”. Entre la libertad y las ocho puertas .....	24
Contacto mariposa: transformaciones en el tiempo .....	30
La cárcel y sus miserias. Historias de grilletes .....	35
<b>Capítulo 2. La guerra es también simbólica</b> .....	43
“Los héroes en Colombia sí existen”. Las Fuerzas Militares como “héroes de la patria” .....	46
Las mujeres en la Fuerza Pública .....	51
Las organizaciones insurgentes como “terroristas” .....	52
Las mujeres guerrilleras .....	61
Humanitarismo como camino para la desmovilización .....	67
Apuntes finales .....	80
<b>Capítulo 3. Soy guerrillera. Entre el surgimiento de la vocación y la conversión a la lucha armada</b> .....	84
<i>Así llegué a la guerrilla.</i> De la vocación y el deseo .....	85
<i>En la Organización encontré una nueva familia.</i> De la familia de sangre a la familia insurgente .....	100
<i>Allá me hice grande y fuerte.</i> Ritos de pasaje y conversión en guerrilleras .....	104
<i>Es mejor morir por algo que vivir por nada.</i> La formación de un cuadro .....	114
Apuntes finales .....	120
<b>Capítulo 4. Aquí todos somos iguales. Marcas de género en las organizaciones insurgentes</b> .....	121
Una historia sobre las mujeres en las organizaciones guerrilleras .....	124
Entre fusiles y pañales .....	134
¿Violencia sexual como arma de guerra? .....	146
Controlar las emociones .....	148
Apuntes finales .....	151
<b>Consideraciones finales</b> .....	152
<b>Bibliografía</b> .....	157

## INTRODUCCIÓN

Esta investigación tiene como objetivo analizar los sentidos que las mujeres que participan en organizaciones insurgentes en Colombia construyen sobre su práctica política, así como dar cuenta de los procesos que han hecho posible la adhesión a esta forma de activismo.

Para ello se aborda el proceso de adhesión a esta causa a partir del examen de sus trayectorias biográficas y carreras políticas, haciendo énfasis en las motivaciones de ingreso y permanencia en la lucha armada, desde su condición conjunta de militantes y de mujeres. Por último, se estudia la relación entre género y lucha armada.

Me interesa problematizar los estereotipos circulantes sobre las mujeres guerrilleras, asociados a una postura que sostiene que “por naturaleza” las mujeres son pacíficas y los hombres violentos y por ende, ellas están destinadas a ser constructoras de paz, en gran medida por su capacidad biológica de reproducción.

A pesar de estos estereotipos, las mujeres han participado e incidido activamente en el conflicto armado que ha vivido Colombia por más de medio siglo, integrando la Fuerza Pública<sup>1</sup>, los grupos paramilitares y las organizaciones insurgentes. Estas últimas han contado desde sus inicios con el aporte de mujeres; actualmente las dos guerrillas más importantes en el país, que son las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo –en adelante FARC-EP<sup>2</sup>– y el Ejército de Liberación Nacional –en adelante ELN<sup>3</sup>–, están compuestas por proporciones importantes de mujeres (entre 35% y 40%).

La progresiva incorporación de las mujeres como combatientes constituye un hecho significativo en Colombia, que se evidencia por sus apariciones en público, después del interés que su presencia suscitara cuando aparecieron uniformadas y pertrechadas en la zona de distensión, durante los diálogos entre el gobierno Pastrana y las FARC. Sin embargo, ni estas evidencias ni los múltiples estudios realizados sobre las guerrillas y el conflicto político armado en Colombia habían logrado que esa realidad fuera tratada por las ciencias

---

<sup>1</sup> Según la Constitución Política de Colombia vigente, proclamada en 1991, la Fuerza Pública está conformada por las Fuerzas Militares (Ejército, Fuerza Aérea, Armada) y la Policía Nacional. La Fuerza Pública depende del Ministerio de Defensa. El presidente de la República es el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y el Jefe Superior de la Policía Nacional.

<sup>2</sup> Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo son la organización guerrillera más importante de Colombia y una de las más antiguas del mundo. Surgen en 1964, con una fuerte influencia comunista, que después llevaría a la organización a declararse marxista-leninista. Su máximo órgano de dirección es el Estado Mayor Central, compuesto por 25 integrantes, que a su vez eligen al Secretariado del Estado Mayor Central, compuesto por 7 comandantes, que actúa como máxima autoridad entre pleno y pleno del EMC. Su máximo comandante es Timoleón Jiménez “Timochenko”. Se reconocen como un partido alzado en armas. Desde octubre de 2012 se encuentran en diálogos de paz con el gobierno de Juan Manuel Santos.

<sup>3</sup> El Ejército de Liberación es una guerrilla colombiana que surge en 1965, con una fuerte influencia del marxismo cristiano y la teología de la liberación. Su máximo órgano de dirección es el Comando Central, compuesto por tres integrantes, entre ellos su máximo comandante, Nicolás Rodríguez Bautista “Gabino”. Desde marzo de 2016 se encuentran en diálogos de paz con el gobierno de Juan Manuel Santos.

sociales en el país. La participación de las mujeres en los grupos insurgentes queda sepultada bajo la avalancha de investigaciones, se encuentra oculta, agregada en medio de los datos (Ibarra, 2009:59).

Además de lo escaso de su tratamiento, la participación de las mujeres en la guerra, y particularmente en las organizaciones insurgentes, ha sido un tema usualmente abordado desde posiciones en las que prima la imagen de la mujer asociada a la victimización y al pacifismo, como parte de una categorización binaria en la que lo civil (femenino) es lo contrario a combatiente (masculino) (McBride y Wibben, 2012). Poco se ha dicho sobre las experiencias de las mujeres que han participado y participan directamente de la confrontación armada, en un país donde el conflicto social, político y armado atraviesa la historia de varias generaciones y la totalidad de la vida social.

Distintas investigaciones sobre género y guerra han cuestionado la supuesta naturaleza pacífica de las mujeres al analizar su participación activa en luchas de liberación nacional, su apoyo a los conflictos armados y sus contribuciones a la guerra y al militarismo en general, mostrando que si bien las mujeres experimentan desventajas en el desarrollo de un conflicto armado, los hombres no necesariamente son siempre los perpetradores y, por tanto, los vencedores, ni las mujeres siempre víctimas ni perdedoras. Unas y otros experimentan el conflicto armado en diversas formas que pueden, a su vez, alterar las relaciones de género (El Jack, 2003).

Otra característica predominante en las producciones académicas y periodísticas existentes en el país es que han tomado como fuente de información mujeres que se encuentran en condición de desmovilizadas<sup>4</sup> o desertoras, y a su vez gran parte de estas mujeres se han acogido a diferentes programas gubernamentales para recibir beneficios a cambio de entregar información que permita ubicar campamentos, altos mandos o estructuras de las organizaciones insurgentes.

Al concentrarse en mujeres desmovilizadas y al intentar sostener que su visión sobre el mundo es compartida con quienes siguen como combatientes activas, el análisis ha tendido a sesgarse, pues aunque puedan existir diferencias de contexto, ser desmovilizada o desertora implica situarse en un lugar donde no existe contacto con la organización insurgente a la que se perteneció, bien sea porque la organización en su conjunto o una parte de ella ha pasado a la vida civil o porque de manera individual se ha dejado de pertenecer a la misma. Esto significa hablar desde un lugar específico, diferente en forma y fondo al lugar que ocupan quienes siguen siendo parte activa de las organizaciones.

En contraposición a este tipo de investigaciones, basadas en mujeres desmovilizadas, esta investigación toma como fuente primaria las experiencias de mujeres que continúan siendo parte de las organizaciones insurgentes. A partir de mi relación con Andrea, Carmenza, Sara, Paola y Patricia –mujeres que ingresaron a las organizaciones insurgentes entre mediados de los 80 y finales de los 90 y llegaron a ser mandos medios en la jerarquía de sus organizaciones– examino la

---

<sup>4</sup> En este contexto, al hablar de desmovilización me refiero al proceso individual o colectivo de abandono de las armas para retornar a la vida civil.

retórica que elaboran sobre las organizaciones insurgentes y la manera en que mantienen su compromiso político, aun viviendo “la prueba más difícil” de sus vidas: estar privadas de su libertad con condenas que superan los sesenta años.

Si bien las investigaciones con y sobre mujeres desmovilizadas aportan elementos valiosos al campo de estudio de la guerra y el papel de las mujeres en el mismo, no problematizan respecto a las motivaciones para seguir en la actividad guerrillera, e incluso llegan a asumir la desmovilización como única forma de volver a vivir la feminidad. Considerando que es mayor –cuantitativamente hablando– la información existente acerca de las que se fueron que la información sobre las que se quedaron, el mapa aparece incompleto. La pregunta sería entonces, si las condiciones de existencia son tan denigrantes (como lo sostienen algunas investigaciones), en un contexto donde la propia vida es puesta en juego en forma constante, ¿qué motiva a las mujeres guerrilleras a seguir siéndolo cuando tendrían razones suficientes para abandonar el proyecto? Y en el mismo sentido, ¿por qué siguen ingresando mujeres a las organizaciones insurgentes? Este trabajo aspira a dar respuesta a estos interrogantes con el fin de hacer comprensible – desde el punto de vista de las ciencias sociales– la opción por una vida de heroísmos y sacrificios.

Como se ha dicho, son muy pocas las investigaciones académicas (e inclusive periodísticas) que se han hecho con mujeres activas en los ejércitos insurgentes y que incorporan tales preguntas, lo que es entendible por la dificultad de acceder a las mismas, pues su existencia se desarrolla en lugares de difícil acceso, que acarrearán riesgos de seguridad extremos para quien intente llegar a ellos, como en parajes apartados de las montañas de Colombia, en la clandestinidad de las ciudades o en las prisiones.

Entre los trabajos de este tipo, aparece el artículo *La mujer en la guerrilla de las Farc* (2002), donde el periodista e historiador Arturo Alape reúne los relatos de Sonia y Rubiela, dos mujeres farianas; la tesis de doctorado (2009), titulada *Acción colectiva, violencia política y género: el análisis de las organizaciones insurgentes político-militares en Colombia: el Ejército de Liberación Nacional (ELN) actor de referencia*, de Alba Nubia Rodríguez; el libro de la socióloga María Eugenia Ibarra (2009) *Mujeres e insurrección en Colombia: reconfiguración de la identidad femenina en la guerrilla*, que analiza la identidad de género en relación con la participación de las mujeres en organizaciones insurgentes; el artículo de la politóloga María Luis Dietrich *La “compañera política”: mujeres militantes y espacios de “agencia” en insurgencias latinoamericanas* (2014), que explora de manera comparativa las relaciones de género al interior de proyectos insurgentes en El Salvador, Colombia y Perú, con particular interés en lo que ella llama la “feminidad insurgente”. En 2011 aparece el libro *“La vida no es fácil, papi” La holandesa de las FARC*, escrito por el periodista Jorge Enrique Botero a partir de una serie de entrevistas que sostuvo con la famosa Tanja Nijmeijer, una mujer holandesa que se incorporó a la organización insurgente.

Las investigaciones mencionadas tienen en común que la información (parcial o totalmente) es obtenida a partir de guerrilleras activas, lo que los hace excepcionales y constituye un aporte a comprender las razones y motores que



llevan a que las mujeres sigan ingresando a organizaciones insurgentes, a que se mantengan en ellas y el lugar que ocupan en las estructuras de dichas organizaciones. Como se verá en el transcurso de este trabajo, algunas ideas de estas investigaciones y algunos de los datos obtenidos en mi trabajo de campo, se encuentran en sentidos similares.

La importancia de esta investigación radica al menos en tres cuestiones. Uno, aporta a la comprensión de las mujeres en el contexto del conflicto armado no solo como víctimas sino como sujetos con agencia, poniendo en énfasis en el trabajo de campo con mujeres guerrilleras que han mantenido su compromiso por más de 18 años. Dos, aunque no sea el interés principal, penetra en el mundo de la cárcel, entendiéndola como un escenario donde también se desarrolla el conflicto político, social y armado en Colombia. Ambos elementos son a su vez aportes a la comprensión del conflicto y del lugar que ocupan en el mismo las mujeres que se asumen y reivindican como guerrilleras. Tres, constituye un insumo valioso para futuras investigaciones sobre el lugar de las mujeres en la guerra, y sobre todo sobre la necesidad de incorporar sus experiencias en el futuro escenario que se construya con la firma de los acuerdos de paz entre el gobierno y las insurgencias.

Sostengo que la visión binaria de mujeres víctimas y hombres victimarios, actúa como una simplificación de las relaciones de género en contextos de conflictos armados, enalteciendo implícitamente una especie de esencia femenina –contrapuesta a lo que vendría a ser una esencia masculina– en la que las armas, lo militar, la violencia, son elementos ajenos y malignos *per se* para las mujeres. La consecuencia directa que produce este lugar de enunciación es anular de tajo la capacidad de agencia que pueden tener las mujeres como integrantes activas de organizaciones armadas, de partidos políticos o de movimientos sociales<sup>5</sup>.

Recurriendo a las herramientas que brindan las ciencias sociales, se me hace imposible aceptar la existencia de una esencia femenina, de una entidad fija e inmutable común a todas las mujeres sin importar clase social, raza, edad, etc. Parto de entender el género como elemento que se construye en contextos específicos, como constitutivo de relaciones significantes de poder que tienen que ver con la forma en que se perciben en una sociedad determinada las diferencias entre los sexos (Scott, 2008). El término “género” concibe las relaciones entre los sexos como un aspecto fundamental de la organización social, entiende que lo femenino y lo masculino está en gran parte condicionado culturalmente y que las diferencias sexuales constituyen estructuras sociales jerárquicas que son al mismo tiempo constituidas por éstas (Scott, 2008; Cockburn, 2009).

Desde esta perspectiva, entendiendo que no existe un sujeto “mujer” universal, que mis interlocutoras no son representativas de la totalidad de las guerrilleras y poniendo el énfasis en lo arrojado por el trabajo de campo, discuto con la retórica

---

<sup>5</sup> Esto no niega la necesidad fundamental de reconocer que los conflictos armados tienen un impacto sobre la vida de las mujeres diferente al que se produce sobre los hombres, y que ello está relacionado con el lugar desigual que ocupan unas y otros en la estructura social. Aunque tanto hombres como mujeres –en su inmensa mayoría de las clases desposeídas– son asesinados, desplazados, torturados, desaparecidos, encarcelados, las mujeres y niñas padecen además la violencia basada en género, que con frecuencia adquiere la forma de violencia sexual.

que circula sobre las organizaciones insurgentes y las mujeres en ellas, construida y difundida desde el Estado, los medios masivos de comunicación y algunos sectores de la academia.

Como plantea Goldstein,

1) El género tiene que ver tanto con los hombres como con las mujeres, especialmente cuando se trata de la guerra. 2) La guerra es un sistema extremadamente complejo en el cual las interacciones en el plano del estado dependen de la dinámica que se desarrolla en planos inferiores de análisis que incluyen el de género. 3) La guerra tiene un penetrante potencial en la experiencia humana que se extiende sobre la vida cotidiana -especialmente en lo que se refiere a los roles de género- de maneras profundas (Goldstein, 2001:115).

En tal camino, esta investigación es un aporte a la comprensión de las relaciones de género pero también de los sentidos que adquiere la guerra, así como de los sentidos que hacen posible un compromiso que conduce al sacrificio de la propia vida.

El primer capítulo describe el ejercicio etnográfico, atravesado desde el inicio hasta el final por condiciones objetivas y subjetivas extremadamente complejas y difíciles, lo que constituye uno de los elementos más valiosos de la investigación. Tales condiciones representaron quizá el mayor reto y aprendizaje por lo que implicó para mi ejercicio político, profesional y académico encontrar el equilibrio entre compromiso y distanciamiento (Elias, 1990). Este capítulo tiene como objetivo ubicar al lector o lectora en las características del campo, que lejos de ser un simple dato, son una arista fundamental para el entendimiento de la investigación en su conjunto.

El segundo capítulo aborda la retórica construida acerca de las organizaciones insurgentes y el lugar de las mujeres en ellas, en contraposición a la retórica sobre la Fuerza Pública y sus mujeres. Sostengo que estas retóricas guardan relación con una guerra que se libra en el plano de lo simbólico –en la que la categoría “terrorismo” ocupa un lugar importante– y que tiene implicaciones concretas en la realidad del país. Para ello examino material audiovisual y escrito de amplia circulación en el país, como elemento material donde se expresan los imaginarios y la construcción de cultura.

El tercer y cuarto capítulo están dedicados a los relatos de mis interlocutoras de campo. Primero analizo sus trayectorias biográficas (Bourdieu, 1977) y carreras (Becker, 1971) militantes, las mediaciones relacionadas con su ingreso a las organizaciones insurgentes y el proceso que siguieron para convertirse en cuadros guerrilleros. Finalmente analizo sus relatos a la luz de algunas aristas de su vida guerrillera con fuertes marcas de género –importantes también en la retórica sobre las mujeres guerrilleras–, que dan cuenta de las formas y significados que adquiere para ellas como mujeres su militancia armada.

Estos capítulos están inspirados en diferentes planteamientos y posturas teóricas contenidas en investigaciones sobre la participación de las mujeres en

confrontaciones bélicas, que rompen el binarismo mujer víctima/hombre victimario, entendiendo que la negación de toda representación que no se ajuste a ese estereotipo “constituye una negación de una de las realidades de género del conflicto armado” (El Jack, 2003:14).

En la década del 90 empiezan a circular en Colombia estudios académicos y producciones periodísticas sobre la participación de las mujeres en el conflicto armado. La mirada predominante se centra en los efectos del conflicto sobre la vida de las mujeres, reproduciendo los estereotipos mencionados anteriormente. Gran cantidad de estos documentos han sido elaborados por ONG's, organismos de cooperación internacional y diferentes instancias del Estado colombiano. Desde la academia se han producido también algunas reflexiones e investigaciones, pero teniendo en cuenta la larga historia de confrontación armada que tiene Colombia, podríamos decir que no son muchas.

En 1997 se publica el artículo *Las “almas bellas” y los “guerreros justos”*, escrito por la profesora de la Universidad Javeriana María Cristina Rojas de Ferro. Aunque no aborda específicamente el caso colombiano, este texto es importante por ser uno de los primeros que cuestiona abiertamente los estereotipos de género asociados a hombres y mujeres en el contexto de la guerra. La autora utiliza el mito de las *almas bellas* y los *guerreros justos* (en su versión latinoamericana el “bello sexo” y el “soldado macho”) para referirse a los estereotipos hegemónicos de género difundidos en relación con la guerra, reconociendo que han tenido más efectos negativos que positivos respecto a la prolongación de estructuras desiguales de poder. Igualmente señala que uno de los resultados de la división entre las “almas bellas” y los “guerreros justos”, tiene que ver con “la invisibilidad de la participación de las mujeres en asuntos de guerra y a las consecuencias que la guerra tiene sobre las mujeres” (Rojas, 1998:40), así como al no abordaje público de temas cruciales como la prostitución y la presencia de bases militares, representadas como un paquete de supuestos sobre las necesidades sexuales de los soldados y los recursos de las comunidades para su satisfacción. Más adelante retomo varios planteamientos de esta autora, cuya perspectiva resulta muy útil para analizar el caso de las mujeres insurgentes en Colombia.

El año 2000 representa un parteaguas para la producción colombiana sobre las mujeres y la guerra, entre otras cosas porque por primera vez se publican obras escritas por mujeres excombatientes o que recogen sus relatos. Quizá una de las más sonadas es *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*, donde María Eugenia Vásquez presenta en primera persona su experiencia como militante del M-19<sup>6</sup>. La primera versión de esta obra se presentó como tesis de pregrado en antropología ante la Universidad Nacional de Colombia y ganó en 1998 uno de los Premios Nacionales de Cultura en la modalidad Testimonio, lo que llevó a que dos años más tarde el Ministerio de Cultura publicara la obra como libro. El testimonio

---

<sup>6</sup> El Movimiento 19 de Abril (M-19) fue un movimiento guerrillero urbano surgido en Colombia a partir del fraude electoral acontecido en los comicios presidenciales del 19 de abril de 1970. En marzo de 1990, como producto de un proceso de negociación con el entonces presidente de la república Virgilio Barco, el M-19 se desmovilizó casi en su totalidad. Aunque algunas fracciones no se acogieron al desarme, desde ese momento el M-19 como tal, dejó de existir en el panorama nacional.

de María Eugenia Vásquez apareció antes y después de la publicación del libro en otras obras, como *Mujeres de Fuego* (1993) de Alonso Salazar y *Patria se escribe con sangre* (2000) de Elvira Sánchez-Blake. En el mismo año se publica *Razones de vida* de Vera Grabe, excombatiente también del M-19 y el texto periodístico *Mujeres en la guerra* de Patricia Lara, ganador del premio Planeta de Periodismo.

Las obras mencionadas han significado un esfuerzo muy valioso al menos en dos sentidos: por llamar la atención acerca de un tema usualmente ignorado y por posicionar a las mujeres en el campo de la escritura, que similar al campo de la guerra –con las diferencias propias– ha tendido a opacar la participación de las mujeres. A partir de ese momento, el campo de investigaciones sobre la participación de las mujeres en organizaciones insurgentes se haría un poco menos escueto de lo que había sido hasta el momento.

También en el año 2000 se conforma el grupo de investigación *Cultura, Violencia y Territorio*, adscrito al Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, que tiene entre sus líneas de investigación una denominada “Género, política y exclusión”. Como parte del ejercicio del grupo se han desarrollado diferentes investigaciones<sup>7</sup> que han arrojado varias publicaciones sobre mujeres excombatientes, entre las que cabe mencionar los artículos *Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres* (2003) de Luz María Londoño y Elsa Blair; *La corporalidad de las guerreras: una mirada sobre las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje* (2005) y *De sexo, amor y guerra: experiencias de mujeres y niñas excombatientes* (2012) de Luz María Londoño; *Las mujeres en la guerra: una historia por contar* (2004) de Elsa Blair y Yoana Nieto; *Encuentros con mujeres excombatientes: en busca de otros lenguajes para contar la guerra* (2005) y el libro *Mujeres no contadas. Procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia* (2006) de Luz María Londoño y Yoana Nieto.

Las investigaciones del grupo *Cultura, Violencia y Territorio*, están atravesadas por la intención de mostrar que “ni la guerra actual ni el conflicto colombiano inventaron a la mujer combatiente, y que su invisibilización es más bien la expresión de una cierta concepción de lo femenino y de lo masculino que asiste tanto a los análisis académicos como a los de los medios de comunicación” (Londoño, 2005:10). A mi modo de ver, no es solo una concepción de lo femenino y lo masculino lo que explica la profundidad y forma como se aborda desde la academia y los medios de comunicación la participación directa de las mujeres en la guerra, sino una serie de intereses políticos que van mucho más allá del género y que tienen que ver con la lucha de clases que lleva consigo el conflicto armado.

Esta investigación se inspiró en diversos estudios teóricos, útiles para las temáticas específicas abordadas en cada capítulo.

Para analizar la retórica circulante acerca de las organizaciones insurgentes y las mujeres en ellas, resultan útiles los planteamientos de Jeffrey Alexander (2003) y

---

<sup>7</sup> Como la investigación *Mujeres en tiempos de guerra: una mirada a lo femenino en el contexto de los grupos armados colombianos*, realizada entre 2002 y 2003 por Elsa Blair y Luz María Londoño (investigadoras), Yoana Nieto (asistente de investigación), Verónica Espinal y Bárbara Galeano (estudiantes en formación).

Lila Abu-Lughod (2005) sobre la construcción de dispositivos culturales y su efecto simbólico y material. Para el análisis que hago sobre el desarrollo de estos dispositivos en Colombia, la literatura sobre humanitarismo en relación con la guerra (Agier, 2010; Bradol, 2004; Fassin, 2012) aporta a examinar el vínculo que adquiere tal retórica con la estrategia global de la política respecto a la guerra y la intervención imperialista.

Las categorías de trayectoria de Pierre Bourdieu –definida como la “serie de las posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones” (Bourdieu, 1977:82)– y de carrera de Howard Becker –entendida como el proceso que lleva a la conversión de un individuo en parte de un colectivo determinado (Becker, 1971)– son la inspiración para analizar las trayectorias biográficas y carreras militantes de mis interlocutoras de campo. Para el caso concreto de las organizaciones insurgentes, ciertos postulados sobre rituales de paso (Turner, 1997; van Gennep, 2008) se constituyen en herramientas valiosas para profundizar en el proceso de conversión que vivieron mis interlocutoras de campo.

En relación con estas dos categorías, la literatura sobre movilización política, acción colectiva, activismo y militancia, resulta útil para analizar sus motivaciones y mediaciones del ingreso a las organizaciones insurgentes y permanencia en las mismas. Autores como Annie Collovald (2002), Bernard Pudal (2011), Frédéric Sawicki y Johanna Siméant (2011), brindan un panorama general de los diferentes enfoques acerca de estas temáticas. Los estudios de Olivier Filleule (2015) y Daniel Gaxie (2005) introducen las categorías de compromiso y desinterés como aristas importantes en los procesos de movilización política, las cuales son abordadas y desarrolladas en las investigaciones de casos concretos que hacen Vera Carnovale (2005, 2010, 2011, 2012), Virginia Manzano (2006, 2015) y Ariel Wilkis (2008) de experiencias en Argentina, y Juan Manuel Castellanos (2011) en Colombia. Estas categorías llegan a ser complementadas con las de honor, vergüenza y orgullo (Peristiany, 1966; Pitt-Rivers, 1979), como parte del todo que constituye el mundo de valores de las organizaciones insurgentes que hace posible la construcción del ethos guerrero (Elias, 1994).

Los retos y asuntos pendientes que deja esta investigación son muchos, más teniendo en cuenta un proceso determinante para la historia del país que apareció durante el periodo de mi trabajo de campo. El 16 de octubre de 2012 se instaló formalmente en Oslo (Noruega) la Mesa de Conversaciones entre las FARC-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos, mesa que ha desarrollado en La Habana (Cuba) y que proyecta culminar con la firma del Acuerdo Final en el presente año. El 30 de marzo de 2016 iniciaron en Caracas (Venezuela) los Diálogos de Paz entre el gobierno y el ELN.

Es necesario investigar las transformaciones que han producido estos procesos de solución política al conflicto armado sobre la retórica acerca de la insurgencia y las mujeres, así como sobre los relatos y vivencias de las mujeres guerrilleras y también de las mujeres que integran la Fuerza Pública. Queda pendiente acceder al punto de vista que sobre las organizaciones tienen sus más altos mandos femeninos. Esto sería un aporte valioso para un escenario de posacuerdo (el

llamado “posconflicto”) que tenga en cuenta a las protagonistas, en el camino de evitar los errores de otras experiencias internacionales en las que el tiempo después de la guerra ha excluido los intereses y expectativas de las mujeres que participaron en ella.

Igualmente, la prisión como institución total (Goffman, 1970), es una pieza clave para comprender las diferentes dinámicas sociales, y más aún las directamente relacionadas con el conflicto social, político y armado que se libra en Colombia. Por ello es urgente que la academia y los diferentes sectores sociales logren aproximarse cada vez más a este espacio, con la tarea también de encontrar soluciones que aporten a resolver las graves problemáticas que envuelve. La prisión política es una temática aún muy poco desarrollada en el país, que requiere ser analizada también con los fines mencionados.

Espero que estas líneas contribuyan a la construcción de nuestra memoria como pueblo, indispensable para la edificación de aquella paz estable y duradera con la que Patricia, Paola, Sara, Carmenza y Andrea<sup>8</sup>, como tantos y tantas, hemos soñado.

---

<sup>8</sup> Por cuestiones de seguridad, propias al contexto de violencia colombiano, no hago uso de los nombres reales de las protagonistas de esta investigación ni de los lugares mencionados.

## CAPÍTULO 1

### ETNOGRAFÍA DE LA GUERRA DESDE EL CAMPO DE COMBATE

Este capítulo tiene como objetivo describir el ejercicio etnográfico que llevé a cabo, en un contexto de guerra que lo dotó de condiciones muy particulares. Tal descripción, lejos de ser un simple dato, constituye una herramienta importante para la comprensión de los demás capítulos y de la investigación en su conjunto.

Me refiero al proceso que permitió el contacto con mis interlocutoras y mi ingreso a la prisión, poniendo énfasis en las implicaciones políticas, académicas y profesionales que surgieron en el desarrollo del trabajo de campo, entendiendo la prisión como uno de los microescenarios donde se libra el conflicto social, político y armado que vive Colombia.

Patricia se reconoce guerrillera de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP). Cuando establecí contacto con ella tenía cerca de 40 años y una condena de 30; había pasado 12 años en prisión y compartía pabellón con Andrea y Carmenza, guerrilleras de las FARC-EP y del Ejército de Liberación Nacional (ELN), respectivamente. Las tres integraban el colectivo<sup>9</sup> Manuelita Sáenz<sup>10</sup>. Patricia se había encargado de compartir con Andrea y Carmenza la carta donde les solicitaba ser mis interlocutoras de campo para la investigación que pretendía hacer; ellas habían aceptado y así fue como empezamos la comunicación epistolar, siempre con el apoyo logístico de Luz, quien les hacía llegar mis cartas –enviadas a ella por correo electrónico desde Buenos Aires– mediante los abogados que las visitaban y me enviaba de vuelta sus respuestas también a través del ciberespacio. Planeaba viajar a Colombia para hacer trabajo de campo, y ese sería el momento en que las conocería personalmente.

Esperaba con ansias verlas, conocerlas, no lograba imaginarlas físicamente, pero las pensaba jóvenes, alegres y al mismo tiempo muy serias y reservadas. Durante mi estadía en Colombia, solo tendría dos meses para hablar con ellas; las visitas a su lugar de detención solo podían realizarse cada dos semanas, así que debía conseguir entrar a la cárcel como fuera, pues no había tiempo por perder.

A mi llegada, no todo estaba listo para la entrada. Si bien tenía una buena parte del camino andada al haber logrado establecer contacto con las prisioneras y al contar con su aprobación para visitarlas y desarrollar la investigación, aún faltaba

---

<sup>9</sup> Los colectivos son la forma organizativa donde se agrupan las y los prisioneros políticos, que materializa el elemento colectivo como un aspecto fundamental en el sentido que se le otorga a la prisión política. Su dinámica de funcionamiento consiste en reuniones periódicas en las que se llevan a cabo jornadas de estudio, análisis de coyuntura, reflexiones colectivas, así como organización de acciones de reivindicación y desobediencia por mejores condiciones carcelarias.

<sup>10</sup> Manuela Saénz (1797-1856), conocida como la “libertadora del libertador”, fue una patriota, heroína y prócer en la gesta independentista de varios países de América del Sur, especialmente Colombia, Ecuador y Venezuela. Ocupó un papel central en las actuaciones de Simón Bolívar.

encontrar el mecanismo que me permitiera llevar a cabo las visitas a la prisión de máxima seguridad donde se encontraban. Había dos opciones: la institucional, que consistía en ganarme el reconocimiento como investigadora por parte de la dirección carcelaria, para que me permitieran hacer las entrevistas en “horario de oficina”, en condiciones adecuadas para recoger la información. Si bien esta opción era engorrosa y demorada, me blindaba de posibles interpretaciones erradas acerca de mis objetivos con la investigación (o al menos eso pensaba al momento de iniciar el trabajo de campo). La otra opción consistía en que las prisioneras me incluyeran en su lista de visitantes, con lo que me convertía ante la institución estatal en una familiar o amiga más. Esta era una solución más rápida, pero podía generarme con mayor facilidad problemas de seguridad por lo que implicaba, en un país en pleno conflicto armado, figurar como familiar o amiga de una guerrillera.

La lista de visitantes de cada prisionero o prisionera impone serias restricciones a la investigadora en su trabajo de campo: puede incluir máximo nueve personas, pero en cada día de visita solo pueden ingresar tres y cada visitante solo puede ver a una prisionera o prisionero por visita. Por su parte, las prisioneras pueden actualizar sus listados cada tres meses, presentando una fotocopia de la cédula de cada visitante. Con esta información, la dirección del penal investiga antecedentes judiciales para autorizar el ingreso. En diciembre se abría una nueva actualización de las listas de visitantes; si no me registraba en ese momento debería esperar hasta marzo, lo que no coincidiría con mi estadía en Colombia. Aunque pretendía agotar la interlocución con la dirección del penal, también me anoté como visitante por si algo no salía como esperaba. A Carmenza siempre la visitaba un familiar, mientras que a Patricia y a Andrea no porque sus familias vivían lejos y no tenían los recursos para viajar a verlas, así que les pedí a ambas que me incluyeran en su lista, aunque por día de visita solo podría “sacar” a una. Les envié la fotocopia de mi cédula. Con este trámite cumplido podría empezar a verlas en enero de 2012, aunque aún no alcanzaba a imaginarme lo que tendría que hacer para poder llegar a ellas.

### **Aterrizaje. De cómo los trámites burocráticos se convirtieron en un hecho político**

Llegué a Colombia en diciembre de 2011. Hacía pocos meses el Estado había detenido y judicializado a una defensora de derechos humanos con la que había entrado en contacto cuando aún yo era estudiante universitaria. Ahora ella era una de las tantas prisioneras políticas de conciencia que existían en el país; estaba recluida en la misma cárcel donde estaban mis interlocutoras de campo, así que esperaba poder verla, no tanto por la investigación, sino por la conmoción que me causaba su detención, pues era una clara manifestación de lo que implica en Colombia defender los derechos humanos. A través de una serie de montajes judiciales, se la responsabilizaba de actividades insurgentes y por ende, la estaban relacionando con lo que el gobierno califica como terrorismo.

En cuanto llegué le escribí una carta, pero como los tiempos de inscripción de visitantes habían pasado, no alcancé a anotarme en su lista. La única opción que



me quedaba para mi investigación, era que la dirección del penal accediera a mi solicitud de entrevistarla en un espacio diferente al de las visitas.

La primera semana de enero me comuniqué por teléfono con la dirección de la cárcel donde estaban recluidas mis interlocutoras. Me comunicaron directamente con el subdirector de la cárcel. Le comenté a grandes rasgos quién era y de qué se trataba la investigación académica que pretendía hacer, que era sobre género y cárcel y otras generalidades. Él respondió que debía enviar por correo electrónico una solicitud del permiso. Me sorprendió que no pidiera nada más teniendo en cuenta que se trataba de una cárcel de máxima seguridad, e ilusamente pensé que mi trámite tendría éxito.

Por aquellos días Antonio, un defensor de derechos humanos que había conocido recientemente, me comentó que conocía a alguien de la misma fracción partidaria que el subdirector de la cárcel (en Colombia los cargos públicos suelen ser cuotas de partidos políticos) y se ofreció a hablar con tal persona para explorar cómo podía darme una mano. Cuando Antonio habló con dicha persona, respondió que le comentaría al subdirector para ver qué se podía hacer, pero que no nos garantizaba nada.

Entretanto yo seguía el conducto regular, con la misión kamikaze e imposible de ganarle una carrera al tiempo mientras trataba de agotar las instancias institucionales.

Cumpliendo con ello, el 10 de enero de 2012 envié una carta en la que, entre otras cosas, le solicitaba al subdirector carcelario que me concediera una entrevista para conocer acerca del funcionamiento del penal y otros asuntos importantes para la investigación. En la carta me presenté con la formalidad del caso, tratando de hacer mucho énfasis en que estudiaba en Argentina. Por una cuestión táctica, quería aprovechar el colonialismo profundo que solemos tener como pueblo colombiano, que nos hace ver en todo lo foráneo algo deseable. Afirmé que quería investigar cómo se daba la construcción del género en mujeres en estado de reclusión<sup>11</sup>, e incluí una lista de diez prisioneras (cinco políticas y cinco sociales) con sus nombres y números de TD<sup>12</sup>, solicitando que me permitieran realizar dos encuentros semanales con ellas en los horarios y condiciones que el penal determinara. Esta lista la había construido a partir de las sugerencias previas de Patricia y de mi conocida defensora de derechos humanos encarcelada recientemente, sin embargo esto no lo explicité del todo porque no quería exponerlas a ellas, entonces lo presenté así:

---

<sup>11</sup> Preferí no especificar que mi investigación se refería particularmente a prisioneras políticas. Por la estigmatización que carga consigo este tema, temía se hiciera más difícil de lo que ya era la posibilidad de ver a las prisioneras. Y en realidad, aunque me inclinaba hacia mujeres recluidas por razones políticas, sabía que seguramente el campo transformaría mis planes, así que no descartaba posibilidades más amplias..

<sup>12</sup> El TD es un número consecutivo de registro asignado en el Área de Dactiloscopia a cada persona cuando ingresa a una cárcel. Está basado en la Tarjeta Decadactilar, un documento donde se imprimen las huellas de los diez dedos de las manos. El TD actúa como documento de identidad, una especie de remplazo de la cédula y es válido solo en la cárcel donde fue asignado. También existe el NUI (Número Único de Identificación), que tiene un carácter nacional, es decir que no cambia en caso de que el o la prisionera sea trasladada.

La razón para solicitar entrevistas con las internas anteriormente mencionadas radica en que existe contacto previo con una de ellas, a partir del cual se ha logrado establecer también contacto con las demás, lo que significa para la investigación un gran avance en términos de confianza y, por ende, la posibilidad de obtener información valiosa por parte de estas mujeres.

Finalmente, en la carta explicaba que debía viajar de regreso a Argentina iniciando marzo, por lo que pedía que se me autorizara la entrada lo antes posible y solicitaba que me permitieran ingresar herramientas propias del trabajo etnográfico, concretamente papel, lapicero y una grabadora de voz.

El 11 de enero me comuniqué por teléfono de nuevo con el subdirector carcelario. Su tono había cambiado bastante y lo primero que me preguntó era de dónde había sacado la lista que le había enviado. Yo le expliqué que la idea de los encuentros semanales era hacer grupos focales con las prisioneras (le mencioné brevemente de qué se trataba la técnica de investigación) y agregué que sus nombres me los había dado una reclusa que había conocido hace tiempo en una charla en la universidad, que cuando me había enterado que estaba presa la había contactado y le había pedido que me ayudara a contactar con otras prisioneras para hacer la investigación. Aunque no me interrumpió, tuve la sensación que el funcionario del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC)<sup>13</sup> no me escuchaba. Colgamos sin obtener una respuesta concreta de su parte.

El 13 de enero recibí un correo electrónico firmado por la señora responsable del área de reinserción social, donde afirmaba que para poder realizar investigaciones en el establecimiento era necesario que la universidad de la que era estudiante hiciera mi presentación y solicitara la autorización para realizar la investigación. Y agregaba “además es el establecimiento en coordinación con el área de reinserción social quien selecciona las internas que harían parte de la misma”. Empezaban las complicaciones. Nada de eso lo habían mencionado en la primera comunicación.

En los días siguientes envié un documento firmado por la antropóloga Rosana Guber, que había gestionado con la Universidad Nacional de San Martín antes de viajar, donde certificaba que era estudiante activa de la Maestría en Antropología Social. Explicué que en ese momento, a causa del receso académico no podía gestionar un documento más preciso, pero que en cuanto regresara de vacaciones la secretaria de la Maestría, lo haría.

Los siguientes días pasaron esperando una respuesta de las autoridades carcelarias y pensando con preocupación que la selección que el penal realizaría de las mujeres a las que podría entrevistar sería un verdadero obstáculo para mi investigación. Por un lado, porque necesitaba contar con una mínima confianza con mis interlocutoras y difícilmente podría alcanzarla si no tenía un contacto previo con las detenidas. En segundo lugar, estaba segura que la dirección de la cárcel elegiría a las mujeres que a su juicio estuvieran más “resocializadas”; tenía la certeza que no habría en ese grupo ninguna prisionera política. Sospechaba que esa respuesta y los requerimientos que empezaron a surgir después de haber

---

<sup>13</sup> El Instituto Nacional Carcelario y Penitenciario es una institución armada civil bajo el control del Ministerio de Justicia, independiente de las Fuerzas Armadas y del Ministerio de Defensa.

enviado la carta con la lista, obedecían al hecho de haber incluido en la misma a prisioneras políticas. Ello se confirmó después con los sucesos inesperados que desencadenó mi solicitud y la forma en que la presenté.

Al ver que no había respuesta, a finales de enero me volví a comunicar por correo expresando que la Universidad seguía en vacaciones, pero que mientras tanto enviaba el certificado de la beca que me daba el Ministerio de Argentina, creyendo que eso aportaría a las gestiones. No hubo respuesta oficial ni escrita ni verbal en ese momento (ni la habría jamás...). Sí llegaron otras respuestas con formas menos oficiales.

Con Antonio volvimos a buscar a la persona que conocía al subdirector. Lo primero que hizo fue preguntarme de nuevo quién era yo, qué hacía y qué era lo que le había escrito a la dirección carcelaria. Le repetí que era estudiante de una maestría y le respondí con detalles lo que me estaba preguntando. Cuando acabé, fue mi turno de preguntar, y entonces indagué a qué se debían sus requerimientos. Dijo que en la noche del 10 de enero, después de haber recibido la carta que yo había enviado, el subdirector había ido hasta su casa con todo su esquema de escoltas del INPEC, le había llamado aparte y le había preguntado si yo era amiga suya. Ante la respuesta negativa, expresó que estaba “fuertemente preocupado”: no entendía cómo yo había conseguido una lista tan precisa con nombres completos y números de TD de las prisioneras, que además era una lista donde aparecían varias “internas de alta peligrosidad”, especialmente la defensora de derechos humanos recientemente encarcelada, que a su juicio era una suerte de “Alfonsocanito chiquito”<sup>14</sup>. Para el subdirector, ella era una guerrillera, y la única explicación que encontró a que yo tuviera varios nombres y números de TD fue que yo, una estudiante de posgrado en antropología, era, en verdad, el enlace entre las prisioneras políticas y las organizaciones insurgentes a las que pertenecían. En sus palabras, me habían enviado a “hacer un mandado”<sup>15</sup>. Terminó diciendo que no podía autorizar lo que yo estaba solicitando, que de hacerlo seguro lo destituirían al día siguiente. Sentí que estaba en el aire el temor de una fuga. El contacto no podía permitir que el subdirector pensara que él tenía amistades peligrosas. Con ese tono me habló, y aunque dijo que trataría de buscar una reunión con el subdirector para aclarar la situación, supe que no lo haría y así fue.

No podía creer las dimensiones que había adquirido todo. Me divertía y angustiaba pensar que el subdirector se imaginaba que yo entraría de forma espectacular a la cárcel de máxima seguridad manejando un helicóptero, donde se subirían las diez mujeres de la lista... Al mismo tiempo me llenaba de impotencia comprobar que la ciencia y la academia se habían ido al traste y que la investigación que me había propuesto realizar no sería posible. Quería hacer un grupo focal y terminé siendo una amenaza “terrorista”. Pasé de ser una académica haciendo una investigación a ser una sospechosa haciendo “un mandado”. Este “mal paso” hablaba tanto de mi

---

<sup>14</sup> Se refería a Alfonso Cano, uno de los integrantes del Estado Mayor de las FARC-EP, asesinado el 4 de noviembre de 2011. A pesar de ser una prisionera política de conciencia, es decir que su oposición al Estado la hacía por medio del activismo y la defensa de los derechos humanos, y no por la vía armada, sobre mi conocida recaía la estigmatización y la vinculación con el “terrorismo” (como categoría nativa para el Estado).

<sup>15</sup> Sinónimo de favor.

ingenuidad como investigadora como revelaba algunas dimensiones clave de la sociedad colombiana.

Con esta situación se cerraban del todo las puertas. Por último, yo no estaba dispuesta a hacer nada más. Desde el punto de vista personal, temía por mi seguridad y la de mi familia porque estaba viviendo en su casa. Yo me iba de nuevo a Argentina pero ellos se quedaban en Colombia y no podía exponerlos más. En un país como Colombia, con una historia de terrorismo de Estado tan antigua y aguda, no era menor que una funcionaria de alto rango del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario diera por hecho y expresara que yo tenía alguna relación con organizaciones insurgentes.

En ese momento me movía la rabia y un hondo sentimiento de impotencia por todo lo que estaba pasando. Ahora, varios años después, la reflexividad etnográfica (Guber, 2001) me permite reconocer que me equivoqué en la táctica que diseñé. Como Nigel Barley (1983) en su trabajo de campo con los dowayos, yo era una antropóloga inocente rodeada de inequívocos y situaciones ridículas en mi intento de apropiarme de convenciones que me eran extrañas.

No logré ver que la dirección era al menos un contacto posible, y que aceptar sus condiciones era otra forma de recolectar datos valiosos. Me acompañaban prejuicios negativos sobre las autoridades estatales en general y específicamente sobre los funcionarios del INPEC, prejuicios que ocuparon un lugar importante en la interacción con la dirección carcelaria y no aportaron a una posible disposición de mi parte para entrar a negociar con ella mi presencia en el lugar.

Ocurría algo similar a un incidente de campo narrado por Rosana Guber, quien en la tercera conmemoración de la toma de las Islas Malvinas por las Fuerzas Armadas argentinas fue acusada por los excombatientes de ser servicio de inteligencia, lo que producía (al igual que en mi caso) una disonancia entre la persona de “investigadora” y “académica” y la persona que la dirección carcelaria me atribuía. Mientras en mi condición de etnógrafa pretendía presentarme a mí misma como independiente de mi origen social, político o étnico, aferrándome solo a mis credenciales académicas, la dirección carcelaria –en su calidad de interlocutor– interpretaba mi presencia como algo más próximo a su experiencia (Guber, 2001). Me encontraba, sin saberlo, produciendo conocimiento antropológico sobre la vida social (Zenobi, 2010).

El mismo episodio inocente que a mí me generaba tanta impotencia y frustración, visto desde el lugar del subdirector del penal era muy diferente. Por un lado, su preocupación expresaba la necesidad de conservar su trabajo que, seguramente, había conseguido con esfuerzo y que, además le aseguraba mensualmente ingresos importantes que no estaba dispuesto a perder por ayudar a una estudiante que aparecía de la nada con un certificado de una universidad cualquiera. Él sentía que yo podía poner en riesgo su trabajo, mientras yo sentía que él ponía en riesgo el mío y mi seguridad. Desde su posición, yo estaba pasando por encima de su autoridad y la de la institución, así que sus acciones tenían implícito el mensaje “¡aquí el que manda soy yo!”. Una forma contundente de volverme a mis cabales.

Por otra parte, su reacción ponía en evidencia uno de los estigmas (Goffman, 1970) que recaen en Colombia sobre los académicos provenientes de las ciencias sociales –más si se han formado en universidades públicas, como ocurría en mi caso–, que son vistos como una significativa amenaza al orden estatal, como “terroristas” que se esconden bajo un disfraz académico<sup>16</sup>. Al presentarme como una socióloga vinculada a la defensora de derechos humanos encarcelada (que también era socióloga), el estigma cayó inmediatamente sobre mí. Eran los gajes del oficio, de los que tenía conocimiento pero nunca había sentido tan directamente. Pensando en Clifford Geertz (1973), podría decir que no fui lo suficientemente astuta como para fingir una correría de ovejas que me permitiera conseguir las ovejas que quería y mantenerlas conmigo.

Observando el incidente desde el punto de vista del conocido de Antonio que intentó establecer un puente con el subdirector, se comprende que no hiciera nada para revertir la decisión del subdirector de no permitir mi trabajo, decisión que le fuera transmitida personalmente no solo a través de la palabra sino especialmente mediante la exhibición del poder de la Fuerza Pública. El contacto, un funcionario civil que no pertenecía a las Fuerzas Armadas de Colombia implicadas en la lucha contra “el terrorismo”, no podía permitir que su nombre se “manchara” por ser asociado a integrantes de la guerrilla. Como político profesional debía cuidar al máximo su reputación, que era al mismo tiempo su principal capital simbólico. En este contexto, sobre mí recaía la categoría de espía, infiltrada.

La antropología como disciplina tiene una historia nefasta de realizar labores de espionaje a favor de los intereses coloniales, como ocurrió con la participación de algunos antropólogos en las dos guerras mundiales, o con Margaret Mead, Ruth Benedict, Clyde Kluckhohn y Ralph Linton en su misión de proteger el patriotismo imperialista de los Estados Unidos (Zenobi, 2010). En mi caso concreto puse toda la atención en evitar la posibilidad de que mis interlocutoras directas en el campo me vieran precisamente como una espía, como un agente del Estado que pretendía obtener información valiosa como parte de la lucha contrainsurgente. Con ese temor intenté ser lo más cuidadosa en el acercamiento a ellas y, por lo mismo, no veía pertinente que fuera la dirección del penal quien eligiera las prisioneras con las que trabajaría. Pensaba que con eso era suficiente, pero pasé por alto que la condición de espía seguía latente para el penal, lo que era también grave para las implicaciones de mi labor etnográfica y como ciudadana. Eliminar de raíz la posibilidad de que cualquiera de las partes me viera como espía resultó ser una misión que me superó por mucho. ¡Además soy mujer! Y eso me hacía más sospechosa porque en el imaginario colectivo pareciera que las mujeres tienen más

---

<sup>16</sup> Este estigma se ha construido a partir de casos emblemáticos de personas que han pasado por facultades de antropología o sociología y que en algún momento han optado por empuñar las armas, tales como el cura Camilo Torres, sociólogo de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) y profesor del departamento de sociología de la Universidad Nacional de Colombia (la universidad pública más importante del país), quien jugó un papel primordial en el Ejército de Liberación Nacional; Alfonso Cano, quien se formó como antropólogo en la Universidad Nacional de Colombia y llegó a ser uno de los comandantes más importantes de las Fuerzas Armadas de Colombia-Ejército del Pueblo. También hay cientos de casos de hombres y mujeres que aunque no han empuñado las armas, han tenido desde la academia y el movimiento social posturas muy críticas frente al Estado, como el profesor Miguel Ángel Beltrán, sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia (revisar nota al pie No. 98), por mencionar solo unos cuantos casos.

facilidades para conseguir “favores” y son más “inofensivas”. Tal como le expresó un veterano de las Malvinas a Rosana Guber, “si yo quisiera espiar a una organización de veteranos mandarían a una mujer” (Guber, 2001:46). Aquí posiblemente operaba la misma lógica en las representaciones de la institución estatal.

La situación, lejos de ser una simple anécdota, se convertía en una valiosa información del campo: me encontraba haciendo etnografía “bajo el fuego”, para utilizar la expresión de Nordstrom y Robben (1995), donde la violencia sociopolítica se expresaba también en las esferas mundanas y cotidianas de la vida. Esto daba cuenta de cómo el conflicto social, político y armado en Colombia permea absolutamente todas las relaciones, quedando muchos de sus actores posicionados entre los extremos de la confrontación política, ocupando posiciones ambiguas, menos claras y taxativas, como si se tratara de un continuum de grises en cuyos puntos extremos están los representantes de la Fuerza Pública Armadas y las guerrillas. En esta gama de grises, la sospecha de estar “manchado” es permanente, y así una persona cualquiera –es decir, yo queriendo que el INPEC me reconociera como investigadora– puede convertirse en alguien peligroso aunque no tenga un uniforme guerrillero ni ningún elemento identificable asociado al peligro, aunque - como ya se ha dicho - un vínculo con la academia puede ser también peligroso. En el país, la investigación social crítica así como el activismo y la defensa de los derechos humanos, se convierten en actividades peligrosas en sí mismas, lo que explica las altas cifras de persecución, asesinato, amenazas, prisión política y exilio de cientos de académicos(as), estudiantes –en su gran mayoría de universidades públicas–, líderes sociales, abogados(as) y defensores(as) de derechos humanos<sup>17</sup>.

Fue así como los trámites burocráticos se convirtieron en hechos políticos.

## **El gigante gris**

Mientras adelantaba los trámites institucionales ya descritos, también hacía las gestiones para ingresar como visitante de Patricia y de Andrea, que ya me habían inscrito en su lista –al tiempo que realizaba otras tareas de campo como entrevistas a defensores de derechos humanos, abogados y demás. Para poder materializar mi condición de “visitante” debía ir antes al penal para cumplir con dos requisitos: hacer el registro biométrico y activarme en la base de datos. Yoana, una defensora de derechos humanos que conocía los pasos del registro para visitas, se ofreció a ir conmigo, lo que fue una gran tranquilidad. No quería ir sola, pues tenía un desconocimiento absoluto de aquellos trámites.

---

<sup>17</sup> Según el informe “Los Nadie”, del programa no gubernamental de protección a defensores de derechos humanos “Somos Defensores”, entre enero y junio de 2015, en Colombia se presentó un incremento del 105% en las agresiones contra defensores y defensoras de derechos humanos respecto al mismo periodo del año anterior. En la mayoría de los casos los presuntos responsables son grupos paramilitares. Informe disponible en: <http://somosdefensores.org/attachments/article/134/los-nadie-informe-semestral-siaddhh2015.pdf>. Consultado 25/09/2015.

El viaje hasta la cárcel era una travesía, debió durar algo más de una hora pero para mí fue como el doble. Para llegar hasta allá debíamos hacer uso de varios medios de transporte. Primero tomamos un bus hasta el límite del perímetro urbano de la ciudad; luego un bus intermunicipal que nos dejó en la carretera, y de ahí (ante la ausencia de transporte público) una moto que nos dejó en la puerta de la cárcel. Este último camino fue el que me llamó la atención, no tanto por lo desconocido sino por sus características. Era una carretera angosta, sin pavimentar y desolada. Después de 10 minutos de andar en moto y recibir el polvo amarillo que se levantaba para combinarse con el sol inclemente de aquel día, en medio de los extensos cultivos que cubrían ambos lados de la carretera, empezaron a aparecer unas casas precarias. No había mucho movimiento ni muchas personas por ahí. Luego me daría cuenta que los días de visita a la cárcel, es decir sábados y domingos, todo cambiaba.

Eran cerca de 25 casas, no compartían paredes pero estaban separadas entre sí por espacios que oscilaban entre uno y tres metros. Este caserío es parte de la vereda<sup>18</sup> El Grillete, adscrita al corregimiento El Tierrero, que tiene una población de 1500 personas y una economía basada en los cultivos del sector, propiedad de grandes terratenientes. Después, buscando datos, en una de mis visitas hablé con doña María, quien no sabía exactamente cuándo habían llegado los primeros habitantes del lugar, pero afirmó que ella había llegado hacía 18 años y ya estaban asentadas algunas familias provenientes de corregimientos y municipios aledaños. Desde entonces funcionaban los servicios de energía eléctrica y agua potable. Afirmó que la vereda tiene una escuela y que los pocos ingresos que recibían las pequeñas tiendas que funcionan en las casas y las ventas de comida antes provenían de los jornaleros de los cultivos, pero que con el funcionamiento de la cárcel en 2010, la economía se ha ampliado gracias a los variados servicios que prestan las casas a los reclusos que tienen salidas transitorias de 72 horas y a los visitantes de los reclusos. Entre estos servicios se encuentra el alquiler de ropa, carpas, duchas, baños, camas, venta de comida, guardado de cosas. También hay servicio de “motoratones”<sup>19</sup> pero quienes lo prestan viven en la cabecera municipal. Hasta los niños se “rebuscan” borrando con alcohol en gel los sellos de los brazos de los visitantes que salen a cambio de unas monedas.

Sin embargo, doña María también afirma que la llegada de la cárcel al territorio ha generado múltiples problemas, que han conducido a las comunidades a bloquear en diferentes ocasiones la única vía que conduce a la cárcel que, además, es el único acceso que existe a las veredas, para exigirle al gobierno nacional que cumpla con los compromisos adquiridos previamente a la construcción del presidio, específicamente la generación de empleo en el penal para quienes habitan la zona y la pavimentación e iluminación de la carretera. El polvo que levantan los autos que por ahí transitan hacia la cárcel (especialmente en días de visita) ha generado múltiples enfermedades entre los y las habitantes del lugar,

---

<sup>18</sup> Vereda es un tipo de subdivisión territorial, usualmente rural. Un corregimiento es una agrupación de veredas, un municipio es una agrupación de corregimientos y un departamento una agrupación de municipios. Colombia está integrado por 32 departamentos.

<sup>19</sup> Palabra utilizada comúnmente para denominar a los moto-taxistas, personas (en su mayoría hombres) que, ante la falta de bus público, ofrecen el servicio de transporte en moto desde la carretera principal hasta la cárcel u otros lugares cercanos.

especialmente en niños y niñas. Igualmente han denunciado que la cárcel ha generado daños al medio ambiente, aumento de los robos y del consumo de drogas en el sector. La calle permanece sin asfaltar e inundada los días de lluvia, en contraste con las impecablemente pavimentadas e iluminadas calles del interior de la cárcel.

En imágenes transmitidas por canales de televisión durante uno de esos cortes, un manifestante interpelaba al propio presidente de la nación, Juan Manuel Santos, afirmando que “desde que está construida la mejor cárcel de Latinoamérica, tenemos la peor vía de Latinoamérica”, dando cuenta de lo paradójico de la construcción. En uno de los cortes se presentó una situación “graciosa”: ante la imposibilidad de pasar, los guardianes que custodiaban tres detenidos que necesitaban llevar al penal, tuvieron que bajarse del carro en que se los transportaba y hacer uso de los motoratones para llevar a los presos hasta la cárcel. En esta escena se condensaban los actores que se ubican en el contexto de la penitenciaría, exhibiendo la perfecta mezcla entre los problemas y posibilidades de “rebusque” que han surgido con la construcción del presidio y las implicancias que tiene para quienes trabajan en el presidio, la presencia de estas vecindades. Al parecer, la población de estas veredas quedó atrapada entre una promesa de “progreso” llevada hasta allí por el gobierno de turno y el aislamiento propio del lugar, que debe mantenerse mediante el abandono estatal.

Lo anterior hace posible pensar que la cárcel y el territorio adquieren un sentido específico para los pobladores que seguramente no sea el mismo que le dan las y los visitantes ni quienes se encuentran ahí recluidos.

Cuando llegábamos al final del caserío, a casi 3 km de distancia de la vía principal, apareció en el horizonte una gran construcción gris, un gigante de cemento que se hacía más y más grande a medida que avanzábamos. Había unas cuantas torres de vigilancia que tenían en la cima antenas y señales de luz. A los lados solo había inmensos pastizales y uno que otro árbol. Era más que evidente la intención de mantener en el mayor aislamiento posible a quienes están privados y privadas de su libertad en esa prisión, como ratificando en la construcción misma todo el peso de la ley que cae sobre quienes están dentro y la necesidad de marcar una distinción tajante con quienes están afuera. Pensé con bastante pesimismo “de aquí nadie se escapa”.

La primera puerta era una reja de alambres donde había un guardián del INPEC que nos hizo pasar a la portería. Había una vidriera negra que nos separaba de los funcionarios que estaban tras ella y nos impedía verles con claridad; tenía un hueco rectangular a la altura de nuestra cadera. Dijimos que íbamos a registrarnos como visitantes, nos pidieron el documento de identidad y nos hicieron pasar por una puerta hecha con rejilla de alambre hacia la primera oficina. Estando ahí pude ver que había varias construcciones adentro, algunas de un piso, otras de dos y tres, todas con el mismo aspecto gris. La más cercana, situada después de otra portería, tenía tres pisos; en el segundo y tercero había algunas rejas de cemento y por ahí se alcanzaban a ver hombres que vestían pantalón y camisa café con rayas naranja a los lados; eran prisioneros, vestidos al estilo de la moda de



Guantánamo<sup>20</sup>. Sacaban sus brazos por las rejas, hacían movimientos, algunos gritaban y chiflaban.

Un guardia de la oficina, ubicado tras un computador, me pidió el documento de identidad más una fotocopia del mismo que debía dejar ahí. Después de preguntarme a quién visitaría, me pidió datos que registraba en el computador: teléfono, dirección, profesión, oficio. Finalmente alzó una cámara que estaba conectada al computador y tomó dos fotos de mi rostro. Informó que el horario de visitas del momento era en la tarde<sup>21</sup>.

Pensé en lo innecesario del requisito –impuesto por el penal– de hacer aquel trámite un día diferente a las visitas. En mi caso era relativamente fácil porque tenía el tiempo y los recursos económicos para ir hasta ese lugar apartado de todo, pero seguramente no ocurría lo mismo con la mayoría de visitantes, menos aún con quienes vivían fuera de la ciudad más próxima, en ciudades y veredas apartadas.

En esa ocasión solo pasamos dos puertas, las necesarias para hacer el trámite de registro. Cuando terminamos –habiendo transcurrido cerca de una hora desde la llegada a la primera puerta– tomamos de nuevo una moto, después el bus intermunicipal y luego otro hasta la ciudad. Lo poco que había visto me había dejado asombrada, especialmente el difícil acceso a la cárcel y las características de su imponente y mortuoria construcción. Pensaba mucho en cómo vivirían quienes estaban ahí dentro, en cómo el peso del Estado se hacía sentir hasta en los detalles más pequeños. Esperaba con ansias el domingo de la visita...

### **De investigadora a “amigo”. Entre la libertad y las ocho puertas**

La noche del sábado 7 de enero de 2012 pasó lenta. El siguiente día era el tan anhelado domingo en que conocería a Patricia y a Andrea. Luz había ido alguna vez a ver a Patricia, así que quiso aprovechar mi visita para ir de nuevo. Yo “sacaría” a Andrea y de esa manera tendría la oportunidad de verlas a las dos. Ir con ella me daba seguridad porque tenía la experiencia que a mí me faltaba en los pasos para entrar a la cárcel y el comportamiento adecuado en cada uno de ellos. Además, y lo más importante, su presencia era un respaldo fuerte para presentarme ante mis interlocutoras, una forma amena de romper el hielo del primer contacto.

Me desperté temprano. Por las advertencias que Luz me había hecho, sabía que debía prestar especial atención a la ropa que iba ponerme: no podía llevar nada de metal, el cinturón no podía tener hebilla, no debía llevar aretes, la banda que me

---

<sup>20</sup> En las imágenes que circulan de la cárcel de máxima seguridad de Guantánamo, como modelo estrella de la prisión estadounidense que se ha utilizado como centro de detención para “terroristas”, se ve a los reclusos con uniformes naranja. El uso de uniformes en la población reclusa es una de las características que se implementa en Colombia con la llegada de la Nueva Cultura Penitenciaria, expresión del imperialismo carcelario agenciado desde Estados Unidos.

<sup>21</sup> Hay dos horarios de visitas que cambian periódicamente. Cuando la visita es en la mañana, la entrada es de 7hs a 9hs y la salida a las 11hs. Quienes logran entrar primero han pasado la noche en las afueras de la cárcel o en alguna casa de la vereda. Las primeras visitantes de la tarde entran entre 12hs y 14hs y salen a las 16hs.

sujetara el cabello debía ser solo de tela, zapatos con suela de goma, nada de pinzas ni ganchitos. Antes de salir de casa cubrí cuidadosamente con cinta los botones del pantalón y los taches<sup>22</sup> de metal ubicados en las esquinas de los bolsillos. En la maleta una botella con agua, un cuaderno, un lapicero, monedas y billetes de baja denominación, mi documento de identidad y una fotocopia de éste que había plastificado el día anterior. El corazón agitado y el pensamiento inquieto y plagado de preguntas.

Salí de casa y abordé el colectivo que me llevaría al punto de encuentro con Luz. El viaje del primer trayecto debió durar cerca de media hora, media hora que para mí pareció ser mucho más por los nervios y la ansiedad que iban conmigo. Era la primera vez que estaría en las entrañas de una cárcel. Ese acontecimiento y todo lo que representaba para la investigación que empezaba y para mi vida en general, me llenaba de sensaciones encontradas: angustia, emoción, curiosidad, impotencia, temor, ganas de saberlo todo y al mismo tiempo ganas de no saber nada. Bajé del bus e indagué entre la gente que andaba por ahí la cara de Luz, pero aún no llegaba. Eran las 11 de la mañana, crucé la calle, me senté en una piedra y encendí un cigarrillo para acompañarme a mí misma. Aquél lugar era una especie de frontera de la ciudad, un tipo de terminal de transportes improvisada donde se tomaban los buses que iban hacia otros municipios. Pasaban colectivos con hombres jóvenes que hacían las veces de ayudantes, colgados de la puerta gritaban con apuro su destino. Cinco minutos pasaron y apareció Luz, nos saludamos y nos fuimos a buscar algún bus que siguiera nuestro recorrido. Subimos y pagamos \$1500. En el camino nos hicimos las preguntas habituales: “¿cómo estás?”, “¿cómo te ha ido?”, “¿cómo te fue ayer?”, “y vos, ¿todo bien?”. El tiempo no dio para hablar cosas concretas de nuestra visita a la cárcel. Nos bajamos después de 20 minutos de viaje.

Estábamos sobre la autopista, no había casas a la vista, solo pasto a ambos lados de la carretera. Frente a nosotras estaba el inicio de la carretera sin pavimentar; se había estacionado un colectivo pequeño y destartado. Luz me explicó que solo funcionaba los días de visita y que el pasaje valía \$1.000. También estaban los motoratones para aquellas que tuvieran más afán o no alcanzaran el colectivo; estos cobraban \$2.000. Nos subimos al colectivo, donde esperaban sentadas varias mujeres, su único destino era la cárcel. Los domingos era el día de visita de mujeres, lo que explicaba que en aquel medio de transporte precario el único hombre fuera el conductor.

Esperamos cerca de cinco minutos, tiempo en que subieron un par de mujeres más, y arrancamos. Algunas se saludaban y conversaban; al parecer usualmente se cruzaban en los días de visita. Después de andar un par de kilómetros por el camino de tierra y polvo empezaron a aparecer las casas de madera y adobe. Algunas tenían afuera vitrinas que exhibían bebidas y comidas como platos de arroz con pollo y frituras. Abundaban los letreros de “se guardan cosas” con un número y el nombre de la dueña de casa, como “Gladis. Casa #3”; algunas tenían también un letrero que anunciaba el alquiler de zapatos y ropa. La lluvia del día anterior había formado pequeños pantanos en toda la carretera, lo que obligaba a

---

<sup>22</sup> Adornos de metal o aluminio que van en la ropa o en los zapatos.

que los conductores de motos anduvieran lento para no salpicar a las propias pasajeras. Con las casas aparecía también en el paisaje la gente, en su mayoría mujeres y algunas niñas y niños: habitantes, transeúntes que caminaban hacia la cárcel, pasajeros de otros carros. Cuando asomó en el camino la primera de estas casas el colectivo empezó a andar más despacio y se detuvo unos instantes cada vez que alguna pasajera lo pidió. A la cárcel no se podía entrar con nada, solo la cédula y su fotocopia, nada más. Había que dejar el resto de las cosas en una de aquellas casas, no sin antes sacar los \$1000 pesos que valía el transporte.

Mientras el colectivo andaba las mujeres sacaban cabezas y brazos por la ventana para pasar bolsas, carteras y mochilas y a cambio recibían un papel pequeño con un número que debían entregar al regreso para reclamar sus pertenencias. En la casa 7, la de Claudia, entregamos nuestras cosas mientras Luz me decía “aquí es donde guardo siempre”. Al regreso, cuando buscáramos las cosas de vuelta, deberíamos pagar \$1.000. Al pasar la última casa, que era la número 21, el conductor aumentó un poco la velocidad y el paisaje de aquella carretera angosta y empantanada con pastos altos a los costados volvió a quedar desolado; a veces aparecía alguna mujer que iba hacia el mismo lugar de nosotras, posiblemente caminaba porque no tenía cómo pagar el transporte. A lo lejos surgió el gigante gris, aquella construcción que se me había quedado en la memoria. Bajamos del colectivo, pagamos y caminamos cerca de 200 metros hasta llegar a la puerta principal.

Debía ser un poco más de medio día porque ya algunas mujeres estaban pasando otra puerta que estaba más adentro, por la que se entraba desde las 12:00 hs y se salía desde las 16:00 hs. En la primera puerta la guardia del penal preguntaba con sequedad “¿visita a hombre o a mujer?”. Cuando la fila avanzó y fue nuestro turno respondimos “mujer” y nos pusieron tres sellos con tinta azul oscuro en el antebrazo. El siguiente paso era acercarse al ventanal negro con el hueco rectangular a la altura de la cadera que obligaba doblarnos 90° para poder escuchar y verle la cara al sujeto mientras decíamos nuestro nombre y el nombre y patio de la “interna”<sup>23</sup> a la que visitábamos. Otras mujeres se acurrucaban, pero sea cual fuese la posición, implicaba incomodarse para quedar a la altura que los guardianes consideraban más cómoda para ellos. Luz dijo el nombre de Patricia y yo el de Andrea, porque se permitían tres visitantes en total por cada reclusa y no sabíamos si ese día alguien más iba a ir a verlas. Del otro lado de la ventanilla donde me atendieron, estaba un hombre cuya edad calculé en cerca de 20 años, estaba vestido con el uniforme azul de la guardia y hablaba cortante y fuerte. Los datos de la visita los consignó en el computador y me entregó una boleta impresa en papel blanco con una copia en papel amarillo que tendría que devolver a la salida. En la boleta estaba registrada la hora, nombre completo de Andrea, ubicación (patio, pabellón, sección y número de celda), mi nombre completo, “vínculo: *amigo*”, “visita íntima: no”.

Después de los trámites de la ventanilla pasamos la segunda reja. Había un pasillo ancho de cemento gris, a un lado un estacionamiento y al otro más ventanillas, los baños y una tienda pequeña donde vendían comidas y bebidas. Entré al baño. En el

---

<sup>23</sup> Interno(a) es la palabra que usa el INPEC para referirse a las prisioneras y prisioneros. Dada su connotación asociada a la enfermedad, prefiero utilizar “reclusa”, que alude específicamente a la condición carcelaria.

piso había papeles, varillas de sostén, botones, taches y alambres. Justo en ese momento había una mujer tratando de hacer con los dientes un hueco en su sostén que le permitiera deshacerse de aquel elemento que disparaba las alarmas cuando pasaba por el detector de metales. Al verla tan atareada, le propuse que se lo quitara, que entrara sin sostén, me respondió que no lo permitían, lo que me pareció un requisito incomprensible. ¿Qué hacían entonces las mujeres que tras intentarlo varias veces, les seguía pitando el sostén?

Quería tomar un poco de agua, pero no salió nada cuando abrí la llave, pues la mayor parte del tiempo el servicio de agua estaba cortado. Afuera estaba Luz, que se había demorado un poco más en la ventanilla. Caminamos por el pasillo hasta llegar a la siguiente puerta. Antes de cruzarla tuvimos que sentarnos en unos asientos plásticos que formaban una hilera de veinte. Cuando los asientos estuvieron ocupados pasó por cada uno un guardián con un perro que olfateó detenidamente a todas las que estábamos sentadas ahí. Esto lo repitió tres veces más. El hecho de que la posibilidad de poder entrar a la cárcel después de un viaje largo y tedioso dependiera de un perro, ponía nerviosa a cualquiera: era tensionante ver a un perro pasar por delante y por detrás y saber que en cualquier momento podía ladrar sin que quedara claro por qué, haciendo sospechosa a la víctima de sus ladridos, quien debería someterse a más requisas o a que simplemente no la dejaran pasar. La tarea era paradójica: intentar disimular los nervios causados por la acusación tácita de ser sospechosa para lograr no parecer sospechosa. Recordaba algo que había leído de Rosana Guber y la forma en que se sentía cuando en un evento la acusaron de ser espía. Después lo busqué textual: “¿Cómo actuar con naturalidad si toda pregunta más allá del ‘cómo andas’ podía interpretarse como un acto de ‘espionaje’?” (Guber, 2001:104).

Por suerte el perro se portó bien con las visitantes. Con la orden del guardián nos paramos y nos incorporamos a la fila para cruzar la tercera puerta. Al pasarla pusimos los zapatos y las medias en un aparato con una cinta rodante, similar al que ponen en los aeropuertos para revisar las maletas. Descalzas y con el cabello suelto (era obligación) cruzamos el detector de metales, nos sentamos en una silla dura metálica –parecida a la silla eléctrica– con la espalda bien pegada al espaldar y seguimos hacia una habitación con cubículos donde guardias mujeres nos requisaron pasando sus manos entre el cabello, por la mitad del pecho, entre las piernas, en los bolsillos y en general por todo el cuerpo. Nos obligaron a abrir la boca y a exhibirles las plantas de los pies<sup>24</sup>. Al salir de la habitación buscamos los zapatos y las medias, nos los pusimos y nos acercamos a la cuarta puerta donde entregamos el documento de identidad original y la boleta de entrada, sobre la que pusimos la huella del índice derecho ante la mirada corroborante del guardián. A cambio nos dieron una ficha de madera negra con un número y nos pusieron un sello en el mismo lugar de los otros. Poco a poco y a medida que traspasaba las puertas, me transformaba en otra cosa, me despojaba de mí misma. No tenía conmigo ninguna de mis pertenencias y, hasta el final, me fue quitado incluso el único documento intransferible y personal que me identifica ante el Estado como

---

<sup>24</sup> En una cárcel de máxima seguridad, los equipos tecnológicos cumplen, entre otras cosas, la misión de evitar una gran cantidad de requisas físicas, sin embargo entre los pasos de entrada las visitantes debían someterse al menos a dos requisas corporales.

ciudadana. Ya no era nadie. Y así despojada, la prisión pasaba a tener el control absoluto sobre mi persona.

Pasando la puerta había un poste de cemento que en algún momento había sido todo gris pero que ahora tenía una parte totalmente negra, pues a falta de algo más acorde ahí se limpiaban el dedo las y los visitantes después de poner la huella. A la derecha estaba el edificio de varios pisos. Por algunos espacios se veían hombres con el uniforme café estilo Guantánamo que sacaban sus brazos y saludaban, algunos gritaban cosas que no alcanzaba a entender por lo bajo que llegaba el sonido. A la izquierda estaban los pabellones de mujeres, que solo tenían un piso. En la mitad, un pasillo largo y angosto de cemento gris que atravesamos hasta el final. Mientras caminaba por ahí pensaba en qué pasaría por las mentes de los prisioneros del edificio de la derecha, viendo todo el día desde su reclusión cómo transitaba por aquel pasillo tanta gente, gente que entraba y salía de la cárcel mientras ellos se quedaban. El pasillo terminaba y a la izquierda estaba la siguiente puerta que debíamos cruzar, que nos introdujo a un mostrador desde donde una mujer nos pidió la copia amarilla de la boleta de entrada y la fotocopia del documento de identidad. Acto seguido nos tomó las huellas digitales y nos indicó que pasáramos por otra máquina de seguridad. Después de la máquina nos escribieron con marcador en el brazo un número que también pusieron en la boleta, y añadieron tres sellos, uno de ellos con tinta transparente que solo lograba verse con luz ultravioleta. Con esos sellos completábamos 7. Ya no había espacio en el antebrazo para un sello más. Cruzamos otra puerta y llegamos a un patio pequeño con pasto bajo que atravesamos. Ahí otra requisa y otra máquina. Por fin, después de más de una hora de trámites y después de casi tres horas de haber tomado el primer bus esa mañana, cruzamos la última puerta, la número 8. ¡Esto sí que era la verdadera odisea moderna!

El patio de visitas era pequeño, tenía unas paredes muy altas de cemento y algunas mesas con sillas, todo gris. Del techo solo una parte pequeña estaba descubierta, era por ahí donde lograba colarse la luz del sol. A lado izquierdo estaban todos los pabellones de mujeres pero no se veían porque la puerta que conectaba era angosta y estaba muy transitada. Por ella salían las prisioneras a encontrarse con sus visitantes, se abrazaban, algunas se besaban en la boca, lloraban, reían, se abrazaban de nuevo. Cada encuentro llegaba cargado de muchas emociones. Varias veces sentí ganas de llorar pero las aguanté porque ¡qué pensarían Andrea y Patricia! la primera vez que me veían y yo llorando... ¡Ellas eran unas guerreras! seguro habían vivido cosas que realmente ameritaban una lágrima y muchas más, además se suponía que eran ellas las que estaban en una situación complicada y yo debía darles fuerzas, no podía ser tan “floja”<sup>25</sup>.

Después de saludarse se sentaban en una mesa del mismo cemento gris y compartían alguna comida que las prisioneras debían haber comprado previamente en el restaurante de la cárcel con el dinero que sus familiares hubieran podido (si es que podían) consignarles en la cuenta bancaria que el INPEC les habilitaba. Sacaban también papeles y algunas cosas que habían hecho en los talleres que cursaban como parte de su vida en prisión, como peluches o

---

<sup>25</sup> A su condición de guerreras me refiero con mayor detenimiento en el capítulo 3.

carteras con materiales reciclados. Las visitantes no podían ingresar nada, pero sí podían salir con cosas, así que ese era el momento para entregar cartas y otros asuntos que traspasaran los muros.

Sentía algo de tristeza por no poder llevarles nada a las mujeres que visitaba, algún regalo o dulce, los detalles de reciprocidad que jamás están de más, y menos en el trabajo de campo. Esto le otorgaba una particularidad al intercambio de dones y la obligatoriedad intrínseca de devolverlos, pues a cambio de dejarme visitarlas, mis interlocutoras tenían expectativas de recibir algo útil para ellas. Yo lo sabía y tenía toda la intención de hacerlo, como parte de mi compromiso académico y político. Eran dones simbólicos, tales como favores personales (llevar razones a los abogados, radicar documentos, enviarles libros, útiles de aseo, etc.) o incluso el solo hecho de tener a alguien más “afuera” a quien llamar para conversar un poco.

En el patio esperamos un momento. Nunca había visto a Patricia ni a Andrea y no sabía cómo eran, así que tenía la mirada fija en la puerta, deseando que cada mujer que salía por ahí fuera alguna de ellas, esperando algún gesto de Luz que me lo indicara. Por fin entendí en un susurro un “ahí está”, mientras veía una mujer rubia, que aparentaba cerca de 40 años, con el uniforme café con rayas naranja, la camisa abierta y debajo una blusa azul claro. Cuando nos vio sonrió y se acercó con agilidad. Saludó a Luz con un abrazo y mientras le decía “ella es Isabel” nos abrazamos fuerte, sentí su calidez. Nos separamos y mirándome a los ojos dijo “¿cómo estás querida?”. Era Patricia. Tomamos una mesa y hablamos entre las tres sobre cómo había estado la entrada. A los minutos salió por la misma puerta una mujer morena de cerca de 30 años, con el pelo negro y largo hecho trenza, y una blusa blanca debajo de la camisa abierta del uniforme café. Luz y Patricia alzaron la mano al tiempo mientras ella se acercaba sonriendo. Era Andrea. Saludó a Luz con alegría, la abrazó y esta vez fue Patricia quien me introdujo, a lo que Andrea respondió dándome otro abrazo cálido y cercano. Después nos acercamos donde estaba Carmenza (la prisionera política del ELN) conversando con su familiar, su saludo fue igual de afectuoso que el de las demás, aunque no hablamos mucho porque no queríamos interrumpir su visita.

Como lo había imaginado, mis interlocutoras eran muy cálidas, cercanas, a pesar de sus carreras políticas (Becker, 1971) y su condición de prisioneras conservaban la alegría y el buen humor. Nos hicimos varias preguntas, especialmente ellas a mí. Querían saber sobre mi vida en Argentina, qué quería hacer con la tesis, cuándo me regresaba, etc. Hablamos sobre el panorama político del país, sobre cómo lo veían ellas y qué expectativas les generaba. Nos invitaron a una gaseosa con un paquete de papas, que habían comprado al casino del penal a través del escaso dinero que tenían en sus cuentas, de donde también debían pagar las llamadas que hacían (\$300 por minuto<sup>26</sup>) y otros gastos varios. Ante la imposibilidad de un papel y un lápiz –y mucho menos una grabadora–, yo hacía mi mejor esfuerzo por retener en la memoria todo, hasta los más mínimos detalles para después plasmarlos en el diario de campo.

Conversamos con Patricia y Andrea cerca de dos horas, hasta que las guardianas indicaron que el tiempo de visita había terminado y que debíamos empezar la

---

<sup>26</sup> En la calle, un minuto telefónico cuesta máximo \$200.

engorrosa salida. El tiempo había transcurrido rápido. Nos despedimos con un abrazo y un “nos vemos en dos semanas”. En el momento de salida sonaban muchos “te amo”, “cuídate”, “mamá, te amo” que solo se silenciaron cuando desapareció del panorama la última visitante. Cruzamos de nuevo las ocho puertas y volvimos a la libertad, que adquiriría un sentido diferente después de haber estado en ese lugar.

### **Contacto mariposa: transformaciones en el tiempo**

La última vez que las vi en 2012 fue finalizando febrero. En casi todas las oportunidades iba con Luz, así que teníamos el espacio para conversar las cuatro, y en algunos ratos Carmenza se acercaba y participaba de la conversación. Mientras estuve en Argentina nos comunicamos por cartas con frecuencia, aunque los tiempos entre cada comunicación eran largos por los caminos que debían seguir. Las cartas que yo les enviaba le llegaban primero por correo electrónico a alguien (algún amigo, amiga o incluso mi familia) que me hacía el favor de imprimirlas y entregarlas a los abogados, pues ellos sí podían llevarles documentos y visitarlas durante la semana. Las cartas que ellas me enviaban seguían el mismo trayecto: los abogados y después alguien que las escaneaba y me las enviaba por correo electrónico. No las enviaba directamente a los abogados porque seguro tendrían suficiente trabajo como para pedirles que estuvieran pendientes de mis mensajes. Gracias a esta importante labor solidaria, pude mantener el contacto con mis interlocutoras estando lejos.

En 2014, cuando regresé a Colombia, volví a verlas después de haber seguido de nuevo todos los pasos para registrarme como visitante. Patricia había sido trasladada al pabellón de mediana seguridad, así que en las visitas que he hecho desde entonces no he podido volver a verlas a las tres y a ella la he visto menos, aunque hemos mantenido el contacto por cartas. Cuando visito a Andrea veo a Carmenza porque su familiar la visita, pero el espacio que tenemos para hablar no es mucho. En el transcurso de 2014 empecé a trabajar con la organización de derechos humanos a la que están vinculados los abogados que llevan sus casos. El INPEC no permite el ingreso a la cárcel a este tipo de organizaciones<sup>27</sup>, así que continué con mi condición de visitante, a lo que se sumaba mi nuevo vínculo con la organización. Los temas que tocamos en las visitas ahora incluían también asuntos relacionados con los casos y otros elementos del acompañamiento jurídico.

Era curioso que el penal me hubiera negado la entrada como investigadora o académica (también como defensora de derechos humanos) y me permitiera entrar como “amigo”, recreando un doble juego en el que al parecer lo que importaba era la forma, la superficie. Siempre y cuando no existiera ninguna evidencia de que la institución me había abierto puertas diferentes a las que están “abiertas para todo el mundo”, no había problema. Seguramente ellos sabían quién

---

<sup>27</sup> La entrada a las cárceles para organizaciones de derechos humanos es restringida. Paradójicamente, las puertas están abiertas de par en par para diferentes iglesias que llegan a evangelizar a las prisioneras y prisioneros. También se permite el ingreso de instituciones públicas (como Defensoría del Pueblo, Personería) e internacionales (como el Comité Internacional de la Cruz Roja).

era y tenían claro que con denominarme “amigo” no cambiarían mis objetivos para estar adentro, aunque tuviera que adaptar la estrategia para cumplirlos.

El intercambio de cartas con Patricia, Andrea y Carmenza se ha mantenido y se amplió a Sara y Paola, dos mujeres guerrilleras en condición de prisión que accedieron a participar de la investigación y con quienes hemos construido una relación cercana aunque no nos hemos visto ni abrazado.

La siguiente es una transcripción de una nota de campo elaborada en junio 20 de 2015, que sintetiza los pasos del ingreso como visitante, desde la primera puerta. Aquí se aprecian los cambios respecto a la primera visita, hecha en enero de 2012. El mapa, dibujado en mi cuaderno de campo en febrero de 2015, muestra los pasos descritos.

### **30 pasos para abrazar a una prisionera recluida en la cárcel de la vereda “El Grillete”**

1. Pasar la puerta 1, hecha de rejas de alambre.
2. Llegar a la ventana negra con hueco a la altura de la cadera. Ensayar el contorsionismo y doblarse hasta poder verle la cara al que está detrás de la ventana. Entregar documento original y fotocopia. Decir con tono seguro “mujeres”. Recibir boleta blanca y copia amarilla con hora, nombre de prisionera, ubicación, nombre de visitante, “visita íntima: no”, “vínculo: amigo”. ¡No olvidar la cédula y la fotocopia!
3. Ir al lado a que un guardián ponga el sello en la boleta con el número secuencial. Si está de mal genio o es nuevo puede poner el sello también en el brazo.
4. Salir por la puerta 1 y hacer la fila al lado de la reja. Sudar y aguantar el sol.
5. Esperar a que un guardián dé la orden para pasar de nuevo la puerta 1. Si está de mal humor o es nuevo puede demorarse mucho.
6. Seguir la fila frente a la puerta 2, al lado del ventanal negro.
7. Pasar la puerta 2 de acuerdo con el número que tenga la boleta.
8. Entrar a las oficinas de la izquierda, pasar el detector de metales y esperar a que la guardiana que está del otro lado pase su detector de metales portátil marca Garrett por todo el cuerpo de la visitante, por delante, por detrás y en medio de las piernas.
9. Seguir a un cubículo donde una guardiana pasa sus manos por el cuerpo de la visitante. Después le pide que se suelte el cabello (si lo tiene recogido) y mete sus manos entre él. Pide abrir la boca y luego mostrar las plantas de los pies. Si la visitante lleva ropa con bolsillos, la guardiana mete las manos en ellos sin mediar palabra alguna.
10. Salir de las oficinas y estirar el brazo derecho para que pongan un sello.
11. Atravesar el pasillo y pasar la puerta 3.
12. Ocupar uno de los asientos de plástico blancos que están en hilera. Esperar a que el perro pase varias veces por delante y por detrás e intentar disimular los nervios, especialmente si la visitante padece de cinofobia.
13. Pararse del asiento y avanzar hasta el aparato de aeropuerto. Quitarse los zapatos y ponerlos en la cinta rodante.
14. Pasar descalza y con el pelo suelto por el arco detector de metales.
15. Sentarse en la silla eléctrica con el trasero bien puesto y la espalda muy pegada.
16. Recuperar los zapatos y ponérselos.



17. Avanzar hasta la puerta 4, entregar fotocopia laminada de la cédula y la boleta blanca, poner huella en la boleta. Recibir ficha de madera con número. Estirar el brazo para otro sello.
18. Atravesar la puerta 4 y limpiarse el índice derecho en el poste de cemento o en el piso.
19. Caminar cerca de 100 metros. Mientras tanto, mirar hacia la derecha y escuchar lo que gritan los hombres que se asoman.
20. Girar a la izquierda y cruzar la puerta 5.
21. Mostrar cédula original, entregar a las guardianas que están ahí la boleta amarilla y poner huella sobre ésta. Esperar a que le escriban a la boleta un número con marcador y estirar el brazo para que escriban el mismo número y le pongan otro sello.
22. Pasar arco detector de metales (en la mano llevar la ficha de guardado, la ficha de madera y la cédula original).
23. Salir por la puerta 6 y caminar 15 metros. Limpiarse de nuevo la tinta del índice derecho donde se pueda.
24. Pasar la puerta 7, mostrar a las guardianas las tres cosas que lleva en la mano.
25. La guardiana hace una requisita pasando sus manos por todo el cuerpo de la visitante.
26. Pasar arco detector de metales (si entra al baño debe volver a pasarlo y volver a ser requisada).
27. Pasar la puerta 8 y entrar al patio de visitas.
28. Pararse frente a la puerta por donde salen las prisioneras y esperar.
29. Ella viene caminando. A veces esposada hacia adelante. Pasa una puerta, le quitan las esposas y pasa la segunda puerta. Visitante y prisionera están en el mismo lugar.
30. Abrazar a la prisionera y alegrarse por haber logrado con éxito los 29 pasos anteriores. ¡Usted es una sobreviviente a la odisea de visitas carcelarias!

(Transcripción de notas del diario de campo. Junio 20 de 2015)

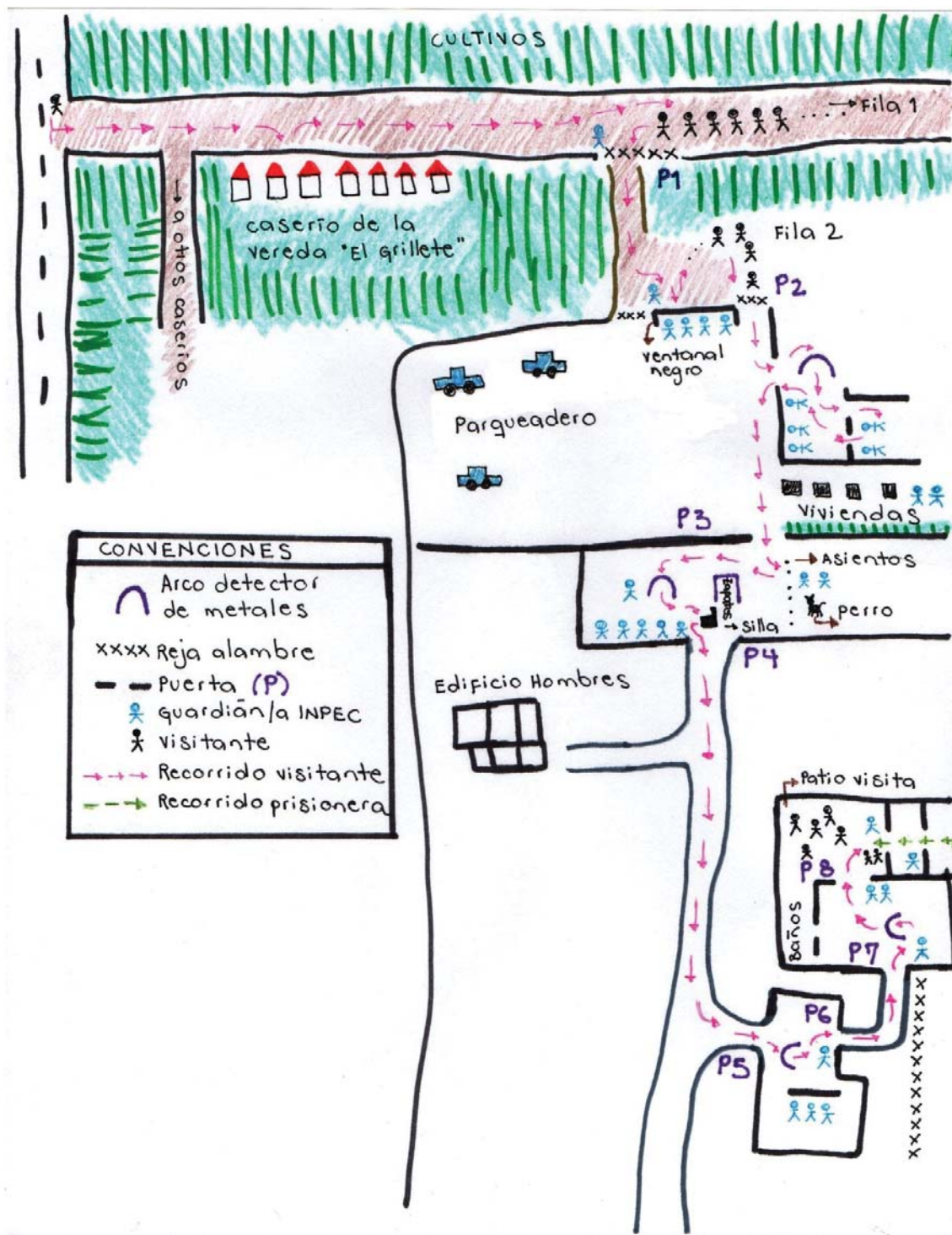


Imagen 1. Mapa del recorrido de entrada a la cárcel. Tomado del diario de campo. Notas de junio 2015.

### *El fetichismo de la grabadora y las cartas voladoras*

Las condiciones descritas del trabajo de campo imponían al ejercicio etnográfico algunas limitaciones que intenté sortear y aprovechar, pues no podía modificarlas aunque quisiera. Antes de la primera visita, cuando supe que no podría entrar grabadora al penal me angustié un poco, pues pensaba en mi mala memoria y en el poco tiempo del que disponía y que, al no tener la herramienta más nombrada en el gremio etnográfico, perdería mucha información valiosa. Sin embargo, esto

cambió después de aquella mañana del 8 de enero de 2015, cuando comprendí en el terrero (antes podía mencionarlo en el discurso pero nunca lo había vivido) que la grabadora es más un fetiche que un elemento indispensable, y que no tenerla me obligaba a desarrollar cualidades como etnógrafa (valiosas también para mi vida) que seguramente en su presencia permanecerían profundamente dormidas a su sombra.

Procuraba estar atenta a todo, observar cada detalle con detenimiento para guardarlo en mi memoria frágil por lo menos hasta que pudiera escribirlo, escuchar con máxima atención, diseñar estrategias para recordar mejor. Fue un ejercicio y un aprendizaje realmente bello en todos los sentidos, que me permitió hacer una etnografía quizá más cercana a mis interlocutoras, en la que cada una de sus palabras, de sus gestos, debían ser grabados en mi cinta interna. Yo misma, mi cuerpo, era el cuaderno de campo donde tomaba las primeras notas antes de volcarlas al papel tangible. Al principio llevaba conmigo una grabadora que dejaba guardada en el caserío con el resto de mis cosas, así que procuraba hacer todos los pasos de salida lo más rápido posible para llegar a buscarla; la sacaba con ansias y hablaba sin parar hasta que creyera haberlo dicho todo, o al menos lo “más importante”. Con el paso de varios domingos de visita noté que con esa práctica perdía con rapidez los recuerdos, quizá porque inconscientemente me relajaba sentir que la información ya había sido consignada y, por ende, no era necesario recordarla. Esa un espacio de comodidad. Fui abandonando la grabadora, hasta que la dejé de usar completamente y fue en parte como una liberación etnográfica... simultáneamente aprendía a dejar lo observado, lo escuchado y lo pensado en la visita dentro mío, seguía reflexionando sobre eso, contemplándolo con calma analítica y luego de varias horas o días, lo llevaba al cuaderno de campo, pero ya lo había tenido conmigo un buen tiempo así que no se me escapaba tan fácil.

En relación con lo anterior, las cartas han sido un elemento vital en el trabajo de campo, pues han cumplido la doble función de superar el tiempo de la visita como único contacto y de permitir abordar temas de forma más íntima, sin el bullicio propio del patio de visitas, traspasando los muros y el control carcelario<sup>28</sup>. Además, el ejercicio de escritura permite mayor reflexión frente a las palabras y la forma que éstas adquieren. En el transcurso del trabajo de campo, en el que inicialmente participaban Andrea, Carmenza y Patricia, se sumaron dos prisioneras, Paola y Sara, que quisieron aportar a la investigación y empezaron a escribirme. La emoción que sentí cuando recibí la primera carta de cada una fue inmensa. No las conocía, no sabía siquiera cómo eran físicamente, pero se había construido una cercanía fuerte atravesada por la confianza que ellas han depositado en mí, indudablemente motivada por la cercanía –suya y mía– con Patricia, Andrea y Carmenza.

Patricia y Paola, que completaron su formación escolar secundaria, tienen gran facilidad para escribir y lo disfrutan. Ambas escriben poemas y Patricia ha ganado varios concursos. Con ellas el intercambio ha sido más fluido en términos, por

---

<sup>28</sup> La mayoría de las cartas intercambiadas fueron entregadas directamente a los abogados o a algún visitante, por lo que no hubo oportunidad de que alguien de la guardia pudiera leerlas, como suele ocurrir cuando la correspondencia es enviada o recibida por correo postal.

ejemplo, del tiempo que tardan respondiendo una carta y la extensión de la misma. A Carmenza, Andrea y Sara no les gusta tanto escribir, hacerlo significaba un esfuerzo (varias veces ellas mismas lo dijeron y habían evidencias de que así era)<sup>29</sup>.

En la primera etapa de la investigación, antes de que Patricia fuera trasladada de pabellón, era ella quien “presionaba” a Carmenza y Andrea para que escribieran y se pusieran “juiciosas”(con Sara y Paola aún no había contacto). Cada una por su parte me relataba las anécdotas al respecto, desde puntos de vista diferentes. Mientras Patricia escribía “las muchachas están muy vagas, no quieren escribir y me toca estar encima de ellas acosándolas”, Andrea se quejaba “Patricia está muy regañona, nosotras vamos a nuestro ritmo pero ella no para de molestar... jajaja”. Estos eran los mensajes que componían mi ejercicio de “etnografía epistolar” (Stocking, 1995), como forma no tradicional de la representación etnográfica.

Cuando Patricia no estuvo más ahí, hubo un cambio en la frecuencia de los intercambios, pero se mantuvieron, más con Andrea que con Carmenza. Todo esto aumentaba por mucho el valor que tenían sus cartas y lo grandioso que era tenerlas en mis manos. Imaginaba a Gramsci escribiendo desde la prisión y las veía a ellas, plasmando en el papel sus historias de amor y de guerra. Esas cartas era el don más grande que recibía de ellas, y aunque tratara de retribuirlo, sentía que nada era suficiente.

Las cartas y la desmitificación de la grabadora, como parte de lo que he llamado “contacto mariposa” con mis interlocutoras de campo, produjeron también una transformación en mis dimensiones como mujer, sujeta política, investigadora, académica, defensora de derechos humanos, persona. Es difícil describir con palabras lo que esto significó, pero podría decir que la conexión con las prisioneras se estableció desde otro lugar, configurando relaciones particulares en las que el vínculo iba mucho más allá de la visita. Como las cartas eran transportadas por los abogados, nadie más podía leerlas, así que para el penal yo seguía siendo un simple “amigo”, pero solo *nosotras* sabíamos que esa categoría no lograba recoger la relación. Y esto escapaba a los ojos y al control del INPEC, era *nuestro* secreto, el lugar donde la institución no lograba entrar a pesar de su poder, la fisura maravillosa en la que éramos *libres*.

### **La cárcel y sus miserias. Historias de grilletes**

Los trámites de entrada y de salida al penal siguen siendo igual de engorrosos, con algunas variaciones mínimas pero siempre recordando el peso del Estado. Por ejemplo, las casas de guardado han aumentado a #23 y han diversificado los servicios anunciados en los letreros; eliminaron un par de sellos, entre ellos el de tinta transparente; ya no se pueden entrar zapatos cerrados ni medias, solo sandalias que no tengan nada de metal; los buses y motos que llevan a las visitantes pueden llegar hasta la primera puerta; hay dos o tres personas que venden agua y gaseosas afuera de la cárcel; ya no retienen el documento original,

---

<sup>29</sup> En el capítulo 3 abordo con detenimiento las trayectorias biográficas de mis interlocutoras de campo y, como parte de éstas, sus niveles de escolaridad.

aunque se debe presentar en todas las puertas; dejan entrar una bolsita plástica transparente colgada del cuello para guardar las fichas y la cédula.

No sé cuántas veces más he repetido el ritual de visitante, pero han sido bastantes. En los 4 años en los que he hecho de manera interrumpida mi trabajo de campo, siempre encuentro algo nuevo que me sorprende y también hay cosas que no dejan de indignarme. En cada visita que siguió a la primera descubrí situaciones, comportamientos, elementos que antes habían pasado desapercibidos. Conversar en las filas con otras mujeres mientras soportamos el polvo y el sol quemándonos las cabezas, me ha acercado por otros caminos al complejo y miserable mundo de la cárcel.

Ser visitante implica someterse, como las y los prisioneros, a las demostraciones de fuerza del Estado, a humillaciones y vejaciones por parte de la guardia penitenciaria y su sistema de seguridad. La antropóloga brasilera Karina Biondi, quien hizo una investigación sobre el Primer Comando de Capital (PCC), un grupo originado en las prisiones paulistas en la década del 90, entró como visitante a diferentes cárceles durante casi 6 años. En la descripción que hace del *día de visita*, inseparable como en mi caso de la ida al campo, relata lo que sintió cuando para entrar le pidieron desnudarse, agacharse y toser las veces que la guardia consideró adecuado<sup>30</sup>. La humillación es definida por ella como una sensación de impotencia que puede llevar fácilmente a un sentimiento de odio (Biondi, 2009:22). Eso es lo que he sentido varias veces.

Aunque el discurso de los derechos humanos sea una bandera que el INPEC –al igual que las demás instituciones del Estado– ondea en la cima de sus edificios, en la práctica, el camino que queda por andar es aún largo, no solo frente a quienes están bajo custodia directa del Estado, sino también frente a quienes integran en contra de su voluntad el mundo carcelario, esos y esas que entran como visitantes y al hacerlo quedan también a merced de los funcionarios públicos.

Aunque legalmente se esté en libertad, el peso del espacio carcelario se manifiesta de diversas formas, cada una más denigrante que la otra. Con el paso del tiempo he terminado soportando la visita con mayor naturalidad, supongo que me he acostumbrado a algunas cosas, por suerte no a todas.

En estos años de trabajo de campo, entendido no como un periodo de tiempo y espacio limitados sino como conexiones y experiencias que trascienden los límites espaciotemporales del campo, he vivido muchas veces el *shock existencial*, propio de una etnografía cruzada por el fuego de la guerra, del que hablan Nordstrom y Robben (1995:13), no solo por la crudeza emocional del campo sino también por todas las veces que me he encontrado con la esperanza y la solidaridad sobrepasando las condiciones del contexto.

Los días en que hay visita de niños y niñas (una vez cada mes) son apabullantes. Los requisitos también son extremos, no hay ningún tipo de consideración. En las

---

<sup>30</sup> En Colombia abundan las cárceles donde piden a las mujeres visitantes desvestirse y agacharse. Se han presentado múltiples casos en que la guardia introduce los dedos en la vagina de la visitante como parte de la requisa, aduciendo que debe asegurarse que no lleve drogas en su interior.

filas hay niñas y niños muy pequeños que lloran, se quejan del sol, tosen con el polvo; piden a las mujeres que los llevan algo para tomar porque sienten sed, pero tienen que aguantarla porque usualmente no hay bebidas cerca y si las hay, no hay dinero a la mano para comprarlas. Su esperanza es llegar al baño para abrir el grifo y tomar agua, pero cuando por fin lo logran no sale ni una gota del líquido vital. No todo el mundo sabe o tiene presente que en esta cárcel tan moderna el agua escasea y está disponible solo un par de horas al día.

Las niñas (menores o mayores de 12 años) y los niños menores de 12 años solo pueden entrar con visitantes mujeres. Los niños mayores de 12 años solo pueden entrar con visitantes de su mismo sexo. Esto es un problema grande para algunos prisioneros o prisioneras, porque muchos no tienen cómo cumplir este requisito y por ende pasan periodos muy largos sin poder ver a sus hijos e hijas o a los niños cercanos. No pocas veces en las filas he escuchado abuelas o tías lamentándose con alguien más o conmigo misma de estar a cargo de sus nietos (hombres) adolescentes y no poder llevarlos con ellas a ver a su padre o a su madre.

Además de lo anterior, casi todos los días de visita de niños y niñas ocurre que, por algo que pita una y otra vez en la ropa de algún niño o niña, no puede entrar y por ende tampoco la mujer que le acompaña. Una vez una señora de cerca de 70 años intentó tres veces entrar con un niño de 4 años pero algo pitaba; cansada de intentarlo, le quitó el pantalón y los zapatos y los dejó “encaletados”, pero cuando llegó por cuarta vez al detector de metales le dijeron que el niño no podía entrar “desnudo” (en camiseta y calzoncillos).

Las despedidas en el patio son el peor momento. Hay cantidades de lágrimas y gritos de los niños y niñas más pequeñas, que se aferran a sus mamás con mucha fuerza sin aceptar que una vez más ellas se quedaban y ellos se van...

Son muchas las mujeres que deben devolverse. Puede ser que el perro le ladró, lo que usualmente les pasa a las que han tenido contacto reciente con perros o gatos. Puede ser que al dragoneante le parece que la huella digital recién puesta no coincide con la de la cédula aunque la foto sea la misma; las mujeres explican casi suplicando que el día anterior utilizaron límpido en sus labores domésticas y por eso algunos rasgos de la huella se ven diferentes, pero para la guardia no hay explicación que sirva. Puede ser que después de haber pasado cuatro veces la máquina de metales siga pitando, aun después de haber dañado el sostén, de haber arrancado los adornos brillantes de la blusa, de haber destruido con los dientes los puntos de metal del pantalón. Puede ser que lleva pestañas postizas y debe arrancárselas en seco, corriendo el peligro de quedarse también sin sus cortas pestañas naturales. Puede ser que algún guardián o guardiana consideró precisamente ese día que no se podía entrar en vestido, aunque la señora explique que su religión le prohíbe llevar pantalón y que las veces anteriores no le habían puesto problema por eso. También puede ser que sin saber, la visitante se puso alguna prenda negra o muy oscura, o que a juicio de la guardia sobrepasa el límite de espacio oscuro permitido. Algunas salen corriendo a buscar un motoratón que las lleve al caserío a cambiarse y regresan –a las que el perro les ladra les toca hasta bañarse, pues no es suficiente con cambiar la ropa–, pero otras menos afortunadas no alcanzan y pierden la ida. A algunas señoras mayores les da miedo

subirse a una moto y van caminando, pero así el tiempo suele no alcanzarles para regresar y cumplir de nuevo con todos los pasos para entrar.

Algún día de agosto de 2015 fui a la cárcel a hacer algún trámite y me encontré con un letrero recién pegado en el ventanal negro, con varios errores ortográficos y sin

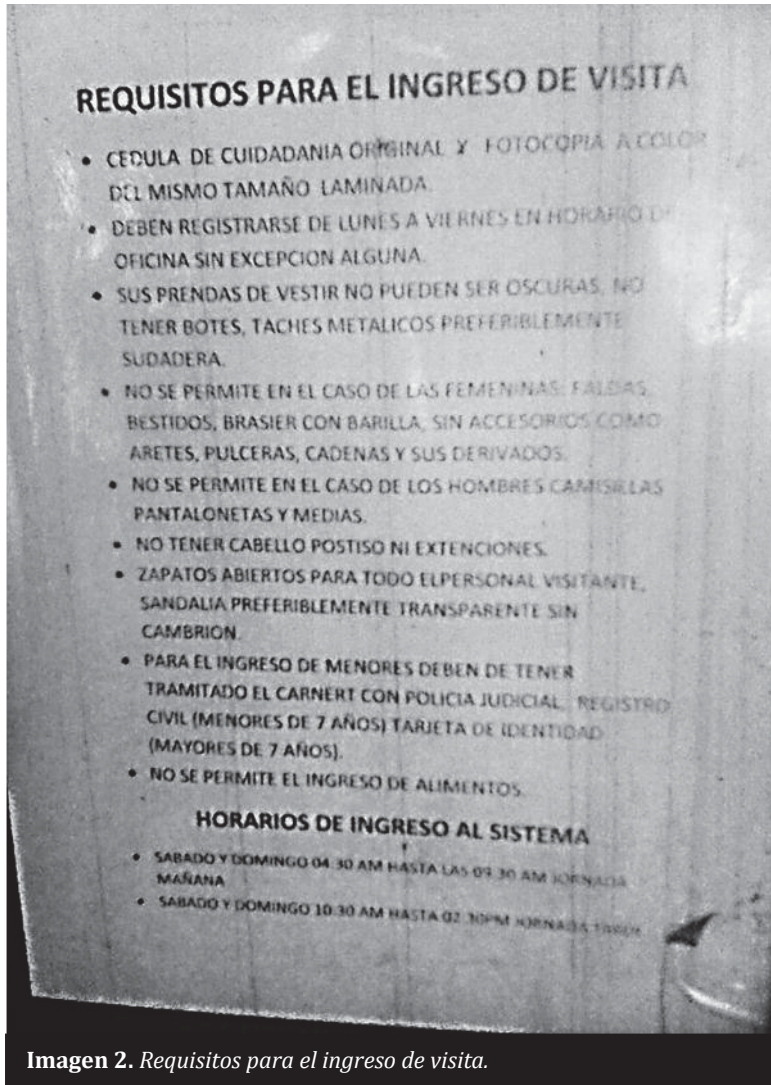


Imagen 2. Requisitos para el ingreso de visita.

ningún sello institucional, quizá porque a algún guardián le pareció pertinente dejar por escrito los requisitos para evitar repetir tantas veces lo mismo, o –¡por qué no!– consideró una gran falencia que una cárcel tan moderna no brindara claridad a sus visitantes sobre los pasos a seguir para poder entrar. Ese día llevaba mi mochila porque solo llegaría hasta aquel ventanal, así que aproveché y con el mayor disimulo (temiendo que los guardianes me reclamaran) logré tomar esta foto con la cámara de mi teléfono celular que, como se aprecia, es bastante precaria. A pesar de la baja calidad, en la imagen logran apreciarse algunas de las normas de visita descritas anteriormente.

Dependiendo el caso, puede hacerse uso de “caletas” o escondites improvisados para guardar cosas, aunque es probable que al regreso no se encuentre lo dejado. Alguna vez olvidé que tenía amarrados en el tobillo varios hilos tejidos; cuando llegué a la requisa, la guardiana me dijo que no podía entrar con “eso”, así que me tocó devolverme y encontrar en medio de unos ladrillos algún espacio para dejar mi tesoro, temiendo que al salir no pudiera recordar la ubicación exacta o que alguien lo hubiera encontrado antes que yo, aunque careciera de valor material. Conté con suerte y lo encontré.

Otro día olvidé cubrir con microporo el diminuto punto que llevaba como piercing en la nariz. Antes de pasar la sexta puerta, a la guardiana que estaba de turno se le ocurrió que no podía pasar así y me obligó a quitármelo; lo dejé en la caja de un

extintor que había por ahí y al salir intenté ponérmelo pero ya el orificio estaba cerrado.

Un día en el bus destartado que nos llevaba hasta la cárcel, una señora que aparentaba 55 años, preguntaba a las demás varios detalles sobre el procedimiento para entrar, dónde guardar las cosas, etc. Unas y otras respondían con inmensa solidaridad. De repente explicó: “es que es la primera vez que vengo como visitante, aunque esta cárcel la conozco bien porque estuve aquí ocho meses. Mi hija se quedó, por eso vengo a visitarla”. Lo contaba sin ninguna vergüenza y las demás lo escuchaban con naturalidad, pues es común que entre las visitantes haya exprisioneras o que de una misma familia estén varias personas recluidas. Otro día, mientras caminaba por el pasillo después de la cuarta puerta, delante de mí iba una señora que había visto antes visitando a su hija en el mismo patio donde estaban Andrea, Patricia y Carmenza. Saludó con alegría resignada a un muchacho joven que apareció en el tercer piso del edificio de la derecha. Intercambiaron a los gritos varias palabras: “¿cómo está?”, “¿cómo va todo?”. Fue mucho menos de un minuto porque la señora seguía caminando. Cuando se iban a perder de vista, el muchacho gritó “dígame a mi prima que la quiero ¿oyó?” “¡bendición tía!” y la señora respondió con la cabeza inclinada hacia donde él estaba “bendición mijo. Se me cuida mucho”.

Volviendo a la señora del bus que iba a visitar a su hija, ese mismo día dijo que sentía un poco de miedo, pues sabía de muchos casos en que personas que habían estado detenidas iban después a visitar a alguien y las dejaban presas de nuevo porque en el sistema no se había actualizado su situación jurídica. En varias ocasiones en las filas escuché historias parecidas, de personas que “las dejaban adentro” por tener asuntos pendientes en el sistema o también por portar drogas en la vagina o en el ano.

Las guardianas, que en su mayoría conservan una actitud déspota y brindan un trato poco amable, cuando se topan con alguna exprisionera la llaman por su apellido, como si olvidaran que ya no tienen autoridad sobre ella. Haciendo uso de su libertad, las exprisioneras responden desafiantes y la tensión aumenta. Pienso especialmente en dos exprisioneras con las que me encuentro a menudo en el momento de salida. Ellas visitan a sus compañeras sentimentales, se besan, se abrazan y es curioso verlas en el patio hablando con las demás, fluyendo como una prisionera más. La diferencia aparece cuando la visita acaba y pasan por las puertas de salida mirando fijamente a las guardianas con un aire triunfal. Esto me ha hecho pensar en lo interesante de estudiar el ejercicio del poder en mujeres que “cuidan” mujeres, pero será para otro momento.

Cuando hay guardianes recién llegados que están haciendo su pasantía es evidente, pues además de su juventud, la severidad se agudiza, intentando hacer respetar hasta las reglas más mínimas y también las que se les ocurren en el momento. Cuando esto sucede, en las filas se comenta abiertamente la situación y hay visitantes que expresan que ellos deben comportarse así para mantener su trabajo, pues están en periodo de prueba.

En un par de oportunidades Andrea apareció ante mis ojos esposada hacia delante. Me impresionó mucho verla así, con esa marca de subyugación física. Antes de que



ella pasara la puerta hacia el patio se las quitaron. La abracé y con tono más de indignación que de pregunta dije “¿por qué te traen así!” y ella respondió resignada “ay mamita, a veces les da..”. Casualmente en ambas ocasiones habían llegado nuevas guardianas en periodo de prueba.

Me sorprenden las personas que acampan. Cuando llego a la primera puerta y veo varias carpas instaladas en la parte de afuera no puedo evitar pensar qué habrán comido, de dónde sacarían agua. Son en su mayoría personas que viajan desde lejos o que quieren aprovechar al máximo el corto tiempo de visita y entrar primero. Aunque casi siempre (como es lógico) toman los primeros turnos, varias veces he visto mujeres que recién llegan y reciben números bajos, mientras a mí me dan, por ejemplo, el 272. Un día me animé a preguntarle por eso a una mujer joven con la que solía toparme en la fila, y me explicó que los guardias vendían los números menores a \$5.000. Eso explica al menos uno de los motivos por lo que se forman peleas en las filas en medio del desorden que los mismos guardianes propician y alimentan.

En las carpas permanecen también algunas visitantes que hacen dos visitas en un mismo día: en la mañana y en la tarde. Esas me causan profunda admiración. ¡Todo el día en esas! ¡qué paciencia!

Ver personas caminando el trayecto entre el caserío y la cárcel o entre el caserío y la carretera me conmueve. Es un camino largo y agotador por el polvo y el sol. Algunas veces los buses o las motos paran y las recogen, pero no es lo más común porque suelen no tener espacio. En una ocasión, el conductor de la moto me preguntó si podíamos llevar a una señora que iba caminando hacia la cárcel. Yo respondí que claro y nos fuimos las dos a bordo hasta nuestro destino común. Era una manifestación de solidaridad, una de las tantas que encontré y recibí.

Otro día, salí de mi casa a las 6hs como parte del ritual de visita. Esperé un rato largo el bus pero no pasó. De repente apareció un carro “pirata”, de esos que abundan como una salida alternativa al ineficaz sistema de transporte de la ciudad. Lo paré porque temía llegar tarde y no alcanzar a entrar. Unas cuerdas adelante se subieron tres señores. Uno de ellos comentó lo mal que funciona el transporte, lo que motivó la intervención del conductor y de los otros dos señores, que se sumaron a los comentarios, añadiendo que el alcalde tenía acciones en la empresa de buses y por eso había privatizado el transporte, luego eso los llevó a hablar de Álvaro Uribe y de ahí pasaron al tema de la violencia en Colombia. Esto es bastante común en las charlas entre colombianos, que todos los caminos de conversación conduzcan a temas relacionados con la violencia y el conflicto armado. Uno de los señores dijo que él era un campesino nacido en La Moralia, municipio de Tuluá, en el centro del Valle del Cauca, que los paramilitares lo habían desplazado a él y a su familia en 1999, después de desaparecer a su hijo cuando tenía 16 años. Desde entonces ha hecho trámites para que el Estado reconozca su responsabilidad e incluya a la familia en los programas de reparación a víctimas, pero lo único que ha conseguido es perder el tiempo y el dinero que no tiene yendo de un lado a otro. El conductor añadió a la charla que él era de un pueblo de Antioquia, y que muchas veces le había tocado vivir de cerca las incursiones y masacres de grupos paramilitares. En medio de esas historias llegué al punto donde debía bajarme.

Aunque no la había buscado, esta era una historia de mi trabajo de campo, que daba cuenta una vez más de la presencia inminente del conflicto social, político y armado en las cotidianidades, y con mayor crudeza en las de las clases más desposeídas. Retomando a Nordstrom y Robben, evidentemente la vida cotidiana en estado de guerra era en cualquier lugar y tiempo muy confusa y llena de angustia (1995:1).

Estas *historias de grilletes* dan cuenta, una vez más, del continuum que significa el conflicto político, social y armado en Colombia al que hice referencia anteriormente. Además pone en evidencia una de las grandes características del mundo carcelario: que es un mundo de pobres. Según cifras oficiales, en Colombia el 28,2% de la población vive en condiciones de pobreza y el 7,9% en condiciones de miseria o pobreza extrema (DANE, 2015a). Para nadie es un secreto que estas cifras son producto de mediciones insuficientes que consideran, por ejemplo, que una persona deja de ser pobre cuando recibe mensualmente \$211.807 o más, lo que equivale a un poco menos de la tercera parte del salario mínimo legal en el país<sup>31</sup>.

En este contexto, la extracción de clase mayoritaria de quienes se encuentran en prisión es popular, así como la de sus visitantes, que por lo general son familiares o amigos. Paradójicamente, algo similar ocurre con quienes integran los rangos inferiores del cuerpo de custodia del INPEC<sup>32</sup>, que pertenecen originalmente a la misma clase que la población reclusa, aunque luego sus condiciones materiales de existencia puedan transformarse producto de su ingreso al mercado laboral formal y estatal. Ser parte de la fuerza pública representa para muchos jóvenes en Colombia una de las pocas posibilidades de tener vivienda y alimentación asegurada, pues las condiciones generales del trabajo están atravesadas por la flexibilización y la tercerización, lo que incrementa a su vez los índices de pobreza. El servicio penitenciario no escapa a esta dinámica.

En muchos casos, la única diferencia formal entre un prisionero y el guardián que lo “cuida” es que el segundo porta un uniforme y las llaves que controlan el encierro del primero. El origen de clase y la historia familiar muy posiblemente coincidan. Lo mismo ocurre con quienes visitan<sup>33</sup>.

De esta forma, la cárcel se convierte en el espacio que reúne a diferentes actores con roles diferenciados pero también similitudes muy marcadas. La proximidad de

---

<sup>31</sup> Para 2016 el salario mínimo legal vigente en Colombia fue de \$689.454. Para mayo 23 de 2016, según la tasa de cambio oficial, 1 dólar estadounidense equivalía a \$3.048 pesos colombianos.

<sup>32</sup> A diferencia de los miembros de la Fuerza Pública, los funcionarios del INPEC no pierden sus derechos como civiles (pueden votar, sindicalizarse, etc.). Sin embargo, en muchos casos quien se desempeña como director carcelario es militar retirado o policía, incluso hay múltiples casos en que los directores son egresados o han pasado por la Escuela de las Américas, lo que pone en entredicho la supuesta independencia de la institución respecto a la Fuerza Pública.

<sup>33</sup> Cabe añadir que para una familia tener a alguien recluido significa un gasto económico alto, porque además del dinero que se gaste en visitas, deben cubrirse los honorarios del abogado, enviar útiles de aseo, consignarle dinero para las llamadas y otros muchos gastos, pues en la cárcel todo cuesta: el colchón en que se duerme, la ubicación en la celda, los favores, lo que entra, lo que sale, todo. Al gasto de manutención del prisionero o prisionero se suma que, con su detención, un miembro de la familia deja de recibir ingresos.

clase entre visitantes, prisioneros y guardianes es enorme, haciendo porosas las fronteras entre una condición y otra, lo que entra a explicar por qué se producen situaciones como las descritas, donde varios integrantes de una misma familia están presos, una visitante va a ver a sus antiguas compañeras, un visitante se convierte prisionero en un mismo día, hay prisioneros que alguna vez fueron guardianes, hay guardianes y visitantes o prisioneros (o todo a la vez) que son parientes, etc. Esto configura un espacio social muy lejano a una caracterización dicotómica, que por el contrario es sumamente complejo. Y en medio de esta complejidad desarrollé mi etnografía de la guerra, en un campo donde no vi pasar ni una bala, pero estuve permanentemente en medio de la confrontación.

## CAPÍTULO 2

### LA GUERRA ES TAMBIÉN SIMBÓLICA

*En innumerables y pérfidas invenciones, las guerrilleras somos presentadas como víctimas de nuestros compañeros y de la organización revolucionaria. El objetivo es claro: desmotivar la vinculación de la mujer colombiana al combate revolucionario.*

Fragmento de una Declaración Pública de guerrilleras de las FARC-EP

*Según ellos las mujeres vamos a las guerras solo para ser amantes, y según ellos todas somos violadas y maltratadas. ¡Mentira!*  
Carmenza, entrevista febrero 2012.

*Los medios dicen que la guerrilla perdió sus ideales, como si alguna vez hubieran reconocido que existían... El mayor quiebre para la Organización se produjo con el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, quien logró posicionar en el imaginario colectivo términos como "terroristas", "bandoleros" asociados a la oposición política, y en contra de quienes se erigían como "ciudadanos de bien".*

Patricia, entrevista marzo 2014

En un contexto de conflicto armado, donde la seguridad se presenta como el objetivo principal del Estado, las *retóricas* (Alexander, 2003) que se construyen sobre el bien y el mal, los enemigos, el honor, la patria, la nación, no son solo ideas, se convierten en sentimientos y emociones masivas que crean y son parte de estructuras culturales. Estos sentimientos y emociones a menudo parecieran gobernar el mundo, mediante una subjetividad socialmente construida que crea la voluntad de las colectividades, define la sustancia moral de la ley, proporciona el significado y la motivación para las tecnologías, las economías y las máquinas militares (Ibídem).

Si bien el Estado ocupa un lugar central en la construcción de estas estructuras culturales y él mismo propone un desarrollo del conflicto armado en, por y a través de la cultura, no está en sus manos el monopolio de dichos dispositivos. En su construcción participan también los grupos de poder, los medios masivos de comunicación, la academia, la Iglesia y una parte de la sociedad (concebidos como espacios heterogéneos con tensiones en su interior), desde donde se difunden y comparten percepciones, emociones y sentimientos sobre el conflicto armado a través de diferentes mecanismos.

Entendiendo las retóricas de las estructuras culturales como estrechamente ligadas a un proyecto nacional, la cultura aparece como algo más que un sistema de significados, dejando ver sus elementos como financiados, producidos, censurados y retransmitidos a través de una nación, o incluso más allá de las fronteras nacionales (Abu-Lughod, 2005). Entre los intereses y los proyectos de poder y la

producción cultural median diversos actores y procesos que si bien no necesariamente persiguen el mismo objetivo, aportan de una u otra forma a la consolidación de ciertos imaginarios predominantes que usualmente contienen elementos polarizados. En palabras de Alexander, “in one sense, this is simply telling a new story. Yet this story-telling is, at the same time, a complex and multivalent symbolic process that is contingent, highly contested, and sometimes highly polarizing” (Alexander, 2003:94).

Como plantea Alexander a propósito de la categoría “trauma”, “for the wider audience to become persuaded that they, too, have become traumatized by an experience or an event, the carrier group needs to engage in successful meaning work” (Ibídem), y se relaciona con lo innegable de “la naturaleza hegemónica o ideológica y por lo tanto la relación con el poder de los textos culturales mediáticos al servicio de proyectos nacionales, de clase o comerciales” (Abu Lughod, 2005:132). Siendo así, las retóricas asociadas al terrorismo, a la insurgencia y a las mujeres que la integran, no son neutros, sino el resultado de proyectos específicos de poder que se expresan a través de la cultura y aportan a construirla.

En el caso de Colombia, la construcción de la categoría “terrorismo” –asociada a la idea de enemigo interno, que cobija a quienes se opongan al Estado, bien sea desde las armas o desde su actividad política o social– es expresión de aquél trabajo de significación convincente del que habla Alexander, que ha sido en gran medida exitoso en cuanto de él participan diversos actores: altos funcionarios del Estado, periodistas, figuras deportivas y de la farándula, personajes con reconocimiento internacional, etc.

Esta consideración abre importantes interrogantes: ¿Cómo las estructuras culturales inciden en las maquinas militares y viceversa? ¿Cuáles son las retóricas sobre la Fuerza Pública, sobre las guerrillas y las mujeres en una y otras? ¿Cuál es la subjetividad socialmente construida que acompaña el conflicto político, social y armado en Colombia?

Pensando en estas preguntas, me propongo analizar algunas de las retóricas que circulan en medios audiovisuales y escritos –específicamente en telenovelas, series televisivas, videos, piezas publicitarias y columnas de opinión– publicados entre 2008 y 2015 acerca del conflicto armado y de la imagen en el mismo de la Fuerza Pública, de las organizaciones insurgentes y de las mujeres en ellas. Sostengo que estas retóricas guardan relación con una guerra que se libra en el plano de lo simbólico –en la que la categoría “terrorismo” ocupa un lugar importante– y que tiene implicaciones concretas en la realidad del país<sup>34</sup>.

Entiendo que estas retóricas hablan de la historia social y al mismo tiempo aportan a construirla, dicen algo sobre los valores sociales, sobre sus triunfos y fracasos. Como plantea Jeffrey Alexander en su estudio sobre los significados culturales del Holocausto,

---

<sup>34</sup> En un futuro trabajo de más largo aliento sería importantísimo contar con un análisis de las condiciones de producción, circulación y consumo de estos bienes culturales.

Human beings are story-telling animals. We tell stories about our triumphs. We tell stories about tragedies. We like to believe in the verisimilitude of our accounts, but it is the moral frameworks themselves that are real and constant, not the factual material that we employ them to describe. In the history of human societies, it has often been the case that narrative accounts of the same event compete with one another, and that they eventually displace one another over historical time (Alexander, 2003:79).

Aquellas historias de triunfos y tragedias de las que habla Alexander adquieren significados concretos según el contexto de quien las escucha, las ve, las lee, las siente, y, cuando circulan de forma masiva, tienen una incidencia importante en las relaciones sociales cotidianas que se desarrollan en un contexto de guerra como el que existe en Colombia. Uno de los aspectos en los que se manifiesta dicha incidencia, en el marco del conflicto político, social y armado, tiene que ver con la construcción del significado del terrorismo.

En relación con lo anterior, en un aparte titulado “The Battle of Narratives”, un manual de contrainsurgencia estadounidense plantea:

Modern wars are fought in more than simply the physical elements of the battlefield. Among the most important of these are the media in which “the battle to win the narrative” will occur.

[...]The battle of the narrative must involve a sophisticated understanding of the enemy and how he will attempt to influence the perceptions not only of his followers, but the global community. His efforts will involve deception, sophisticated attempts to spin events, and outright lies.

[...]*At the end of the day, it is the perception of what happened that matters more than what may actually have happened. Dominating the narrative of any operation, whether military or otherwise, pays enormous dividends.* (JOE, 2008:39; énfasis agregado)

En un primer momento analizo las retóricas que se impulsan sobre la Fuerza Pública (especialmente sobre las Fuerzas Militares), sobre las organizaciones insurgentes y sobre las mujeres en una y otras. Seguidamente abordo la retórica de la desmovilización y del humanitarismo, poniendo especial atención al lugar asignado a las mujeres guerrilleras. Para esto tomo algunas piezas audiovisuales, artículos y columnas de opinión de circulación masiva tanto a nivel nacional como internacional, por considerar que en ellos se hacen visibles aquellas retóricas estructuradas y socialmente producidas.

Finalmente, hago una referencia especial al periodo de gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010) y su Política de Seguridad Democrática, por ser el lapso en la historia reciente de Colombia en que se arraigaron en gran parte de la población los imaginarios vigentes acerca de las organizaciones insurgentes, a través de una asociación intrínseca entre la categoría “terrorismo” y la oposición al Estado (por el pensamiento o por las armas). Esto no significa de ningún modo que los gobiernos que lo antecedieron o precedieron no hayan influido en la configuración de los mismos, de hecho esta política –aunque con diferencias de forma, acentuadas desde el inicio de los Diálogos de Paz en 2012– ha sido continuada por

el actual presidente Juan Manuel Santos, que se desempeñó como ministro de defensa durante el gobierno Uribe entre julio de 2006 y mayo de 2009.

Algunos puntos del análisis están inspirados en literatura sobre dispositivos culturales (Abu Lughod, Alexander), así como sobre humanitarismo y su carácter político en el mundo actual (Agier, Bradol, Fassin).

### **“Los héroes en Colombia sí existen”. Las Fuerzas Militares como “héroes de la patria”**

Como parte de la producción de un orden simbólico y de estructuras culturales polarizadas entre el bien y el sagrado-mal (*sacred-evil*)<sup>35</sup> (Alexander, 2003), en Colombia se ha hecho un gran esfuerzo desde el Estado y las clases dominantes para construir una imagen de la Fuerza Pública –y especialmente de las Fuerzas Militares– asociada al heroísmo, exaltando valores propios de la guerra como el honor, la lealtad y la fuerza. En términos de la propaganda auspiciada por el mismo Ejército Nacional, las Fuerzas Militares son presentadas como “héroes de la patria”, guardianes de la seguridad del país, encargadas por ende de eliminar cualquier amenaza terrorista.

Los símbolos más recurrentes son los helicópteros, las montañas, la selva y la densa vegetación. Bajo la concepción implícita de que el conflicto armado se libra en territorios rurales, los medios masivos presentan soldados fuertes que evocan la imagen de Rambo, aquel veterano de la Guerra de Vietnam, gran Boina Verde invencible, experto en todas las técnicas de supervivencia y lucha contraguerrillera. Sin embargo, en la vida real la mayoría de los soldados colombianos están muy lejos de parecerse a aquel héroe estadounidense.

Aunque existe un número importante de soldados profesionales y de fuerzas especiales, la inmensa mayoría de militares que están en “el monte” combatiendo a la insurgencia son jóvenes cercanos a los 18 años que han sido reclutados como parte del servicio militar obligatorio o que han visto en el mismo la única opción ante la falta de oportunidades para estudiar o trabajar. En el caso del Ejército colombiano, una parte considerable del pie de fuerza está conformado por quienes están prestando el servicio militar obligatorio, representando el 84% de la fuerza en 2005 (Castellanos, 2011:122). En 1990, a la categoría de *soldado regular* –quien presta el servicio militar, por lo general 24 meses, sin haber terminado su bachillerato– se suma la de *soldado bachiller*, ubicados sobre todo en guarniciones urbanas. Según Juan Manuel Castellanos,

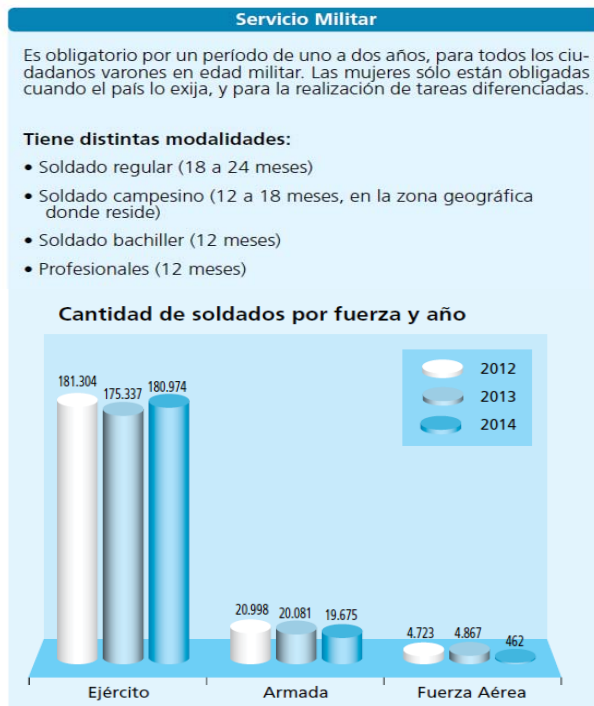
A partir de 2003 se incorporan cerca de catorce mil *soldados campesinos* quienes prestarían preferencialmente su servicio militar en las mismas zonas de residencia. Esta es una categoría en la que se incluyen también *remisos*

---

<sup>35</sup> “Sacred-evil [...] suggests that defining radical evil, and applying it, involves motives and relationships, and institutions, that work more like those associated with religious institutions than with ethical doctrine. In order for a prohibited social action to be powerfully moralized, the symbol of this evil must become engorged. An engorged evil overflows with badness. Evil becomes labile and liquid; it drips and seeps, ruining everything it touches” (Alexander, 2003:67).

*urbanos*, quienes *prestan* su servicio militar también en 24 meses. El pie de fuerza del Ejército ha tenido un incremento en saltos, similar al pie de fuerza total de las fuerzas armadas, pues es la principal fuerza en tamaño. Parte de cuarenta y siete mil efectivos en 1958, se incrementa a cien mil en 1988 y a partir de 1994 mantiene una tendencia de crecimiento que se pronuncia de manera sostenida a comienzos del 2000, hasta llegar en agosto de 2008 a una cifra cercana a doscientos veinte y seis mil uniformados (Ibídem; énfasis agregado).

Lo anterior evidencia que el Ejército colombiano no es en su conjunto un ejército



**Gráfico 1.** Servicio militar. Tomado de: (Donadio y Tibiletti, 2014:172)

profesionalizado, y su composición está directamente relacionada con la realidad del país: quienes están ahí lo hacen obligados por el Estado (a través del servicio militar obligatorio) o ingresan voluntariamente, muchos por la falta de oportunidades. Como se verá en el siguiente capítulo, tal falta de oportunidades también puede llegar a ser una razón para que jóvenes ingresen a las filas guerrilleras o en general a cualquier espacio donde exista una promesa de mejores condiciones.

Esta composición del Ejército colombiano no está muy presente en la imagen que circula del mismo y de la Fuerza Pública en su conjunto, pues en los videos y piezas publicitarias los soldados que se

muestran aparentan ser mucho mayores de 18 años, lo que supone cierto grado de madurez y profesionalización.

La imagen de honor de la Fuerza Pública se construye en contraposición a la imagen de las organizaciones insurgentes, resaltando el valor que tienen los hombres que integran las primeras al poner en riesgo su vida y estar dispuestos a perderla en nombre de proteger a la población y a la moral nacional.

En varias piezas audiovisuales, disponibles en canales de youtube del Ejército Nacional, aparecen soldados en acción (desde helicópteros, en la selva tras un árbol, en medio de las montañas, ayudando a los niños) que hablan a la cámara dirigiéndose a la población que habita el campo. Con el rostro sudoroso le preguntan a un campesino cualquiera (que se supone es quien está viendo el video) por la esposa, por su familia, por el crédito que ha hecho, por la tierra. Todos estos videos terminan con el soldado diciendo “¿sabe una cosa? Yo a usted



no lo conozco pero estoy dispuesto *a dar la vida por usted*", y después aparece el texto "los héroes en Colombia sí existen"<sup>36</sup>.

En otro vídeo se muestra el abordaje de un helicóptero militar mientras una voz en off dice: "En este helicóptero se está evacuando una unidad del Ejército, un artillero, un oficial, un suboficial, dos enfermeros. Y también va quien atentó contra ellos y el país (mientras muestran la imagen de un supuesto guerrillero tendido en una camilla, al que le están suministrando oxígeno). Solo un héroe protege la vida, *sin importar la de quién*. Los héroes en Colombia sí existen"<sup>37</sup>.

Al mostrar la protección a la vida y la atención médica que brindan los soldados a quien ha "atentado" contra el país y la nación –que encarna en ese momento la amenaza a la seguridad nacional–, el video presenta al Estado y sus Fuerzas Militares como imbuidos de valores humanitarios y respetuosos de las normas del Derecho Internacional Humanitario.

Otro video, titulado "Los héroes en Colombia están vestidos de honor", muestra operaciones militares en tierra, mar y aire, soldados que se maquillan de camuflaje, familias, niños y niñas. La voz en off del narrador resalta con tono poético y de película el carácter heroico de las Fuerzas Militares:

Dicen que sus corazones *están llenos de amor*, que son tan grandes que tienen lugar de sobra *hasta para sus enemigos* [...] Son gigantes, como árboles de mil años, y su sombra proyectada en la hojarasca anuncia con prudencia su llegada. Pero se ha visto que en las noches más oscuras ponen estrellas en el firmamento para revelarse (sic) de los escondidos durante sus viajes casi eternos. Sin importar lo duro del terreno, dejan a su paso caminos de esperanza que construyen un país y un mejor futuro [...] su piel tiene la fuerza del acero y dicen también que pueden leer la mente y hablar con ella si lo quieren.<sup>38</sup> (Énfasis agregado)

"Patria-Honor-Lealtad. Dios en todas nuestras actuaciones", otro de los vídeos del canal del Ejército Nacional, está acompañado de la descripción:

Patria Honor Lealtad son la trinidad que enmarca la grandeza de nuestra Institución y la promesa de nuestros hombres para lograr la grandeza de Colombia y la Fuerza. Por la patria *luchamos y morimos*, con honor actuamos y portamos nuestro uniforme, siempre siendo leales a nuestros principios, valores y a nuestras *oraciones patrias*.

"*Dios en todas nuestras actuaciones*" es ser conscientes que hay un ser superior que nos guía y nos da fortaleza para seguir adelante, es interiorizar que cuando *Dios impone una responsabilidad* se compromete a darnos las fuerzas para cumplir ese deber que Él ha asignado, es entender que *nuestra profesión*

---

<sup>36</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=8tXoFZtEb9s>. Publicado 03/05/15. Consultado 31/07/2015.

<sup>37</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=8tXoFZtEb9s>. Publicado 03/05/15. Consultado el 31/07/2015.

<sup>38</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=TwnGhQjeaSQ>. Publicado 20/01/15. Consultado el 31/07/2015.

*es un apostolado*, en la que hemos abrazado una vocación que implica servir con el mayor desprendimiento a los demás.<sup>39</sup> (Énfasis agregado)

Llama la atención de este video el discurso religioso que utiliza, borrando de tajo la supuesta distinción que debe existir entre el Estado y la Iglesia, declarada en Colombia por la Constitución Política de 1991 y por diferentes sentencias de la Corte Constitucional<sup>40</sup>. Esto constituye claramente una apelación al imaginario colectivo sobre lo sagrado de la Fuerza Pública y por ende el respaldo que merecen sus actuaciones en un país donde el 87,3% de la población adhiere al catolicismo (DANE, 2015b). Así, dichas actuaciones aparecen como un mandato divino y la profesión de los funcionarios como un apostolado<sup>41</sup>. El sentimiento nacionalista y la consecuente persecución por parte del Estado contra quienes se opongan –o sean sospechosos de oponerse– al régimen está basada en una compleja trama donde la clase y la historia de guerra del país, difundida desde lugares hegemónicos de poder, cumplen un papel importante y están atravesadas por la lógica de decretar quiénes le hacen bien a la nación y quiénes no, todo ello envuelto en la retórica del bien y del mal, de amigos y enemigos, de honor, conciencia, lealtad, de dios y el país, de la civilización y el caos primigenio (Alexander, 2003).

La campaña “Dejando Huellas” fue lanzada por el Ministerio de Defensa en junio de 2015 en varias ciudades importantes de Colombia para presentar una buena imagen del Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea y la Policía Nacional. El video promocional, en el que una voz dice con tono emocionado “así como yo me pongo en sus zapatos, ¿usted se pondría en mis botas?”<sup>42</sup> fue exhibido en las pantallas de las dos empresas de cine más grandes de Colombia, con presencia en todo el país y por los canales nacionales públicos y privados. El ministro de defensa Juan Carlos Pinzón presentó la campaña como

un homenaje a los hombres y mujeres de las Fuerzas Armadas que cada día, en cualquier parte del territorio colombiano, se ponen sus botas para garantizar la seguridad de los colombianos. Se trata de que les rindamos un homenaje a nuestros militares, a nuestros policías, a sus familias, por su trabajo abnegado, por hacer esa cantidad de cosas que ocurren en cualquier esquina del territorio nacional, en las selvas, en las montañas, en los ríos, en los mares, en cualquier lugar del territorio nacional [...] [La campaña] hace ese tránsito perfecto entre unas Fuerzas Armadas que todos los días dejan huella en Colombia, que significa desarrollo, progreso, seguridad y paz real, la paz de verdad que han venido construyendo nuestros militares y policías, pero lo más interesante es que dejan huella para proyectar a Colombia hacia un mejor futuro (JEJIN, 2015).

---

<sup>39</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=gYwrTpGFSg4> . Publicado 20/06/14. Consultado el 31/07/2015.

<sup>40</sup> Al respecto revisar artículos 18 y 19 de la CPN de 1991 y las sentencias de la Corte Constitucional C-766 de 2010 (acerca de un proyecto de ley para exaltar a un municipio de Antioquia como ciudad santuario) y C-350 de 1994 (que declara inexequible la consagración del país al 'sagrado' corazón de Jesús).

<sup>41</sup> Vale resaltar que la simbiosis Estado-Iglesia que hace explícita este video, forma parte fundamental de la política del Estado y de sus gobiernos locales, regionales y nacional.

<sup>42</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=-Gz5D1iistk>. Publicado 03/06/15. Consultado 31/07/2015.

Estos videos dan cuenta de los elementos relevantes en la imagen que desde el Estado se construye sobre la Fuerza Pública, en la que prima el discurso moral del humanitarismo y de respeto a los derechos humanos, en un intento por monopolizar la retórica sobre las Fuerzas Armadas. Hacia dentro y fuera del país, intenta posicionarse una imagen impoluta de la Fuerza Pública que no está atravesada por la intención de eliminar al enemigo sino de corregirlo para incorporarlo a la nación. Según esta retórica, las instituciones armadas del Estado son neutrales, su acción trasciende cualquier interés porque lo que prima es el respeto a la vida, sin importar que el otro sea un opositor.

Las fuerzas armadas, diseñadas para matar, visten ahora el ropaje del amor, usan el discurso del amor. Dar la vida por alguien que no se conoce (la población) y respetar la vida sin importar de quién se trate (incluso un guerrillero) sería la mayor muestra de aquel amor. La idea de dios, patria y religión asociada al uso de las armas cumple un papel fundamental en los medios simbólicos de producción de sentido, en cuanto matar aparece como vocación legítima. Patria, honor y lealtad se presentan como una trinidad, en analogía directa al discurso de lo sagrado. Así como el amor logra trascender los conflictos, lo sagrado adquiere la misma capacidad, elevando en la retórica la actuación de las fuerzas armadas por encima de los intereses de clase, políticos o particulares y presentándola como algo deseable y útil para todos. Estas son las formas que adquieren los justificantes de la acción armada del Estado, en las que “se apela a Dios, a la moral, a las leyes de la naturaleza, a las exigencias de la razón [o del amor], y se desarrollan sobre esta base amplios sistemas de concepciones de la vida, de la naturaleza de los hombres [y mujeres] y de su conducta” (Suchodolski, 1965:22).

La necesidad de agitar como bandera estos justificantes obedece, entre otras cosas, a un contexto internacional en el que cada vez se hace más difícil admitir abiertamente la violencia física y a la presión que se ejerce para que los Estados respeten los tratados internacionales de derechos humanos. Ante organismos como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y otras instancias financieras dirigidas desde Estados Unidos<sup>43</sup> y la Unión Europea, resulta favorable para acceder a créditos y programas de “ayuda” económica la imagen de un Estado respetuoso de los derechos humanos, que parecen convertirse en moneda de cambio.

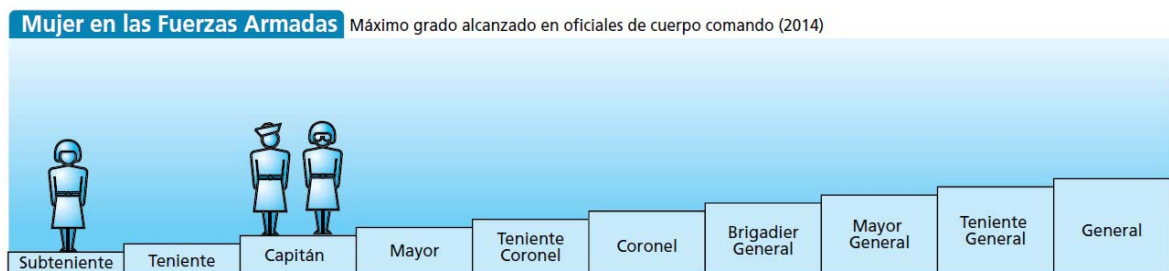
---

<sup>43</sup> Como plantea Cynthia Cockburn en su estudio sobre las mujeres en el conflicto colombiano, “El gobierno estadounidense agrava la violencia en Colombia. En su agenda hay tres objetivos: asegurar la región contra la insurgencia izquierdista; proteger el petróleo para Estados Unidos y otros intereses comerciales; detener el flujo de narcóticos hacia los mercados estadounidenses. En 2004 [...] Estados Unidos donó 680 millones de dólares en ayuda, colocando a Colombia entre los cinco primeros países del mundo respecto al volumen de asistencia militar estadounidense recibida (Human Rights Watch, 2004b). El Comando Sur estadounidense tiene un personal militar de 1.500 efectivos en el país. Su enfoque del problema de la droga incluye programas de fumigación desde el aire que destruye, junto a las plantas de coca, los cultivos de subsistencia y la salud de los habitantes.” (Cockburn, 2009:44).

## Las mujeres en la Fuerza Pública

En relación con la retórica de los “héroes de la patria”, emerge el discurso sobre las mujeres en las Fuerzas Militares colombianas, cuya existencia se muestra como un indicador del avance de la igualdad entre hombres y mujeres, en similar sentido como lo han planteado algunos países del Cono Sur de América Latina (Frederic y Calandrón, 2015). Esto en el marco de diversas contribuciones de organizaciones internacionales, como las Naciones Unidas<sup>44</sup>, que han buscado presentar como crucial el papel de las mujeres en la construcción de paz, reafirmando la importancia de la cuestión de género en la presentación de las Fuerzas Armadas como modernas y democráticas.

Hacia noviembre de 2012 un senador del Partido Liberal puso sobre la mesa la propuesta de extenderlo a las mujeres que alcanzaran la mayoría de edad, a propósito de la “búsqueda de la equidad de género”. Sobre el tema, el senador señaló como ejemplo el caso de Israel, donde “hay un entrenamiento para las mujeres, ellas participan en las operaciones militares y ‘es prácticamente igual que los hombres’.” (El Espectador, noviembre 14 de 2012).



**Imagen 1.** Mujer en las Fuerzas Armadas. Tomado de: (Donadio y Tibiletti, 2014:172)

En comparación con las referencias que aparecen en los medios masivos de comunicación sobre las mujeres en las organizaciones guerrilleras, poca es la información que circula sobre las mujeres en las Fuerzas Militares colombianas. Hay amplias diferencias en el discurso utilizado para aludir a unas y otras. Los apartes de videos y artículos de diarios que se mencionan a continuación son útiles para ilustrarlo.

Sobre Luz Marina Bustos, primera mujer en alcanzar el grado de General en las Fuerzas Armadas, se dice en un artículo de El Tiempo<sup>45</sup>, el diario de mayor circulación nacional en Colombia actualmente:

<sup>44</sup> La resolución 1325 de la ONU, aprobada en el año 2000, “reaffirmed the crucial role of women in the prevention and resolution of conflicts, peace negotiations, peace-building, peacekeeping, humanitarian response and post-conflict reconstruction, and stresses the importance of their equal participation and full involvement in all efforts for the maintenance and promotion of peace and security” (Frederic y Calandrón, 2015:1).

<sup>45</sup> El Tiempo fue fundado en 1911. Durante siete años fue el único diario de circulación nacional, dado que El Espectador se convirtió en semanario entre 2001 y 2008. Su propietario exclusivo es el grupo económico liderado por Luis Carlos Sarmiento Angulo (catalogado en 2013 por Bloomberg TV como el quinto banquero más rico del planeta y en 2014 por Forbes como el multimillonario más rico de Colombia), que en 2012 le compró su parte al Grupo Planeta de España, a los

Cuando tuvo mando en la Escuela de Cadetes General Santander, uno de sus comandantes le dijo que sólo debía mandar mujeres porque su voz y sus actitudes podrían confundir a los hombres. Hoy parece ser la excepción a la regla. Con el trabajo de 29 años en la Policía *logró destacarse* entre 25 hombres que también aspiraban a uno de los 10 cupos para el máximo grado dentro de la institución.

"Cuando se abrazan sueños uno lucha y la persistencia es lo único que no se puede dejar", asegura la coronel Bustos al recordar que el inicio no fue grato ni fácil por el machismo que se vivía en la institución. [...]"Creo que ahora que se dieron las cosas *seré una mujer estricta* en mis decisiones y mi trabajo, *muy comprometida* con la responsabilidad que tenga", asegura.

Ahora dejará su actual cargo para empezar el curso de ascenso y en noviembre del 2009 recibir su primer sol. "Una bendición y un privilegio infinito para *compartir con todas las mujeres de Colombia*", dice y asegura que su caso es un mensaje para que las mujeres que hacen parte de la Fuerza Pública *compitan a la par* por los cargos de los hombres, sin renunciar nunca a sus convicciones. (El Tiempo, noviembre 3 de 2008; énfasis agregado)

Sobre la misma mujer, El Espectador<sup>46</sup>, segundo diario más importante a nivel nacional expresa:

La coronel Luz Marina Bustos es *la primera mujer*, de las más de 8.000 que integran la Fuerza Pública colombiana, en llegar al máximo de la carrera militar y policial. En la Policía estudió Derecho y se especializó en Derecho Administrativo, y *en la misma institución conoció a su esposo*, un coronel retirado con quien tiene tres hijos. En su hoja de vida *se destaca* una especialización en vigilancia, 19 *reconocimientos* y 43 *felicitaciones* por sus servicios. Además fue agregada de la Policía ante el Gobierno de Panamá. (El Espectador, abril 28 de 2009; énfasis agregado)

Acerca de la teniente de corbeta Lenys Lozano Castrillón, primera mujer oficial piloto de la Armada Nacional, El Tiempo afirma:

En ese momento descubrió que quería ser piloto, confiesa Lenys, pues aunque siempre vivió *enamorada de los aviones*, no le veía mucha gracia a pilotear para transportar pasajeros. [...] *después de aprobar exigentes pruebas físicas, psicológicas y de conocimiento*, se graduó de piloto naval, para orgullo de su padre y de su hermano mayor, quienes ven con admiración que Lenys, la más pequeña, la más consentida y aparentemente la más indefensa de la familia, *alcanzó un logro hasta hoy reservado para 'varones'*. (El Tiempo, julio 15 de 2012; énfasis agregado)

---

accionistas Abdón Espinosa Valderrama y miembros de la familia Santos (familia del actual presidente de Colombia Juan Manuel Santos Calderón).

<sup>46</sup> El Espectador fue fundado en 1887, siendo el diario más antiguo en Colombia y uno de los más antiguos en América. Es la principal competencia de El Tiempo. Entre 2001 y 2008 afrontó una crisis económica que lo convirtió en semanario. En 1994, fue considerado por Le Monde uno de los ocho mejores diarios del mundo. Desde 1997 su mayor accionista es el Grupo Industrial Bavaria y Valórem, fundados por Julio Mario Santo Domingo, que controlan más de 100 compañías alrededor del mundo, entre ellas Caracol Televisión.

En un video de Youtube de 2013 de las Fuerzas Militares, aparece como Teniente de Fragata Lenys Lozano Castrillón afirmando:

El hecho de ser mujer para mí no fue ningún impedimento de poder pertenecer a la aviación naval. El hecho de que no existían mujeres precisamente no se había dado de pronto la oportunidad, pero las mujeres siempre se han abierto las puertas para que las mujeres podamos pertenecer a la aviación naval<sup>47</sup>.

Como puede notarse, el lenguaje que se utiliza para referirse a estas mujeres conserva un tono sobrio, en ningún momento se hace alusión a su aspecto físico y se resaltan las aptitudes que les han permitido alcanzar el lugar que ocupan, el reconocimiento es un logro propio. Ellas se enamoran primordialmente de su trabajo, sus parejas no son un motivo para ingresar a las organizaciones, porque las conocen estando ahí. Nadie habla por ellas porque su voz aparece en primera persona dentro de la información consignada y se presentan como un ejemplo para las mujeres colombianas de lucha por la paridad y de apertura de espacios en lugares tradicionalmente reservados a los ‘varones’.

Como piezas más recientes, pueden mencionarse algunos videos disponibles en internet acerca de la participación de las mujeres en las diferentes instituciones de la Fuerza Pública.

En el canal de Youtube de las Fuerzas Militares de Colombia aparecen varios videos relacionados con lo anterior. Uno se titula *Madre y militar, un trabajo para mujeres fuertes, valerosas y decididas*, y muestra un día en la cotidianidad de la Técnico Subjefe Marisol Parra Rodríguez, jefe de Atención Ciudadana de la Fuerza Aérea Colombiana. La voz narradora resalta sus virtudes de amor y dulzura de madre, que se combinan con su trabajo militar aguerrido. Después de que el narrador dice “ser madre es sinónimo de ser capaz y la técnico subjefe sí que lo demuestra”, Marisol Parra habla ante la cámara: “nosotras las mujeres por lo general ya somos unas personas que salen más que preparadas, pareciera que ya viniéramos pues con el manual [para ser madre]”<sup>48</sup>. Esta mujer expresa sus sentimientos de poderío y de control por integrar las Fuerzas Militares, que son reforzados por el apoyo que le brinda su familia (en contraste con lo que supuestamente ocurre con las familias de las mujeres guerrilleras), donde hay más miembros de las FFMM. El narrador desataca cómo esta mujer logra combinar la belleza femenina con el tesón y la responsabilidad, constituyendo un ejemplo de profesionalismo en un ámbito masculinizado.

Otro video del canal del Ejército Nacional, titulado “Mujer con mando de tropa en el Ejército Nacional de Colombia”, presenta a la subteniente Angélica Vanesa Rico, comandante de la Cuarta División en el departamento de Guaviare, definida como mujer “guerrera y luchadora”, ejerciendo su autoridad sobre una tropa de varios soldados (varones) que están prestando servicio militar. En el video se afirma que

---

<sup>47</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=5rAwbWdc1ug>. Publicado 02/04/2013. Consultado 31/07/2015.

<sup>48</sup> Ver video: <https://www.youtube.com/watch?v=VotQugucAv4>. Publicado el 16/05/2014. Consultado el 31/07/2015.

ha hecho un curso avanzado de combate, curso de paracaidismo y curso de liderazgo en Estados Unidos. La subteniente expresa:

Nosotros llevamos como ese patriotismo dentro de nosotros. Yo no pude vivir la vida militar mucho de ellos [su familia] porque ellos se retiraron cuando yo tenía nada más un año... Yo decidí ingresar a la escuela como en formación de 4 años porque nosotros somos el primer curso de mujeres que entra de 4 años porque yo quería vivir esto, quería vivir qué era estar con los soldados, quería pertenecer a compañías donde pudiera *tener la voz de mando*, organizar ... ya que verlos por televisión me parecía algo muy bonito.

Los soldados me dicen “no mi teniente, es que yo le copio es por su voz de mando y también es *porque yo veo reflejada a mi mamá*...entonces como mujer es ver a mi mamá como si me estuviera mandando y dando órdenes a mí”. Entonces obviamente es el respeto hacia la mujer que uno les debe enseñar desde un principio, de que por el hecho de que uno sea mujer no es que lo vayan a irrespetar ni de pronto pensar cosas en las que no se deben pensar porque uno es mujer.

*Mostrar que nosotras podemos hacer las mismas cosas que los hombres, obviamente sin perder nuestra feminidad.*

Las señoras, digamos como mujer, me dicen “bueno, nosotros sentimos que nuestros hijos están más seguros porque está el Ejército, entonces ellos ya salen al parque y más que ven a una mujer. Yo nunca había visto a una mujer militar”, entonces para ellas es un orgullo y para muchos hombres también, que fueron tanto como reservistas, que prestaron el servicio militar, me dicen “*es un orgullo para nosotros como reservistas o como que prestamos el servicio militar ver a una mujer en el mando*”<sup>49</sup>. (Énfasis agregado).

En aquellas palabras de la subteniente “nosotras podemos hacer las mismas cosas que los hombres, obviamente sin perder nuestra feminidad”, se condensa el elemento que marca la distinción con el enemigo, a través de una feminidad que logra permanecer inalterada aunque se actúe en contextos masculinizados. Las mujeres de la Fuerza Pública aparecen sin fisuras, firmes en su condición de mujeres delicadas y familiares, que son madres o quieren serlo, que comparan su trabajo con el rol de cuidado y dirección maternal, que logran equilibrar la tenacidad con la ternura. Todo esto contrario a lo que sucedería con las mujeres guerrilleras, que en la retórica del Estado, de los medios masivos y de los demás actores que participan en esta batalla simbólica, se han convertido prácticamente en sujetos masculinos.

### **Las organizaciones insurgentes como “terroristas”**

Aunque las piezas analizadas no hayan surgido en su totalidad durante el periodo de gobierno presidencial de Álvaro Uribe Vélez<sup>50</sup> (2002-2010), es necesario

---

<sup>49</sup> Ver video: <https://www.youtube.com/watch?v=G7-sJrgRa6M>. Publicado 19/01/2015. Consultado 31/07/2015.

<sup>50</sup> Álvaro Uribe Vélez había sido gobernador del departamento de Antioquia entre 1995 y 1997 (en esa época los gobiernos departamentales duraban dos años) y bajo su mandato había

mencionar que durante el mismo en la retórica sobre las organizaciones insurgentes llega a ocupar un lugar central la categoría “terrorista”, haciéndose hegemónica, con connotaciones muy específicas que no desaparecieron con el fin de su mandato. Esto como parte fundamental de la Política de Seguridad Democrática (amparada por el Plan Colombia), la principal bandera de un gobierno que tomó fuerza en un contexto internacional donde se desarrolla la nueva etapa de lucha global contra el terrorismo –a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos<sup>51</sup> y un contexto nacional atravesado por la frustración que dejaba el fracaso del proceso de paz entre el entonces expresidente Andrés Pastrana y las FARC-EP<sup>52</sup>.

Desde el Estado se sostenía que la principal amenaza a la estabilidad del Estado y la democracia colombiana era el “terrorismo” de las organizaciones insurgentes y que la lucha contra las mismas requería la colaboración de todos y todas las ciudadanas y de la comunidad internacional, fijando en el imaginario de la sociedad colombiana el binomio de polarización social “ciudadano de bien” y “terrorista”<sup>53</sup>.

A través de estas políticas, ante el Estado se convertía en terrorista en potencia o terrorista de facto cualquiera que ejerciera oposición desde el pensamiento o desde la acción contra el gobierno de turno, o incluso cualquiera que habitara zonas de conflicto. En relación con este punto, cabe volver sobre mi propia experiencia intentando entrar a la cárcel (descrita en el capítulo anterior), donde se materializaba aquella condición social en la que todos estaban bajo sospecha, una sospecha que era real y de la escapar se hacía casi imposible.

---

implementado las CONVIVIR –definidas como cooperativas de vigilancia y seguridad privada para la autodefensa agraria–, impulsadas por políticos y empresarios, que sirvieron como marco legal para que grandes hacendados defendieran sus tierras por cuenta propia, lo que no era otra cosa que un accionar paramilitar respaldado por la ley.

<sup>51</sup> “La política estadounidense favorece a los gobiernos colombianos de derecha, como el del actual presidente Álvaro Uribe, ampliamente criticado por organizaciones locales e internacionales de derechos humanos. Uribe comprometió a Colombia en la coalición de Bush para invadir Iraq. Desde el 11 de septiembre de 2001 estamentos oficiales de Estados Unidos denuncian en forma retórica los lazos entre las FARC y Al Qaeda y alientan la idea de que el terrorismo en Colombia es en realidad otro legítimo objetivo en la «guerra internacional contra el terror» (Tate, 2004)” (Cockburn, 2009:44)

<sup>52</sup> El 7 de noviembre de 1998 se creó la zona de distensión en San Vicente del Caguán (departamento de Caquetá), con el fin de posibilitar los diálogos entre las FARC-EP y el gobierno, que iniciarían el 7 de enero de 1999. Iniciando el año 2002 Colombia estaba viviendo el fracaso de intentar una vez más la solución política al conflicto armado. El 21 de febrero de tal año, después de repetidas crisis que mantenían el ambiente en tensión, el gobierno de Andrés Pastrana decide poner fin al accidentado proceso de diálogos con las FARC-EP que se desarrollaban oficialmente desde el 7 de enero de 1999. Con la orden de finalizar los diálogos, el entonces presidente ordenó a las Fuerzas Armadas ocupar la zona de distensión, que comprendía 42.000 kilómetros cuadrados, en los municipios de La Uribe, Mesetas, La Macarena y Vista Hermosa en el departamento del Meta, y San Vicente del Caguán en el departamento del Caquetá.

<sup>53</sup> Términos que utilizaba Álvaro Uribe y los medios de comunicación para referirse a quienes apoyaban su gobierno y a quienes se oponían a él. En varios de sus discursos repetía “En las sociedades democráticas no hay neutralidad de los ciudadanos frente al delito”, “no hay distinción entre policías y ciudadanos”.



En el caso de las telenovelas y series televisivas, a los temas típicos del amor y la historia eterna de la muchacha pobre que se enamora de un hombre rico, se suman temas asociados al conflicto armado y al narcotráfico como ejes importantes en torno a los que se ha construido la cultura colombiana.

Estas telenovelas y series son transmitidas en Colombia por los dos canales privados nacionales más importantes, que pertenecen a familias de gran poder en el país, ligadas en diferente medida con la familia del presidente Santos: RCN (grupo Ardila Lülle) y Caracol (grupo Clano Santodomingo). Igualmente son transmitidas en varios países por cadenas internacionales, aportando al posicionamiento de una imagen específica de Colombia por fuera de sus fronteras.

Llama la atención que la proliferación de este tipo de telenovelas y series se ha agudizado desde 2012, año en que inició el actual proceso de Diálogos de Paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP).

Paradójicamente, mientras el país se prepara para una posible salida política al prolongado conflicto armado, mediáticamente se incentivan simultáneamente los imaginarios contrainsurgentes, en relación con la retórica de los “héroes de la patria”. No por casualidad, la insurgencia y diferentes organizaciones, sectores y líderes sociales en el país han hecho el llamado a acompañar el “desescalamiento”<sup>54</sup> militar del conflicto armado de un “desescalamiento” en el lenguaje y símbolos manejados por los medios masivos de comunicación.

Cabe mencionar que la mayoría de las telenovelas y series que se mencionan han sido producidas directamente o en asociación con empresas estadounidenses como Fox Broadcasting Company, y algunas de ellas antes de ser transmitidas en Colombia se emitieron en Estados Unidos y en países de habla hispana donde Estados Unidos tiene una influencia importante –como Puerto Rico, Honduras, Panamá, República Dominicana, Costa Rica y México– y en Ecuador, Uruguay y Nicaragua. Con intereses que trascienden al Estado colombiano, y en correspondencia con lo mencionado acerca de la relación entre la imagen del Estado y los recursos financieros a los que pueda tener acceso (como uno de dichos intereses), esto evidencia el carácter transnacional de los esfuerzos por posicionar la imagen de la Fuerza Pública como positiva, en contraposición a la imagen de las organizaciones insurgentes como terroristas.

*Comando Élite*<sup>55</sup> es una de las series orientadas al posicionamiento de la imagen positiva de la Fuerza Pública. Siendo una suerte de versión actualizada de la legendaria serie *Hombres de Honor*<sup>56</sup>, cuenta la historia de un coronel de la policía

---

<sup>54</sup> Este término empezó a utilizarse con frecuencia en el contexto de los Diálogos de Paz entre el gobierno nacional y las FARC-EP que se desarrollan en La Habana, Cuba, para referirse a la disminución en el nivel de confrontación.

<sup>55</sup> Fue producida por Dramax. Primero se emitió en Estados Unidos por Mundo Fox y desde octubre de 2013 hasta febrero de 2014 se emitió en Colombia por RCN Televisión. También se transmitió en Panamá, Estados Unidos, Puerto Rico y Honduras.

<sup>56</sup> Realizada por el Ejército Nacional de Colombia y transmitida por canales privados de televisión entre 1995 y 1999. Esta serie tuvo amplia difusión y marcó el imaginario sobre las Fuerzas Militares y la insurgencia de varias generaciones.

que ha perdido a su hijo en un atentado realizado por la guerrilla, quien dirige un comando integrado por un selecto grupo de analistas, hombres jungla del Ejército Nacional y agentes secretos que deben arriesgarlo todo para capturar a los delincuentes más poderosos del país, entre los que figuran las organizaciones guerrilleras. Varios de sus capítulos están dedicados a uno de los sucesos de mayor orgullo en la lucha contrainsurgente: el asesinato de Jorge Briceño “Mono Jojoy”, comandante guerrillero e integrante del Secretariado de las FARC-EP, producido en un bombardeo perpetrado por la Fuerza de Tarea Conjunta Omega de las Fuerzas Militares en la madrugada del 23 de septiembre de 2010 como parte de la denominada “Operación Sodoma”<sup>57</sup>, autorizada por el presidente Juan Manuel Santos en una visita a la Base Militar de Larandia<sup>58</sup>, en el departamento de Caquetá.



Imagen 2. Serie de televisión *Comando Élite*.

No es fortuito que la serie aborde este hecho y lo reproduzca de forma ficcional<sup>59</sup>, pues fue un acontecimiento al que los medios masivos de comunicación dedicaron un intenso cubrimiento, presentándolo como una gran victoria patriota, como una acción heroica del Ejército en la lucha contra el terrorismo, en un intento por legitimarlo como un paso importante y necesario para eliminar la amenaza terrorista a la seguridad nacional. Durante varios días las pantallas de televisión colombianas permanecieron inundadas día y noche con imágenes del cuerpo sin vida y ensangrentado del comandante, de las más de veinte personas asesinadas, del territorio devastado por las bombas inteligentes de 500 libras *made in USA*. Desde Nueva York, estando en la Asamblea General de las Naciones Unidas, el presidente Juan Manuel Santos publicó desde su teléfono el mensaje “La baja de ‘Jojoy’ es como haber capturado a Osama bin Laden”.

---

<sup>57</sup> En esta operación, llamada así porque iba a “atacar el corazón de la maldad en Colombia”, se utilizaron “30 aviones supertucano, 15 helicópteros del Ejército y de la FAC, 14 helicópteros Black Hawk de la Policía, 600 hombres que descienden sobre el lugar preciso en el sitio conocido como La Escalera, 50 bombas ‘*inteligentes*’ de 250 kilogramos suministradas por la ‘*generosidad gringa*’, 7.000 mil hombres que conformaron un gigantesco anillo para ‘*...impedir ayuda de otros frentes*’” (Medina, 2010).

<sup>58</sup> El Fuerte Militar Larandia, base militar conjunta del Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada, es una de las siete bases militares entregadas por Colombia a Estados Unidos mediante acuerdo militar firmado en 2009 entre Álvaro Uribe Vélez y Barak Obama, como parte del Plan Colombia. Desde esta base, junto a las de Cartagena, Malambo, Palanquero, Apiay, Bahía Málaga y Tolemaida, operan tropas estadounidenses, en el marco de la “lucha contra el narcotráfico y el terrorismo”.

<sup>59</sup> Ficcional en cuanto la totalidad de las escenas no son en tiempo real.

Que el máximo jefe del Estado comparara públicamente a un comandante guerrillero con Osama bin Laden tenía una carga simbólica potente, pues era un



Imagen 3. Pantallazo de un video de Youtube que muestra el lugar donde se efectuó la *Operación Sodoma*.

mensaje sobre la gran amenaza “terrorista” que representan las organizaciones insurgentes no solo para Colombia sino para el mundo entero, y además constituía un espaldarazo a la lucha “antiterrorista” desplegada desde Estados Unidos, con clara injerencia en Colombia y en el llamado *tercer mundo*. Igualmente el mensaje intentaba transmitir la idea del poderío del Estado

colombiano y del presidente del país, basado en su gran capacidad de eliminar una amenaza para la paz mundial tan peligrosa como Osama bin Laden.

Como ocurrió en este caso, es usual que cuando se asesinan insurgentes se produzca un intenso despliegue mediático donde la vida pierde su valor absoluto y



Imagen 4. Pantallazo del noticiero RCN que muestra la imagen del monitor de un avión de la Fuerza Aérea Colombiana señalando el objetivo donde se descargarán toneladas de explosivos, en el marco de la *Operación Sodoma*.

se relativiza dependiendo de quién se trate. Si son soldados se habla de “asesinato” y “crimen”, la patria se llena de indignación y coraje; si son guerrilleros se utilizan eufemismos como “dar de baja” y “neutralizar”, el nacionalismo se alimenta de orgullo y triunfalismo. Esas son las caras de una misma moneda que coexisten en los imaginarios colectivos y los medios masivos de comunicación, en una relación entre unos y otros

que adquiere múltiples sentidos. Las normas de censura pierden sus márgenes, ya no importa la franja horaria ni se advierte “este programa puede contener escenas de sexo o violencia” ni “los niños deben estar en compañía de sus padres”. La muerte del enemigo, como política de Estado, se convierte en espectáculo.

La serie de televisión *Tres Caínes*<sup>60</sup> combina hechos reales con ficción para contar la historia de los paramilitares Carlos Castaño, Vicente Castaño y Fidel Castaño. *Tres Caínes* propone la idea del paramilitarismo como resultado del accionar de la guerrilla, omitiendo la responsabilidad directa del Estado en su nacimiento y perpetuación<sup>61</sup>. Según el libreto utilizado, el paramilitarismo surge como reacción de los hermanos Castaño ante el asesinato de su padre (adinerado ganadero) por las FARC-EP<sup>62</sup>.

Una serie más reciente, con alto contenido simbólico sobre las Fuerzas Militares, las organizaciones insurgentes y las mujeres que las integran, es *El Estilista*<sup>63</sup>, que mezcla elementos policíacos con la acción y la ficción. Afirma estar basada en hechos reales y muestra la historia de un empresario que fue “secuestrado” por una organización guerrillera y debió convertirse en peluquero para “estar cerca de los comandantes guerrilleros, para así averiguar dónde lo tienen cautivo y encontrar la manera de contactar a su hermano militar”<sup>64</sup>.

De la mano de la construcción de la imagen de la insurgencia aparece la construcción de la imagen de la Fuerza Pública como héroes, encarnada en el hermano que salva al protagonista de la historia, un capitán de inteligencia militar adiestrado por Boinas Verdes estadounidenses, que tomó cursos de Ranger en los Estados Unidos, el de Lancero en la base militar de Tolemaida<sup>65</sup> y el legendario curso de Kaibil en Guatemala. Todo un monumento al imperialismo en las Fuerzas Militares.

---

<sup>60</sup> Transmitida por RCN Televisión entre marzo y junio de 2013, fue replicada en Estados Unidos, Puerto Rico, Panamá, Ecuador, Uruguay, Nicaragua, República Dominicana, Costa Rica y México.

<sup>61</sup> Sobre el fenómeno paramilitar, vale decir que en sus orígenes el Estado tuvo participación directa. En febrero de 1962, unos años antes del Acta de Inmigración y Nacionalidad y del surgimiento oficial de las guerrillas colombianas, la Misión Yarborough del Ejército de los Estados Unidos visita Colombia, dejando consignadas directrices secretas<sup>61</sup> a raíz de las cuales el Estado adoptó una estrategia contrainsurgente paramilitar atravesada por una mirada de la población civil como vinculada a la guerra y como blanco principal de la guerra contrainsurgente (Robles, 2012).

<sup>62</sup> Esta serie recibió múltiples críticas y hasta acciones de oposición –como un plantón frente a la programadora y una cuenta en Facebook contra la serie con más de 15.000 seguidores– por ser considerada una explotación comercial de la violencia y por revictimizar a la gran cantidad de personas que han sido afectadas por el paramilitarismo al descontextualizar y tergiversar los hechos.

<sup>63</sup> Transmitida por el canal privado RCN Televisión entre junio y octubre de 2014 y replicada por cadenas de televisión en Estados Unidos, Puerto Rico y México.

<sup>64</sup> Descripción del sitio virtual del canal RCN. <http://www.canalrcn.com/exclusivas/eventos/tv-y-novelas/articulo-video/el-estilista-nominada-serie-favorita-exclusivas-4026>. Consultado 18/09/2015.

<sup>65</sup> La base militar de Tolemaida está ubicada en el municipio de Melgar, departamento de Tolima, a 112 kilómetros de Bogotá, la capital de Colombia. Es un centro de entrenamiento militar contraguerrilla y una de las siete bases entregadas a Estados Unidos como parte del Plan Colombia. En términos geopolíticos es fundamental por su ubicación central, que la convierte en un punto donde pueden efectuarse con agilidad operaciones que impliquen desplazamiento aéreo, dirigidas a países vecinos o a otras regiones del país.



Imagen 5. Telenovela *El Estilista*.

No es casualidad que justo en un contexto de diálogos de paz aparezca esta producción, que muestra un momento histórico del país en 2002 cuando se rompe el proceso de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las FARC-EP, lo que según RCN coincide “con el empeoramiento de las condiciones de los secuestrados [...], haciendo cada vez más imposible un escape” (RCN, 2014).

Los guerrilleros son presentados como seres inhumanos, corruptos y sin ideología. Entre los personajes aparecen varias mujeres, quienes encarnan la imagen de la mujer guerrillera construida en Colombia. “Terra” es una guerrillera presentada como ambiciosa y radical; sin sensibilidad, disfruta el poder que ejerce sobre sus subordinados y “se ensaña con facilidad con los secuestrados” (Ibídem). “Alias Liliana” también es guerrillera, reclutada a los 11 años, cuando empezó a hacer labores de inteligencia, logística y narcotráfico; es administradora de una cantina y está totalmente al servicio de sus superiores, cuyas órdenes descarnadas jamás cuestiona. “Alias Lourdes” es ciudadana y universitaria de clase media, estudió sociología en una universidad pública (ella es en sí misma la materialización de la guerrillera-socióloga-de universidad pública)<sup>66</sup> e ingresó a la guerrilla con ganas de transformar el mundo, sin embargo su contacto con los secuestrados la llevó a replantearse todas sus creencias (Ibídem).

Estas mujeres representan los imaginarios preponderantes sobre las mujeres que integran las organizaciones insurgentes: las de origen rural son malhabladas, ignorantes, toscas; las de origen urbano provienen de universidades públicas, de la sociología u otras disciplinas de las ciencias sociales, son rudas y descuidadas de su apariencia personal. Y esto en contraposición a las esposas de los empresarios: mujeres de clase alta, voluptuosas, elegantes, delicadas, dulces y vanidosas, que son madres o sueñan con serlo.

Si las organizaciones insurgentes son “terroristas” y por ende opuestas a lo “bueno”, a lo “deseable”, el imaginario sobre sus mujeres debe ser también opuesto al modelo deseable y adecuado de feminidad. En la televisión este imaginario se materializa llevado al extremo, haciendo aún más perversa la imagen de la mujer guerrillera, como masculinizada o antifemenina.

<sup>66</sup> Esto coincide con el perfil que me fue atribuido por el subdirector de la cárcel cuando solicité el ingreso para realizar la investigación. La referencia a este episodio está consignada en el capítulo 1.



**Imagen 6.** Mujeres personajes de El Estilista. Arriba: Tatiana Gómez, Andrea Cadavid y Martha Perrone (esposas de empresarios retenidos por la guerrilla). Abajo: Alias Terra, Alias Lourdes y Alias Liliana (guerrilleras).

### **Las mujeres guerrilleras**

En el contexto de los Diálogos de Paz que se llevan a cabo entre el gobierno colombiano y las FARC-EP, el género ha adquirido una connotación especial, pues el gobierno parece tener especial interés en el mismo por considerarlo una pieza clave para generar adhesión en el marco del proceso de paz. Prueba de ello son las campañas que se mencionarán aquí, que demandan esfuerzos económicos y logísticos considerables.

Esto es una muestra de que el género no es un elemento neutral, por el contrario, instituciones como el Estado, el ejército o las estructuras de comercio transnacionales “dependen de las diferencias en los roles sociales y económicos de hombres y mujeres, así como del uso de los símbolos de masculinidad y feminidad para movilizar la solidaridad con los objetivos de tales instituciones” (El-Bushra, 2000).

“Alexandra Nariño” es una de las mujeres que forma parte de la Delegación de Paz de las FARC-EP que hace presencia permanente en La Habana. Su nombre civil es Tanja Nijmeijer, tiene 34 años, es holandesa y se incorporó a la organización guerrillera en el año 2002. A continuación quiero referirme a algunos apartes de diarios nacionales e internacionales sobre ella, como parte de la retórica que se construye en torno a las mujeres que hacen parte de las organizaciones insurgentes. Su condición de extranjera y de mujer ha hecho que la llamada “opinión pública” le dedique un lugar importante en diferentes periodos desde que se supo de su existencia.

Al iniciarse el proceso de paz con las FARC-EP (2012), los medios desplegaron en 2012 un discurso cargado de sexismo que, por un lado, hacía énfasis permanente en su belleza física y, por el otro, la presentaba como un ente pasivo colocado en su lugar como parte de lo que sería una estrategia de show mediático ingenjada por los hombres que integran el equipo negociador para limpiar la imagen de la organización.

Esto son apartes de lo que circuló en dos de los principales diarios argentinos sobre ella:

Las cámaras y grabadores estarán enfocados en una *hermosa* holandesa, de *cara angelical y tierna sonrisa*, que ingresó a las filas rebeldes por convicción y que tras criticar la estructura mafiosa y machista de la organización hoy es la “joya de la corona” rebelde, para recuperar viejos aliados y conseguir respaldos en Europa, donde comienzan a verla como la versión femenina de Ernesto “Che” Guevara. [...] “Tanja *no representa nada* para las FARC, es un *elemento de carácter simbólico*. Pero las FARC van a aprovechar que es *extranjera, joven, bonita y bien adoctrinada*, para mostrarle a Europa que ella sacrificó su futuro por librar una lucha en Colombia. Es un factor propagandístico muy fuerte”, dijo el analista Rafael Nieto Navia. [...] La Policía colombiana asegura que pese a la *inocente apariencia de su rostro*, la holandesa es una *avezada delincuente*. (Clarín, noviembre 18 de 2012; énfasis agregado)

\*\*\*\*\*

Más allá de la tarea que le toque llevar adelante, la inclusión de Tanja en la negociación representa el intento de la guerrilla de mostrar *su cara más simpática e internacionalista*, instalando a una universitaria europea de treinta y dos años que habla varios idiomas en medio de una delegación de veteranos combatientes del interior profundo colombiano que han pasado casi toda su vida adulta internados en la selva, huyendo del ejército, lejos de la civilización. El contraste ayuda a entender lo que está en juego en esta instancia, pero Tanja también puede convertirse en un arma de doble filo para las FARC: *fanatismo y arrepentimiento forman parte de la compleja personalidad de esta joven combatiente hoy convertida en embajadora*. (Página 12, octubre 21 de 2012; énfasis agregado)

Cabe destacar el hecho de que diarios argentinos que se posicionan en lugares antitéticos en términos de la política argentina, como Clarín y Página 12, coincidan entre sí y con diarios colombianos en la descripción que hacen de Tanja Nijmeijer. Esto muestra, entre otras cosas, cómo medios opuestos no necesariamente

transmiten un imaginario incompatible, y cómo la imagen de la mujer guerrillera trasciende el espacio político y las fronteras, incluso para quienes se autoafirman como posicionados en las antípodas.

En una columna de opinión de El Tiempo, la periodista española y corresponsal del diario El Mundo de España, Salud Hernández-Mora<sup>67</sup> aseguró:

Detrás del sonriente semblante de *niña buena* que exhibe en La Habana se esconde una *mujer despiadada*. Tanja Nijmeijer, que insulta a sus víctimas con sus flagrantes mentiras a los medios internacionales, tendría que explicar cómo sus juegos de *européa colonialista e idiota* costaron vidas inocentes y frustraron sueños. (El Tiempo, noviembre 18 de 2012; énfasis agregado).

Ángela Cuevas de Dolmetsch<sup>68</sup>, abogada columnista de opinión en El País<sup>69</sup>, un periódico regional, escribió:

*No es un secreto que el cuerpo de las mujeres guerrilleras es parte del botín de guerra y que en los campamentos son violadas, hasta que un hombre las acoge como su compañera. Igualmente, si quedan embarazadas son obligadas a abortar so pena de someterlas al fusilamiento.*

En este proceso en que *las mujeres son un cero a la izquierda* y, que entre los temas propuestos no se considera ninguna forma de resarcir el daño causado a ellas, las Farc se ha anotado una victoria táctica con la inclusión de Tanja en las mesas de negociaciones.

Desde ya, el rostro de Tanja con su sonrisa y ojos inteligentes se ha robado el show mediático de esta semana. No son pocos los que quieren saber *si se fue al monte enamorada de algún apuesto guerrillero* o si por el contrario tenía profundas convicciones sobre la injusticia social y creía firmemente como lo manifestó en una entrevista para el analista León Valencia, coautor del libro sobre la vida de Nijmeijer, que sólo por la vía armada se podía lograr la revolución y que esta sería en Colombia y no en Holanda. (El País, octubre 19 de 2012; énfasis agregado).

Las líneas anteriores forman parte de la estrategia de construcción de dispositivos culturales y marcos morales (Alexander, 2003), que adquieren dimensiones transnacionales, sobre la imagen de “terrorista”, que en este caso asume un carácter particular por tratarse de una mujer. Posiblemente si estuvieran refiriéndose a un hombre, los calificativos de “elemento de carácter simbólico”, “factor propagandístico”, “bonita”, “joven”, “niña buena”, “mujer despiadada” “européa colonialista” no serían los más recurrentes.

---

<sup>67</sup> Por cuenta de una íntima amistad que Salud Hernández-Mora y su familia entablaron con Francisco Santos (primo hermano del actual presidente Juan Manuel Santos y también propietario de El Tiempo), “Pacho” le ofreció una columna en el diario (Semana, diciembre 7 de 2002).

<sup>68</sup> Ángela Cuevas, su esposo y varios de sus familiares fueron denunciados por la exdiputada argentina Elisa Carrió por lavado de dinero vinculado al expresidente Carlos Menem (Semana, septiembre 17 de 2001).

<sup>69</sup> El País fue fundado en 1950. Su circulación se da mayoritariamente en el departamento del Valle del Cauca, siendo el diario más importante de la región Suroccidente de Colombia. Es propiedad de la familia Lloreda, ligada a uno de los grupos empresariales con mayor poder en Colombia.



Pocos medios mencionan, por ejemplo, que en un documental grabado por el periodista Jorge Enrique Botero y difundido por la cadena holandesa Radio Netherlands el 3 de noviembre de 2010, después de que se insistiera públicamente en que Tanja estaba secuestrada a partir del hallazgo de su supuesto diario personal, desde el campamento donde se encuentra el comandante Jorge Briceño “la holandesa” dice con actitud tranquila y desafiante, vistiendo su uniforme de guerrillera y empuñado el fusil:

Si el Ejército colombiano y el gobierno colombiano todavía creen y tratan de divulgar que yo estoy aquí secuestrada, pues yo diría que vengan también, que vengan a rescatarme. Y nosotros les recibimos acá, con AK47, con .50, con minas, con morteros... con de todo (minuto 3:11 a 3:32) Lo que yo le quiero decir al mundo es que yo soy guerrillera de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y que en eso no hay reversa.<sup>70</sup>

Aunque los apartes mencionados están referidos a una mujer en particular, dan cuenta de una retórica general que aplica para las mujeres guerrilleras, con una diferencia que es quizá la razón de que se aplique una mayor condena contra Tanja Nijmeijer, y es su condición de extranjera. Que una ciudadana del *primer mundo*, proveniente de una “familia de bien”, se integre a una organización insurgente es una muestra del fracaso en el intento por posicionar a nivel internacional la retórica sobre la Fuerza Pública y el terrorismo.

Las marcadas diferencias en las retóricas sobre las mujeres en la Fuerza Pública y en las organizaciones insurgentes, muestran cómo pueden variar los discursos según las dinámicas de poder propias de una batalla que se libra también en los espacios simbólicos de las estructuras culturales, aunque estén refiriéndose a lo que podría considerarse un sujeto común: las mujeres.

En abril de 2015 se estrenó<sup>71</sup> en Colombia la película colombo-francesa-argentina *Alias María*<sup>72</sup>, descrita como una

cruda fotografía del reclutamiento de niños y del reguero de víctimas que deja tanto en el interior de la guerrilla como en la población atrapada en las zonas de conflicto. Regulada por una disciplina implacable, **en el interior de la guerrilla no hay espacio para los sentimientos**. Las flaquezas no se permiten. *Las mujeres son meros objetos para satisfacer los deseos más primarios de los guerrilleros y se les obliga a abortar, salvo si se es la compañera del comandante.* (El Espectador, mayo 19 de 2015; negrilla en original, cursiva agregada).

Esta película, que se construyó a partir de testimonios de mujeres desmovilizadas, cuenta la historia de María, una niña de 13 años, que es reclutada en la guerrilla y tiene la misión de “proteger al bebé recién nacido del comandante. Ella también

---

<sup>70</sup> Ver video en: [https://www.youtube.com/watch?v=D9PU2Rwrg\\_E](https://www.youtube.com/watch?v=D9PU2Rwrg_E). Publicado 21/11/2010. Consultado 14/08/14.

<sup>71</sup> Llama la atención que, según lo indica el productor de la película, Estados Unidos fue el país donde mayor acogida tuvo el filme y en Israel ganó el premio a Mejor Película (El País, noviembre 12 de 2015).

<sup>72</sup> Ver tráiler oficial en: [https://www.youtube.com/watch?v=u1Y\\_i5FHh1s](https://www.youtube.com/watch?v=u1Y_i5FHh1s). Publicado 15/10/2015. Consultado 13/01/2016.

está embarazada, pero decide guardar el secreto para que el médico del campamento no la obligue a abortar” (Cannes, 2015). Esta historia logra sintetizar gran parte de los elementos que circulan en la retórica sobre las organizaciones insurgentes y las mujeres en ellas: el reclutamiento forzado de menores, el aborto obligatorio, las relaciones afectivas, la dominación y opresión masculina, la idea de que solo los hijos de los comandantes pueden nacer, la madre-guerrillera que abandona a su hijo recién nacido para continuar su lucha. En *María* se conjugan las categorías guerrillera-mujer-adolescente-embarazada.

El aborto es un tema fundamental cuando se habla de mujeres guerrilleras y está asociado a imaginarios sobre la prohibición hacia ellas de tener hijos y la consecuente obligación que se les impone de abortar en caso de resultar embarazadas. El manto religioso y la estigmatización que lleva consigo la retórica sobre las organizaciones insurgentes, crean la ilusión de que algunas problemáticas nacionales [como el aborto o la participación de menores en la guerra] se reducen a estas organizaciones, impidiendo un análisis profundo y reforzando los imaginarios sobre el “terrorismo”. Sobre este tema volveremos en el capítulo 4.

En varios artículos, diferentes integrantes de la Delegación de Paz de las FARC-EP, se refirieron a *Alias María*. Milena Reyes escribe:

Al ver la película lo primero que salta a la vista es que el autor y el director desconocen por completo la realidad de las mujeres que integramos la guerrilla real, por lo que se sumergen en las mentiras fáciles de la propaganda contrainsurgente.

Ignoran estos señores, que todas nosotras provenimos de la sociedad colombiana y antes de dar el paso y asumir la lucha guerrillera; hemos vivido y sabemos perfectamente a qué se enfrenta la mujer en una sociedad como la colombiana; donde ni siquiera se le ha reconocido plenamente a las mujeres el derecho a decidir sobre su propio cuerpo, para no hablar de las múltiples expresiones de discriminación que seguimos padeciendo y contra las cuales, precisamente, luchamos guerrilleros y guerrilleras, junto a otros sectores sociales y fuerzas políticas progresistas de nuestro país. (Semana Voz, diciembre 24 de 2015)

Otro artículo, escrito por Raúl Urrego, expresa:

Como pude constatar por medio de las declaraciones a los medios, esta cinta “se gestó a partir de una investigación que tomó los testimonios de muchas mujeres que fueron reclutadas desde muy pequeñas en grupos armados ilegales”. Es decir, los realizadores tampoco saben lo que es la guerra desde adentro y desconocen normas de las organizaciones insurgentes en Colombia, en donde la vida tiene prioridad; se basan en testimonios de mujeres que han abandonado la lucha revolucionaria y que por la manipulación ideológica de los organismos de seguridad, ahora son utilizadas para que divulguen, según ellos, la crueldad a la que son sometidas las mujeres en la guerrilla. [...] (Mujer Fariana, diciembre 10 de 2015).

Lo anterior, aunque está referido a un elemento concreto como un filme, permite dar cuenta del enfrentamiento entre la retórica acerca de la insurgencia y las mujeres en ellas y el discurso de las organizaciones guerrilleras, en este caso las FARC-EP. Vale decir que este enfrentamiento no se da en igualdad de condiciones, por el contrario tiene una correlación de fuerzas totalmente desfavorable para las organizaciones insurgentes en cuanto no tienen a disposición medios masivos de comunicación y su existencia se da en un contexto de persecución constante, lo que, entre otras cosas, hace que su discurso siga siendo marginal en comparación con los alcances de circulación de la retórica sobre éstas.

Con los Diálogos de Paz la propuesta de las FARC-EP y sus planteamientos (directamente expuestos por sus protagonistas) han logrado circular por canales mediáticos antes vetados. En este mismo contexto aparece la página web de donde fueron extraídas muchas de las citas que esta investigación menciona, así como noticieros de la Delegación de Paz y videos que llegan a una mayor cantidad de personas.

Antes de finalizar este aparte quiero referirme al libro *Las mujeres en la guerra* de la periodista Patricia Lara, que ganó el Premio Planeta<sup>73</sup> de Periodismo año 2000, lo que le ha otorgado un reconocimiento importante en el país. El libro reúne testimonios de diferentes mujeres, entre ellas tres “guerreras”:

*Dora Margarita*, antigua guerrillera del ELN que se pasó al M-19 y se aburrió de la guerra; *Olga*, comandante de las Farc, jefa internacional de ese movimiento, mujer (sic) de Raúl Reyes, con quien tiene una hija; y *la Chave*, antes simpatizante del ELN y ahora responsable del área social de las Autodefensas” (Lara, 2000:17).

En su introducción plantea que

...este libro no muestra *las verdades de los hombres, que son los que hacen la guerra, sino la verdad de quienes la sufren: las mujeres y los niños.* [...] Las mujeres no estamos hechas para la guerra. Así lo demuestra este libro. No nos sentimos cómodas en ella. [...] *La guerra nos la están imponiendo los hombres con su ambición de poder, su necesidad de sentirse ricos y fuertes y de afirmarse como machos.* (Ibídem; énfasis agregado)

Aunque el testimonio de Olga Lucía Marín, comandante de las FARC-EP da cuenta de su convicción para ingresar y mantenerse hasta el momento en que se escribe el libro como militante activa de la organización insurgente, de su relación de pareja con el comandante Raúl Reyes, de cómo decidieron tener una hija y la forma como asumieron su vínculo con ella –entre otras cosas–, las palabras de Patricia Lara antes mencionadas no parecen recogerlo. La autora envía un mensaje directo a Olga Lucía Marín, a quien le escribe también en la introducción

Gracias por contarme de tu vida. Pero, oye, ¿no sería mejor que tu labor internacional la dedicaras a conseguir recursos que les ayudaran a las mujeres

---

<sup>73</sup> Vale recordar que el Grupo Planeta fue accionista del diario El Tiempo hasta el año 2012 (revisar nota al pie No.45).

y a los niños de Colombia a salir de la pobreza y a hacer más llevadera la difícil situación en la que les ha puesto el conflicto? (Lara, 2000:18).

He querido hacer referencia a este libro por considerarlo expresión de la retórica sobre la guerra y las mujeres guerrilleras, especialmente en la asociación que expresa entre la feminidad y la no-guerra como camino que deben seguir las mujeres. Esto muestra que tal retórica no circula solo en los medios masivos de comunicación sino que permea con fuerza otros espacios.

### **Humanitarismo como camino para la desmovilización**

Desde 2009 y hasta 2014, el Estado desarrolló el Programa de Atención Humanitaria al Desmovilizado y la agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), adscrito al Ministerio de Defensa. Entre las iniciativas de este programa se encuentra el impulso de campañas orientadas a lograr la desmovilización de integrantes de las guerrillas. Estas campañas, difundidas en la época de las fiestas navideñas, han estado compuestas (entre otras cosas) por piezas audiovisuales que son presentadas por los diferentes canales de televisión, especialmente en franjas con alta audiencia y durante la transmisión de partidos de fútbol, entendiendo este deporte como un móvil importante del sentimiento nacional. También se transmiten en los spots aleatorios que aparecen al iniciar algún video de youtube y por emisoras locales del Ejército Nacional y de la Policía Nacional.

Según “inteligencia” estatal, la navidad es la época “más emotiva del año”, el tiempo propicio para motivar a la desmovilización y el momento donde más desmovilizaciones se producen. Estas campañas también se desarrollan después de golpes militares fuertes, liberación de retenidos o campeonatos de fútbol, con el fin de aprovechar el sentimiento nacionalista que acompaña estos sucesos.

Quiero referirme especialmente a las campañas diseñadas por Lowe/SSP3, una agencia de publicidad que forma parte del Mullen Lowe Group, red de comunicaciones de marketing con oficina central en Londres. Según información de la propia agencia, ha ganado más de 500 premios y ha sido nombrada como la séptima agencia más efectiva del mundo y la mejor agencia del mundo en campañas de “bien público”<sup>74</sup>. Entre sus clientes de la sede Colombia aparece la multinacional Unilever, el banco Helm, la petrolera Pacific Rubiales Energy y el Ministerio de Defensa de Colombia.

Estas campañas contienen piezas publicitarias tradicionales (videos, afiches, postales, volantes, calcomanías, etc.) y otras más “creativas”, como bolas luminosas, árboles y juguetes. Todas tienen como escenario lugares de la geografía nacional donde el conflicto armado es agudo y donde hay bases militares cercanas, poniendo en escena aquella idea de que el conflicto armado se libra en zonas rurales, apartadas de los grandes centros urbanos. En todos los videos son recurrentes imágenes selváticas, de ríos y montañas, donde el Ejército Nacional llega en helicópteros, con armamento de alta tecnología para proteger a la

---

<sup>74</sup> Tomado de: <http://www.lowe-ssp3.com/quienes-somos/acerca-lowe-ssp3/>. Consultado 14/05/2014.

población civil, motivando a quienes integran las organizaciones insurgentes para que se desmovilicen, con la promesa de respetarles la vida.

Llama la atención la forma como están producidas las piezas audiovisuales. En formato de cine, con cámaras de alta calidad, aparecen subtituladas en inglés o incluso habladas en tal idioma sin traducción al castellano, como parte de la ya mencionada transnacionalización de la imagen positiva de las Fuerzas Armadas y la Fuerza Pública en su conjunto, dedicadas ahora al trabajo humanitario. Las campañas han ganado varios premios internacionales, aportando a la imagen de un gobierno ocupado en la tarea de pacificar el país, en la que supuestamente ha logrado resultados efectivos en términos de tiempo/cantidad de desmovilizados<sup>75</sup>.

*Operación Navidad/Operation Christmas* se organizó en 2010 en la base militar de la F.U.D.R.A (Fuerza de Despliegue Rápido), situada en La Macarena (Meta). La acción principal consistió en ubicar un árbol de 25 metros rodeado de 2.000 luces LED y sensores de movimiento, planeando que al pasar por el lugar los guerrilleros se activaran los bombillos e iluminaran el mensaje consignado en un pasacalles gigante: “Si la navidad pudo llegar hasta la selva, usted también puede llegar hasta su casa. Desmovilícese. En Navidad todo es posible.” Para ello se utilizaron dos helicópteros Black Hawk<sup>76</sup> y 140 soldados contraguerrilla. Después se replicó la estrategia con nueve árboles más situados en zonas de la geografía nacional con similares características<sup>77</sup>. El video de la campaña cierra dando cuenta de su éxito: 330 guerrilleros desmovilizados.



**Imagen 7.** Pasacalles de la *Operación Navidad* instalado en un lugar selvático con el mensaje “si la navidad pudo llegar hasta la selva usted también puede llegar hasta su casa. Desmovilícese. En navidad todo es posible”.

<sup>75</sup> Según datos de la Agencia Colombiana para la Reintegración, entre 2003 y septiembre de 2014 se desmovilizaron 57.609 personas de “grupos armados ilegales”, distribuidas así: 52,3% AUC (paramilitares), 39,6% FARC, 7,3% ELN y 0,7% otros (ACR, 2015). Entre 2003 y 2012 se estima un total de 15.852 personas desmovilizadas de las FARC-EP, donde el 19,6% son mujeres. Ver infografía completa en: <http://www.eltiempo.com/Multimedia/infografia/desmovilizadosencifras/>. Ver infografía sobre mujeres excombatientes en: [http://www.observatoriodd.unal.edu.co/img/infografia/mujeres\\_CORREGIDA.JPG.jpg](http://www.observatoriodd.unal.edu.co/img/infografia/mujeres_CORREGIDA.JPG.jpg)

<sup>76</sup> Aunque públicamente no están disponibles los datos sobre costos totales de las campañas, se estima, por ejemplo, que una hora de vuelo de un helicóptero Black Hawk (utilizado en estas campañas) cuesta entre 4.000 y 7.000 dólares.

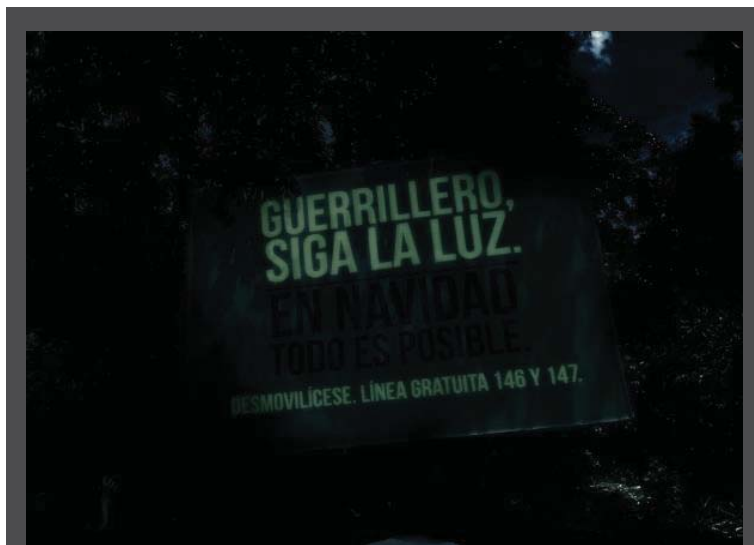
<sup>77</sup> Ver video en: <https://youtu.be/HKtpVFpbOJA>. Publicado 31/05/11. Consultado 31/07/2015.

En diciembre de 2011 en las regiones de La Macarena y Catatumbo, se llenaron 6.000 bolas de pasta con una luz interna, como parte de la campaña *Operación Ríos de Luz/Operation Rivers of Light*. En estas bolas se depositaron objetos (juguetes, peluches y ropa de bebé) y el mensaje “No deje pasar esta Navidad, Colombia y su familia lo están esperando. Desmovilícese. En Navidad todo es posible”; fueron lanzadas por botes Piraña y helicópteros Black Hawk sobre ríos de ambas regiones<sup>78</sup>.



**Imagen 8.** En el marco de la *Operación Ríos de Luz*, aparecen botes piraña con soldados depositando sobre el río bolas con mensajes y juguetes en su interior.

En diciembre de 2012 se realizó la campaña *Operación Belén/Operation Bethelhem* en los departamentos de Meta, Putumayo, Cauca, Norte de Santander y Caquetá. Al mejor estilo de un tráiler de Hollywood, en inglés y sin subtítulos, el video



**Imagen 9.** Esta imagen de la *Operación Belén* muestra un letrero instalado en la selva con el mensaje escrito en letras fluorescentes “Guerrillero siga la luz. En navidad todo es posible. Desmovilícese. Línea gratuita 146 y 147”.

promocional de esta campaña informa que se distribuyeron calcomanías que alumbraban en la oscuridad con el mensaje “Siga la luz. En Navidad todo es posible. Desmovilícese”. Éstas fueron pegadas por soldados en árboles y en los empaques de comida y mercancía que transportaban quienes pasaban por las carreteras. También se arrojaron luces desde helicópteros. El 7 de diciembre, día que en

Colombia se celebra la tradicional fiesta del Día de las Velitas, se encendieron en los cascos urbanos de un municipio de cada uno de los departamentos mencionados, reflectores potentes que iluminaban el cielo con su luz (la luz que el mensaje animaba a seguir)<sup>79</sup>.

<sup>78</sup> Ver video en: <https://youtu.be/RXVNBuVFJEs>. Publicado 27/06/12. Consultado 31/07/2015.

<sup>79</sup> Ver video en: <https://youtu.be/-yyfkCK0FTM>. Publicado 18/04/13. Consultado 31/07/2015.

En 2013 el nombre de la campaña fue *Eres mi hijo. En Navidad te espero*, con el lema “antes de ser guerrillero, eres mi hijo. Esta navidad te espero en casa. Desmovilízate, en navidad todo es posible”, que fue plasmado en afiches y volantes distribuidos en los departamentos de Putumayo, Meta, Cauca y Arauca. La campaña se lanzó en San Vicente del Caguán, Caquetá.



**Imagen 10.** Imagen de la campaña *Eres mi hijo. En Navidad te espero*, que muestra varios soldados sosteniendo afiches con fotos de niños, niñas y jóvenes con el mensaje “antes de ser guerrillero/a eres mi hijo/a”.

Las piezas publicitarias contenían fotos de niños y niñas, que eran supuestamente los guerrilleros y guerrilleras. Uno de los videos al respecto, muestra soldados entregando los volantes a la población civil y pegando afiches en la selva y los cascos urbanos. En el mismo video un mando militar le dice a la tropa:

las mamás de los guerrilleros están buscando a sus hijos. Nosotros vamos a apoyarlas, vamos a ayudarlas a que regresen nuevamente a sus familias, a que puedan tener una navidad feliz. Por eso vamos a ir a los ríos, a los caseríos, a los pueblos, a la selva, a todo lugar donde esté un guerrillero para que puedan tener un retorno feliz a la familia<sup>80</sup>.

En 2014 la campaña se llamó *Regalos de Libertad* y puso énfasis en los beneficios de la desmovilización. El video de *Regalos de Libertad* presenta tres desmovilizados hablando, que mencionan los regalos que se han dado al dejar las armas: un taxi, ver un partido de fútbol en vivo y una tienda<sup>81</sup>. Los afiches

---

<sup>80</sup> Ver videos:  
<https://www.youtube.com/watch?v=QjJBVBzKB2U&list=PLZSSj30KdoFeS5bbah6sYsjEMDsM86UD3&index=23>  
y <https://www.youtube.com/watch?v=FBVNSbkZ0Yk&index=24&list=PLZSSj30KdoFeS5bbah6sYsjEMDsM86UD3>. Publicados 11/12/13. Consultados 31/07/2015.

<sup>81</sup> Ver video en: [https://youtu.be/r1nARC\\_RrgY](https://youtu.be/r1nARC_RrgY). Publicado 12/12/2014. Consultado 31/07/2015.

publicitarios muestran más regalos: una mamá, un hijo, un trabajo, un grupo musical.



Imagen 11. Campaña *Regalos de Navidad* con los mensajes “Al desmovilizarme me regalé una mamá/ un hijo/ un trabajo/ un grupo musical”.



Estas campañas, impulsadas desde el Ministerio de Defensa, ponen énfasis en la familia, especialmente en la figura de las mujeres como madres a la espera del regreso de los hijos insurgentes y en los niños y niñas. En abril de 2014, cuando se acercaba el Día de las Madres, el Ministerio de Defensa publicó un comercial que mostraba señoras con expresión triste mirando la foto de sus supuestos hijos e hijas. Al final la voz en off dice “Guerrillero, su mamá le manda a decir que este mes de la madre lo espera en casa. Desmovilícense”<sup>82</sup>.

El fútbol es un elemento central en las campañas de desmovilización en términos de contenidos, franjas televisivas en que se transmiten y coyunturas deportivas del país. Los balones de fútbol y jugadores de la selección nacional son protagonistas en muchas de estas campañas; en todos los partidos de fútbol nacionales e internacionales que son transmitidos por canales de televisión y radio se emiten spots y cuñas invitando a la desmovilización; los periodos en que hay campeonatos internacionales o mundiales de fútbol donde la Selección Colombia participa toman más fuerza estas campañas.

La campaña *Desmovilícense, vuelva a jugar* se lanzó en 2011 durante la Copa América. Durante los partidos de fútbol transmitidos por canales nacionales,



Imagen 12. Volante de la campaña *Desmovilícense, vuelva a jugar*.

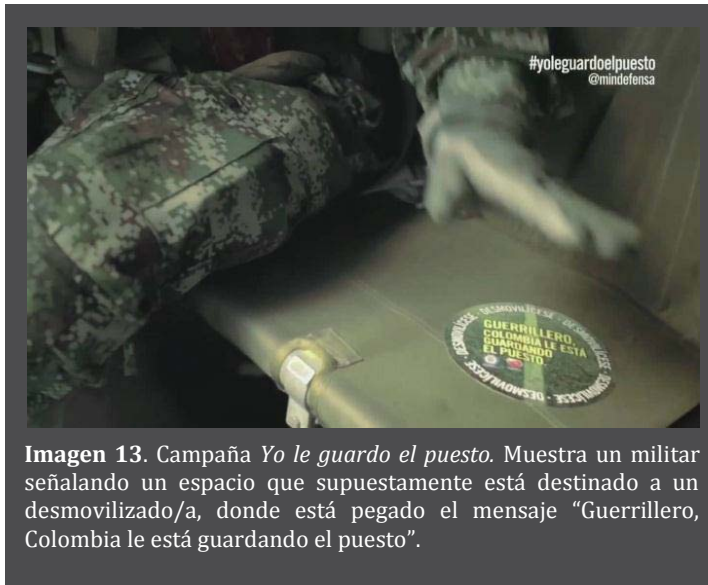
transmitían un spot que decía “guerrillero, ellos como todos los colombianos se unieron a esta misión: invitarlo a vivir la pasión del fútbol en su casa. Su familia y Colombia lo esperan para ser un solo equipo, porque Colombia somos todos. Desmovilícense, vuelva a jugar”<sup>83</sup>. En una vereda del municipio de Suárez, departamento del Cauca, se lanzaron

desde helicópteros balones de futbol con mensajes de la campaña, firmados por varios jugadores reconocidos de la Selección Colombia.

<sup>82</sup> Ver <https://www.youtube.com/watch?v=VPDxWcLaLHo&index=16&list=PLZSSj30KdoFeS5bbah6sYsjEMDsM86UD3>. Publicado 10/04/2014. Consultado 31/07/2015.

<sup>83</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=tN7YVZ4PWd4>. Publicado 11/07/2011. Consultado 31/07/2015.

Durante todos los partidos del Mundial de Fútbol 2014 transmitidos por los canales de televisión colombianos, se difundieron varias piezas de la campaña *Yo le guardo el puesto*. Los videos muestran un campesino, un pescador, una familia, habitantes de distintas regiones (Costa, Antioquia, Eje Cafetero, Chocó), soldados en campamento, soldados en el aire, el jugador de futbol Leider Preciado y el periodista y locutor deportivo Antonio Casale. Todos dicen “guerrillero, aquí le estoy guardando el puesto para que veamos el partido” y terminan con una voz en off



**Imagen 13.** Campaña *Yo le guardo el puesto*. Muestra un militar señalando un espacio que supuestamente está destinado a un desmovilizado/a, donde está pegado el mensaje “Guerrillero, Colombia le está guardando el puesto”.

que dice “Colombia le está guardando el puesto para que viva la fiesta más grande del futbol en libertad. Desmovilícese”<sup>84</sup>.

Existen también otras campañas de beneficios para los desmovilizados, producidas desde el Programa de Atención Humanitaria al Desmovilizado, del Ministerio de Defensa, que contienen comerciales de televisión (algunos con subtítulos en inglés), cuñas radiales y volantes repartidos en tierra por soldados y arrojados desde helicópteros sobre poblaciones rurales. Uno de ellos dice:

Guerrillero, desmovilizarse no es una decisión fácil, pero mientras usted se está quedando solo hay muchos beneficios esperándolo: empezar una nueva vida junto a su familia, recibir beneficios jurídicos, vivir en libertad, recibir bonificaciones por entregar información, armas y dotación. No lo piense más, cuando usted se desmoviliza, pasan cosas buenas<sup>85</sup>.

---

<sup>84</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=WA1dyuMzs9U&list=PLZSSj30KdoFeS5bbah6sYsjEMDsM86UD3&index=5>. Publicado 12/06/2014. Consultado 31/07/2015.

<sup>85</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=kOA1XZ362GM&list=PLZSSj30KdoFeS5bbah6sYsjEMDsM86UD3&index=33>. Publicado 29/11/2013. Consultado 31/07/2015.



**Imagen 14.** Volante promoviendo la desmovilización de las FARC-EP

En otro video habla “Karina”<sup>86</sup>, la cantante Shakira e Ingrid Betancourt<sup>87</sup>. Las imágenes muestran los momentos en que las Fuerzas Armadas bombardean el campamento de Raúl Reyes<sup>88</sup> y un soldado dice a los guerrilleros que estaban en el lugar “el que queríamos ya lo encontramos hermano, ya ustedes no son blanco para nosotros. El barbuchas que queríamos ya lo tenemos hermano, entonces no se hagan matar chimbamente. Entréguense, le vamos a respetar la vida a todos los que se entreguen”<sup>89</sup>.

Existen también campañas dirigidas especialmente a las mujeres, que exaltan la maternidad y la feminidad socialmente aceptada como elementos deseables para quienes están en las filas guerrilleras. El Ejército Nacional se muestra a cargo de operaciones de “paz” y todo su arsenal militar está ahora orientado a la

<sup>86</sup> Desmovilizada de las FARC-EP. Su nombre ha sonado con fuerza en los medios masivos de comunicación por haber sido comandante de un frente, considerada por los medios masivos de comunicación como la “mujer más sanguinaria del grupo guerrillero”. En 2008, meses antes de su desmovilización, el entonces presidente de Colombia Álvaro Uribe Vélez, le envió un mensaje públicamente donde le aseguraba su seguridad si se entregaba. A pesar de haber sido condenada a 33 años de cárcel, por su “colaboración” dando información y delatando a otros guerrilleros, le han sido otorgados diferentes “beneficios”. Actualmente se desempeña como gestora de paz.

<sup>87</sup> Política que estuvo retenida por las FARC-EP entre 2002 y 2008, siendo candidata a la presidencia.

<sup>88</sup> Comandante de las FARC-EP, miembro del Secretariado. Fue asesinado el 1 de marzo de 2008, mientras Álvaro Uribe Vélez era presidente y Juan Manuel Santos ministro de defensa, en un bombardeo efectuado en Santa Rosa de Sucumbíos, región ecuatoriana que limita con el departamento de Putumayo (Colombia). Esta operación se denominó “Fénix”, y contó con la participación de la Policía, el Ejército Nacional, unidades especiales de la Infantería de Marina y de la Fuerza Aérea.

<sup>89</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=AeFDn0tW4ag&list=PLZSSj30KdoFeS5bbah6sYsjEMDsM86UD3&index=50>. Publicado 07/10/2009. Consultado 31/07/2015.

“liberación” de las personas que están en la guerrilla a través de apelar a sus sentimientos y pasiones: la maternidad en las mujeres, el fútbol en los hombres.

En 2009, la agencia BBD desarrolló la campaña *Chupetes*, dirigida a las mujeres guerrilleras. Apelando a la idea de que en la guerrilla (explícitamente en las FARC-EP) las mujeres no pueden tener hijos y si quedan embarazadas las obligan a abortar, la campaña pretendía motivar la desmovilización. 72 soldados en siete helicópteros y tres aviones lanzaron durante cuatro meses, dos veces a la semana, 7.000 chupos de bebé con la etiqueta: “Si usted hace parte de las Farc, su hijo no nacerá para gozar de algo tan simple como esto. Hay otra vida, la desmovilización es la salida”.

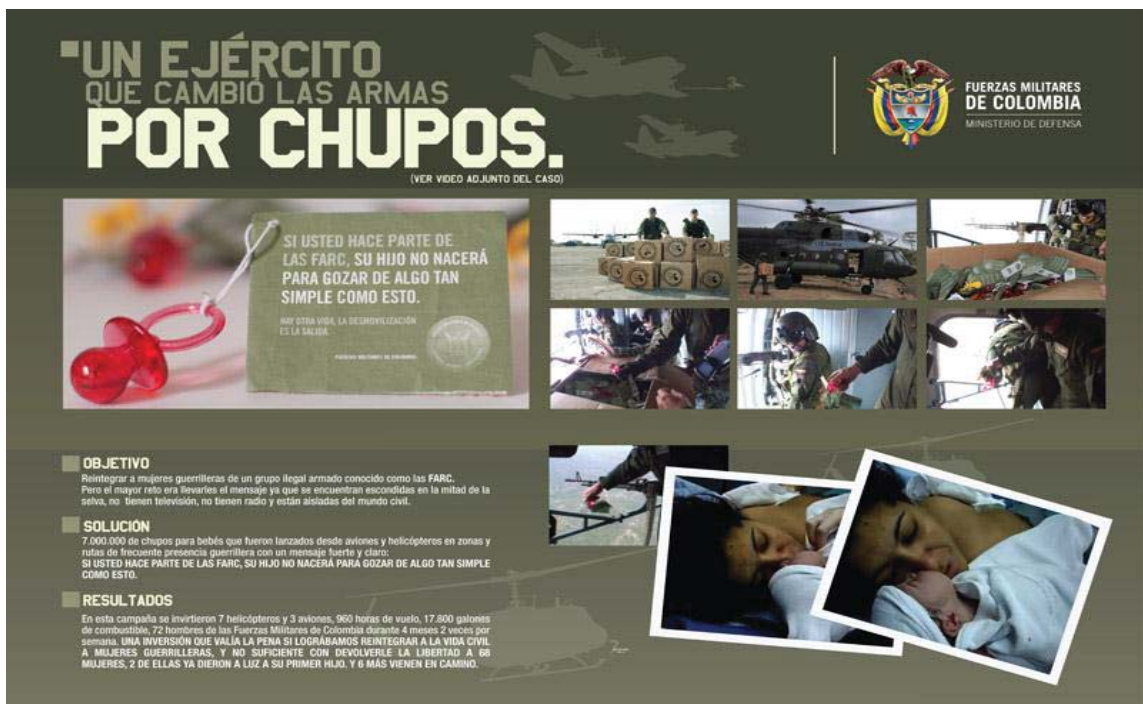


Imagen 15. Afiche publicitario de la campaña *Chupetes*.

El texto íntegro que presenta el video de campaña es:

Las fuerzas militares de Colombia tenían como objetivo reintegrar a la vida civil a mujeres guerrilleras de un grupo armado ilegal conocido como las FARC. Pero ¿cómo hacerlo cuando están escondidas en la profundidad de la selva colombiana? No tienen radio. Están aisladas completamente del mundo civil.

Inteligencia militar reveló que una de las principales razones para desertar de las FARC es que les tienen prohibido tener hijos y en caso de quedar embarazadas *son obligadas a abortar* en medio de la selva. *La mayoría de mujeres guerrilleras quieren ser mamás*, pero no pueden. *Por eso hicimos una campaña que las invitaba a que lo fueran.*

Solución: más de 7 millones de chupos para bebés fueron lanzados desde aviones y helicópteros, en zonas y rutas de frecuente presencia guerrillera. Los chupos iban acompañados de un mensaje fuerte y claro. “Si usted hace parte de las Farc, su hijo no nacerá para gozar de algo tan simple como esto”.

Tres aviones casa c-295, 7 helicópteros MII-17, 17.800 galones de combustible, 72 hombres de las fuerzas militares de Colombia durante 4 meses, 2 veces por semana. Una inversión que valía la pena si lográbamos reintegrar a la vida civil a mujeres guerrilleras, y no suficiente con devolverle la libertad a 68 mujeres, 2 de ellas ya dieron a luz a su primer hijo y 6 más vienen en camino<sup>90</sup>. (énfasis agregado)

Es de destacar la fuerza emotiva (en un sentido similar que el que tiene el filme “alias María) de la última escena del video de esta campaña (también presente en la imagen publicitaria), que hace foco en una mujer guerrillera desmovilizada que acaba de dar luz y besa a su hijo recién nacido.

Con la nota “basado en testimonios reales”, circulan varios videos muy cortos donde hablan desmovilizadas acerca de su experiencia en la guerrilla, haciendo el llamado a la desmovilización de las mujeres que permanecen en filas. Las imágenes, con alto contenido emocional, hacen énfasis mujeres-madres que besan a sus hijos, posicionando la idea que de no haber sido por la desmovilización no habrían nacido. Uno de ellos se refiere explícitamente al aborto y dice:

Yo quedé embarazada en la guerrilla y traté de ocultarlo. Pero con tanto trabajo empecé a sangrar y me tocó contarle al comandante. Yo creí que él me iba a entender, porque como su compañera también estaba embarazada... eso que dicen los estatutos que todos somos iguales, eso es pura mentira [muestran los instrumentos quirúrgicos necesarios para un legrado]. A mí me hicieron abortar a mi bebé y el del comandante sí nació. Ahí empecé a pensar en irme, hasta que un día se me presentó la oportunidad<sup>91</sup>.



**Imagen 16.** Imagen de video invitando a la desmovilización, donde se muestran en primer plano instrumentos para practicar un legrado.

En otro video habla una mujer en unos cultivos y dice: “En la guerrilla el maltrato es terrible. No se puede ser mamá, no se puede decir nada, en cualquier momento lo pueden capturar a uno, o peor aún, perder la vida en un combate. Por eso también dejé la guerrilla”<sup>92</sup>.

---

<sup>90</sup> Ver video en: <https://youtu.be/yepDz8QOAFk>. Publicado 22/06/2010. Consultado 31/07/2015.

<sup>91</sup> Ver video en:

<https://www.youtube.com/watch?v=d5BkUWJzuGM>. Publicado 10/09/2008. Consultado 31/07/2015.

<sup>92</sup> Ver video en: [https://www.youtube.com/watch?v=n9PQ\\_k9SkJI&list=PLZSSj30KdoFeS5bbah6sYsjEMDsM86UD3&index=35](https://www.youtube.com/watch?v=n9PQ_k9SkJI&list=PLZSSj30KdoFeS5bbah6sYsjEMDsM86UD3&index=35). Publicado 22/03/2013. Consultado 31/07/2015.

En otra pieza audiovisual el Ministerio de Defensa invita a todas las mujeres guerrilleras a entregar sus armas, “a volver a sentirse mujer”. Una mujer dice: “tengo el nuevo labial para mujeres que quieran sonreír nuevamente, *la felicidad de formar una familia* no te la pueden quitar en la guerrilla. Guerrillera, vuelve a *sentirte mujer*. Desmovilízate”<sup>93</sup> (énfasis agregado).

Con un mensaje similar circula una cuña radial invitando a la desmovilización que termina diciendo “guerrillera, vuelve a ser mujer”, transmitiendo abiertamente la idea de la lucha armada como masculina y la desmovilización como único camino de recuperar la femineidad que se habría perdido al formar parte de la misma, tal como lo hacía el retrato construido por la periodista Patricia Lara. Al respecto, Diana Grajales, integrante de la Delegación de Paz de las FARC-EP, afirma al respecto que

Santos sostiene la campaña de propaganda y guerra sucia mostrando a las guerrilleras como pobres víctimas que debemos liberarnos de una vida llena de oprobios. Pretende quitarnos ante la opinión pública la dimensión de combatientes revolucionarias que hombro a hombro luchamos y trabajamos diariamente con los hombres guerrilleros de las FARC-EP y que con gran honor y dignidad asumimos la tarea de construir una Colombia de paz con justicia Social. Nosotras sabemos muy bien que buscan con esto, más que mellar nuestra moral, es un mensaje dirigido al imaginario de los colombianos mostrando un perfil degradado y depravado de los alzados en armas, de tal modo que resulte absurdo pensar en apoyar esta causa y menos ingresar a ella.

El tema de mujer lo han tomado como bandera de batalla política e ideológica en un contexto en que el tema de las problemáticas de género se debate con gran relevancia. Tienen como idea principal presentarnos como víctimas de nuestros propios hermanos de lucha: que somos explotadas sexualmente por los comandantes, que nos someten a abortos forzados y que carecemos de todos los derechos. Expresión de lo anterior son las cuñas radiales y campañas con ridículos nombres como el promovido desde el ministerio de defensa de: “Guerrillera, vuelve a ser mujer”. ¡Qué cinismo y que gran infamia han diseñado! (La Haine, enero 16 de 2014)

La cita anterior expresa de nuevo el enfrentamiento mencionado anteriormente entre la retórica sobre la insurgencia y los discursos propios de las organizaciones guerrilleras –que pueden coincidir con críticas o posturas de algunos académicos, líderes sociales, periodistas, etc.– que procuran describir su cotidianidad y sus planteamientos sobre las diferentes acusaciones que se les hacen. Para cada acusación aparece una respuesta, y ambas posturas se ubican en polos opuestos. El capítulo 4 hace referencia con mayor profundidad a la forma en que las organizaciones insurgentes y sus mujeres se posicionan.

En particular las campañas que están dirigidas a las mujeres, además de exaltar la femineidad estereotipada, ponen el énfasis en la maternidad, presentada como algo hermoso y deseable que se hará posible a través de la acción humanitaria asociada

---

<sup>93</sup> Ver video en: <https://www.youtube.com/watch?v=KJz7ST6D3NU>. Publicado 09/03/12. Consultado 31/07/2015.

a la desmovilización. Esto se debe a que, como ya se ha dicho, uno de los puntos más álgidos en la retórica sobre las organizaciones insurgentes sostiene que obligan a las mujeres que las integran a abortar. En la retórica de la desmovilización, existe una relación estrecha entre las categorías “maternidad” y “desmovilización” que materializa la sacralidad asignada a la vida y en la que la invitación a las guerrilleras a ser madres significa explícitamente la invitación a desmovilizarse, y cuando se habla de la desmovilización en general, pareciera que la maternidad es un destino obligado.

La campaña *Chupetes* –que es la de mayor despliegue entre las campañas dirigidas a mujeres sobre las que se encontró información– es muestra clara de lo anterior. Llama la atención, por ejemplo, que presente como su gran resultado “haberle devuelto la libertad a 68 mujeres”, de las cuales ocho “han parido o lo harán pronto”, poniendo sobre la mesa aquella indivisibilidad entre maternidad y desmovilización.

Volviendo a lo mencionado sobre el aborto, las campañas focalizadas en la maternidad desconocen que no solo en las organizaciones insurgentes las mujeres interrumpen sus embarazos y enfrentan embarazos no deseados, sino que es una situación que atraviesan mujeres de todas las clases sociales (especialmente las más vulnerables), profesiones, religiones, opinión política. Un punto clave en la imagen que se trasmite es que las mujeres guerrilleras no desean interrumpir el embarazo, ante lo que el aborto se presenta como una imposición, que además se da en condiciones extremas. Según esto, las mujeres no guerrilleras estarían libres de presiones y recurrirían al aborto voluntariamente.

La edición 187 de la revista *Soho*<sup>94</sup>, publicada en noviembre de 2015, tuvo como portada la imagen de dos mujeres desnudas y abrazadas, emulando la histórica fotografía de Yoko Ono y John Lennon publicada en 1981 en la revista *Rolling Stone*: una desmovilizada de las FARC-EP y una exdetective del DAS<sup>95</sup> que investigaba a dicha organización. Con el título “La paz según *Soho*”, la revista presentaba esta edición como “un homenaje a la reconciliación”. Esta imagen le dio la vuelta al mundo y diferentes diarios internacionales se refirieron a ella.

Ana Pacheco es el nombre de la desmovilizada de 26 años, que dice haber permanecido dos años, entre sus 14 y sus 16 años de edad, en filas de las FARC-EP. En una entrevista de radio decía: “Es algo muy bonito. Estamos en la paz, ¿no? Y qué más bonito que dos mujeres de lados opuestos lo hagamos, ¿no?”.

---

<sup>94</sup> *Soho* es una revista de entretenimiento dirigida al público masculino, reconocida por la publicación de fotografías sugerentes y/o desnudos de modelos, actrices y mujeres de la vida pública colombiana. Es parte de Publicaciones Semana S.A y propiedad de Felipe López Caballero, periodista y empresario colombiano, hijo del expresidente colombiano Alfonso López Michelsen y nieto del también expresidente Alfonso López Pumarejo.

<sup>95</sup> Departamento Administrativo de Seguridad. Fue el servicio de inteligencia y el principal centro de inteligencia estatal de Colombia. Se suprimió mediante decreto presidencial el 31 de octubre de 2011, después de una serie de acontecimientos que dejaron ver los vínculos de la entidad y sus funcionarios con el paramilitarismo y la salida a la luz pública de interceptaciones hechas a políticos y líderes sociales de oposición, como parte de una estrategia de persecución contra los mismos.

Es llamativo cómo una revista “para hombres” incorpora a su estrategia comercial la coyuntura política del país y lo presenta como “homenaje a la reconciliación”, una reconciliación entre una mujer que estuvo solo dos años en una organización guerrillera y que además se desmovilizó hace una década y otra mujer que trabajó para una entidad estatal tan ineficaz que la clausuró el presidente de Colombia y que dejó de existir hace cuatro años. En la imagen, la desmovilizada aparece totalmente desnuda y en función de la exdetective, que en ropa interior solo mira a la cámara.



Imagen 5. Portada de la edición 187 “La paz según Soho” de la revista Soho.

Esta imagen representa al menos dos cosas: una, la estética de la reconciliación o lo que sería la no-guerra, que es evidentemente femenina y exalta una feminidad tradicional y hegemónica que además se combina con lo que se considera comercialmente erótico. Dos, recoge la mirada prevaleciente en las clases poderosas del país sobre el proceso de paz, que no considera la reconciliación como un proceso entre iguales sino la rendición de quien debe arrepentirse; la supuesta guerrillera no tiene ningún rol político, solo se dedica a la manicura, ha



dejado atrás cualquier beligerancia y se encuentra arrepentida. El papel de la funcionaria del DAS no se cuestiona. La reconciliación es con quien adopte los parámetros socialmente aceptados tanto estéticos como políticos.

## **Apuntes finales**

Examinando las campañas de desmovilización en general, todas tienen en común la aparición de varios dispositivos con inmenso poder en términos culturales, que no discuten la política explícitamente sino que buscan generar impacto emotivo apelando a la familia, a sus valores y al significado que la población en general le da a estos, como elementos definitorios de todos los seres humanos.

Dentro del énfasis que se pone en la familia, ocupa un papel especial la figura de mujer-madre como representante del modelo de familia tradicional, que espera a su hijo o hija guerrillera y que sufre el dolor de haberlo perdido, mostrando este drama social como exclusivo de las familias donde algún integrante se ha sumado a las filas insurgentes. Esto opaca el drama que viven miles de familias, madres, padres, hijos e hijas, hermanas y hermanos que tienen algún ser querido participando directamente de la guerra, bien sea en alguna de las instituciones que integran la Fuerza Pública, en los grupos paramilitares o en las organizaciones insurgentes.

A través de la aparición en campañas y videos de personajes reconocidos ampliamente por la población colombiana y a nivel internacional (como Shakira, los jugadores de la selección de fútbol), estos se convierten en portavoces de la desmovilización, representando figuras que expresan lo que sería el “sentir nacional”.

La desmovilización aparece como un imperativo moral más que como una cuestión política. Al apelar directamente a las estructuras culturales, se logra que los contenidos de las campañas no sean solo interés del Estado sino algo con lo que una parte de la población llega a identificarse y a sentirse recogida. No solo se está librando una guerra militar sino una guerra simbólica con la que el Estado está plenamente comprometido, y prueba de ello es el alto presupuesto destinado a la realización de estas campañas humanitarias, centrales en dicha guerra.

Las campañas presentan una retórica que incorpora los valores del humanitarismo como alternativa a la discusión del conflicto en términos políticos. A través de los personajes famosos, de la pelota de fútbol, del chupo, se presenta una imagen cándida de la desmovilización, basada en el humanitarismo –por ejemplo cuando en el video del bombardeo al campamento donde estaba Raúl Reyes los soldados aseguran respetar la vida de los insurgentes, dando totales garantías para una desmovilización tranquila y apacible que les permita reintegrarse con éxito a la vida civil–, que omite la historia de varios procesos de desmovilización caracterizados por la represión y persecución por parte del Estado hacia quienes integraban las organizaciones insurgentes, llevando incluso a su exterminio, como ocurrió en el caso de la Unión Patriótica, un partido político surgido en 1984 como parte del proceso de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y las FARC-EP que

después sería exterminado mediante el asesinato y persecución de más de cinco mil de sus militantes.

En este sentido el humanitarismo, como mezcla entre razón y emoción, aparece como una arista de la política que funciona de manera particular, apelando especialmente a los sentimientos y las emociones, con una marca de género. Como plantean Keally McBride y Annick Wibben en su análisis sobre el lugar del género en la justificación de la invasión a Afganistán por parte de Estados Unidos, las doctrinas de contrainsurgencia también hacen uso del género en su intención de presentar las intervenciones militares como humanitarias, progresistas y necesarias para promover los derechos humanos; y esto no solo tiene consecuencias retóricas sino también (y sobre todo) prácticas (McBride y Wibben, 2012)<sup>96</sup>.

El humanitarismo ha servido a los gobiernos en todo el mundo para justificar sus intervenciones armadas, presentadas como “guerras justas”, en nombre de la seguridad colectiva. En palabras de Didier Fassin, “humanitarianism has become a language that inextricably links values and affects, and serves both to define and to justify discourses and practices of the government of human beings” (Fassin, 2012:2).

En relación con la lucha contra el terrorismo y la estrategia contrainsurgente, el humanitarismo es la bandera perfecta para hacer presencia en los territorios y cometer abusos y vulneración a los derechos humanos, mostrando hacia afuera que el motor principal es la filantropía, la compasión y el deseo de “salvar” a los ciudadanos de la amenaza terrorista. Volviendo a la batalla por la narrativa, el manual contrainsurgente citado en las primeras líneas de este capítulo expresa de forma clara:

In the battle for the narrative, the United States must not ignore its ability to bring its considerable soft power to bear in order to reinforce the positive aspects of joint force operations. Humanitarian assistance, reconstruction, securing the safety of local populations, military-to-military exercises, health care, and disaster relief are just a few examples of the positive measures that we offer. Just as no nation in the world can respond with global military might on the scale of the United States, so too are we unmatched in our capacity to provide help and relief across thousands of miles. All of these tools should be considered in this battle to build trust and confidence. (JOE, 2008:39)

De este modo el humanitarismo se convierte en la puerta de entrada principal del imperialismo, a través de programas de intervención y cooperación internacional que encubren la pérdida de soberanía nacional y abonan el terreno para la llegada del capital extranjero y su inherente explotación. Gracias a las campañas nombradas como humanitarias los intereses que están en juego se pueden desarrollar legítimamente, amigablemente, creando por lo general un desdibujamiento de las funciones y obligaciones del Estado, que refuerza mucho

---

<sup>96</sup> “Laura Bush famously declared that ‘the fight against terrorism is also a fight for the rights and dignity of women’. Bush administration framed the invasion of Afghanistan as both necessary to fight the war on terror and as a civilizational duty to protect vulnerable women” (McBride y Wibben, 2012).

más la aparente necesidad de la cooperación internacional. En Colombia, esto tiene que ver con lo que se mencionaba al inicio del capítulo sobre la relación entre la imagen positiva de las fuerzas armadas y las “ayudas” financieras.

El humanitarismo aparece como la “mano izquierda del imperio” (Agier, 2010), aquella que cura los golpes que ha dado la otra, que “suaviza” los daños causados por la intervención militar, y todo esto al parecer en una lógica política de la guerra que sostendría que dado que “los ‘terroristas’, no respetan las convenciones internacionales, las operaciones antiterroristas, por consiguiente, pueden hacer lo mismo” (Bradol, 2004:16). Después de los bombardeos, que implican en sí mismos una desproporción en la correlación de fuerzas, llega la promesa de respetar la vida, los soldados invitando a la desmovilización a sobrevivientes mutilados, aturcidos, heridos, aquellos que constituyen el “otro”. El Estado ha cooptado el discurso de los derechos humanos para sacar adelante sus propios imperativos.

En este contexto, las imágenes de las madres, de los hijos que no murieron abortados, de la mujer embarazada, se convierten en representaciones de lo sagrado, imágenes humanitarias que encarnan el ideal de sufrimiento, es decir, “a representation that requires acceptance by exhibiting a doubly “naked” life: pure life in the most profound biological relationship of a mother and child on one hand, but also life stripped bare in the degradations of suffering on the other.” (Agier, 2010:31).

Esto y todo mencionado acerca del papel de las mujeres y la figura femenina, es muestra de cómo “el militarismo y la guerra tienen efectos el de género específicos, cómo el patriarcado intersecta con los sistemas económicos y étniconacionales que llevan a la guerra, y cómo los factores de género influyen sobre las relaciones internacionales y la política bélica” (Cockburn, 2009: 343).

En un contexto de conflicto armado, persiste la percepción sobre las mujeres en su rol de madres, esposas y cuidadoras, mientras se espera de los hombres que sean agresores y soldados. En este sentido, suele alentarse la expectativa de que los hombres irán al campo de batalla y las mujeres los apoyarán desde el hogar. “Aunque mujeres y hombres a menudo sí asumen estas funciones tradicionales, existe en la literatura popular una tendencia a exagerar el grado al cual desempeñan los roles estereotípicos de género en un conflicto armado” (El Jack, 2003:6) omitiendo que, como se ha visto en este capítulo y se abordará con detenimiento en los siguientes, las mujeres también pueden desempeñarse como combatientes activas, tanto en los ejércitos estatales como en las organizaciones insurgentes.

El 9 de noviembre de 2015, el Ministerio de Defensa anunció públicamente que se suspenderían las misiones de perifoneo aéreo, el lanzamiento de volantes y los comerciales de radio y televisión invitando a la desmovilización de las FARC-EP, como “gesto de confianza y reciprocidad en la mesa de negociación” (Caracol, noviembre 9 de 2015). Esta había sido una petición constante de la organización insurgente desde la mesa de La Habana, por considerar incoherente que se estuviera hablando sobre el fin del conflicto y al mismo tiempo se desplegaran campañas convenciendo sobre la desmovilización como salida.

Sin embargo esto no implica una suspensión de las campañas de desmovilización, pues el gobierno sostiene que ahora el Ejército de Liberación Nacional es el principal objetivo para dichas campañas. En palabras del coronel Oscar Cote López, asesor en prevención y desmovilización del Ministerio de Defensa, “Asumimos que hay un compromiso de las Farc para no incorporar más personal a la guerra, y no abusar más de la población civil, entonces todo lo que se había enfocado a ese grupo, hoy por hoy está orientado hacia el Eln” (El Colombiano, diciembre 9 de 2015). Teniendo en cuenta que pocas de estas campañas hacen alusión explícita a las FARC-EP, podría suponerse que el despliegue por medios masivos continuará intacto, como parte de las astucias de la razón de Estado.

## CAPÍTULO 3

### **SOY GUERRILLERA. ENTRE EL SURGIMIENTO DE LA VOCACIÓN Y LA CONVERSIÓN A LA LUCHA ARMADA**

*Las combatientes encuentran aquí la posibilidad de ampliar sus conocimientos en diversos aspectos, se les abre el mundo que en la vida civil había estado cerrado por cuenta algunas veces de la pobreza, la violencia intrafamiliar, la exclusión por ser mujeres; en conclusión no encuentran en filas el “paraíso prometido” pero sí, un abanico de posibilidades para realizarse como mujeres y como combatientes revolucionarias.*  
(Mujer Fariana, julio 7 de 2015)

*Unas van por curiosidad, otras por convicción, otras porque les gustan las armas, y ya internas en las montañas vemos con claridad todo lo que pasa en nuestro país, un país rico pero a la vez pobre porque unos pocos son los que disfrutan nuestras riquezas mientras la mayoría padecemos necesidades.*  
Carmenza, entrevista febrero 2012

Andrea, Carmenza, Sara, Paola y Patricia son mis interlocutoras de campo. A pesar de ser mujeres diferentes tienen al menos un punto fundamental en común: son guerrilleras. Esto significa que ingresaron a organizaciones insurgentes –entre mediados de los 80 y finales de los 90– e incorporaron una serie de valores ético-morales que mantienen hasta hoy –entre 18 y 30 años después–, aun viviendo “la prueba más difícil” de sus vidas<sup>97</sup>, que es estar privadas de su libertad con condenas que superan los sesenta años. Todas ellas llegaron a ser mandos medios en la jerarquía de sus organizaciones

En las diferentes conversaciones que sostuvimos, tanto personalmente como en las cartas que intercambiamos, siempre ocupó un lugar fundamental su militancia política, como el eje en torno al cual se articularon los demás temas que abordamos. Sus historias como combatientes son sus recuerdos más preciados, los recuerdos de la libertad, que son simbólicamente una cizalla con la que los barrotes físicos se cortan, permitiendo sobrevivir al encierro. La vida en la guerrilla quedó como congelada en el tiempo, entre una vida de carencias y persecución y la vida en prisión.

---

<sup>97</sup> La prisión para las organizaciones insurgentes ha representado una de las pruebas más duras. Como en otras experiencias de lucha armada que se han dado en el continente, en Colombia han existido organizaciones que han contemplado la pastilla de cianuro como opción para evitar los golpes enemigos. Sobre este punto, María Eugenia Vásquez, quien fuera militante de la organización armada M-19 (desmovilizada en 1990 para convertirse en el grupo político Alianza Democrática M-19), relata que “Había contemplado la posibilidad de muerte muchas veces y ya no me inquietaba, pero el horror de una detención en la época de Turbay y Camacho Leyva estaba fresco en la memoria por las torturas a las que sometieron a tantos colombianos y tantas colombianas y lo atroz de sus técnicas. No, yo no pensaba caer prisionera; para evitarlo cargaba una porción de cianuro. Y, por cosas de la vida, la perdí durante nuestra travesía por el Mira. El azar me obligó a aceptar la realidad de mi detención” (Vásquez, 2000:248).

En su investigación sobre militantes de las FARC-EP reclusos en cárceles colombianas<sup>98</sup>, Miguel Ángel Beltrán señala que la academia en Colombia ha producido diferentes documentos que explican el crecimiento y fortalecimiento de las organizaciones insurgentes como resultado del “reclutamiento forzado” y el narcotráfico, catalogándolas como expresiones arcaicas desideologizadas, grupos delictivos y “narcoterroristas” (Beltrán, 2015). Próximos al sentido común dominante sobre las organizaciones insurgentes, estos trabajos enfatizan también las condiciones precarias y la falta de opciones y la proximidad ideológica como motivaciones para el ingreso a la guerrilla. Lo paradójico de las producciones académicas que replican estos supuestos es que la mayoría no ha desarrollado trabajo de campo. Resulta comprensible así el llamado que hiciera el máximo comandante de las FARC-EP, Timoleón Jiménez, al respecto:

Al parecer hay especialidades académicas sobre nosotros. Que sepamos, ninguno ha llegado acá nunca a entrevistarnos. Es lo menos que podría esperarse de quienes escriben libros o dictan conferencias sobre nuestra lucha. Cosas de la ciencia social posmodernista. (Prensa Rural, enero 13 de 2012)

Las FARC-EP y el ELN han logrado mantenerse en el tiempo como organizaciones político-militares importantes en la historia de Colombia, de hecho no existe en el continente un movimiento continuo y organizado tan antiguo como el colombiano. El vínculo de nuevos y nuevas militantes ha sido un punto importante en su sostenimiento. Pero, ¿por qué y cómo alguien ingresa a una organización insurgente? ¿cuáles son las mediaciones que permiten el ingreso? ¿cómo se llega a ser guerrillera? Estas preguntas, presentes también en la investigación del Miguel Ángel Beltrán, son las que guían este capítulo.

La descripción presentada aquí ha sido construida a partir de las cartas que generosamente ellas me escribieron, de algunos textos literarios que enviaron para diferentes publicaciones, y principalmente a partir de mis intentos por reconstruir en mi diario de campo las conversaciones sostenidas con ellas bajo mi condición de visitante en la cárcel.

El análisis de los relatos de mis interlocutoras, obtenidos en el trabajo de campo, permiten discutir estos imaginarios del sentido común, algunos de los cuales fueron examinados en el capítulo anterior. El objetivo ahora es analizar su proceso

---

<sup>98</sup> Miguel Ángel Beltrán, académico colombiano y profesor de la Universidad Nacional de Colombia, desarrolló esta investigación durante los dos años que estuvo privado de su libertad como consecuencia de la persecución que el Estado libra contra él por su pensamiento crítico y su ejercicio de oposición desde la academia. Mientras se encontraba en México cursando un post doctorado con una beca de la Universidad Autónoma de México, el 22 de mayo de 2009 Miguel Ángel Beltrán fue secuestrado en una operación conjunta entre las autoridades mexicanas y colombianas y extraditado a Colombia y torturado, acusado de ser parte de la insurgencia. Tras permanecer 25 meses en prisión recuperó su libertad, después de que la Corte Suprema de Justicia declarara ilegales las pruebas con que lo acusaban. Permaneció un año por fuera del país y regresó en enero de 2015. En agosto de ese año fue capturado de nuevo y condenado a cien meses por el delito de rebelión. En mayo de 2016, cuando terminé de escribir esta tesis, Miguel Ángel seguía preso. Su caso ha sido catalogado como muestra del Terrorismo de Estado (Vega, 2015) y es un claro ejemplo de lo que sucede en Colombia cuando desde la academia se agitan las banderas del pensamiento crítico.

de conversión en guerrilleras, examinando las diferentes etapas en sus trayectorias biográficas (Bourdieu, 1977) y carreras (Becker, 1971) militantes, utilizando ambos conceptos como herramientas para mostrar “el producto concreto de lo que los actores hacen produciéndose” (Fillieule, 2015:199).

Estudiar las carreras militantes de estas mujeres implica, como plantea Fillieule (2015), articular el análisis de sus trayectorias biográficas con las del espacio en dos sentidos: por una parte, el espacio en que se ejercen sus diferentes actividades sociales, y por otra, el espacio de las organizaciones insurgentes en las que llegan a desarrollar dichas actividades. Esto demuestra que la movilización armada no solo depende del conjunto de oportunidades sino también de ciertas disposiciones adquiridas en los primeros procesos de socialización (Castellanos, 2011).

En relación con el compromiso como un valor fundamental de la vida guerrillera, la noción de carrera resulta útil para comprender la forma en que

en cada etapa de la biografía las actitudes y los comportamientos están determinados por actitudes y comportamientos pasados y, condicionan, a su vez, el campo de los posibles venideros, contextualizando así, los periodos de compromiso dentro del conjunto del ciclo de vida. [...]. Ya que la carrera, en efecto, supone toda una serie de remodelaciones subjetivas en función de cambios eventuales de posición, a la vez que posibilita pensar la construcción identitaria lejos de términos fijos. (Fillieule, 2015:200-201).

En los relatos identifiqué cuatro momentos de las carreras que siguieron mis interlocutoras para convertirse en cuadros guerrilleros, entendiendo la militancia como una actividad social y dinámica (Fillieule, 2015).

La primera etapa aborda las condiciones en las que nace el deseo de hacerse guerrilleras y las condiciones sociales en que este deseo surge y se hace posible, agrupando los relatos en *las campesinas* y *las urbanas*, distinción que no solo se refiere al contexto en que crecieron mis interlocutoras sino también a la forma en que se configuró su acercamiento e ingreso a las organizaciones insurgentes. Esta etapa evidencia que entre el deseo de ser parte de la organización insurgente y el ingreso a la misma no hay una correspondencia directa, deben existir una serie de mediaciones basadas en los contactos y el conocimiento previo de la aspirante por parte de las organizaciones.

La ruptura con las familias biológicas representa una etapa que aparece justo en la materialización del deseo, como una transición entre la socialización primaria y la secundaria, y esto con mayor fuerza en *las campesinas* por el momento vital en que se da su partida del núcleo familiar. Dicha transición implica un abandono del núcleo familiar y su remplazo por un nuevo mundo de relaciones sociales en el que se construyen lazos muy fuertes basados en la camaradería.

El periodo de instrucción inicial se constituye como un verdadero rito de pasaje en tanto oficializa el ingreso a las organizaciones insurgentes y lo que da inicio al proceso de conversión en guerrilleras, aunque no se agote ahí y deba ponerse a prueba una y otra vez. Como en el mukanda (Turner, 1997) y otros ritos de pasaje (van Gennep, 2008) durante el período inicial de entrenamiento militar y político

los cuerpos se adaptan a las exigencias de una nueva etapa, internalizando y consolidando progresivamente el *ethos* guerrero (Elias, 1994; Castellanos, 2011).

En este capítulo analizo cómo se forma un cuadro guerrillero, a través de la interiorización de un mundo de valores ético-morales donde el honor, el compromiso (Peristiany, 1966; Pitt-Rivers, 1979), el desinterés (Bourdieu, 1997; Wilkis, 2008; Pudal, 2011) y la disposición a *dar la vida por la causa* (Carnovale, 2011) se ubican en el centro de la vida guerrillera, y esto en un contexto de sacralización del mundo moderno (Anderson, 1993; Hobsbawm, 1991) donde la nación y la patria aparecen como nueva forma de religiosidad cívica. Como ocurre con los *outsiders* (Becker, 1971), ser un cuadro guerrillero implica revertir los valores estigmatizantes que recaen sobre quienes hacen parte de la lucha armada.

El análisis de las trayectorias biográficas y las carreras militantes hace comprensible la vocación por la lucha armada y el compromiso por una causa que supone poner en juego lo más valioso que tiene un individuo, que es su propia vida. Este análisis asume el desafío de poner de manifiesto la racionalidad de las mediaciones que conducen a la adhesión a una organización insurgente por parte de mujeres con orígenes sociales y trayectorias biográficas tan diferentes.

### ***Así llegué a la guerrilla. De la vocación y el deseo***

Este aparte presenta las características predominantes en las trayectorias biográficas de mis entrevistadas, señalando las principales condiciones que influyeron en su deseo de convertirse en guerrilleras. Los relatos se han agrupado en *las campesinas* y *las urbanas* a causa de los puntos en común en sus trayectorias biográficas y en las características del acercamiento e ingreso a las organizaciones insurgentes. Esta separación da cuenta también de una distinción existente en los imaginarios que circulan al interior de las organizaciones, y que tiene que ver precisamente con las diferencias que usualmente implica crecer en un contexto rural o urbano.

Andrea, Carmenza y Sara nacieron y crecieron en hogares campesinos, cuya economía estaba basada en labores agropecuarias: cuidado de ganado, venta de frutas, cuidado de fincas. Las tres tuvieron acceso restringido a la educación y no terminaron la secundaria. Ingresaron a las organizaciones insurgentes siendo adolescentes –alrededor de los 15 años–, como resultado de un proceso de acercamiento progresivo a las mismas en tanto éstas formaban parte de su cotidianidad y así, a partir de un contacto naturalizado, ciertas relaciones se convirtieron en *contactos*. Su trabajo en las organizaciones se dio en filas, permaneciendo “encampamentadas”, como combatientes “full time”.

Paola y Patricia nacieron también en familias campesinas, pero el contexto en que crecieron fue urbano, también en hogares con carencias económicas. Paola en un pueblo del Huila, Patricia en la gran urbe capitalina. Paola en medio de muchas limitaciones económicas y Patricia con las comodidades de la clase media en la que se había ubicado su familia, ambas terminaron la secundaria y accedieron a educación superior. Ingresaron a las organizaciones insurgentes en una etapa de



madurez vital –después de los 20 años–, con amplias trayectorias militantes desarrolladas previamente. Llevaron a cabo un trabajo urbano, que no requería que estuvieran tiempo completo en los campamentos insurgentes.

Al tener las FARC-EP y el ELN una composición predominantemente campesina, puede pensarse que las trayectorias biográficas de sus militantes se acercan más a las características de *las campesinas*, aunque también ingresen militantes *urbanas*.

### *Las campesinas*

Andrea, quien en varias de sus cartas dirigidas a mí firmaba como “La guerrillera y la montaña”, nació finalizando los 70’s. Vivía en una finca ubicada en una vereda del departamento de Antioquia, en el noroeste de Colombia, cuyos habitantes eran principalmente del pueblo indígena Emberá katío. Hija de padre afro y madre mestiza, “proletarios y muy humildes”, creció en el campo rodeada de sus nueve hermanos, una familia campesina que Andrea recuerda como “muy hermosa”.

Carmenza, “la última mohicana”, nació iniciando los años 80 en un hogar campesino en una vereda del norte del departamento del Tolima, una región que describe como “muy pobre”, donde no llegaba señal de televisión y menos de teléfono, “solo se escuchaba el ruido de los grillos y del río”. Vivía con su madre, su abuelo y hermanos de crianza.

El padre y la madre de Sara nacieron y se conocieron en la zona rural del departamento del Huila, donde construyeron un hogar compuesto por once hijos: siete mujeres y cuatro hombres. Sara nació iniciando los años 80; recuerda su infancia como llena de momentos gratos, una relación amorosa y unida entre el padre y la madre, y un padre complaciente que intentaba atender todos los deseos de sus hijos e hijas.

En cuanto a la escolaridad, Andrea y Carmenza cursaron hasta quinto grado y Sara hasta sexto grado. El único medio para acceder a la educación eran escuelas ubicadas hasta a dos horas de distancia del lugar donde vivían, a las que debían llegar caminando, atravesando puentes y ríos que cuando crecían cortaban el paso.

Este limitado acceso a la educación era solo una de las deficiencias de la presencia estatal en los lugares donde vivían estas mujeres campesinas, que se acompañaba de escasa disponibilidad de bienes sociales en general –puestos de salud, redes de energía, acueducto, casetas comunales, etc.– y de la ausencia de instituciones y figuras gubernamentales.

En tal contexto, las organizaciones insurgentes que hacían presencia en las zonas controlaban una serie de recursos simbólicos y materiales que les permitían asumir algunas de las funciones gubernamentales sin ser gobierno, lo que les otorgaba control sobre el territorio y la población.

Carmenza recuerda que cuando tenía 13 años se programó una reunión comunal porque se planeaba cerrar la única escuela del pueblo, en la que ella estudiaba; el motivo era que había una banda de ladrones violadores y temían por la seguridad

de las estudiantes, pues ya habían violado a varias niñas sin que las autoridades gubernamentales hicieran algo al respecto. Días después de la reunión circuló el rumor que la guerrilla (el Ejército de Liberación Nacional, que era la organización insurgente que tenía más presencia en la zona) había matado a unos hombres, acontecimiento que sería determinante en la percepción de Carmenza sobre la insurgencia.

Cuando se regó el rumor mi mamá decía que ya habían aparecido esos chusmeros<sup>99</sup> a acabar con la tranquilidad. Mi abuelo, que siempre ha sido izquierdista, le decía que dejara de hablar sin permiso de la cabeza, que esta guerrilla eran otras personas y efectivamente sí. En esos días nos enteramos que los hombres que habían sido *ajusticiados* eran los mismos que hacían fechorías en todas las otras veredas. *Quedé impresionada*, pues yo pensaba que la guerrilla buscaba beneficios personales. *Esto aumentaba mis deseos de saber más*. (Entrevista Carmenza, marzo de 2014)

Este relato da cuenta del poder tutelar del que gozaban las organizaciones insurgentes al realizar funciones correspondientes al Estado (regular conflictos, “hacer justicia”, construir escuelas y puentes, garantizar la educación a algunos niños y jóvenes, etc.), en el marco de contextos rurales y agrarios donde la precariedad era la condición generalizada y determinante. El episodio del ajusticiamiento de aquellos hombres que violaban niñas da cuenta de la influencia que tenía la organización sobre las dinámicas sociales del lugar, que le procuraba legitimidad, autoridad y una “reputación positiva” (Bailey, 1971) frente a la población. En el mismo sentido, aparecen las palabras de Andrea sobre el pueblo donde vivía, donde “el gobierno estaba a cargo de las FARC-EP”.

Esto es un punto importante que está presente en todos los relatos y evidencia cómo en ciertas regiones de Colombia, caracterizadas usualmente por ser agrarias y rurales, las condiciones precarias de vida aparecen acompañadas por la ausencia de la figura estatal, que se expresa en lo relacionado con la garantía de los derechos sociales e incluso directamente en un vacío de los puestos de gobierno local. Resulta así comprensible la afirmación de Andrea<sup>100</sup>.

En los territorios rurales donde habitaban Carmenza, Andrea y Sara, las organizaciones insurgentes eran parte de las dinámicas cotidianas, el contacto que tenía la población con las organizaciones guerrilleras era frecuente y estaba naturalizado, aunque su presencia de daba en una especie de lugar liminal que las dotaba de cierto misterio: todos sabían que existían y quién tenía relaciones con éstas, pero no había una oficina o un lugar fijo donde ir a buscarlas. Esta presencia elusiva cumplía su papel en la imaginación de niños y jóvenes, aumentando la

---

<sup>99</sup> El periodo conocido como La Violencia (1945-1965) estuvo caracterizado por un sangriento enfrentamiento entre el Partido Conservador y el Partido Liberal que, aunque no fue reconocido oficialmente como guerra civil, dejó cerca de 300 mil personas asesinadas y más de dos millones de desplazamientos forzados. En este periodo se configuraron algunas guerrillas liberales, que eran llamadas también “chusma” por su origen popular.

<sup>100</sup> Aunque en su caso concreto el “gobierno” –más concretamente el control de ciertos recursos y medios simbólicos y materiales– estuviera a cargo de una organización guerrillera, es importante señalar que en otros muchos casos la ausencia o presencia deficiente de la institucionalidad ha permitido que sean grupos paramilitares quienes asuman el control de los territorios.

curiosidad y atracción hacia lo que tuviera que ver con la guerrilla, que se investía de un halo heroico.

Desde las lógicas infantiles, los guerrilleros eran “buenos” porque hacían cosas “buenas”. Fue ésa la primera motivación para saber más, para acercarse y “querer ser como ellos”. Incluso Andrea lo entendía como “su destino”, la razón por la que había “venido al mundo” y que nadie podía cambiar<sup>101</sup>. Este aspecto constituye un elemento central en el surgimiento del deseo de mis interlocutoras de ingresar a las organizaciones insurgentes.

En el caso de Andrea, combatientes de las FARC-EP llegaban a su casa usualmente a pasar la noche, asistían a fiestas familiares, “mis hermanos les colaboraban con mandados, mi padre los dejaba dormir en la casa y decía ‘ellos son gente buena’”. La familia de Carmenza prestaba al ELN una bodega para que almacenaran alimentos. El hermano mayor de Sara, y el más querido por ella, ingresó a la guerrilla cuando ella tenía 13 años, lo que impulsó su deseo de seguirle los pasos:

Mi mamá me ocultaba que Juan [el hermano] se había ido para la guerrilla. Un día yo estaba con mi hermana y llegaron unos guerrilleros a decirle a ella que le tuviera comida, que él estaba por ahí. Cuando llegó sentía de todo, no sabía si saludarlo o no, no podía creer que él estuviera en eso, pero bueno, ya todo estaba hecho y esa era su vida. Desde entonces yo me fui inclinando por hacer lo mismo pero era muy joven, nadie me recibía a esa edad, *entonces empezó mi sueño por crecer rápido*. (Carta Sara, junio de 2012; énfasis agregado)

Autoreconocida como campesina, Andrea afirma que, además del gusto por las armas, su principal motivación para acercarse a la organización guerrillera fue la percepción que se hizo sobre la misma. Esta percepción tenía como elemento central el servicio social, el buen trato y la ayuda que brindaban a las comunidades que habitaban el lugar, en lo que Andrea se sentía identificaba y lo que representaba para ella un ideal a seguir: “*No eran delincuentes ni asesinos, en cambio eran gente con un ideal muy claro* que sabían muy bien lo que querían y para dónde iban. A la población civil la trataban demasiado bien”. Carmenza y Sara dan cuenta en sus relatos de impresiones muy similares.

*Las campesinas* resaltan la vocación de servicio como parte de sus motivaciones para vincularse a la lucha armada, pues como lo afirman en sus relatos, la imagen positiva que se hicieron de las organizaciones guerrilleras estaba fuertemente atravesada por tal vocación y eso las atraía, mucho más allá de una postura ideológica elaborada. Las razones de la lucha armada y la toma del poder aparecían como “temas un poco complicados”, incomprensibles; lo que las movía era percibir

---

<sup>101</sup> Cuando se refiere a las razones que tuvo para ingresar a las FARC-EP, Andrea hace diferentes alusiones al destino, señalando que el suyo era ser guerrillera. Tiempo después del relato donde habló al respecto, le pregunté qué significaba para ella el destino y su respuesta dejó notar que aquella idea que tenía en el momento del ingreso, se había transformado. En sus palabras: “Hay varias tesis del destino. Cuando se es pequeño te dicen que uno nace con su destino trazado, que todo lo que haga es porque estaba escrito en su destino. También se dice que cada ser humano construye su propio destino, que lo que se haga se es. La verdad hoy no creo mucho en el destino” (Entrevista Andrea, junio 2015).

que las organizaciones querían “algo mejor para los pobres” y que ellas mismas y sus familias se sentían parte de esos pobres.

La verdad *yo me enamoré* mucho porque desde niña me gustaba ayudar a las personas que más lo necesitaban, y esa gente hacía eso, ayudarlos, entonces eso me identificaba mucho con ellos. Incluso esas casas malitas que había por ahí ellos las tumbaban y las volvían a construir para que quedaran bien. Hacían muchas cosas buenas por las comunidades, definitivamente cada día me gustaba más lo que hacían. (Entrevista Andrea, abril de 2014)

Un día que mi mamá se enfermó me tocó ir lejos de la finca a coger unas naranjas. En el camino salió un hombre y se identificó como ELN, me explicó quiénes eran. Como lo había dicho mi madre, *eran hombres y mujeres muy educados. Yo quedé impresionada, pregunté de todo*. Me dijeron cuál era su ideal. Yo era una adolescente, y traté de aplicar lo que ellos me decían a lo que yo vivía y cómo sentía la pobreza: tenía que caminar dos horas para llegar al colegio, tenía mis zapatos rotos y tenía que aguantar las burlas de mis compañeros; con lo que trabajábamos en mi familia alcanzaba a duras penas para la comida. En ese momento comencé a entender la desigualdad social y también a cuestionar la existencia de aquel dios que nos daría un paraíso a cambio de la miseria a la que estábamos sometidos. (Entrevista Carmenza, mayo de 2014)<sup>102</sup>

Estas experiencias de pobreza son una de las mediaciones sociales y simbólicas que hacen posible la adhesión a la lucha armada, a través de un proceso en el que el discurso guerrillero con su elaboración teórica dota de sentido una experiencia vital. Tener los zapatos rotos, las casas “malitas”, se convertían en expresión de la desigualdad social y en el sentido de la lucha por la justicia y la equidad que abanderaban las organizaciones insurgentes.

En el caso de Sara, el padre tuvo una gran influencia en su trayectoria política. Era reconocido entre la comunidad por ser colaborador con los vecinos y llegó a ser presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda donde se trasladó la familia después de ser amenazado. Sara recuerda que en esos tiempos “se escuchaba mucho lo de la Unión Patriótica<sup>103</sup> y mi papá asistía a reuniones con gente que

---

<sup>102</sup> En sentido similar a estos relatos aparece este relato de un guerrillero de las FARC-EP que ingresó a las filas desde los 12 años: “Estudiaba y trabajaba al mismo tiempo, para poder comprar mis útiles escolares, pero sólo pude cursar el primero de primaria y parte del segundo. En la casa, vivíamos en una pobreza absoluta, en veces no teníamos nada que comer, mi mamá nos levantaba a las 4 de la mañana y nos íbamos al casino de Ecopetrol donde venían los obreros a desayunar, y ahí pedíamos comida y cuando se presentaba la oportunidad me sacaba unos panes; luego que regresaba, corra pa'l colegio. En las tardes iba a trabajar en un campo de tenis donde venían los ricos a jugar; me ocupaba de recoger las bolas de tenis, recuerdo que pagaban \$50 la hora. Mi única diversión eran las llantas viejas de bicicleta que empujaba con un palito.” (Beltrán, 2015:151).

<sup>103</sup> En 1985 surge el partido de izquierda Unión Patriótica - UP, como resultado de un proceso de diálogos entre el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC, el Ejército de Liberación Nacional - ELN, el Ejército Popular de Liberación - EPL, el Movimiento 19 de Abril - M-19 y la Autodefensa Obrera - ADO. La UP representaba una apuesta de estas organizaciones insurgentes por incorporarse a la vida civil y participar legítimamente de la dinámica político-electoral de Colombia, aunque algunas siguieran alzadas en armas. El Partido Comunista Colombiano también participó en la organización y formación de la Unión Patriótica.

organizaba cosas sobre eso. Yo era muy chica pero me gustaba escuchar. Mi papá a veces me sacaba a pellizcos cuando se daba cuenta que yo me metía por allá”.

A causa de su militancia y en el marco de la campaña de exterminio contra la Unión Patriótica –la misma de la que fue víctima Patricia– que extendía una represión generalizada a cualquier expresión de organización social liberal o de izquierda, el padre de Sara y con él todo el grupo familiar, empiezan a ser perseguidos, lo que constituye uno de los factores que llevan a Sara a desear ser parte de las FARC-EP, a pesar –como en los casos de Patricia, Andrea y Carmenza– del desacuerdo familiar con tal deseo y su consecuente materialización.

En el surgimiento del deseo de mis entrevistadas por ser guerrilleras influyen personajes concretos con los que se construyen relaciones diferentes, y que sirvieron como *contactos* que mediaron en su ingreso a las organizaciones insurgentes.

En medio del paso de la guerrilla por su casa, Andrea fue construyendo una relación de amistad con Carolina, una guerrillera un poco mayor que ella, que fue su primer contacto más cercano con la organización insurgente y quien respondía a todas sus preguntas. Esta relación, que se desarrolló desde una especie de complicidad femenina, fue clave para el impulso de Andrea.

Al respecto Andrea escribe

Cuando los guerrilleros se quedaban en mi casa, yo dormía con Carolina y ella se paraba a media noche para pagar guardia y cuando menos pensaba yo llegaba despacito a donde ella [Carolina] y ella me decía “¡ay niña! quédate calladita porque si tu papá nos pilla te pegan”. *Era tanta la amistad* que siempre me iba con ella para la guardia pero sin que el comandante ni mis papás se dieran cuenta. Ellos amanecían y se iban pero al poco tiempo regresaban, a veces escribían para ver cómo estaba.

Un día le dije a mi amiga que yo me quería ir con ellos, que *estaba aburrida en mi casa*, me dijo “¡Estás loca! Primero, eres una niña y nosotros no aceptamos niños porque acá no se juega, acá se combate a un enemigo; segundo, tus padres no lo aceptarían. Primero debes estudiar y hacerte una profesional, mientras eso pasa nosotros luchamos duro por todo este pueblo, el cual ha sufrido mucho los atropellos, barbaries, atrocidades y asesinatos del Estado. Cuando seas una profesional podrás ayudarnos desde afuera”. Pues esta conversación no quedaba ahí, definitivamente *ese era mi destino*, quería hacer parte de esa organización. (Carta Andrea, noviembre 2013; énfasis agregado)

En un momento biográfico adolescente, en el que la socialización secundaria llega a cumplir un papel fundamental, Carolina significa para Andrea una amiga entrañable y al mismo tiempo un ejemplo a seguir. El espacio de socialización secundaria prototípico de la clase media urbana es la escuela, sin embargo en el contexto rural donde transcurría la vida de Andrea, por las condiciones de distancia y demás obstáculos de acceso, la escuela no estaba en el centro de dicho proceso de socialización y en su lugar aparecía el contacto con la guerrilla, que se presentaba como una opción atractiva para cambiar la vida y salir del “aburrimiento” de un paisaje sin variedad de opciones para una adolescente.

Meses después de la respuesta de su amiga, mientras Andrea estaba en la escuela pasó un grupo de guerrilleros. Andrea se dirigió al comandante para pedirle que la llevara con ellos “a luchar”. El comandante asombrado le respondió con todo de autoridad:

*“No niña, usted a su edad no sabe qué quiere. Hagamos un trato: yo le regalo el estudio, usted se va para Medellín y estudia y se hace una profesional, cuando eso pase yo me comunico con usted para ver qué piensa y qué expectativas tiene de la vida”.*

Le dije “No, yo ya no soy una niña, tengo 15 años y medio” (le mentí para ver si me llevaba) y le dije “si usted no me lleva yo me voy con el primer grupo que pase, pues yo ya sé muy bien qué es lo que quiero hacer con mi vida y ni tu ni nadie me van a quitar mi sueño”.

Él me dijo “¿tu padres ya saben que te quieres ir de la casa con nosotros?”

Le respondí que no pero que lo sabrían cuando llegara el momento de irme.

Él me dijo “menos te llevaría con nosotros sin el consentimiento de tus padres. *Esto es duro, a veces se goza pero así mismo se sufre.* Te voy a mandar un muchacho para que te explique cómo vivimos, qué queremos y para dónde vamos”, a lo que yo respondí: “eso ya lo sé y lo entiendo perfectamente”. (Carta Andrea, enero 2014; énfasis agregado)

Después de un tiempo llegó un guerrillero a la casa de Andrea buscándola. Lo había enviado el comandante con el que ella había hablado en la escuela con el objetivo de explicarle lo prometido. Después de escucharlo atentamente, a modo de cierre Andrea concluyó: “Gracias, pero dile a tu jefe que jamás voy a renunciar a mis sueños y que voy a ser guerrillera muy pronto”.

Un año pasaría desde esa conversación para que el ingreso de Andrea empezara a concretarse. Un comando guerrillero llegó a su casa, ella preguntó quién era el comandante y se acercó a hablar con él. Su nombre era Gonzalo. Una vez más manifestó su deseo de ser parte de la organización insurgente, expresando que llevaba mucho tiempo pidiendo ingreso pero ningún comandante había querido aceptarla. Este comandante le dijo: “mire china, usted está muy pelada pero hable con sus padres y le doy tres meses y lo piensan”. Pasados tres meses llegaron dos guerrilleros a la casa de Andrea. Llevaban una carta escrita por el comandante Gonzalo que decía “¿qué ha pensado? Esos muchachos llevan una plata para que se vaya a estudiar y cuando regrese hablemos, pero si está decidida a venirse todavía y ya habló con sus papás, se puede venir con ellos”. Así Andrea partió hacia la vida guerrillera.

Carmenza tenía un amigo y una amiga que eran parte del ELN. Tras un tiempo de afianzar su relación con ellos, les pidió incorporarse a la Organización, pero la respuesta que le dieron fue negativa, argumentando que debía estudiar, que ellos no querían llevar “gente mediocre a los campos de batalla a morir, que ellos necesitaban gente preparada y totalmente convencida de lo que hacía, que lo que tenía era una pataleta de niña”.

Convencida de su deseo, Carmenza esperó hasta que pasara otra comisión. Días después ocurrió lo esperado y les pidió incorporación afirmando que tenía 16 años. En ese momento apuntaron sus datos y dos meses después pasó un grupo de guerrilleros a buscarla. “Me explicaron el reglamento, reiteraron cuál era el motivo de la lucha armada. Desde el primer día comprendí y compartí muchas cosas: la justicia colombiana más injusta; los ricos más ricos, los pobres más pobres”. Y así ingresó al ELN.

Sara recuerda que en sexto grado tuvo un profesor que “hablaba mucho de la desigualdad”, alguien que la marcó profundamente y que ella asociaba a su imaginario sobre el discurso guerrillero. La primera guerrillera que conoció, siendo una niña, se llamaba Isabel y hacía parte de la dirección del Frente 17. Con ella conversaba de vez en cuando y también con otros guerrilleros, pero sin que su padre supiera. Cuando Sara cumplió 15 años, influenciada por la decisión de su hermano y por las condiciones de persecución que afrontaba su familia, decidió sumarse a las FARC-EP.

*Me tocó luchar muchísimo para que me recibieran, no fue fácil. En ese Frente querían mucho a mis papás y ningún comandante de bajo rango me ingresaba, así que opté por pedir una entrevista con el comandante de esa unidad y le dije que era mayor; él me la concedió, le expuse los motivos, él me explicó cómo eran las cosas, me dio tiempo para que lo pensara y cuando ya decidí definitivamente hacerlo me fui, no le dije a nadie, ya era mi decisión y no había nada que me hiciera cambiar de opinión. Ingresé al Frente 17 y así empecé mi vida de revolucionaria. (Carta Sara, mayo 2014; énfasis agregado)*

Las experiencias de *las campesinas* –con algunos rasgos que aparecen también en los relatos de *las urbanas*– respecto a la forma en que persistieron en su intención de concretar el deseo de sumarse a las organizaciones insurgentes dan cuenta al menos de dos elementos que vale la pena resaltar. El primero se encuentra en correspondencia con un aspecto clave en la literatura sobre activismo, y es que los individuos no se suman a causas colectivas por una razón ideológica sino que su conocimiento del sentido de la causa se va conformando a medida que participan de la misma, con una fuerte mediación de relaciones de amistad, ilusiones de una vida mejor, sueños de una vida de aventuras heroicas, etc. El segundo es que el ingreso a la guerrilla depende de la autorización de las jerarquías de las organizaciones –en la que pesan los contactos y referencias previas–, lo que se manifiesta en la respuesta negativa que recibieron antes de ser aceptadas, que contenía una autoridad casi paternal de las organizaciones, actuando como tutela del futuro de estas “niñas” que mentían sobre su edad para concretar su proyecto.

### *Las urbanas*

En un departamento del centro de Colombia nació Patricia, en un hogar de origen campesino y con condiciones económicas difíciles. Su padre trabajaba como mercaderista y eso les permitió una movilidad ascendente en la estructura de clase. Hacia mediados de los años 60, cuando Patricia tenía 3 años de edad, el padre y la madre se divorcian, quedándose las dos hijas con el padre por solicitud de él y por la imposibilidad económica de la madre de hacerse cargo. Ante esto, el

padre decide migrar con sus hijas hacia la capital del país en busca de oportunidades laborales.

Ya en Bogotá, Patricia estudió en un colegio femenino dirigido por monjas, más por azar que por decisión, pues su padre no era católico, por el contrario, criticaba a la Iglesia. Cuando terminó noveno grado, Patricia y su hermana se trasladaron a un colegio mixto público, donde había un movimiento estudiantil activo en el que ella se fue interesando pero no participó porque el padre, de ideas “muy conservadoras”, les advertía a las hijas que no debían “meterse en problemas”. Sin embargo, Patricia recuerda que admiraba al Che y a “los barbudos”, pero le inspiraban miedo.

Mi papá siempre nos amenazaba con sacarnos del colegio si tirábamos piedra. Yo no quería quedarme sin estudio porque él decía que la que no estudiaba se quedaba de empleada del servicio y a mí no me gustaban los oficios de la casa, *no quería ser como la mayoría de las mujeres ni como mi mamá*. Me parecía horrible ver mujeres que se quedaban todo el día en la casa cuidando a los hijos y esperando al esposo, que era lo que hacía mi propia madre. Las mujeres de mi generación y de mi clase social existían para ser madres y esposas. Otro rol “decente” era impensable. *Yo quería ser una profesional independiente*; aunque no pensaba mucho en casarme ni tener hijos, soñaba con una escena en la que me iba de viaje y le decía a mi esposo “quédese con los niños, ahí le dejo la plata”. Recuerdo que cuando tenía unos 10 años le manifesté a mi padre con mucha seriedad mi repulsión a cumplir con el papel de “ama de casa”. Mi padre sonrió al ver mi firmeza y me respondió que cuando fuera grande y me enamorara pensaría diferente. No fue así. (Carta Patricia, agosto 2012; énfasis agregado)

Reflexionando sobre el momento en que empezó a adquirir conciencia social, Patricia cuenta que cuando tenía 8 años de edad estaba con su hermana cuidando una casa y alguien entró y robó una plancha.

En esa casa, además de la dueña de la plancha vivía una señora con un bebé; en esa época los pañales desechables eran un lujo, entonces era necesaria una plancha para quitar las arrugas a los pañales de tela antes de ponerlos. Yo creía en dios y como me habían enseñado que era omnipotente y bondadoso, pensaba que le sería fácil devolverle la plancha a la señora pobre y quitársela a la rica. Recé todas las oraciones que sabía para comunicarme con dios y pedírselo. Como eso nunca pasó, empecé a dudar de su equidad, al parecer era solo un amigo imaginario. (Carta Patricia, agosto 2012; énfasis agregado)

Después del colegio, Patricia adelantó algunos cursos universitarios de sociología y entró a estudiar un secretariado en un instituto técnico. A los 18 años abandonó la casa paterna y se mudó a una ciudad pequeña del departamento de Antioquia, donde consiguió un trabajo en una empresa de teléfonos y se vinculó a la actividad sindical, lo que le costó perder pronto su trabajo. Desempleada, Patricia se vinculó al Partido Comunista Colombiano, donde conoció a una “amiga misteriosa” con quien sostenía discusiones políticas, leían textos y hasta salían “a buscar a la guerrilla” en largas caminatas que no daban resultado y que terminaban con sus cuerpos tendidos en el río. Como Carolina para Andrea –aunque no en igual



medida– esta amiga misteriosa fue para Patricia un punto de apoyo y complicidad en su carrera militante.

Como militante del PCC, Patricia empieza a participar activamente en el nuevo proyecto que encarnaba la Unión Patriótica.

Yo tenía 23 años y militaba en la Unión Patriótica, que era una apuesta democrática de distintos sectores de la izquierda, muy importante para el momento que vivía el país. Teníamos mucha fuerza en toda Colombia y estábamos representando una amenaza verdadera para el Estado y su gobierno<sup>104</sup>.

De un momento a otro empezaron a matar a mis compañeros. Todas las semanas teníamos que enterrar a alguno, y llenábamos las calles con banderas blancas, con gritos, con carteles mientras llevábamos nuestro muerto a cuestras. En la sede del Partido teníamos varios ataúdes guardados para enterrar al próximo.

Y fueron muchos, cada semana uno, y esa situación me fue llevando a sentir que a mí también podían matarme, que iba a ser muy complicado sobrevivir si seguíamos dando la lucha con un lápiz en la mano mientras ellos venían con balas y metralla. En ese momento tomé la decisión definitiva de ingresar a la Organización [guerrillera], porque estaba convencida pero también como un mecanismo de supervivencia, porque nos estaban matando a todos<sup>105</sup>. Yo había pedido hace un tiempo que me dejaran subirme pero me respondieron que aún no era el momento, que me necesitaban donde estaba, pero con todo lo que estaba pasando como que la vieron grave y me mandaron a llamar<sup>106</sup>. (Carta Patricia, septiembre 2012)

---

<sup>104</sup> En las primeras elecciones que participó, en 1986, la Unión Patriótica obtuvo más de 320.000 votos, lo que le permitió tener una significativa representación parlamentaria y más de 350 concejales en todo el país (Cepeda, 2006). Con la apuesta por la legalidad y la incorporación parcial a la Unión Patriótica, en los territorios donde las FARC-EP contaba con amplio apoyo de la población, el respaldo social se había traducido en respaldo electoral, permitiendo el acceso al poder ejecutivo, especialmente en el plano local.

<sup>105</sup> Al constituirse en alternativa de poder, la UP se erigió en una amenaza a los intereses de las clases política y económica hegemónicas en el país, quienes en acción conjunta con el Estado, grupos paramilitares y carteles de narcotráfico desarrollaron desde el surgimiento de este partido político una campaña sistemática y brutal de aniquilación en campos y ciudades –que tuvo su momento más agudo en el último lustro de los años 80 e inicios de los años 90– que desarticuló todas sus estructuras, dejando más de 5.000 militantes asesinados o desaparecidos, entre ellos tres candidatos a la presidencia.

<sup>106</sup> En sentido similar aparece el relato de “Chucho”, integrante de la red urbana de las FARC-EP: “En ese entonces se da el asesinato sistemático de muchos amigos, de amenazas a quienes hacíamos trabajo político con la UP y de arremetida contra dirigentes populares. Veíamos difícil mantener el proyecto educativo, teníamos buenos deseos pero económicamente no era viable y no teníamos apoyo del sector gubernamental, y es así como también fui definiendo que en un régimen como el que ha vivido nuestro país en los últimos años era difícil construir desde el ámbito solamente cultural, educativo o electoral las transformaciones reales que requiere el país. Por eso se encontró ese sentimiento de rabia de ver caídos muchos compañeros y la afortunada aparición en ese momento de una propuesta de construcción de partido clandestino, en ese entonces llamado “Uniones solidarias”, orientadas desde una organización revolucionaria clandestina en armas. Así

La opción de Patricia fue la misma para muchos de los hombres y mujeres que en ese momento histórico integraban el Partido Comunista Colombiano, la Unión Patriótica y otras organizaciones y partidos de oposición. Al igual que Andrea, Carmenza y Sara, aunque por razones diferentes, Patricia no hizo su ingreso a la organización insurgente cuando lo deseó sino cuando fue autorizada a hacerlo.

Patricia encarna la historia de una mujer urbana de clase media, que tuvo acceso a la educación primaria, secundaria y universitaria, inquieta por las cuestiones de género a partir de la imagen de su propia madre, que se vinculó a la lucha armada en una etapa vital posterior a la adolescencia, como un deseo pero también como un medio para resguardar su vida. Su caso es el único donde la carrera militante estuvo enmarcada desde sus inicios en la izquierda; inquietudes personales tempranas, un paso por la secundaria donde vio de cerca el movimiento estudiantil pero no participó del mismo, actividad sindical y militancia en el Partido Comunista configuran la carrera militante de Patricia antes de convertirse en guerrillera.

Resulta paradójico que alguien se sume a una organización guerrillera –donde la vida está en riesgo permanentemente– para sobrevivir. Al respecto habría que mencionar que en tal momento histórico tanto seguir en la legalidad como militante de la Unión Patriótica como sumarse a la guerrilla constituían un riesgo, sin embargo la diferencia entre una y otra opción radicaba en tener el respaldo de una organización político-militar que –contrario a lo que ocurría con el partido– no estaba desfragmentada y además contaba con los recursos necesarios para defenderse. No se trataba de ausencia de riesgo sino de la seguridad que inspiraba el respaldo armado en medio de la agudización de la violencia.

Paola nació finalizando los años 70 en el casco urbano de un pueblo pequeño del departamento del Huila, donde también había nacido su padre y su madre, donde nacieron sus cuatro hermanas y sus tres hermanos, y donde transcurrió gran parte de su vida. Los recursos económicos de la familia provenían del “rebusque” cotidiano, y como ocurría con la mayoría de los habitantes del pueblo, eran muy escasos, lo que repercutía en la precariedad de las condiciones de vida. La niñez la recuerda como “bonita a pesar de la situación económica”; la adolescencia la recuerda “con tristeza porque quería ropa, zapatos y cosas pero no podía tenerlos”. Aunque terminó de cursar el bachillerato en un colegio público, lo hizo “con mucho esfuerzo”.

Como en el caso de Sara, en la carrera militante de Paola la influencia del padre fue determinante. En ambos casos, los padres eran grandes líderes, reconocidos por la comunidad; las llevaban a las reuniones políticas y les inculcaban los ideales de la lucha. Esto fue más duradero en el caso de Paola, que trabajó ligada a él y mediante sus contactos políticos.

---

fue como empezamos a conocer algunos guerrilleros de las FARC que nos orientan sobre la formación y consolidación de núcleos solidarios y algunos -no todos por supuesto- nos decidimos a dar el paso entre la vida que hasta el momento llevábamos a una vida comunista y revolucionaria.” (Beltrán, 2015:153).

Recuerdo que mi papá hacía política para la Unión Patriótica. Yo era una jovencita y mi papá me llevaba con él a las cosas o a hablar con la gente para que votaran por la UP. Yo la verdad poco entendía de eso, ya después mi papá me explicaba que la UP se había acabado y que habían matado a varios líderes y entonces se puso a trabajar con los conservadores. Fue concejal y trabajamos mucho, pues siempre ganaba un alcalde conservador.

Aun estando en mi adolescencia, mi papá en una ocasión me sentó y me preguntó si yo sabía quién era Tirofijo<sup>107</sup> y como en el barrio había un señor que le decían “Puchofijo” porque fumaba mucho y se llamaba Nicanor pues yo le contesté, ni corta ni perezosa que sí, que era Nicanor y ¡ay! ¡Qué le han dicho a ese señor! se puso furibundo y me dijo que no fuera bruta, que era Tirofijo y no Puchofijo. Me dio cartilla, me explicó todo, quién era, todo. Yo le dije que lo quería conocer, él me dijo que no, que yo estaba muy chiquita para eso. (Carta Paola, noviembre 2013)

De su padre resalta que le “enseñó a servir a los demás”, lo que constituye su vocación de servicio y, como en los demás casos, un aspecto importante en el surgimiento del deseo de ingresar a una organización insurgente. Mientras que Andrea, Sara y Carmenza asocian dicha vocación de servicio a las actividades de las organizaciones militantes, Paola lo vincula en su relato a lo que hacía su padre como parte de la Junta en el barrio. Por diferentes caminos, para estas cuatro mujeres “ayudar a los más pobres” se convierte en una motivación importante en su deseo de hacerse guerrilleras. Como en las líneas de Ariel Wilkis en su investigación sobre mujeres que participan en circuitos de ayuda en un partido de Buenos Aires, “mis entrevistadas se refirieron a la ‘vocación’ por *ayudar* como una disposición inmemorial, siempre presente en sus vidas. Cuando reconstruyen sus biografías señalan la presencia continua de un *ethos* de la *ayuda*, donde la idea de ‘sacrificio’ aparece en alguna de ellas” (Wilkis, 2008:57; cursiva en el original). Este sacrificio –en tanto acción desinteresada– también constituye un valor central en el mundo guerrillero.

Cuando Paola se graduó de secundaria trabajó en diferentes actividades y trece años en la alcaldía, todo por influencia del padre. Cursó un semestre de administración de empresas, sin embargo no pudo continuar porque debió hacerse cargo de todos los gastos de la familia.

Si bien la carrera militante de Paola no se inscribió formalmente en la izquierda, su actividad y la de su padre estaban guiadas por un interés social de atender las necesidades de las comunidades con las que tenían contacto. Trabajaba con el Partido Conservador por conveniencia, ya que no le interesaba “la política”, pero deseaba tener contacto con la insurgencia.

Siempre decía que quería conocer a alguien de la guerrilla, pues me gustaba lo que ellos hacían, que era trabajar por una Colombia igual, para que se acabe tanta pobreza como la que viví en mi pueblo, en mi barrio. ¡Trabajar con las FARC era como un sueño! (Carta Paola, noviembre 2013)

---

<sup>107</sup> Pedro Antonio Marín Marín, conocido como Manuel Marulanda o Tirofijo, fue uno de los fundadores de las FARC y su máximo líder hasta su muerte. Ha sido el guerrillero más veterano del mundo.

Mientras Paola trabajaba en la alcaldía mataron a su padre, como parte de la persecución política que vivía el país. Ante esta situación, Paola se fue con su esposo, con quien ya tenía un hijo, a vivir a una pequeña finca que habían comprado en un pueblo cercano, donde pusieron una discoteca, contexto en que se presentó su contacto directo con las FARC-EP.

Allá yo veía cómo cosas raras, iba gente como rara, no sé, eso me inquietaba. Un día a un señor con el que nos hicimos amigos le comenté que me gustaría mucho conocer a alguien de la guerrilla. Él ese día solo me dijo “¿sí? ¿de verdad? ¿y por qué?”. Yo le metí mi cuento, también cierto, pues le dije que me gustaba y que siempre había querido trabajar con ellos y eso de la igualdad y todo eso. El caso es que en otra ocasión me preguntó que si al final quería conocer a alguien de allá y pues resulta que estaba hablando con uno de ellos. *Él me recomendó* con un primo y allá me llevaron, pero eso sí, yo les dije que no quería que me presentaran a cualquiera sino a un mando grande.

Como a los dos días me dijeron a dónde tenía que ir. Era muy lejos y yo iba sola. Ellos creían que yo no iba a ser capaz y claro que fui capaz, con o sin permiso de Carlos [su esposo], porque aunque se enojó le dije que yo no le estaba pidiendo permiso sino informando que me iba. Él estaba acostumbrado solo a mandar y yo a que nadie me mandara.

Me fui sola y a un sitio muy lejos donde tuve que esperar mucho para que me dejaran entrevistar con un señor que llegó donde yo estaba con una cara de malo que uhhh, me dio sustico, la verdad. Yo dije “donde me metí?” pero bueno, ya estaba allá. Me llamó, preguntas, preguntas y más preguntas, nombre, todo, todo, todo. Se quedó mirándome y me dijo que ya sabían de mí, que conocían a mi papá, que sabían que lo habían matado, me preguntó cómo había sido y me dijo que ellos sabían todo, quién lo había matado, que ellos lo estaban investigando. Pues resultó que estaba hablando con un comandante de alto rango. En ese mismo instante me “contrataron” –jajaja– me dio un celular y de una vez una misión. Fue allí donde me sirvieron los contactos que tenía con esos políticos corruptos que el comandante “quería” tanto, y pues así empezó mi trabajo en la ciudad. Yo me iba de la casa por varios días y decía que estaba trabajando con unos ingenieros. Menos mal había una señora que nos ayudaba con los oficios de la casa, entonces cuando me iba le ayudaba a Carlos a cuidar al niño. (Carta Paola, noviembre 2013; énfasis agregado)

El inicio de su carrera militante, como ocurrió con Andrea, Carmenza y Sara, estuvo influenciado por la actividad política o percepción del padre (o el abuelo en el caso de Carmenza), que en el caso de Paola fue un elemento de peso para que el comandante autorizara en el primer contacto su ingreso a la Organización.

La llegada de Paola a las FARC-EP contradice varios estereotipos que usualmente recaen sobre las mujeres guerrilleras. Entre las interlocutoras de campo ella es la única que es madre antes de ingresar a la organización insurgente. Es de resaltar que siendo madre y esposa, decide asumir el riesgo de viajar sola a ver al comandante y empezar a trabajar conservando el secreto. Y esto fue posible gracias a la ayuda que le prestaba otra mujer con los quehaceres domésticos, lo que es una marca de género importante al dar cuenta de las condiciones que, por lo general, necesitan las mujeres que tienen hijos para poder asumir su compromiso profesional y político. Carlos, el esposo, se entera de la verdadera situación mucho

tiempo después y logra sumarse gracias a las gestiones que Paola hace para que los mandos lo permitan.

Los relatos citados muestran que no hay UNA razón para desear y llegar a ser parte de una organización insurgente ni un único tipo de persona que se vincule, aunque hayan características que predominen al ser comunes en gran parte de la población colombiana, como condiciones precarias de vida en términos del acceso a los recursos. A este respecto, vale decir que si bien la desigualdad social no puede ser la única explicación de los nuevos ingresos a las insurgencias, en el universo de las mediaciones este es un factor muy importante.

En este sentido, resultan útiles las palabras de Alba Nubia Rodríguez en su investigación sobre las motivaciones de ingreso y permanencia con combatientes del ELN cuando afirma que las motivaciones son más un resultado que un origen, y están determinadas por las relaciones con la estructura de fuerzas de la que forman parte (Rodríguez; 2009:162).

Las motivaciones no son estáticas, ni únicas, ni homogéneas, por tanto deben entenderse en un sentido dinámico, “como movimiento desde fuera hacia dentro, como interiorización o subjetivación de esquemas que, al estar determinados por las relaciones sociales, están fuera de los individuos o, cuando menos, no pertenecen sólo al ámbito de lo individual” (Alonso, 1998:55)

[...] En esta misma línea están los planteamientos de Bourdieu, cuando propone que las motivaciones operan como la “interiorización de la exterioridad, permiten a las fuerzas exteriores ejercerse, pero según la lógica de los organismos en los que están incorporadas, es decir de manera duradera, sistemática y no mecánica” (ibídem:95-96; en: Rodríguez, 2009:162)

No basta entonces solo con ser pobre, con adherir a la causa, con tener contactos, con querer, con ser víctima de persecución política, con desear cambiar de vida<sup>108</sup>. En el lugar que podría ocupar cualquiera de estas razones aparecen una diversidad de mediaciones que determinan la autorización del ingreso por parte de la jerarquía de las organizaciones, en la que tienen un gran peso los contactos y la referencia que se tenga de las candidatas a guerrilleras.

Ni las FARC-EP ni el ELN existen como grupo inmutable, lo que sí existe es un inmenso esfuerzo continuado de creación y recreación del grupo como tal, a través de un proceso de ingeniería social que permite construir una suerte de militante homogéneo (con los valores y conocimientos guerrilleros) y asegurar la cohesión al interior. No es autoevidente que personas tan distintas entre sí pasen después a considerarse como iguales, dado que “los compromisos vinculantes no emergen de

---

<sup>108</sup> En su investigación sobre mujeres e insurrección en Colombia, María Eugenia Ibarra encontró como “principales motivaciones que habrían hecho posible la decisión de convertirse en guerrilleras: la convicción política; la emancipación de la autoridad masculina y de la tradición familiar; la búsqueda de venganza y el mejoramiento del devaluado status; y el gusto por la vida militar” (Ibarra, 2009:21)

algún tipo de coherencia preestablecida –ya sea de comunidad o identidad colectiva—sino que, más bien, su construcción afectiva y estratégica demanda negociación” (Manzano, 2015:20). Lo colectivo no es el punto de partida sino el punto al que se debe llegar: desde la diversidad surge un colectivo que logra representarse a sí mismo como igual, como un todo a partir de negociar la multiplicidad.

Como puente hacia la socialización secundaria que implica *ser parte de*, aparecen personajes por fuera del núcleo familiar que dan inicio a la transición y que, en algunos casos, operarán más tarde como *contactos*. En los relatos de Patricia, Andrea y Sara aparecen mujeres con las que se construyen complicidades femeninas que se instalaban más allá del control masculino (de familiares, guerrilleros o compañeros de militancia). Para Andrea, Carolina fue un referente fundamental, un ejemplo a seguir; en la historia de Patricia, su “amiga misteriosa” fue su compañera de andanzas y de conversaciones importantes para su formación política; para Sara, Isabel fue su primera amiga guerrillera, que además formaba parte del Frente al que ella ingresaría más tarde. Carmenza y Sara vivieron en la escuela algo que influyó en su decisión de ser guerrilleras: en el caso de Sara el profesor crítico, en el caso de Carmenza los dos amigos<sup>109</sup> que fueron el puente para pedir el ingreso la primera vez. En el caso de Sara se sumó el hecho de que su hermano mayor hubiera ingresado a la organización guerrillera, bajo el conocimiento del resto de su familia. Los contactos de Paola fueron los personajes que visitaban su negocio y que la condujeron al comandante que la “contrató”, que además conocía y apreciaba a su padre. Patricia tenía el respaldo de su trayectoria como militante del Partido Comunista y de la Unión Patriótica.

Así pues, los contactos cumplen un papel central en el vínculo a las organizaciones insurgentes y en sus carreras militantes, en la medida en que las características adaptables a la militancia dependen en gran medida de las redes sociales. Resultan útiles las líneas de Frédéric Sawicki y Johanna Siméant en su estudio sobre las tendencias en Francia de la sociología del compromiso militante,

O compartilhamento de propriedades sociais entre um indivíduo e os membros de um grupo mobilizado e, portanto, a existência de uma *comunhão* de ideias e de *habitus* não bastam para orientar um indivíduo para determinando grupo mobilizado; na maior parte dos casos, a mediação de pessoas próximas é necessária, senão suficiente. [...] Ainda que a existência de vínculos nem sempre comprove sua eficácia ou efetividade, os relatos

---

<sup>109</sup> “Cuando terminé séptimo y pasé a octavo en la EP –dice “Huevo”, otro guerrillero urbano de las FARC– conocí a alguien que llamaban el “Mono Ovidio” que era padre de una compañera del colegio y había sido militante del ELN. Él tenía un grupo de trabajo que jalonaba y se llamaba “fuerza social revolucionaria”, con este grupito empecé a trabajar en un cine-club juvenil y comencé a conocer gente de diferentes tendencias políticas que estaban vinculados a actividades legales e ilegales. El mismo Ovidio ejercía la “expropiación de la burguesía”, robaba para él y para los pobres; hacia “recuperaciones” para el proyecto y para él mismo sobrevivir. Era un hombre muy inteligente, participaba en una publicación llamada “hombres libres” que salía a la luz cada vez que conseguían plata. Este era un proyecto de izquierda amplio donde convergían militantes de diferentes organizaciones y coincidió con una época muy agitada del país, cuando el asesinato de Carlos Pizarro Leongómez, Bernardo Jaramillo, José Antequera, entre otros y yo me involucré mucho en el asunto a punto que descuidé el colegio y la consecuencia de ello fue que perdí el año”. (Beltrán 2015:152).

biográficos frecuentemente confirman o papel dos pais, amigos, colegas, até mesmo de certas figuras tutelares (professor, sacerdote, militante exemplar...) na passagem à ação. (Sawicki y Siméant, 2011:213; cursiva en el original).

El ingreso de estas mujeres también está atravesado por la posibilidad de acceder a mejores condiciones materiales, aunque no hubiera un salario. Ser guerrillera significaba poder formarse y aplicar los conocimientos adquiridos –lo que en su vida civil hubiera sido muy difícil–, tener acceso básico a vivienda –aunque fuera un campamento–, alimentación y salud, derechos sociales que habían sido restringidos para ellas y sus familias. Las organizaciones guerrilleras representan para una parte importante de la población una posibilidad para la supervivencia, y no imperiosamente a través del trabajo (como actividad económica); ser parte de ellas implica alto riesgo para la vida pero frente a las necesidades básicas hay mayor certeza de satisfacción, la subsistencia está asegurada aunque sea en medio de la austeridad y a pesar de la permanente amenaza de muerte<sup>110</sup>.

Excepto en el caso de Patricia, el ingreso a las FARC-EP o al ELN parece contingente en cuanto tiene que ver con la presencia de las organizaciones en el territorio y el reconocimiento obtenido a partir de ella. No existe en absoluto una decisión consciente sobre la estructura a la que se solicita el ingreso, lo que se evidencia con claridad cuando, por ejemplo, Andrea, Carmenza y Sara piden ingreso cada que encuentran la oportunidad, sin que importe mucho el comandante a cargo. Incluso Andrea afirma explícitamente en una ocasión que si no la aceptan se irá “con el primer grupo que pase”.

### ***En la Organización encontré una nueva familia. De la familia de sangre a la familia insurgente***

Como se ha visto, las organizaciones insurgentes pueden llegar a representar una instancia de socialización secundaria en la vida de quienes ingresan, especialmente para las más jóvenes. El espacio de socialización primaria por excelencia –la familia como unidad de parentesco– se abandona (sobre todo en el caso de Carmenza, Andrea y Sara) y ello genera una experiencia que se presenta como traumática, dolorosa. Esta ruptura aparece como requisito en la transición entre el deseo de ser guerrilleras y el ingreso a las organizaciones insurgentes, en cuanto hace posible que los lazos familiares, entendidos como las relaciones de mayor afecto e influencia en las trayectorias biográficas, se trasladen del núcleo familiar al nuevo grupo social del que se entra a formar parte, y esto mediante la incorporación de valores compartidos que constituyen la identidad del grupo. El rito de pasaje está también orientado a reforzar esta transición.

---

<sup>110</sup> Al respecto, plantea Alba Nubia Rodríguez que “Se puede afirmar que la carencia, el vacío de futuro y la ausencia del Estado para garantizar la satisfacción de derechos humanos, conducen a los jóvenes, niños y niñas de los sectores más desfavorecidos del país a ingresar en organizaciones armadas (guerrillas o paramilitares), que ofrecen un mínimo de satisfacción a algunas necesidades de subsistencia, y la vinculación a un proyecto colectivo. En sus palabras: ‘entrar a la guerrilla le permite a uno ser alguien en el pueblo, en la vereda’; ‘es como conseguir trabajo’; en la voz de una niña: ‘es que aquí sirvo para algo más que barrer o hacer la comida’” (Rodríguez, 2009:166).

Especialmente en los relatos de *las campesinas*, el ingreso a la organización insurgente aparece narrado como un sufrimiento para las familias, que pierden un integrante por causa del compromiso absoluto, en medio de la posibilidad latente de morir. El relato de la madre llorando rogándole que no se fuera mientras Andrea le decía que lo hacía por ellos, es una imagen del sentimiento que atraviesa los demás relatos. Las familias (recordadas como unidas y amorosas)<sup>111</sup> no lograban contener la decisión de sus “niñas”, que se iban a la guerra.

Así recuerda Andrea el momento en que se fue para siempre de su casa, aquél 5 de enero del año 1993, cuando estaba cerca de cumplir 15 años de edad:

Cuando llegó la carta solo estaba con mi mamá. Ella me dijo “¿qué es eso?”, yo le dije “síntese y escuche, mami”, ella se sentó, yo leí en voz alta la nota donde me decían que si ya había hablado con mis padres y estaba decidida me fuera con esos muchachos. Mi madre se puso a llorar y a suplicarme que no lo hiciera, me dijo “no te vayas, como padres te hemos dado lo que has querido y te puedes ir para Medellín a estudiar”. Yo también lloré pero empaqué mi maleta y con pocas palabras me despedí de mi linda y santa madre. Le dije “madre yo te adoro mucho pero este es el destino por el cual vine a este mundo y ni tu ni yo ni nadie lo puede cambiar. Diles a mi padre y hermanos que los llevo en mi corazón pero que *me fui a luchar para que un día ellos tengan una mejor vida* y sus hijos tengan dónde estudiar”<sup>112</sup>.

Ya no podía nadie cambiar mi decisión, tal vez si mi padre hubiese estado de pronto él me hubiera detenido, siempre lo quise más que a mi madre y por él hacía lo que fuera, pero este día no estaba él, fue más fácil para mí. Me fui diciéndole a mi madre que yo estaría bien, que los llevaba en el alma y que cuidara a mi padre; le pedí la bendición y me la dio llorando, pues quedaba destrozada. Salí de la casa, en ese momento llegaba mi hermano Antonio, le dije “me voy con la guerrilla”, él lloró y me dijo “es tu decisión y no me interpondré. *Siempre vas a ser mi niña y hermanita*”. Lo abracé fuerte dándole un adiós. Di un suspiro grande como un adiós sin regreso y sí, nos fuimos. (Carta Andrea, junio 2012; énfasis agregado)

Para Patricia, la salida de la casa paterna no se daba para sumarse a la insurgencia, pero sí por “distancias ideológicas”, e igualmente significó una ruptura en su trayectoria biográfica. Andrea se iba con la guerrilla y su madre la despedía; Patricia se marchaba hacia otro lugar buscando la independencia y la “libertad” frente a su padre, quien sentía la partida como una suerte de traición.

---

<sup>111</sup> A partir de relatos de combatientes activos en el ELN, Rodríguez afirma que “se ha sostenido que quienes ingresan a este tipo de organizaciones provienen de familias disfuncionales caracterizadas por violencia intrafamiliar, o que tienen patrones de socialización que presentan ciertos rasgos típicos. En este sentido, nosotros encontramos significativas diferencias entre los militantes rurales y los urbanos, lo cual no nos permite sumarnos a los análisis que han sustentado que en los militantes de este tipo de organizaciones no se han encontrado signos de problemas familiares concretos o de educación autoritaria.” (Rodríguez, 2009:164)

<sup>112</sup> Esta sería una de las últimas veces que Andrea vería a su familia. Tiempo después de la despedida, en el pueblo donde vivían hubo una incursión paramilitar que produjo el asesinato de varios habitantes (entre ellos su hermano mayor) y el desplazamiento forzado de todas las familias del lugar. A partir de ese momento Andrea perdió el contacto por completo; buscó saber de ellos pero no fue posible.



Mi padre lloró al descubrir mi ausencia y yo, a pesar de quererlo mucho fui descaradamente libre y feliz. Durante mucho tiempo papá ni siquiera permitía que en la casa se mencionara mi nombre, pero con los años nos reconciliamos y hasta éramos capaces de hablar de política. Él, un hombre sobrio y conservador con leves tintes democráticos y yo de izquierda militante. Obviamente a veces, por cuestiones de afecto no podría ser tan contundente en mi discurso como lo sería con otro interlocutor. Mi padre hablaba desde su experiencia particular: un campesino que había emigrado a la ciudad y que con mucho esfuerzo había logrado, como comerciante, tener una vida relativamente cómoda donde, como él decía, “ni tenía ni le hacía falta”. Para él, los pobres continuaban siéndolo porque eran perezosos, tenían demasiados hijos y se endeudaban innecesariamente comprando objetos inútiles, por aparentar con sus amigos. Así, poniéndose siempre como referente, intentaba frenar mi discurso de exclusión social y falta de oportunidades.

Mi llegada a la casa era celebrada como todo un acontecimiento y papá me recibía como a la “hija pródiga”, colmándome de los alimentos que más me agradaban. Esa era la mejor manera que tenía para expresarme su amor. En una de mis visitas, en la época del Caguán<sup>113</sup>, papá alzó en brazos al sobrino y le dijo: “vea mijo, salude a su tía, la futura presidente de... ¿cómo es? ¡Ah! La Nueva Colombia”. El bebé me miró sin entender el mensaje y yo me reí feliz, pues comprendí que el espacio político que se estaba ensanchando con los Diálogos de Paz, donde se discutía abiertamente nuestra plataforma política, había calado hasta en las mentalidades más conservadoras. (Carta Patricia, marzo 2013)

Cuando habla de su familia, Sara expresa un profundo dolor, pues años después de haber ingresado a las FARC-EP, los paramilitares asesinan a su padre y desaparecen a su hermano. Expresa sentirse culpable en alguna medida de lo que pasó.

Cuando me fui, para mis padres fue muy duro, más para mi papá. Ahora mi madre vive sola, ella es la que siempre me ha preocupado un poco porque desde que pasó lo de mi papá y mi hermano ella se ha encerrado en su soledad, pero a pesar de todo ha sido una mujer muy fuerte para soportar las injusticias de la vida. En ocasiones y en algunas cosas *me siento culpable*, incluso hay una hermana que siempre ha tratado de culparme de todo, pero ella tampoco ha dejado que yo le dé una explicación, igual tampoco he tenido el tiempo para hacerlo, aunque yo soy consciente de que nunca me va a poner cuidado. (Carta Sara, septiembre 2013; énfasis agregado)

En el caso de Paola, el dolor de la ruptura familiar no está presente por varias razones: su familia más cercana cuando ingresó era su esposo y él no lo supo en el momento sino tiempo después; su trabajo con la insurgencia no le demandaba ausentarse de su hogar ni dejar de ver a su esposo y a su hijo. Sin embargo, recuerda con cierto peso las palabras que le dijo el comandante del Frente cuando ella le manifestó que Carlos, su esposo, quería vincularse también a la Organización: “está bien, pero el problema de que trabajen juntos los dos es que en caso de cualquier problema caen juntos y ahí se quedan los chinos solos”<sup>114</sup>.

---

<sup>113</sup> Se refiere a los diálogos entre las FARC-EP y el gobierno del presidente Andrés Pastrana.

<sup>114</sup> Paola y Carlos trabajaron juntos varios años, desarrollando conjuntamente misiones y tareas exitosas, hasta que cambiaron de “jefe”, un comandante de escuadra que se desmovilizó y entregó

Es común que la ruptura familiar que implica que estas mujeres hayan decidido sumarse a organizaciones insurgentes, lleve a que el orgullo de haberlo hecho conviva con sentimientos de culpa y de dolor generados a partir de rompimientos o transformaciones negativas en los vínculos afectivos con las personas más próximas (por fuera de la organización). No es el juicio del Estado el que pesa como una carga emocional, sino el señalamiento que pueda producirse por parte de las familias, que usualmente se agudiza en el momento en que caen presas. Los lazos de camaradería y jerarquía de la familia insurgente van cargados muchas veces con el peso del abandono.

Aquellos lazos sociales que se crean entre combatientes en un espacio de camaradería, apoyo y cohesión, se hacen fuertes, entre otras cosas, porque se establece una suerte de hermandad, de “compromiso de sangre” o compromiso vinculante<sup>115</sup> (Manzano, 2015) sustentado en las experiencias de vida que se comparten en medio de la guerra, en las que la mezcla de juventud y clandestinidad suele jugar un rol importante, como lo plantea Alba Nubia Rodríguez en su estudio sobre militantes del ELN:

La intensidad en las relaciones dentro de este tipo de organizaciones ha sido explicada por distintas vías, entre ellas, se alude a la juventud de los militantes, porque es en esta etapa en la que se establecen relaciones con mayor intensidad emocional. De igual manera, investigadores como Passerini y Della Porta (1995) también han planteado que la clandestinidad intensifica los lazos de amistad debido al riesgo compartido entre quienes hacen parte de este tipo de movimientos. (Rodríguez, 2009:180)

La vinculación armada resulta entonces una forma de integración social (Castellanos, 2011). En un sentido agudizado de precariedad de todo, se construye una suerte de “comunidad de los que van a morir”, en la que

la única garantía de supervivencia y sostén emotivo son los propios compañeros de armas, confiables porque han afrontado juntos los mismos riesgos. Entre quienes se han compartido los ‘años de aprendizaje’, en el mundo que surgirá de la guerra se instituyen vínculos durables de camaradería, de fraternidad de armas y viril amistad. (Bodei, 2006:392)

Como plantea Virginia Manzano, “quienes se encuentran para conformar o participar de un movimiento social o de una organización de lucha, en algún momento tuvieron que reconocerse ‘juntos’, practicando un conflicto o experimentando una desigualdad” (Manzano, 2015:19). En el caso de mis interlocutoras, ese “juntos” está atravesado por experiencias de violencia estructural y política antes y después del ingreso contra sus familias y contra ellas mismas, lo que entra a reforzar los lazos entre compañeros y compañeras en cuanto representan también un lugar de dolor y desarraigo compartido.

---

información al Ejército que condujo al asesinato del comandante del Frente y la captura de varios guerrilleros y guerrilleras, entre ellos Paola y Carlos.

<sup>115</sup> “entendemos los compromisos vinculantes como las articulaciones resultantes de un encuentro histórico entre trayectorias que, al pensarse juntas, entretujan discursos, afectos, acciones, intereses y proyectos”. (Manzano, 2015:19)

La familia de Andrea fue desplazada después de su partida por grupos paramilitares que también asesinaron a su hermano. El padre de Paola fue asesinado y su familia obligada a desplazarse por la persecución de la que eran víctimas. El padre de Sara fue perseguido por pertenecer a la Unión Patriótica y asesinado por los paramilitares, que también desaparecieron a su hermano. Patricia vivió la persecución contra ella misma y sus compañeros de partido.

### ***Allá me hice grande y fuerte. Ritos de pasaje y conversión en guerrilleras***

Como un paso a seguir inmediatamente después de la ruptura familiar y la admisión por parte de la organización guerrillera de sus nuevas integrantes, ellas deben cumplir satisfactoriamente con el rito de pasaje que da inicio la transformación de las mujeres en guerreras. Empieza el proceso de su conversión en guerrilleras, marcando un periodo liminal en el que no son las niñas que eran antes pero tampoco lo que serán después.

El pasaje implica, como ya se ha mencionado, la concreción de la separación de un mundo (la familia) y la agregación a otro (los camaradas, los compañeros de lucha) para alcanzar la madurez social, lo que a veces se acompaña de un paso material (van Gennep, 2008) –por ejemplo cuando se recibe un arma u otro tipo de dotación personal<sup>116</sup>.

Según las tareas que llegaban a cumplir y el lugar que entraban a ocupar en las organizaciones insurgentes, *las campesinas* y *las urbanas* vivieron un pasaje orientado a garantizar que sus nuevos compañeros y compañeras de militancia las vieran como pares, investidas del ethos guerrero necesario para ser consideradas guerrilleras, y más que eso, *buenas guerrilleras*.

En el caso de Andrea, Sara y Carmenza, este periodo coincidió con una etapa biológica de adolescencia. *Las campesinas* hablan en sus relatos de un periodo intenso de entrenamiento, que describen como una etapa difícil pero fundamental en su conversión en guerrilleras. Mediante el entrenamiento “los nuevos” (como lo menciona Andrea) cedían su lugar a los futuros “nuevos” que llegaran, para pasar a ser parte oficial de las organizaciones insurgentes y participar de las relaciones estructurales<sup>117</sup> de las mismas. En el caso de Paola y Patricia, que tenían ciertas carreras militantes y además no llegaban a permanecer en los campamentos día y noche, el entrenamiento como ritual de paso adquirió otras características. En todos los casos, la conversión inicia pero es un proceso inacabado que se nutre permanentemente.

---

<sup>116</sup> Acerca de este punto, María Eugenia Vásquez expresa sobre el momento en que recibió un arma: “yo me sentía feliz. No solo por el reconocimiento a mi trabajo, sino porque un arma de dotación significaba pasar la primera etapa, de premilitante a militante, con ella se adquiría un mayor estatus. Arma y seudónimo se constituían en dos elementos simbólicos claves en la iniciación.” (Vásquez, 2000:105)

<sup>117</sup> Definidas por Turner como “relaciones sociales dotadas de un alto grado de constancia y consistencia, gracias a normas sancionadas por una fuerza organizadora, por la amenaza de una interrupción del proceso de reciprocidad, y/o por agencias místicas” (Turner, 1997:296)

Tras despedirse de su madre, Andrea caminó cinco días que recuerda como “un poco difíciles, pues nunca había caminado tanto”. Cuando llegó al campamento, el comandante insistió en que estaba muy joven y preguntó de nuevo si estaba segura, a lo que Andrea respondió que sí, que le diera una oportunidad para demostrarles que como ellos, ella tenía una meta y muchas ganas de luchar por ésta. “Él sonrió y me dijo: la dejaré, pero *debe pasar por unos entrenamientos* que duran entre tres y seis meses y son un poco duros. También debe conocer muy bien el reglamento. Solo así podrá decir ‘*soy guerrillera*’” (Carta Andrea, agosto 2012; énfasis agregado).

Andrea describe el primer entrenamiento como “medio duro” y recuerda con la mirada iluminada:

Muchas cosas eran difíciles (las marchas, los combates) pero yo hacía lo mejor porque nunca me ha gustado quedarme atrás, uno chino es un poco loco y me gustaba el combate, los entrenamientos, el explosivo. Me aprendí todo muy rápido. Habíamos 90 “nuevos” (así le dicen a uno cuando llega). La pasábamos chévere, entrenábamos y jugábamos.

Siempre di lo mejor, me considero que he sido una muy buena guerrillera. Me enamoré de mi lucha, me di cuenta que si iba al combate y quemaba un tiro o miles eso no era por capricho sino por necesidad, me di cuenta de que nosotros éramos la única salida de nuestro pueblo, que no había un motivo para luchar sino que hay miles de motivos. *Allá me hice grande y fuerte.* (Carta Andrea, agosto 2012; énfasis agregado)

En un sentido similar, Carmenza recuerda que acostumbrarse a su nueva cotidianidad cuando ingresó al ELN le tomó tiempo, pero lo disfrutó porque sentía un gran entusiasmo.

Yo era una de las primeras para entrenar, aunque no lo niego, era muy torpe, en las marchas nocturnas hacía mucha bulla y los compañeros se enojaban mucho, pero yo no desfallecía. Cada día trataba de ser mejor y pude dar lo mejor de mí. Entrenábamos mucho y hacíamos trabajo político organizativo. (Carta Carmenza, septiembre 2012)

Por su parte, Sara afirma explícitamente que su ingreso a las FARC-EP significó asumir que ya no era una niña, pues ahora debía comportarse como “una verdadera guerrillera”. Expresa que el principio fue “duro”, sobre todo dejar algunas de sus costumbres, y especialmente adaptarse a la comida, porque no le gustaba el arroz ni la carne; en la casa de su familia podía decir que no quería comerlos y preparar alguna otra comida, pero en su nueva vida justo esa, la comida que no le gustaba, era el alimento cotidiano. “El hambre me hacía comer”, ya no había lugar para caprichos en la vida adulta.

Cuando Sara, Carmenza y Andrea pidieron ingresar a las organizaciones, su interlocutor/a les respondía que eran unas “niñas”, y con ello quería indicar (de forma explícita o implícita) que además de su corta edad, no tenían la madurez ni el aguante suficiente para asumir la vida guerrillera. Había autoridad en quien les hablaba, quizá no solo porque fuera algunos o muchos años mayor, sino sobre todo

porque ya había atravesado el ritual de paso y eso le daba la experiencia y el reconocimiento, el ethos guerrero que a ellas les faltaba.

Las palabras del comandante que recrea Andrea –“solo así podrá decir ‘soy guerrillera’”– condensan de una forma maravillosa aquel proceso de *llegar a ser guerrillera* (o guerrillero). No basta con el deseo o con manifestar su compromiso con la causa, no basta con ser admitida, tener el visto bueno de los comandantes, conocer el reglamento, portar el uniforme o recibir un arma como dotación personal. Hay que *convertirse* en guerrillera y ello es un proceso complejo donde deben estar todos los pasos mencionados, más otros y algo más que los une, como sucede con la interdependencia dinámica entre partitura y orquesta (Turner, 1997).

El trabajo de Turner sobre el mukanda –el rito de la circuncisión entre los ndembu– sirve de inspiración para examinar el proceso de pasaje guerrillero. El mukanda tiene como objetivo convertir a los niños “sucios”, parcialmente afeminados por el contacto con sus madres y otras mujeres, en miembros purificados de la comunidad moral masculina, hábiles para participar en las decisiones de la sociedad ndembu (Turner, 1997). Del mismo modo, el rito de paso guerrillero, que en la práctica se expresa en un periodo intensivo de entrenamiento político y militar, asegura la conversión de las niñas (fisiológicas o sociales) en mujeres guerreras capaces de representar el ideal guerrillero.

#### En el mukanda

Los niños no están capacitados para el sufrimiento. [...] una vez que los niños han sido purificados y convertidos en “hombres” por el mukanda, deben empezar a obedecer a sus mayores y a cumplir los deberes que corresponden a cada categoría de parentesco, y pueden ser ya castigados por su desobediencia por los varones mayores que ellos. [...] Si en una vecindad o un poblado, por tanto, existe una inadecuada preponderancia de muchachos incircuncisos, no habrá jóvenes iniciados suficientes para poder llevar a cabo las tareas rutinarias de mantenimiento del poblado, pero además existirá el peligro de que los muchachos incircuncisos se vuelvan cada vez más rebeldes a la disciplina mediante la cual se mantienen las relaciones estructurales. (Op. Cit.:296)

Tal es la lógica que atraviesa a las organizaciones guerrilleras. El ritual de paso es un mecanismo de maduración sociobiológica que convierte a las “niñas” en mujeres y guerreras, aptas para el sufrimiento y para pasar las pruebas que irán determinando si son buenas militantes o no y qué responsabilidades pueden ir asumiendo. Aunque su edad no cambie entre el momento de ingreso y egreso del ritual, el campo ritual las transforma en adultas, les imprime el deber de obedecer (asociado con la disciplina) y permite a la vez dotar a la organización de nuevos militantes para asegurar la continuidad de la lucha.

Para *las urbanas*, el reconocimiento de la organización insurgente hacia su carrera militante –mediado por la pertenencia al Partido Comunista en Patricia y por la trayectoria del padre en Paola– y las características de las tareas que cumplirían, brindaba un matiz diferente a su conversión en guerrilleras. Aunque también hubo

un periodo de entrenamiento, lo fundamental en ambos casos era demostrar que la Organización podía confiar en ellas para permitirles entrar y salir con frecuencia de las zonas guerrilleras. Este es el sentido de las palabras de Patricia cuando afirma: “lo más emocionante de ser urbana es que sentía mucha confianza de la organización cuando me mandaban a hacer cosas a la ciudad, pues para una guerrillera el mayor voto de confianza es salir y regresar”. Paola expresa:

Trabajé con una columna móvil, una de las más importantes del país, no en el monte, yo fui urbana. *Ellos confiaban en mí porque conocían a mi papá, pero de todas formas tenía que ser muy cuidadosa para conservar esa confianza.* Iba mucho donde ellos pero lo más que duraba era unos 15 o 20 días, depende de la misión que se fuera a realizar. (Carta Paola, noviembre 2013; énfasis agregado)

El entrenamiento político y militar y demás elementos que integran el paso hacia la sociedad guerrillera, tienen como objetivo mantener el funcionamiento de las relaciones sociales al interior de las organizaciones. Como en el mukanda, “se trata de un mecanismo que temporalmente abole o minimiza los errores o debilitamientos de la conducta normativa esperada” que no constituyen “abiertas y dramáticas violaciones de las normas, o retos a los valores establecidos, sino más bien como desviaciones del estado de equilibrio y comodidad social ideales” (Turner, 1997:299). Este mecanismo normativo se acompaña de otros mecanismos cotidianos orientados a rectificar la violación de las normas –proporcionales al tipo de infracción que se cometa–, consignados en su mayoría en la juridicidad guerrillera.

El rigor del entrenamiento tiene mucho que ver con marcar a fuego tal proceso de socialización secundaria, aunque no se deje de lado el juego y pasarla “chévere” con otros que se encuentran en igual condición. Esto está orientado hacia el disciplinamiento de los cuerpos y hacia la construcción de una cosmología guerrillera donde aparecen como centrales valores como el sacrificio y la entrega completa a la causa. Como lo señalara Manzano a propósito de su estudio sobre formación de dirigentes en organizaciones de desocupados, en las organizaciones insurgentes el proceso de formación de cuadros se transforma también en un mecanismo de disciplinamiento en el que progresivamente los individuos acomodan su conducta a principios racionales y colectivos (Manzano, 2006).

El rito de paso que constituye el entrenamiento tiene fines que se consiguen a través del cumplimiento de metas. La meta final del entrenamiento es devolver a las mujeres al grupo guerrillero, ya como guerreras dotadas de la formación básica en términos políticos y militares para sobrevivir al combate y soportar las condiciones de la vida guerrillera. Así, “existe una progresión lógica que va de las metas mediatas a la meta final. La estructura finalizada del mukanda [o el entrenamiento] puede compararse con un proyectil de varias fases, cada una de las cuales aumenta la velocidad hasta conseguir un impulso que le permita alcanzar su objetivo” (Turner, 1997:308).

A estos fines explícitos se suman los fines implícitos, relacionados con los símbolos y la mística revolucionaria. Por ejemplo, quienes dirigen el entrenamiento tienen el fin explícito de convertir a las mujeres-niñas en guerrilleras, pero por medio de

ello se reafirma, entre otras cosas, su autoridad, reconocimiento y nivel de mando sobre el grupo. Todo el cambio de situación en los individuos conduce también a cambios en las “acciones y reacciones entre lo profano y lo sagrado, acciones y reacciones que deben ser reglamentadas y vigiladas a fin de que la sociedad general no experimente molestia ni perjuicio” (van Genneep, 2008:15)

Después de este entrenamiento, llegarán otros espacios para ir adquiriendo la experiencia guerrillera, ir templando el acero. Según el desempeño también se van adquiriendo las responsabilidades en las organizaciones. Como en la descripción que hace Becker (1971) de la forma en que alguien se convierte en fumador de marihuana y aprende a “volar”, –sin el ánimo de equiparar los contextos– para llegar a ser guerrillera debe aprenderse la técnica, y ello implica un proceso de varios años observando, imitando, probando-se.

A lo largo de este proceso, los cuerpos se sitúan en el centro de la acción individual y colectiva, en el centro del simbolismo social (Le Bretón, 2002), a través de un proceso de educación en el que se da una imitación prestigiosa (Mauss, 1971) de actos considerados legítimos y necesarios en el mundo guerrillero. Crear cuerpos fuertes, capaces de cargar 70 libras durante largas marchas, saber pararse en la formación, cargar el fusil, caminar en la noche sin tropezar, son técnicas del cuerpo (Ibídem) adquiridas por medio de tal proceso. En palabras de Mauss

El acto se impone desde fuera, desde arriba, aunque sea un acto exclusivamente biológico relativo al cuerpo. La persona adopta la serie de movimientos de que se compone el acto, ejecutado ante él o con él, por los demás. Es precisamente esa idea de prestigio de la persona la que hace el acto ordenado, autorizado y aprobado en relación con la persona imitadora, donde se encuentra el elemento social. En el acto imitado se da un elemento psicológico y un elemento biológico. (Mauss, 1971:340)

Las pruebas en las que se demostraba el ethos guerrero aprehendido durante el entrenamiento y en otros espacios de formación dependían también de las tareas que se cumplían. Para *las campesinas* era el combate y demás elementos propios de la carrera militar, en el caso de *las urbanas* aparecían otros aspectos relacionados estrechamente con la confianza y con su condición de urbanas. De salir bien libradas, surgían las emociones del heroísmo y el orgullo.

Lo heroico aparece en los relatos cuando Carmenza (quien se creyera Robin Hood), Sara, Paola, Patricia y Andrea narran las pruebas difíciles que debieron pasar, en las que continuamente las circunstancias las obligaban a poner en práctica su acumulado guerrillero y finalmente lograban salir airoso, demostrando su capacidad de entrega a la causa. Sortear la primera prueba después de cumplido el entrenamiento es una forma de sentir que el mismo se concluyó de manera satisfactoria.

Una de las pruebas que relata Andrea se refiere a un enfrentamiento con el Ejército que se produjo tiempo después de haber recibido un curso de enfermería y otro de explosivos. En el combate uno de sus compañeros fue impactado por una explosión que lo dejó inconsciente, herido de gravedad y con el brazo derecho destruido. Recuerda esa experiencia como “muy dura”, pues la imagen de su compañero

moribundo, ensangrentado y con partes del cuerpo expuestas por completo la dejó conmocionada, pero era ella la encargada de brindarle atención médica para salvarle la vida. Era la primera vez que se enfrentaba a una situación así y debía actuar con rapidez; como pudo recordó lo que había aprendido y se concentró en atenderlo. Después de unas horas lograron que Comité Internacional de la Cruz Roja lo trasladara a un hospital cercano, donde estuvo unos días antes de ir a prisión. Todo esto era parte del ejercicio “ponerse a prueba”.

Otro de los momentos más difíciles que recuerda fue a finales de 1998, cuando la trasladaron al departamento del Valle del Cauca a conformar una nueva unidad.

Al inicio nos tocó combatir mucho con los grupos paramilitares, hasta que los logramos sacar porque se entraban a los caseríos a hacer masacres. Las hacían a unos cinco minutos de las bases militares y el Ejército supuestamente no se enteraba. *Nosotros fuimos los que hicimos ir esta plaga del departamento.* (Entrevista Andrea, marzo 2015)

Sara también se refiere a su primer combate como una prueba dura que, sumada a otras, le permitió “ir perdiendo el miedo”.

Te cuento que mi primer combate con el Ejército sucedió como a los 9 meses. Llegó el Ejército a la vereda donde nos encontrábamos, me acuerdo que mandaron a formar y empezaron a sacar gente por lado y lado. El comandante dijo que nombraran una escuadra para una emboscada y ahí me nombraron a mí. En el instante sentí morirme pero era mi primera experiencia y aunque las piernas me temblaban quería sentirlo en el campo. Fue un poco durito la primera vez. Me daba miedo tener que ver morir a un compañero –bueno, eran de parte y parte– y así pasaron muchos después de ese. *Fui perdiendo el miedo, ya eso se convirtió en rutina.* (Carta Sara, julio 2015; énfasis agregado)

Pero su mayor prueba se presentó cuando orientaron que entraría a formar parte de otra unidad, lo que implicaba separarse de quienes habían sido sus compañeros de Frente durante más de un año, entre quienes se encontraba su compañero sentimental.

Recuerdo que el camarada Adán Izquierdo me mandó a llamar para decirme que habían tomado la decisión de sacarme del Frente y dejarme en la unidad de él. Sentí que mi mundo se derrumbaba, ya estaba acostumbrada a estar con los de esa unidad, pensaba que no volvería a ver a mis papás y para rematar mi compañero se tenía que separar de mí. Jamás me imaginé que eso iba a suceder, había guerrilleros que se ganaban ese estímulo por su comportamiento, pero yo no quería, fue un golpe durísimo. (Carta Sara, julio 2015; énfasis agregado)

Esta situación llevó a Sara a actuar de una forma que después reconocería como un grave error por todo lo que implicaba dentro de la disciplina guerrillera. Este momento lo guarda como un secreto, pero al mismo tiempo como un gran aprendizaje. A pesar de su vergüenza, se anima a contarle en una de sus cartas donde escribe:



¿Sabes?, me da pena contarte esto pero lo voy a hacer: el Frente salió una mañana para su área, lo reforzaron. Lo cierto fue que esa unidad quedó como de 80 unidades. Yo no pude aguantar, tomé la decisión de desertarme y presentarme en la unidad de nuevo, sin pensar en las consecuencias. Lo cierto fue que salí y me presente donde Bernardo, que era el nuevo comandante del 17. Le comunicaron al camarada Adán, dio la orden de que me sancionaran y me regresaran de nuevo. Duré como cinco meses hasta que enviaron unas unidades y me regresaron. Se me caía la cara de la vergüenza de llegar donde el camarada, pero bueno, ya lo hecho estaba hecho.

Eso que me pasó me sirvió de mucho, era una de mis más grandes experiencias y eso hacía que yo cogiera conciencia. (Carta Sara, julio 2015; énfasis agregado)

Este episodio y la actitud de Sara al relatarlo condensan la relación intrínseca entre las categorías de honor y vergüenza. Como lo han señalado los relatos, llegar a ser guerrillera es un honor, un gran orgullo. Cuando se fracturan los valores y los requisitos de la vida guerrillera aparece la vergüenza, entre otras cosas porque se atenta contra los ideales colectivos y la conducta deshonrosa de uno se refleja en el honor del resto del grupo (Pitt-Rivers, 1979). Así, vergüenza y honor emergen como los dos polos de la evaluación social, “they are the reflection of the social personality in the mirror of social ideals” (Peristiany, 1966:10).

Como una experiencia que la “traumatizó mucho” y marcó su vida, Andrea relata su estadía en el departamento del Chocó. Esta experiencia expresa al mismo tiempo el valor positivo que tiene para ella la lucha que encabezan las organizaciones insurgentes al poder ayudar a las personas más necesitadas y de las cuales el Estado no se ocupa.

Todo el mundo habla del Chocó, pero nadie dice en realidad qué es, lo que se vive: la más completa miseria.

Las casas son construidas en las orillas de los ríos, por lo tanto los sanitarios son en los ríos, y por falta de agua potable la población se ve obligada a consumir de esta misma agua contaminada. Se genera desnutrición, parásitos y toda clase de enfermedades; los niños, los ancianos, mujeres gestantes mueren diariamente de física hambre. Allá los niños de 5 años parece que tuvieran 1. Es tan aterrador mirarlos! desde cualquier distancia puedes contar sus huesitos, parece que no fueran seres humanos sino otra especie venida del más allá. Sus ojos están llenos de tristeza, dolor, sufrimiento, crueldad.

En mi mente está sembrada una mamá sentada en una silla mecedora con un niño en sus brazos que llora mucho. Me acerco a ella y le pregunto: “¿Por qué el niño llora?”, ella solo me mira y me dice: “mírele su cuerpo, hace mucho no comemos. Así están todos los niños y la población”. Yo me inclino hacia él, mi cuerpo se estremece y mis piernas tiemblan, me siento desfallecer. Entonces me siento y tomo a la pequeña criatura por el brazo. La grande cabeza con mucha dificultad gira hacia mí como haciéndome muchas preguntas, entonces comprendo. No sé a qué vine a este mundo, ni siquiera lo conozco, pero mis ojos se aguaron. Solté aquella pequeña y delgada mano. Al ver que no tenía respuesta quise gritar de impotencia, de dolor al saber que no solo era ese niño sino que eran muchos más.

No podía caminar, estaba totalmente inmóvil, quería llevarlos conmigo pero sabía que era imposible. En mis manos tenía una cámara fotográfica, no fui capaz de usarla, no la veía

como una cámara; la cámara era como un palo, bueno, en ese momento yo era el palo. Estuve parapléjica unos veinte o treinta minutos hasta que reaccione y pensé que en vez de estar ahí parada, ellos me necesitaban y me fui hasta donde estaba el camarada Víctor y le conté lo impresionada que estaba. Él me escuchó y me dijo: “por eso es que luchamos, para que un día no muy lejano esos niños y esa población tengan una vida digna. Usted vaya y compra mucha remesa, unas cabezas de ganado y les reparte por los diferentes caseríos”. ¡Esa fue una gran noticia! Me puse feliz y de una vez me fui sin hacer ninguna objeción, pues *era uno de mis mejores días en la guerrilla* y supe que mientras nosotros estuviéramos por ahí la gente no iría a aguantar más hambre, pero me entristecía saber que pronto nos iríamos, y ellos... “¿qué pasara con ellos?”, siempre me preguntaba.

En este relato, la alegría que se expresa cuando le entregaron la comida a la señora del pueblo es una forma de retribución (Pudal, 2011); es la alegría de sentir que se aporta en algo, que ha pasado de ser una niña sin nada para ofrecer a ser una guerrillera que puede dar algo concreto. Esta alegría es en parte también sacrificial (Carnovale, 2011:209), pues no se desprende de la condición que conlleva a la disposición de dar la vida, que resulta inescindible de la condición de guerrillera.

Para Paola y Patricia, ponerse a prueba tenía que ver con demostrar que la organización podía confiar en ellas, pero también –y esto es una gran diferencia con *las campesinas*– con derrotar en la práctica el estigma asociado a su condición de urbanas.

Cuando estaba en los campamentos, que era el momento donde compartía la cotidianidad con sus pares, Patricia se sentía discriminada en alguna medida, pues sentía que a su condición de “urbana” se añadía su condición de género, lo que para algunos de sus compañeros y compañeras reforzaba que fuera percibida como débil:

Al principio tuve algunos inconvenientes con los guerrilleros campesinos porque *tenían cierto recelo con los que venían de la ciudad*. Pensaban que los que tenían algún tipo de formación se creían la vanguardia, y algunos consideran que la teoría y la praxis son diferentes, que los tiros son lo que más vale. Además de eso se sumaba que yo tenía el pelo corto y eso era visto como *sospechoso*, pues en la guerrilla el cabello largo es muy admirado, pervive el estereotipo de que es sinónimo de feminidad. (Carta Patricia, septiembre 2012; énfasis agregado)

Del anterior fragmento vale la pena detenerse en dos puntos: venir de la ciudad y tener el cabello corto. Sobre el primero, el relato de Patricia es el único que da cuenta de la distinción que existe en las filas guerrilleras entre el origen de los y las combatientes. No está plasmado en los estatutos ni en ningún documento de la juridicidad guerrillera; por el contrario ahí se deja claro que “todos son iguales”. Sin embargo, de igual forma como ocurre con las discriminaciones que se presentan hacia las mujeres, existen imaginarios culturales que atribuyen ciertos valores al origen urbano y otros muy diferentes al origen rural, que aunque no sean regla universal, están basados en las condiciones materiales de ambos contextos. Ser “urbana” no tiene que ver solo con el lugar de proveniencia, sino que lleva consigo calificativos que asocian el origen urbano (la ciudad) a la intelectualidad, a la debilidad y a la “flojera” para el trabajo, y al origen campesino (el campo) a mayor fuerza y resistencia. Visto en clave de carencia, podría decirse

que mientras a la ciudad se atribuye la flojera, al campo se atribuye la falta de formación académica e intelectual.

Por otra parte, tener el cabello corto en las filas guerrilleras implicaba un distanciamiento del modelo hegemónico de feminidad, lo que convertía a Patricia en una suerte de *outsider* (Becker, 1971) en un contexto donde la mayoría de las personas eran campesinas y la gran mayoría de las mujeres tenían el cabello largo. La sospecha era la sanción otorgada por romper con las normas sociales que atravesaban el espacio, normas provenientes de la sociedad en su conjunto y especialmente permeadas por la cultura campesina. Esto da cuenta de cómo los parámetros de género más dominantes aparecen también en un espacio tan contrahegemónico como una organización guerrillera.

Para terminar, a propósito de los escenarios donde se prueba el ethos guerrero, vale señalar que todas mis interlocutoras identificaron en sus relatos su condición de prisioneras como unas de las mayores pruebas que han tenido que afrontar. Si bien no hay combates ni ejercicio militar en el sentido estricto de la palabra, mantenerse firmes en sus convicciones y reivindicarse ante el Estado como guerrilleras significa poner a prueba en la cotidianidad la disciplina, el honor y el compromiso, aquellos valores que las llevaron a convertirse en *buenas guerrilleras*.

### ***Es mejor morir por algo que vivir por nada. La formación de un cuadro***

La formación de un cuadro guerrillero es el proceso al que abre la puerta el rito de pasaje. El honor, el compromiso, el desinterés, el sacrificio y la disposición a dar la vida son los valores ético-morales que guían y definen la adscripción a la cosmología guerrillera al nuevo mundo, interiorizados mediante diferentes dispositivos –el entrenamiento, los cursos de formación especializada, la rutina guerrillera, las reuniones, las tareas, etc. – y recreados en los escenarios de prueba. Como diría Turner haciendo una metáfora con los colores radiantes de los peces tropicales que desaparecen cuando se los saca del agua, estos conceptos que llegan a integrar el sistema guerrillero de valores, “conservan su significado exacto solo dentro del entorno de la sociedad que los forma y que resuelve, gracias a su estructuración interna, sus conflictos mutuos” (Pitt-Rivers, 1979:39).

Como plantea Miguel Ángel Beltrán en su investigación,

Un repaso de la experiencia internacional del comunismo coloca de presente que valores como la disposición al sacrificio, el compromiso con una causa, la disciplina y la dedicación son cualidades permanentemente exaltadas por la causa comunista. [...]Este llamado al heroísmo, el sacrificio y la entrega se compaginan con la vida que ha arrastrado una franja de sufridos campesinos perseguidos y hostigados por la violencia oficial. Pero la fuerza del discurso comunista radica no sólo en la capacidad de explicar de una manera simple las causas de ese sufrimiento, logrando que quienes lo padecen asuman una condena moral del mismo sino, también ofreciendo una salida al mismo. En este sentido logra estimular el idealismo de los jóvenes que se sienten atraídos por la posibilidad de encontrar un remedio a sus sufrimientos. (Beltrán, 2015:146)

Lo que muestran los relatos de mis interlocutoras de campo es que, como bien lo señala Fillieule (2015), el compromiso político es un proceso más que un logro, y que, en este sentido, las disposiciones hacia el mismo no son resultado directo de las formas de pertenencia social, sino el producto del encuentro “entre las dinámicas de las trayectorias sociales y de las oportunidades, construidas socialmente y políticamente, ofrecidas a las aspiraciones, proyectos o ideales preconstituidos para realizarse” (Collovald, 2002:194). En este contexto, el compromiso se entiende como lo que define el vínculo entre militantes (buenos militantes) y con la organización insurgente, “un sistema codificado de conducta que regía la entera vida de la militancia, aun en la intimidad” (Carnovale, 2011:263).

Al respecto, Alba Nubia Rodríguez afirma que

una de las características singulares de las organizaciones político-militares es que involucran de manera total la vida de sus militantes. Para formar parte de los movimientos insurgentes es necesario tener disposición para involucrarse de manera total. En este sentido, se ha planteado que son necesarios los incentivos negativos, tales como la amenaza, el castigo, la fuerza y/o la violencia para que las personas permanezcan en dichas organizaciones. Sin embargo, empíricamente se ha demostrado que las personas no permanecen en las organizaciones político-militares por miedo al castigo. [...] Quienes permanecen lo hacen por compromiso. (Rodríguez, 2009:179)

Las palabras de Paola dan cuenta de su compromiso militante y los valores asociados al mismo:

Yo considero que *como comunista* debo ser sincera y franca, leal y honesta y muy activa, *poner los intereses de la revolución por encima de todo y además en el luchar*. Donde me encuentre siempre lucharé por las ideas y acciones correctas, lo mismo que en un pueblo cuando se lucha por un partido siempre y cuando sus ideas sean buenas. Si queremos conseguir nuestros objetivos debemos estar muy unidos para *derrocar el régimen* que hasta ahora ha gobernado. (Carta Paola, abril 2015; énfasis agregado)

El compromiso<sup>118</sup>, en cuanto supone asumir una nueva identificación propia y colectiva –la de “guerrillera”–, puede ser costoso y doloroso, pues reduce el campo de las posibilidades individuales, especialmente cuando lleva consigo un estigma, como sucede en este caso. Esto permite analizar con mayor profundidad la cuestión de los beneficios y el desinterés, como se verá más adelante.

Una de las marcas donde se deja ver el proceso de conversión en guerrilleras que mis entrevistadas han vivido es el lenguaje especializado que utilizan. Términos como *pueblo*, *explotación*, *oprimidos*, *proletarios*, *plusvalía*, *revolución*, que no forman parte del lenguaje utilizado usualmente por la población y que en sus relatos aparecen tan naturalmente, son expresión de la interiorización de un discurso político concreto, guiado por una ideología concreta, que puede

---

<sup>118</sup> “El término ‘compromiso’ remite al proceso por el cual diversos tipos de interés son progresivamente asumidos en la adopción de ciertas líneas de conducta con las que ellos no parecen tener relación directa” (Becker, 1971:50).

catalogarse como “de izquierda” y que en este caso proviene de organizaciones insurgentes<sup>119</sup>.

### *Honor*

Asociado al compromiso aparece el honor y el orgullo de ser guerrilleras, lo que implica un proceso de reconfiguración del estigma que pesa sobre ellas para dotarlo de una significación positiva, como sucede con los fumadores de marihuana y los músicos de jazz (Becker, 1971). Vale señalar que este estigma se hace mucho más evidente en el espacio carcelario, donde están bajo la custodia del Estado que combaten –“el enemigo”– y además conviven con personas que no forman parte de organizaciones insurgentes o se les oponen (como paramilitares). En parte, estas características son las que hacen de la prisión la mayor prueba de sus vidas, y al mismo tiempo el contexto social donde reivindican su condición de guerrilleras con mayor orgullo.

El honor es entendido como un concepto que expresa la articulación de la estructura social en cuanto representa el valor de una persona para sí misma, pero también para la sociedad de la que forma parte (Pitt-Rivers, 1979). Al individuo personificar y reproducir los ideales sociales, se inviste de honor y debe recibir un trato coherente con el mismo que entra a constituir su reputación. La vía como esto sucede, según Pitt-Rivers, es la siguiente: “el sentimiento del honor inspira una conducta honorable, la conducta recibe reconocimiento y establece la reputación, y por último la reputación se ve consagrada por la concesión de los honores. El honor sentido se convierte en honor reclamado y el honor reclamado pasa a ser honor pagado” (Op. Cit.:19). Aunque para un sector amplio de la sociedad ser guerrillera no sea un motivo de orgullo, por el estigma que implica, el honor se recrea especialmente al interior de las organizaciones, hacia adentro de aquello que conforma el mundo guerrillero.

El honor es también colectivo, y se gana materializando los ideales guerrilleros, donde los valores de compromiso, sacrificio, disciplina, desinterés, cumplen un rol fundamental. Sin ellos no hay honor y sin honor difícilmente podrán cumplirse. El relato de Andrea expresa con nitidez el valor del honor presente en los relatos de todas mis interlocutoras.

Pertenecer a las FARC-EP es un *honor*, pues mucha gente lucha desde otras tribunas pero no se atreven a empuñar un arma. Es un *verdadero orgullo* poderle explicar al campesino que nosotros somos su verdadero ejército y que *estamos dispuestos a dar nuestras vidas* por defenderlos a ellos y sus intereses, que no tenemos sueldo, que tenemos una gran conciencia y unos ideales que nos hacen cada día más conscientes que no existe ningún arma con la cual se pueda combatir nuestra moral, que *de la mano con el pueblo haremos una revolución*, en la cual no tendrá cabida el *imperio yanqui* ni la *oligarquía*.

[...]Ahora estoy privada de mi libertad. La fiscalía, valiéndose de falsos testigos y artimañas, me condenó a 66 años, que equivalen a cadena perpetua. Nunca

---

<sup>119</sup> Cabe aclarar que este lenguaje no es exclusivo de las organizaciones insurgentes sino de los espacios donde también hay procesos de formación de cuadros políticos “de izquierda”, como partidos y sectores del movimiento social y popular.

me he arrepentido ni un momento de ser guerrillera, *esa fue la mejor época de mi vida* y aunque me hubiesen condenado a cien o a más no me arrepiento, yo sé que no hice nada malo, lo hice por mi pueblo en el cual está mi familia y por verlos un día viviendo en un país justo. *Si volviera a nacer lo volvería a hacer. Siempre viví mi vida guerrillera orgullosa y convencida de lo que hacía. Puedo decir que mis mejores tiempos de mi vida los he pasado en la guerrilla.* (Carta Andrea, septiembre 2015; énfasis agregado)

### *Disposición a dar la vida*

La disposición a dar la vida es la máxima expresión del sacrificio, del compromiso militante, y el contexto donde se entrega es claro: el combate. Ir al combate, además de ser un acto de fortaleza, habilita lo heroico porque se sabe que es posible morir, “caer”. Además de ello, el combate (y los guerrilleros y guerrilleras que participan de él) marca la tajante separación entre la militancia armada y el resto de la izquierda, haciendo de los y las combatientes la estirpe más alta en la jerarquía, quienes tienen un compromiso más profundo. Esta muerte es redentora, llega a “otorgar el sentido de verdad a una revolución en marcha que para triunfar exige el sacrificio de sus ‘mejores hijos’” (Carnovale, 2005).

Sumado al heroísmo emerge el martirio. Como plantea Carnovale, “cuando de un guerrillero muerto se trata, las figuras del héroe y del mártir se entrelazan, se funden y confunden en el imaginario colectivo de la organización” (Carnovale, 2011:202). Morir en combate es también una razón para ser inmortalizado en el seno de la comunidad sostenida por creencias comunes que representa la organización guerrillera.

En su estudio sobre el PRT-ERP de Argentina, Vera Carnovale sostiene que la modernidad representó un giro importante respecto de la versión cristiana del hombre nuevo, sustentando en la idea de que “el hombre puede cambiar al hombre, no sólo en su ser individual, sino, más importante aún, al hombre en tanto humanidad” (Op. Cit.:184). La modernidad se caracterizó, entre otras cosas,

por la construcción de nuevos símbolos de contenido secular, a veces, y por la apropiación y secularización de imágenes y figuras provenientes del mundo de la fe, otras. En ambos casos, la sacralización de estos símbolos – evidenciada, por ejemplo, en las formas de representación y apelación– es inherente a los procesos de construcción de identidades colectivas modernas (ya sean éstas nacionales, políticas, etc) (Carnovale. 2005).

Así, las revoluciones modernas han tenido como objetivo central la transformación humana, nacida ahora de la política y no de la fe, y esto se resume en el proceso de secularización, en el que “es la secularización en sí misma y no el contenido de la doctrina cristiana la que constituye el origen de la revolución” (Arendt, 1992:26).

En este mismo proceso de secularización se construye la nación –el concepto sin el cual resultan incomprensibles los dos últimos siglos de la historia humana (Hobsbawm, 1991). La nación representa una “comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 1993:23). Y es imaginada porque ni siquiera los miembros de la nación más pequeña conocerán a la

totalidad o al menos a la mayoría de sus compatriotas, pero en la mente de cada uno está la imagen de su comunión; se imagina como comunidad porque más allá de las particularidades de cada caso, la nación se concibe como un compañerismo profundo, horizontal (Anderson, 1993). Con las diferencias del caso, en las organizaciones guerrilleras la cohesión se logra de forma similar, constituyendo también una comunidad imaginada: aunque cada guerrillero o guerrillera no logre ver, hablar o escuchar a la totalidad de los militantes que integran su misma organización, hay un sentimiento colectivo de pertenecer, de compartir símbolos y valores, de perseguir una misma causa, y este sentimiento se impone sobre las particularidades, conjurando “la fuerza centrífuga de las subjetividades individuales” (Carnovale, 2005) y generando la disposición a dar la vida por dicha causa.

En todos los relatos el “estar dispuesta a dar la vida” es una constante y constituye un punto clave de la conversión en guerrilleras. Su incorporación se da gracias a un proceso relacionado con los elementos de la nación mencionados antes, en un contexto donde la idea de revolución y lucha armada aparecen como un nuevo credo laico, un conjunto de valores con un carácter sagrado, que sigue logrando que los individuos estén dispuestos a entregar su propia vida –aun en pleno siglo XXI, cuando muchos afirman además que la lucha armada es algo del ayer–, ahora en nombre de la lucha por la patria y la justicia. Esto está expresado en el relato de Andrea cuando afirma: “en las FARC *tuve una buena formación. Nosotros estamos dispuestos a morir si nos toca* donde sea, somos capaces de enfrentar a un enemigo cuando sea y como sea, pues sabemos que *es mejor morir por algo que vivir por nada*” (Carta Andrea, septiembre 2015; énfasis agregado).

En similar sentido Carmenza afirma:

Este país es el número uno donde más sindicalistas asesinan, si piensas diferente te conviertes en un peligro para el gobierno y *los capitalistas* que solo le interesa amasar fortuna, dejando a *las mayorías sumidas en la miseria*. Y quienes no pensamos igual nos quitan del lado utilizando *sus máquinas de muerte*. *Las armas son la única manera de defender nuestras ideas y hay que estar dispuestos a morir por esto*.

No hay *ley divina ni terrenal* en un país manejado por unos pocos que viven de la *plusvalía*. *El paraíso solo lo encontraremos cuando haya igualdad social*, y esto solo se logra por medio de las armas.

*Decir que yo era totalmente consciente no, eso lo fui adquiriendo a medida que iba pasando el tiempo, cada día que pasaba me convencía más de la lucha armada*. (Carta Carmenza, marzo 2015; énfasis agregado)

Entre las trayectorias biográficas de las interlocutoras, Carmenza aparece con la marca más fuerte de religiosidad (católica), especialmente por la influencia de su madre, y ello se expresa en su discurso. El paraíso (elemento importante del discurso católico) se asocia directamente a la igualdad social, entendiendo a su vez que dicha igualdad solo se alcanza por medio de la lucha armada. Se expresa así una suerte de expectativa de redención futura, que junto con la épica heroica, compatibiliza el discurso religioso con el discurso insurgente, haciendo evidente el

proceso moderno de apropiación y secularización de símbolos provenientes del mundo de la fe. Como en el caso de Patricia con la anécdota del robo de la plancha, el ideal de igualdad y justicia atribuido en la niñez a un dios, se traslada a las organizaciones insurgentes y a la lucha armada.

### *Desinterés*

El dar la vida se vincula con otro valor: el desinterés. Este desinterés aparece en el marco de un compromiso de las organizaciones “oficialmente desinteresado” (Gaxie, 2005), que es reconocido públicamente por las entrevistadas en su condición de militantes, lo que lleva a que su lenguaje y sus actos asociados al desinterés resulten intencionados y deliberados.

Aunque el desinterés absoluto se predique, es ingenuo pensar que en realidad no existe interés de ningún tipo sobre el propio destino del cuerpo en función de una causa que trasciende al individuo. El interés no es necesariamente consciente y las estrategias de los agentes pueden presentarse como “desinteresadas”, sin embargo, el desinterés puede constituir una estrategia interesada en la medida en que los agentes sociales persiguen los fines moldeados por el contexto social en que se insertan (Bourdieu, 1997), que en este caso responde a la cosmología guerrillera. Los universos militantes son “oficialmente -es decir, autorizados, legítimamente, públicamente y colectivamente- desinteresados” (Op. Cit.:164). Como lo afirma Castellanos (2011), es posible entender el campo de la guerra como un mercado simbólico en el que se transan apreciaciones, valoraciones y prácticas.

¿Cómo explicar que una persona esté dispuesta a morir luchando? En el caso de mis interlocutoras, el compromiso y el desinterés les devuelve un beneficio personal, una retribución (Pudal, 2011) –como la que sintió Andrea con su experiencia en el Chocó– que permite la transformación del estigma asociado al compromiso, que puede tener que ver con dar pruebas de coraje, valor y entrega, reafirmar su ethos guerrero, ganar reconocimiento por parte de sus pares y de los mandos a través de la demostración de su compromiso, en cuanto “ajustarse a la economía de bienes simbólicos permite ser reconocido por los líderes, regular la competencia, las lealtades y las obligaciones entre los miembros de la red” (Wilkis, 2008), representada en la organización insurgente. El interés está puesto en los demás, en un tercero que es la sociedad en su conjunto, el otro por el que se lucha. Como diría Andrea, “es mejor morir por algo que vivir por nada”. Y este interés desinteresado está inmerso en sus carreras militantes, como un proceso en que “se alternan momentos ‘desinteresados’ y momentos en que la percepción de las retribuciones, y hasta su búsqueda consciente, constituyen una de las dimensiones de la acción militante” (Pudal, 2011:31).

Se trata de un interés muy diferente al planteado por el utilitarismo en cuanto no es un cálculo consciente. Como afirma Pudal, “el ‘aura’ del ‘militante’ proviene de su encarnación del grado más alto de compromiso y altruismo, pudiendo llegar hasta el sacrificio de su vida, siempre a costa de una represión multiforme que lo acecha (despido, encarcelamiento, violencias físicas, ausencia de promoción)” (Op. Cit.:23).



Como plantea Iratzu Mendia Azkue,

Con frecuencia, las mujeres han participado militarmente dentro de movimientos de liberación y guerrillas revolucionarias. Son ejemplos paradigmáticos el caso de El Salvador y Nicaragua en Centroamérica, o Eritrea, Angola y Namibia en África. En estos casos, es común que, como resultado de su participación directa como combatientes o formando parte de las bases de apoyo de la guerrilla, muchas mujeres durante los conflictos desempeñen nuevos roles hasta el momento vedados para ellas en la sociedad, ganen confianza en sí mismas y tengan acceso al aprendizaje de nuevas habilidades. Todo ello tiene un efecto sobre las relaciones de género y sobre los desequilibrios de poder existentes entre hombres y mujeres. (Azkue, 2008:5)

### **Apuntes finales**

Los relatos analizados muestran la forma en que, en las experiencias de mis interlocutoras de campo, surge el deseo de ser guerrilleras y el proceso que permite la materialización del mismo. Este proceso permite identificar las diversas mediaciones y motivaciones que alientan y hacen posible la conversión en guerrilleras, lo que da cuenta al mismo tiempo de ciertos aspectos fundamentales en las dinámicas internas de las organizaciones insurgentes que las transforman y mantienen en el tiempo como una opción vigente para hombres y mujeres con trayectorias biográficas y carreras militantes diversas.

Dichos relatos dejan ver la manera en que su integración a las organizaciones insurgentes transformó su visión del mundo, haciendo evidente toda la distancia que separa a “la niña” que desea volverse guerrillera y a un cuadro formado de la guerrilla y poniendo de manifiesto el proceso de inculcación de un nuevo lenguaje, nuevos valores y principios de interpretación del mundo –que ya no son el paraíso o el destino sino un lenguaje especializado–, junto con una racionalización del uso de la violencia física como medio legítimo de lucha política.

## CAPÍTULO 4

### ***AQUÍ TODOS SOMOS IGUALES. MARCAS DE GÉNERO EN LAS ORGANIZACIONES INSURGENTES***

En el monte, tanto mujeres como hombres, según su función en la organización, deben ir al combate, pagar guardia, ranchar (cocinar para toda la tropa), ir al río a cargar agua, hacer la caleta (sitio para dormir), recoger leña, abrir trincheras, hacer los “chontos” (sanitarios); encargarse de la enfermería, de las comunicaciones, del economato (administrar los alimentos), llevar correo, impartir cursos, dar órdenes, ser comandante...

Además de estas actividades, las guerrilleras deben asumir tareas de Partido: escribir, hacer análisis político, revisar noticias, leer materiales de formación militar, política y de cultura general, estudiarlos, entre otras tareas que varían según la ubicación de cada combatiente en una comisión, un frente o bloque determinado.

*Una mujer en la guerrilla, es una combatiente más.* Violeta Narváez

El capítulo anterior examinó las motivaciones de Carmenza, Sara, Paola, Patricia y Andrea para ingresar a las organizaciones insurgentes y el proceso que siguieron para convertirse en guerrilleras. Este capítulo está dedicado a analizar algunos aspectos –surgidos en los relatos– que tienen una fuerte marca de género y que dan cuenta de las formas y significados que adquiere para ellas como mujeres su militancia armada.

Se estima que entre el 35% y el 40% de los combatientes del ELN y las FARC-EP son mujeres. En el caso de las FARC-EP, las mujeres estuvieron presentes desde el inicio de la Organización y algunas de ellas ya tienen hoy más de 30 años de lucha. El ingreso a la lucha armada se incrementó en los años 80, a partir del proceso de diálogos en La Uribe, Meta y después de la firma de los acuerdos y tregua con el gobierno de Belisario Betancourt en 1984. En este acercamiento masivo habría incidido la represión que marcó el Estatuto de Seguridad de Turbay y la persecución contra la Unión Patriótica, que como en el caso de Patricia (visto en el capítulo anterior), condujo a que muchos hombres y mujeres optaran por la militancia armada como una manera de preservar sus vidas en un contexto de represión masiva.

Lo asociado a la reproducción biológica, las emociones, las relaciones erótico-afectivas son elementos de la vida cotidiana, y en el caso de las organizaciones insurgentes su tratamiento da cuenta del disciplinamiento de los cuerpos necesario para conformar un ejército y llevar a cabo la confrontación.

Además de surgir en los relatos de mis interlocutoras, y como se vio en el capítulo sobre guerra mediática, estos temas ocupan un lugar central en la retórica construida sobre la insurgencia y casi que son lo único que constituye el discurso sobre las mujeres en la misma, añadiendo el tema de la violencia sexual que supuestamente ejercen los guerrilleros contra ellas.

Entendiendo que no existe un sujeto “mujer” universal y siguiendo la propuesta de Scott (2008) de entender el género como un dispositivo de poder, estas dimensiones de la vida de las mujeres guerrilleras permiten entender la forma en que se estructura la percepción y la organización, concreta y simbólica, del mundo guerrillero, siendo también una pista valiosa para comprender la vida social.

El gran vacío sigue siendo, como lo señala Miguel Ángel Beltrán (2015) a propósito de la carta de Timoleón Jiménez a Medófilo Medina, la ausencia de la voz de las directamente implicadas en la lucha armada, como combatientes activas y no como desmovilizadas. Una idea recurrente en algunas de las investigaciones académicas que se han hecho en Colombia sobre las mujeres en la guerrilla, sostiene que las combatientes sufren un proceso de “masculinización” para poder “sobrevivir” en las filas. Esto tendría que ver principalmente con la lucha por demostrar que sus virtudes físicas, emocionales e intelectuales son iguales a las de los hombres –y por ende aptas para el mundo guerrero–, lo que implica, entre otras cosas, suprimir las emociones (Blair y Londoño, 2003; Londoño, 2005; Cortés, 2014).

En sus estudios con desmovilizadas, Blair y Londoño sostienen que para las mujeres:

Demostrar(se) que eran capaces de desenvolverse en ese mundo de la guerra constituye a la vez demanda y deseo, motivación y costo, fuente de reconocimiento y fuente de negación de características y *expresiones vitales de su ser mujer*. Para desempeñarse en ese mundo tienen que aceptar el reto. ¿Hasta dónde “renunciar” a “poner” en la guerra algo de “*lo femenino*” interiorizado por ellas? Hay “pistas” en sus relatos que apuntan a señalar que si bien *la experiencia de la guerra exige para todas las mujeres un grado de “asimilación masculina”*, en términos de las características asignadas a hombres y mujeres en nuestra cultura, son justamente aquellas donde dicha “asimilación” es mayor que las que a la postre resultan más lesionadas emocionalmente por su experiencia en la guerra, más “rotas” en términos de la construcción-reconstrucción de su identidad como mujeres. (Blair y Londoño, 2003:112; énfasis agregado)

En el mismo sentido, afirman que para “mantener su identidad de género”, las mujeres combatientes están obligadas a resistir para no perderse en el mundo masculino que se les impone, donde “rigen en la mayoría de los casos” el autoritarismo, la opresión, el desconocimiento y la invisibilización (Blair y Londoño, 2003). Según estas autoras, pese a la participación de las mujeres, no existe femenino en la guerra, pues los espacios donde las mujeres son visibles

son aquellos que conforman el escenario masculino de la guerra, donde lo que se valora es el arrojo, el coraje, el heroísmo, la valentía, la tenacidad. Y los espacios donde son ellas mismas en *su ser más femenino* se tienen que colar por entre los resquicios de destrucción y muerte que deja la guerra. Ellas con su acción son pilares cotidianos de un escenario que las obliga a “parecerse” a los hombres. [...] Frente a la insensibilización de un mundo construido sobre valores masculinos y “duros”, las mujeres resisten desde su feminidad. (Op.Cit.:113; énfasis agregado)

Estas autoras llegan a insinuar que la desmovilización es una forma para recuperar la feminidad perdida al señalar que entre sus entrevistadas (desertoras y desmovilizadas) “quienes invocaron su derecho a lo femenino [...] son no solo las más creativas, sino también las que no perdieron del todo su autonomía. [...] Son ellas las que a través de las diversas formas de resistencia, ejercidas contra la dominación de lo masculino de la guerra, sobreviven hoy con sus identidades ‘heridas’, pero no de muerte” (Op.Cit.:114). Un poco más explícita se presenta la misma idea en otro texto de Londoño, donde afirma que

no es posible aludir a la significación que ha tenido la participación en la guerra para las mujeres combatientes en relación con su identidad de género sin hacer alusión al papel que juega la desmovilización como *factor reconfigurador de su identidad femenina*. Dejar el colectivo armado, instalado como un significante identitario de primer orden, para asumirse nuevamente como sujetos individuales [...] representa para las mujeres excombatientes la posibilidad de contactarse de nuevo con su *ser más femenino* y recuperar aspectos de su *identidad como mujeres* profundamente afectados por su experiencia armada. (Londoño, 2005:19; énfasis agregado)

Tales argumentos dejan ver una postura en la que existirían “expresiones vitales de ser mujer” e identificaciones de género que deben mantenerse fijas e inmutables y que son incompatibles con lo masculino y por ende, resultan suprimidas en el ámbito de la guerra. Si bien las autoras mencionadas afirman reconocer que la concepción de mujeres como víctimas no es útil para sus análisis, en el desarrollo de los argumentos terminan ubicándose en la posición que critican, asociando automáticamente guerra con mundo masculino y autoritarismo, como si no hubiera matices, diferencias y tensiones al interior de este espacio de actuación política. Plantear la desmovilización como una posibilidad para las mujeres de recontactarse con su “ser más femenino”, es sostener implícitamente la idea de que existe un “ser femenino” y que éste es, además, incompatible con la lucha armada que sería esencialmente masculina.

El desafío es entonces sortear la trampa de la retórica sobre la insurgencia, ubicándose por fuera del debate normativo que trata de deslindar su mayor o menor feminidad más allá de si son más o menos femeninas, de si están capacitadas o no para la guerra. Han existido y siguen existiendo mujeres guerrilleras, y eso es una realidad que sobrepasa cualquier punto de vista. La meta debe ser entender cómo esta participación de las mujeres en la lucha armada se hace posible y cuáles son los significados que adquieren para las mujeres en el contexto insurgente aspectos particulares relacionados con sus cuerpos y sus emociones.

Como plantea Amani El Jack en su informe sobre género y conflictos armados,

Cuando el término ‘género’ aparece, su uso a menudo implica que las mujeres (y las niñas) son predominantemente ‘víctimas’ que atraviesan por circunstancias ‘especiales’ y tienen necesidades ‘especiales’, mientras que los hombres son presentados como los ‘perpetradores’. Sin embargo, el término ‘género’ no debería ser utilizado de una manera tan limitada. Por el contrario, tendría que permitirnos comprender que las mujeres y los hombres desempeñan una variedad de roles –estereotípicos y otros– y examinar cómo

los cambios en estas funciones afectan las relaciones de género. (El Jack, 2003:7)

Así pues, las preguntas que guían las líneas siguientes son ¿cuál es la experiencia y percepción de mis interlocutoras sobre el lugar que, como mujeres, tienen en las organizaciones insurgentes? ¿qué significados se asocian a la reproducción, los vínculos de pareja y las emociones? y ¿qué sentido adquieren estos aspectos desde su condición de guerrilleras?.

El capítulo examina las experiencias de mis interlocutoras en relación con estas cuestiones, en diálogo con los imaginarios del sentido común, con el discurso académico y con el discurso que manejan públicamente las organizaciones de las que ellas forman parte.

Este último tipo de discurso es extraído de los documentos (comunicados, discursos, entrevistas, videos) publicados en algunos sitios virtuales de las organizaciones insurgentes (en mayor medida de las FARC-EP que del ELN por la cantidad de información disponible).

Entre los sitios virtuales vale mencionar especialmente el portal de las FARC-EP “Mujer Fariana”, creado en octubre de 2012, dedicado a “la problemática de la mujer colombiana, a su papel en las filas rebeldes, y contrarrestar “la maligna campaña mediática”, como lo planteó Victoria Sandino –integrante de la delegación de paz de las FARC-EP– en una rueda de prensa realizada en La Habana, Cuba, en el marco de los diálogos con el gobierno colombiano. En el comunicado público afirman:

Hemos decidido visibilizar nuestra lucha, reflejar lo que somos, pensamos y vivimos. Aspiramos a rescatar las pequeñas y grandes historias de nuestras compañeras y compañeros de lucha, junto a las de otras mujeres revolucionarias. [...] En innumerables y pérfidas invenciones, las guerrilleras somos presentadas como víctimas de nuestros compañeros y de la organización revolucionaria. *El objetivo es claro: desmotivar la vinculación de la mujer colombiana al combate revolucionario.* (El Espectador, octubre 12 de 2013; énfasis agregado)

### **Una historia sobre las mujeres en las organizaciones guerrilleras**

La historia elaborada y transmitida por las organizaciones insurgentes actúa como elemento cohesionador hacia adentro, “donde ciertos hechos [...], símbolos y personajes [...] proporcionan a los militantes [...] signos de identidad y sirven para vehicular cursos de acción” (Beltrán, 2015:141). Como se vio en el capítulo anterior, a propósito de la comunidad imaginada, construir un ejército revolucionario implica necesariamente

la apelación y el despliegue de un conjunto de símbolos, valores y referencias identificatorias que delimitaran un *nosotros* frente a un *ellos*, que otorgaran una legitimidad histórica que estrechara los lazos entre el “verdadero” Ejército y su pueblo y, finalmente, que ofrecieran un manto de valor y sentido a quienes, en nombre de ese pueblo oprimido e insurrecto a la vez, se

lanzaban a un combate en el que podían morir (Carnovale, 2010:70; cursiva en el original).

En el caso concreto de las guerrilleras, la reivindicación de su papel en las organizaciones guarda relación con la reconstrucción de una historia donde las mujeres son protagonistas de los movimientos insurgentes: desde el ataque a Marquetalia<sup>120</sup>, la firma del Programa Agrario de los Guerrilleros, en las diferentes Conferencias y procesos de paz que se han dado, hasta la conformación actual de una Subcomisión de Género.

Distintos relatos afirman que en las FARC-EP<sup>121</sup> las mujeres estuvieron presentes desde los primeros años, en la época conocida como “la resistencia”. En estos relatos se destaca la figura de Georgina Ortiz, asesinada por el Ejército el 18 julio de 1964 en pleno ataque a Marquetalia; y a Judith Grisales y a Miriam Narváez, quienes participaron en la firma del Programa Agrario de los Guerrilleros – manifiesto que dio origen a las FARC-EP el 20 de julio de 1964. En el presente se reivindican sus figuras a partir de un relato que enaltece su actuación en distintos actos de resistencia:

En la resistencia se destacaron Judith Grisales y Miriam Narváez. La primera hacía uniformes para los guerrilleros; la segunda era activista política que ayudaba en la cocina. Luego las dos se incorporaron a los comandos móviles y de pelea. Así llegaron a la Segunda Conferencia Guerrillera: habían participado en la resistencia de Marquetalia, Riochiquito, en la toma de Inzá, y en todo el accionar militar en el Tolima, Huila y Cauca.

[...] Miriam no alcanzó a llegar a la Tercera Conferencia. El comando en el que iba, bajo el mando de Gilberto López y Rogelio cayó en una emboscada. Cuando vio morir a Gilberto, Miriam recogió la carabina del caído y combatió contra el ejército. Ahí fue acribillada por el enemigo. Era septiembre del 67. (Mujer Fariana, mayo 24 de 2014).

Estas líneas expresan la importancia de los relatos en la construcción de la historia promovida por las organizaciones insurgentes y la institución de un lugar legítimo de las mujeres en ellas.

---

<sup>120</sup> “De acuerdo con los dirigentes de las FARC que participaron en la resistencia de Marquetalia, en la operación militar participaron 16.000 efectivos del Ejército, que fueron estrechando su cerco a los alrededores de Marquetalia en los departamentos de Huila, Cauca y Norte del Tolima, para aniquilar un núcleo de 48 campesinos que posteriormente asumirían la estrategia de guerra de guerrillas. Cabe anotar que, desde el primer momento el ejército rechazó la versión de que se trataba de un plan militar, y se refirió a él como una acción cívico-militar, al tiempo que negó la participación de los Estados Unidos en él” (Beltrán, 2015:140).

<sup>121</sup> “Los orígenes históricos más próximos de las FARC se ubican en las acciones militares desarrolladas por el Estado colombiano contra las zonas de autodefensa campesina en 1964; dichas regiones se habían venido conformando como tales tras un largo proceso de colonización en Marquetalia, Riochiquito, El Pato y Guayabero, bajo el liderazgo de viejos dirigentes agrarios y guerrilleros. Aunque en su momento se les calificó de “Repúblicas Independientes”, en realidad se trataba de zonas campesinas con una estructura organizativa propia, con formas de autogestión que desconocían el Estado mismo y mantenían su carácter defensivo armado aunque su objetivo no era derribar el sistema “...sino defender por medio de las armas la autogestión económica y una forma embrionaria de organización política.” (Beltrán, 2015:140)

La Cuarta Conferencia de esta organización insurgente, realizada en 1970, es reivindicada como el momento en que se reconoció formalmente a las mujeres que la integraban como combatientes, con iguales derechos y deberes que los hombres. A partir de ese cambio, algunas de las mujeres más antiguas llegaron a asumir tareas de mando y otras se destacaron en las diferentes tareas que debían asumir los militantes. Desde el punto de vista de las actuales militantes, se reivindican también otras Conferencias<sup>122</sup>, en tanto se considera que en ellas se siguió avanzando en el tema, con transformaciones en la configuración interna de la Organización y en las características –de procedencia y formación académica y política– de las mujeres que ingresaban. Según el relato histórico de las actuales combatientes:

La presencia de las mujeres en las diferentes actividades se plasma en las conclusiones de la 8ª Conferencia [1993] que en su punto 14 dice: *“En las FARC-EP no puede haber discriminación para la mujer, quien de la misma manera que asume las exigencias reglamentarias, también como el hombre tiene los mismos derechos. Quien discrimine a la mujer será sancionado conforme al Reglamento, trátase de Comandantes o guerrilleros de base. La mujer en la guerrilla es libre”*.

Para los 90 y 2000, la cualificación de la mujer prosigue, muchas consolidan su formación política, profesional y académica antes de optar por el ingreso a la guerrilla, *mujeres con títulos en diferentes profesiones*. Abogadas, periodistas, médicas, sociólogas, politólogas, sicólogas, políglotas, etc. (Mujer Fariana, mayo 27 de 2015; énfasis agregado)

Lo señalado en el párrafo anterior da cuenta tanto del interés por refutar las ideas del sentido común respecto de que las organizaciones insurgentes están integradas por masas campesinas semi analfabetas, así como también de transformaciones en las formas de reclutamiento, relacionadas con cambios sociales más amplios – como el mayor acceso de las mujeres a la educación, la esfera laboral y política– pero también seguramente con cambios en los mecanismos para acercar nuevos militantes.

La incorporación de mujeres universitarias –como Patricia y Paola– significaba la llegada tímida de debates que hasta el momento no existían por fuera de espacios muy restringidos al interior de la política profesional y del mundo académico, tales como las reivindicaciones de género y el cuestionamiento al patriarcado. Estos debates se irían abriendo paso poco a poco al interior de la Organización antes de que sus principales referentes (tanto hombres como mujeres con alto rango) plantearan una posición pública al respecto.

Y todo esto en un contexto mundial atravesado por luchas feministas en Europa y Estados Unidos, cuyas reivindicaciones iban llegando poco a poco al continente y al país, ubicándose con mayor o menor fuerza en las agendas de los movimientos sociales y políticos.

---

<sup>122</sup> Una de las Conferencias más importantes en la historia de las FARC-EP fue la séptima, “considerada por los expertos como el gran punto de quiebre del conflicto colombiano, pues en ese evento se trazó la estrategia para convertir a la guerrilla en un ejército revolucionario con presencia en todo el país y con un plan para la toma del poder” (Botero, 2011:143).

### *Los “vicios patriarcales”*

Respecto a la política interna de género y para las mujeres, en diferentes documentos las FARC-EP reconocen que existen “vicios patriarcales”, que intentan combatirse en la juridicidad guerrillera y en las prácticas que la materializan. Uno de los elementos que usualmente se le ha criticado a la organización insurgente es la poca proporción de mujeres que asumen tareas de dirección y la mínima presencia de ellas en instancias como el Secretariado y el Estado Mayor Central, crítica que puede extenderse con facilidad a la política en su conjunto –o a las condiciones limitadas de participación para las mujeres en el mundo académico–, siempre en relación con las posiciones jerárquicas más altas.

Especialmente en los últimos años ha habido un esfuerzo de las FARC-EP por mostrar en sus declaraciones públicas la posición que asumen frente al lugar de las mujeres y frente al patriarcado como sistema ligado al capitalismo y propio de una sociedad compuesta por clases sociales. La explicación que se da públicamente alude al patriarcado como parte del sistema social en su conjunto, que repercute en las condiciones subjetivas de las y los militantes, ante lo cual parecen insuficientes los estatutos.

En las palabras del comandante Timoleón Jiménez “Timochenko”, máximo comandante de la organización, las diferencias de género se comprenden desde la siguiente perspectiva en donde la pertenencia de clase tiene una importancia central:

No se trata de una más de esas visiones de género que pretenden enfrentar las mujeres con los hombres, borrando las diferencias económicas, de clase, que se encuentran en el fondo de todas las adversidades y desgracias que soportan pueblos y naciones. Los varones opresores deben ser combatidos sin piedad, pero sin desconocer nunca que los núcleos dominantes del poder también están conformados por mujeres, tan ambiciosas y despiadadas como los más perversos burgueses. Madeleine Albright, Condoleezza Rice o Margaret Thatcher, son ejemplos de ello, como pueden serlo en el plano local personajes como Nohemí Sanín, Enilce López o la flamante ex ministra de defensa Martha Lucía Ramírez. (Mujer Fariana, octubre 11 de 2013).

Reafirmando la posición de Timoleón Jiménez, pero dándole un sentido diferente a la relación entre género y clase, la Subcomisión de Género de la Delegación de Paz de las FARC-EP afirma identificarse “con las ideas feministas que se inspiran en los ideales de emancipación de las mujeres, unidas a las luchas anticapitalistas, antiimperialistas, antipatriarcales, como sistemas de dominación que no solo explotan social y económicamente a las mayorías, sino que excluye y violenta a las mujeres” (Mujer Fariana, marzo 6 de 2015). Acerca del patriarcado, Alexandra Nariño (a quien los medios masivos han dedicado muchos de sus esfuerzos, como vimos en el capítulo 2), integrante de dicha subcomisión, expresa:

Cuando una nación llega a ese nivel de desarrollo y entendimiento de la problemática específica de las mujeres y empiezan a aparecer leyes e instituciones para contrarrestar la violencia sexual y de género, ha llegado a un *nivel de civilización relativa*, eso para mí es incuestionable. Lo mismo diría de las personas; es contradictorio llamarse revolucionario o siquiera



progresista y tratar mal a las mujeres, ya sea de forma explícita o sutil. *A menudo para nosotras las mujeres es suficiente una mirada despectiva o un silencio abrumador para quedarnos calladas y sentirnos inferiores* (Semanario Voz, noviembre 27 de 2015; énfasis agregado).

Por parte del ELN, en un video que circula en internet se presenta un saludo a las mujeres donde el máximo comandante, Nicolás Rodríguez Bautista “Gabino”, reconoce las particularidades que afectan a las mujeres y exalta el aporte que hacen las mismas en sus cotidianidades.

Ustedes han podido soportar la tragedia de este terrible conflicto social y armado, escalado sin reato por los señores del poder, donde la violencia generalizada golpea a cada persona y a cada hogar. Muy a pesar de ello, ustedes luchan y viven alegres porque también cuentan con una extraordinaria capacidad de disfrutar los momentos de amor, felicidad y gratitud que a pesar de todo les ofrece la vida. [...]

En estos casi 50 años de vida guerrillera he tenido la oportunidad de construir caminos, construir sueños y esperanza con miles de extraordinarias mujeres luchadoras guerrilleras, indígenas, negras, campesinas y en las ciudades. Sus valores humanistas y revolucionarios me han dado fortaleza para seguir la lucha y esa fuerza supera los niveles individuales para transformarse en una dinámica colectiva en esta fuerza insurgente y revolucionaria.<sup>123</sup>

En documentos del ELN se afirma acerca del patriarcado como sistema de dominación hacia las mujeres lo siguiente:

Si en esa dictadura sufrieron las mujeres, en Colombia el conflicto interno, junto al sistema capitalista patriarcal, producen una cascada cotidiana de violencias hacia las mujeres, golpeando fuertemente sus cuerpos y sus vidas; y tal vez, estamos acostumbrados a mirar los impactos de la guerra para todas y todos por igual, pero *las secuelas y heridas que sufren las mujeres es diferente y desproporcionadamente mayor, que las de los hombres*. (eln-voces, noviembre 23 de 2015; énfasis agregado)

*Estamos gobernados por los patrones ideológicos del capitalismo, patriarcal y machista, que subvalora y discrimina a la mujer*. Donde la mujer es un objeto para la servidumbre, para el abuso sexual, que genera ganancias extraordinarias en los tenebrosos negocios de la prostitución y la pornografía. En el mejor de los casos se luce como un artículo suntuario o como un medio para fomentar el consumo de otros productos o, simplemente es una mercancía con menor precio en el mercado laboral. (eln-voces, junio 8 de 2015; énfasis agregado)

El tema de la diversidad sexual aparece en menor medida en los documentos públicos de las organizaciones insurgentes, donde se reconoce que también existe discriminación pero no se profundiza en las acciones para atenderla. Victoria Sandino, integrante de la Delegación de Paz de las FARC-EP escribe en un

---

<sup>123</sup> Mensaje a las mujeres. Ver vídeo en: <https://www.youtube.com/watch?v=N6QKnnEee-k>. Publicado 06/09/13, consultado 10/12/2015.

documento sobre las mujeres en la Organización, expresando la posición oficial al respecto:

Debemos reconocer que por deformaciones culturales que están todavía muy presentes en la sociedad, persisten en nuestras filas combatientes con *tendencias homófobas* que el colectivo condena, acompañándolo con planes de educación para su *erradicación total*.

Sin embargo, el trabajo de reflexión permanente que permite nuestra estructura partidaria, ha concluido entre otros aspectos: *“Las FARC-EP no somos una organización homofóbica. El respeto, la tolerancia y el rechazo a cualquier forma de discriminación hacia la población LGTBI, debe ser preocupación permanente en la educación y actuación de mandos y combatientes. Las orientaciones sexuales de las personas no guardan ninguna relación con su comportamiento político”*. (Mujer Fariana, agosto 28 de 2015; énfasis agregado).

Esto, a lo que Patricia se refiere como “la homosexualidad era mal vista y eso es otra muestra de machismo”, lo que estaría mostrando es que la etapa de cuestionamiento del patriarcado se encuentra aún en un nivel que se concentra en las relaciones heterosexuales, sin profundizar en formas de discriminación por fuera de ellas.

En tales relatos, que se convierten en oficiales por el poder y reconocimiento que tienen las voces que los expresan (máximos comandantes y mujeres reconocidas tanto hacia afuera como dentro de las FARC-EP), se hacen evidentes varias intenciones. Una de ellas, y quizá la más clara, es demostrar que al tema de género –relacionado especialmente con la posición de las mujeres– se le otorga un lugar relevante en el mundo guerrillero. En el caso de las FARC-EP, este interés ha cobrado mayor fuerza –o al menos se ha hecho más visible– en el contexto del Proceso de Paz, que ha permitido mayor circulación del tema, materializada, por ejemplo, en la creación de una Subcomisión de Género, a la que pertenecen personalidades reconocidas al interior de la Organización, como Victoria Sandino y Alexandra Nariño.

Otra intención radica en mostrar hacia el exterior que las organizaciones insurgentes no son expresiones arcaicas, señalamiento contenido en la retórica sobre la insurgencia apelando a su composición mayoritariamente campesina y por su insistencia en la lucha armada como camino para la toma del poder. Sobre este punto, Miguel Ángel Beltrán plantea que algunos estudios sobre las FARC-EP, sumidos en cierto teleologismo y una visión instrumentalista de la historia,

tienden a inscribir los procesos de desarrollo de esta organización armada en un continuum de relaciones entre modernidad y tradición; progresismo y conservadurismo, concebidos como extremos opuestos en donde lo campesino aparece como una expresión de lo “atrasado” y lo urbano como el ámbito por excelencia de las formas modernas en una suerte de reedición del dilema que planteara Sarmiento a mediados del siglo XIX, bajo la fórmula de “civilización o barbarie”. En este sentido asumen estos autores que los discursos y prácticas de las FARC expresan formas arcaicas de hacer política (prepolíticas), que a su vez se superpondrían –sin alcanzar una verdadera

articulación– con un discurso moderno de contenido emancipatorio, anclado en las teorías de un marxismo-leninismo, esquemático y dogmático, donde el socialismo aparece como una meta lejana y difusa, que se diluye en las luchas reivindicativas más inmediatas por la tierra. (Beltrán, 2015:136)

Así pues, que voces autorizadas al interior de las organizaciones cuestionen públicamente el sistema patriarcal y presenten como propias algunas reivindicaciones del movimiento feminista, además de ser un reconocimiento tácito de la discriminación que persiste hacia las mujeres dentro de las guerrillas, constituye una marca de “civilización” –como lo explicita Alexandra Nariño– que contradice la concepción de las organizaciones insurgentes como ancladas en el pasado.

Una tercera intención sería entonces la de enviar un mensaje “hacia abajo” en el sentido de que quienes ocupan los mayores lugares en la jerarquía comunican a sus comandados (hombres) lo que se espera de ellos respecto a su comportamiento hacia sus compañeras de filas y hacia las mujeres civiles. Esto se relaciona con las líneas que escribe Isabela Sanroque, integrante de la Delegación de Paz de las FARC-EP:

*Para algunos guerrilleros ser dirigidos por una camarada no es tan fácil de asimilar, pero al final la subordinación y la disciplina son indiscutibles, como quiera que nuestros principios revolucionarios atacan cualquier expresión de machismo.* (Mujer Fariana, julio 7 de 2015; énfasis agregado)

En diálogo con estas “voces oficiales” aparecen los relatos de mis interlocutoras de campo, posicionándose de formas diversas, y esto en correspondencia con las diferencias en sus experiencias, en el tiempo vivido en los campamentos y en las tareas asumidas.

A diferencia de Patricia, quien plantea diversas críticas relacionadas con la discriminación hacia las mujeres al interior de las organizaciones –aunque reconozca que hay un avance respecto a la sociedad en su conjunto–, los relatos de Andrea y Carmenza aparecen más ligados a la versión de estatutaria de “todos somos iguales”. Andrea sostiene que dentro de la Organización y en su periodo como combatiente, no percibió discriminación ni diferencias en el trato brindado a hombres y a mujeres.

*En la Organización hay equidad, todos somos iguales, tenemos los mismos derechos y deberes. Vamos al entrenamiento, al combate, a la reunión, igualitos. Si una mujer llegaba a ser comandante todos cumplían sus orientaciones. Más que equidad hay un reglamento muy serio y organizado por el cual todos nos regimos. Hay muchas personas que se acercan donde uno y dicen que las guerrilleras somos una verracas<sup>124</sup>. (Entrevista Andrea, septiembre 2014)*

---

<sup>124</sup> La palabra verraco/berraco se utiliza en Colombia coloquialmente como sinónimo de fuerte o pujante.

Por su parte, Carmenza plantea:

*En la organización no hay diferencia con los hombres, allí solamente somos un soldado del pueblo, tenemos los mismos deberes y derechos. En cuanto a la jerarquía, solo se fijan en capacidades. Si yo soy mujer y solo tengo capacidad de hacer letrinas, eso hago, pero si tengo la capacidad de ser un buen cuadro puedo ascender. (Entrevista Carmenza, enero 2014)*

La postura de Andrea y de Carmenza expresan el deber ser de la vida guerrillera: todos son “igualitos”, un “soldado del pueblo”. A pesar de esto, el fragmento de Andrea contiene una contradicción al afirmar a renglón seguido que “más que equidad hay un reglamento muy serio y organizado por el cual todos nos regimos”, como si para que existiera igualdad solo fuera necesario decretarla. En esta frase se recrea el deber ser de la ley, que en la práctica nunca se cumple a cabalidad, es decir la diferencia entre eficacia simbólica y eficacia material.

Decir que no hay desigualdad de género es una marca de disciplinamiento –con lo que no se está poniendo en duda que efectivamente así lo sientan–, la enunciación individual de un mandato de orden al que se adhiere, en el que las consignas de género que son levantadas por los máximos comandantes de las organizaciones adquieren su mayor importancia. Replicarlas se convierte en expresión del compromiso y la lealtad a la causa, aún en condiciones límites, propias de un encierro con condenas que sobrepasan los sesenta años.

A Patricia, su formación como socióloga, su trayectoria de vida y su trabajo en la ciudad le despertaron “interés por el feminismo y los estudios con perspectiva de género”. Eso, aplicado a su propia condición de guerrillera, le generó algunas críticas frente a la Organización y sus mujeres:

Muchas guerrilleras tienen como un cordón umbilical con las FARC, todo el tiempo están preguntando: “¿podemos hacer esto o lo otro?” y luego dicen que no hacen las cosas porque no hay autorización o no ha llegado la orientación, pero a veces eso se convierte en un pretexto para no hacer.

En el caso de la mayoría de los hombres, ellos van resolviendo y luego si hay algún inconveniente, justifican ante su mando por qué hicieron tal o cual cosa y ya, listo.

Es como *una falta de iniciativa, un temor del regaño y de la autoridad*. Las mujeres, por lo general, *carecemos de iniciativa y tenemos un temor atávico a la autoridad sobre todo en la guerra*, donde una decisión equivocada puede ser fatal e irreversible.

Donde yo estaba había *muchas mujeres campesinas* que se preocupaban por lo que se preocupan todas las mujeres. Muchas repetían *el esquema de la civil de ser las segundas del hombre*. También había hombres muy machistas y eso en alguna medida estaba avalado por la ausencia en la Organización de una política de mujer clara.

En general no había muchos espacios (más allá de la célula) para la discusión sobre eso. Muchos compañeros decían que cuando se alcanzara el socialismo

se iba a resolver el tema de la mujer, pero yo les decía que eso no era tan fácil. (Carta Patricia, diciembre 2014; énfasis agregado)

Para Patricia, otro factor que influía en las diferencias en el trato hacia hombres y mujeres, era las proporciones desiguales de unas y otros. Como ejemplo, menciona que en la compañía a la que pertenecía<sup>125</sup>, había solo 10 ó 12 mujeres, lo que dificultaba que hombres y mujeres asumieran las responsabilidades de forma equitativa.

A las mujeres, que *eran en su gran mayoría campesinas*, las percibía muy *inseguras*, lo que repercutía en que fueran *muy pocas las que tenían perfil de dirigentes*. A la hora de escoger unidades con el talento o aptitudes, entre las mujeres es difícil encontrar algunas que cumplan con lo que se necesita, lo cual no pasa tan a menudo con los hombres. Yo le decía a mi mando que por qué siempre los hombres, que pusiéramos a las mujeres. Una vez me dijo “listo, hagamos un equipo de mujeres, las tareas que tiene que hacer el equipo son estas y estas, ¿usted a quién ve?”. Y yo empecé: “a esta” y él respondía “no esa no”; “esta otra” “no, esa tampoco”. *Las mujeres no estaban cualificadas para lo que se necesitaba* y eso no ayudaba mucho. (Entrevista Patricia, febrero 2015)

Hablando de su propia experiencia, Patricia afirma que algunas veces se sintió discriminada por notar, por ejemplo, que las tareas que le asignaban eran “femeninas” o que cuando había cursos de formación la prioridad eran mujeres más jóvenes.

Yo quería ser zapadora [explosivista] pero nunca me llevaron, las tareas que teníamos las mujeres eran “femeninas”, como en enfermería o comunicaciones. Cuando fue la preparación de El Caguán llevaron a otras más nuevas y jóvenes.

Igual yo reconozco que en las FARC la subordinación de la mujer hacia el hombre ha disminuido y eso es una diferencia grande con la sociedad civil (aunque haya *algunos que siguen esperando que la socia les lave el uniforme y los platos*). Las mujeres que son mando se ganan el reconocimiento de sus inferiores hombres *por ser buenas en los tiros, en la pelea* contra los chulos. Por ejemplo Karina [la desmovilizada que llegó a ser comandante del Frente 47] era muy buena en los tiros y la respetaban los que estaban a su cargo, lástima que hizo todo lo que hizo luego. *Hay mujeres que tienen una destreza militar superior a los hombres*. Cuando esto ocurre los hombres no presentan celos, sino por el contrario *prefieren de mando una mujer que sea buena para el trabajo que un hombre*. (Carta Patricia, febrero 2015; énfasis agregado)

Patricia señala otro aspecto que da cuenta de los rasgos patriarcales y “machistas”, que tiene que ver con la desconfianza que puede llegar a existir hacia las mujeres por la forma en que se piensa que manejan sus relaciones erótico-afectivas.

Además había como una desconfianza hacia las mujeres por la parte afectiva, porque vos sabes que, por ejemplo, si hay una relación sexual para los hombres es eso y ya, pero *las mujeres se enganchan más fácil*, entonces los

---

<sup>125</sup> Una compañía es una unidad de 50 guerrilleros(as).

mandos sentían temor de que las mujeres soltaran información con los amantes (civiles) que tuvieran y que descuidaran el trabajo por andar en sus amoríos. *El discurso es que todos somos iguales, pero en la práctica notaba que era más fácil que se le brindara la oportunidad de liderazgo al hombre.* (Carta Patricia, febrero 2015; énfasis agregado)

Lo que se verifica en estos relatos de Patricia es la circulación y vigencia de un imaginario donde la mujer es asociada a la pasión (que se contraponen implícitamente al imaginario que asocia al hombre a la razón) acompañado de la idea de que en las mujeres no se puede confiar y por ello las tareas que impliquen mayor responsabilidad deben ser asumidas por hombres. La supuesta vulnerabilidad emocional de la mujer representa una amenaza para la disciplina del grupo, lo que puede pasar a un segundo plano solo cuando las cualidades militares se destacan. Para que un hombre acepte sin recelo a una mujer como su mando debe ser mejor que él militarmente; a ello se refiere Patricia.

En los fragmentos de Patricia cabe resaltar varios elementos que dan cuenta de las dinámicas de género en la organización guerrillera. El discurso oficial, expresado en las líneas citadas de Timoleón Jiménez, Isabela Sanroque y Alexandra Nariño, reconoce la permanencia de “vicios patriarcales” al interior de las FARC-EP. En el mismo sentido aparecen las críticas de Patricia, que cuestionan directamente el “todos somos iguales” de los estatutos. Estos vicios se expresan, por ejemplo, en que a las mujeres les resulte más difícil tanto en términos objetivos (por las posibilidades de calificarse y perfilar su liderazgo) como subjetivos (por sus inseguridades y proyecciones personales) asumir lugares de mando en la jerarquía guerrillera, aunque las cualidades para la ascensión en la carrera militante –llevar mínimo dos años en filas, saber leer y escribir, tener moral revolucionaria y don de mando<sup>126</sup>– no contengan en sí mismas un sesgo de género. Aquella inseguridad que menciona Patricia sería un rastro de la dominación masculina, interiorizada por medio de esquemas de percepción, apreciación y de acción que forman parte de las estructuras de dominación producidas por un trabajo continuado de reproducción al que contribuye la familia, la Iglesia, la escuela y el Estado (Bourdieu, 2000), y que ahora se extiende al interior de las organizaciones insurgentes.

Del mismo modo, el relato de Patricia pone en evidencia que la destreza militar es una de las virtudes más valoradas en el mundo guerrillero, que parece sobreponerse sobre otras cualidades al ubicarse en la cúspide de la jerarquía moral. Que una mujer sea “buena para los tiros” es lo que condiciona en gran medida su reconocimiento como par por parte de los hombres, quienes “estarán dispuestos a seguirla si es mejor que ellos militarmente”. Según el sentido común y los planteamientos de la academia mencionados en la introducción, esto equivaldría a un proceso de “masculinización”. Frente a ello, vale recalcar que una cosa es comprender que en la guerra, por las condiciones propias de la misma, las competencias militares sean una virtud a la que deben hacerse hombres y mujeres,

---

<sup>126</sup> Si una guerrillera cumple con los requisitos para ser comandante –entre los cuales están *llevar mínimo 2 años en filas, saber leer y escribir, tener moral revolucionaria y don de mando*– tendrá las mismas oportunidades que un guerrillero para ascender al mando. (Mujer Fariana, julio 7 de 2015; énfasis agregado)

y otra muy diferente –y poco profunda, contenida en el relato académico– es sostener que al incorporar estas competencias las mujeres se “masculinizan”.

Lo anterior da cuenta de un rasgo importante de las sociedades guerrilleras, y es la ausencia de una división sexual del trabajo. Así como existen sociedades en las que hombres y mujeres tienen tareas definidas, claramente diferenciadas, existen otras donde ocurre lo contrario, lo que estaría evidenciando lo errado de pensar en forma apriorística que la guerra es inherentemente masculina y que las mujeres que participan de la misma presentan una anormalidad, un desvío de su condición inherentemente femenina.

### **Entre fusiles y pañales**

Este aparte está dedicado a examinar los relatos de guerrilleras sobre la planificación, el aborto y la maternidad como elementos que expresan y construyen el significado particular que adquiere en la guerra la posibilidad biológica de reproducción. Como se mencionó en el capítulo sobre guerra simbólica, la planificación obligada, el aborto forzado y la imposibilidad de vivir la maternidad son aspectos comunes en la retórica circulante en los medios masivos de comunicación, en la academia y en diferentes espacios que fijan posición pública acerca de las organizaciones insurgentes. En relación con esto, es usual que en sus declaraciones y textos, las organizaciones insurgentes hagan referencia a tales temas, expresando sus concepciones al respecto.

Como se evidenció en el capítulo anterior, dentro de las motivaciones para ingresar y permanecer en las organizaciones insurgentes aparece la certeza de tener resueltos los mínimos vitales, aunque no haya un salario. Esto se convierte en un elemento que puede llegar a transformar las relaciones de producción y reproducción en las organizaciones, con respecto al resto de la sociedad. Las palabras de Dietrich al respecto plantean que

durante la movilización para la violencia política se deja de “producir”, en el sentido estricto de la palabra. Tampoco se vende la fuerza laboral por un salario. En consecuencia, se debilitan las lógicas de diferenciación entre militantes por propiedad privada, ingreso o capacidad de ahorro. Las organizaciones proveen, en la medida de lo posible, los recursos necesarios para cubrir las necesidades básicas de sus cuadros de dedicación de tiempo completo: salud, vestimenta y comida. Esto tiene efectos sobre las construcciones genéricas insurgentes. Al desvincular a los hombres de responsabilidades estereotípicas de proveedor, también se debilitan lazos de dependencias (económicas) entre familias y parejas. (Dietrich, 2014:102)

Esto, sumado a mediaciones propias de un contexto de guerra, otorgan a la reproducción significados particulares que aparecen como un mandato –también contenido en la juridicidad guerrillera– cuya materialización contiene múltiples fisuras.

En el discurso fundante de las FARC-EP y el ELN la reproducción, lejos de ser una prioridad, se presenta como incompatible con la lucha armada. A diferencia de

otras experiencias de lucha armada que se han dado en el continente, en las organizaciones colombianas la idea de perpetuar el legado revolucionario mediante los hijos está ausente. La maternidad y todo lo que está asociado a ésta (salidas por cuestiones de salud, relaciones de pareja, cuidados de gestación, parto, etc.) es una carga adicional a las medidas de seguridad de las organizaciones. Evitar la reproducción es un *deber*, una expresión del compromiso –con particularidades para las mujeres por ser sus cuerpos los posibilitados biológicamente– y cuando las circunstancias impiden cumplirlo aparece la disyuntiva histórica de dejar los hijos o dejar la lucha armada.

Desde su experiencia como militante del M-19, el relato de María Eugenia Vásquez expresa la relación entre el proyecto político de la lucha armada y los cambios que éste implica respecto a la corporalidad.

Para muchas de nosotras, aceptar el reto de las transformaciones sociales significó también asumir roles más activos y participativos en nuestras organizaciones y en la vida privada. Por ejemplo, ser capaces de tomar decisiones de tipo político que comprometían la vida misma nos llevó, pese a las contradicciones, a hacernos cargo del control de nuestros cuerpos frente a la sexualidad y la maternidad. Estos cambios nos hicieron blanco de censura social, dentro y fuera de la organización. (Vásquez, 2000:146)

A continuación se aborda la planificación, el aborto y la maternidad –como partes del lugar de la reproducción en las organizaciones insurgentes– combinando los relatos de mis interlocutoras de campo con el “relato oficial”. Este conjunto de temáticas constituye un foco de tensión en el que la juridicidad y la moral guerrillera presentan fuertes fisuras en su materialización.

### *Planificación*

Sobre la planificación como ejercicio de anticoncepción, tanto la versión oficial como los relatos afirman que es un requisito de las organizaciones con el que deben cumplir especialmente las mujeres y cuyo control está a cargo del enfermero/a o responsable de sanidad. La planificación exitosa encuentra múltiples obstáculos, atravesados en su mayoría por el origen de clase de gran parte de los combatientes, que implica escaso acceso a la educación y la permanencia de diversos mitos en torno a la sexualidad y a procesos naturales relacionados con el ciclo sexual y reproductivo.

La juridicidad fariana afirma lo siguiente:

Nuestra realidad de organización político militar en resistencia armada, determina que el empleo de métodos anticonceptivos sea obligatorio para mujeres y hombres en las FARC-EP. Tal claridad hace parte de la cultura a fomentar en la labor de formación ideológica y política.

[...]El cuerpo de mandos y el personal sanitario serán especialmente responsables por la buena administración de los anticonceptivos, sin excluir la responsabilidad que corresponde a las parejas. La amplia gama de anticonceptivos utilizada en las FARC-EP genera la posibilidad de tener alternativas para la utilización de diferentes métodos que sean compatibles



con la salud. Será propósito general que los casos de embarazos en filas sean reducidos al mínimo. En ningún caso podrá practicarse este, sin el consentimiento expreso de la guerrillera. (Mujer Fariana, agosto 28 de 2015)

Y algunas explicaciones de las guerrilleras de la Delegación de Paz afirman:

La planificación, en las filas guerrilleras, es una obligación autoimpuesta que se deriva del elevado compromiso político que hemos asumido. Compromiso del que nos sentimos orgullosos y orgullosas.

La planificación familiar es un derecho de hombres y mujeres, una conquista de la humanidad; por lo cual no se puede pretender manipular y distorsionar la realidad para tratar de presentar a la insurgencia como violadora de los derechos de las mujeres, argumentando el uso de planificación a la fuerza y el abuso sexual. (Semanario Voz, diciembre 24 de 2015)

Ahora, caemos en uno de los puntos en común: la responsabilidad frente a los actos. Si bien por medio de charlas se trata de generar una cultura de sexualidad responsable en los campamentos, hay varias cosas en contra. La visión de la mujer asociada únicamente a la maternidad, potenciada por la religión católica que habla de que las relaciones sexuales solo son para la procreación y no para el placer, son elementos que hacen que algunas parejas decidan no protegerse.

También, en ocasiones, hay problemas con la información sobre educación sexual. Muchas de las personas que ingresan a las FARC-EP no conocen de métodos anticonceptivos, incluso nunca antes habían recibido una consulta médica. Es parte de lo que se hereda del sistema de salud tan deficiente que hay en Colombia. No siempre se da la orientación completa, y eso ha sido negativo. Es una de las cosas que estamos intentando mejorar por el bien de nuestra organización y sus combatientes. (Mujer Fariana, diciembre 4 de 2014).

Estas líneas estarían mostrando nuevamente a una organización insurgente participando de un proceso civilizatorio en el que se garantiza el acceso a ciertos elementos de los que históricamente las mujeres empobrecidas han estado excluidas, que en este caso tienen que ver con la salud sexual y reproductiva, como la planificación, la educación sexual y la posibilidad de decidir sobre el propio cuerpo.

En relación con el relato oficial, Patricia afirma como un obstáculo para la correcta planificación el uso de métodos aptos para las condiciones de la guerra pero que no consideran las particularidades de cada mujer (inyecciones e implantes subcutáneos), lo que produce que en muchas de ellas se produzcan alteraciones hormonales que se manifiestan, por ejemplo, en la inhibición del ciclo menstrual.

Hay que reconocer que el Norplant [implante subcutáneo anticonceptivo] y las inyecciones al inhibir el ciclo menstrual a veces hasta durante un año, dificultan la detección del embarazo en los 3 primeros meses. Las mujeres planifican con inyecciones y si hay un embarazo tanto hombre como mujer reciben una sanción que puede ser dar formación política, ir a cortar leña u otras cosas, pero pueden decidir si tienen el hijo o no. Si lo quieren tener la

mujer tiene que salir y le dan dos semanas para que lo amamante. Es un problema que las mujeres queden embarazadas, ya que algunas no regresan porque se apegan mucho al hijo y al final no quieren separarse. (Entrevista Patricia, marzo 2015).

En este punto cabe agregar que la menstruación no es un tema del que se hable abiertamente entre la guerrillerada. Como una herencia de la “cultura civil”, permanece como un tema “de mujeres” en torno al que existen mitos difundidos, como que “es sangre mala, que durante esos días las mujeres contaminan y ‘achilan’ [dañan] todo lo que tocan y que sirve para ligar a un hombre” (Entrevista Patricia, marzo 2015). Esto se expresa, por ejemplo, en las claves para referirse a las toallas higiénicas, que son proporcionadas por el ecónomo cada mes como parte de la “dotación” que reciben las guerrilleras, junto con el papel higiénico y demás elementos de aseo personal. En una de sus cartas Patricia contaba:

“Galletas”, así se les dice a las toallas higiénicas. El ecónomo es el que las encarga con el resto de la economía previas recomendaciones de las muchachas para que les traigan las de la propaganda. Los tampones también se usan. Se cargan en el equipo en unas bolsitas especiales confeccionadas por ellas. Cuando se tiene el periodo, se cargan en los bolsillos del uniforme y con el machete se abre un pequeño orificio para enterrarlas cuando no hay “chontos” [baños guerrilleros]. Como los demás desechos del cuerpo, deben enterrarse para no atraer animales ni dejar rastros. (Carta Patricia, abril 2015)

Aunque los estatutos farianos afirman que la planificación es deber de hombres y mujeres, los relatos de las interlocutoras sostienen que la mayor responsabilidad recae sobre las mujeres, a quienes se les hace un control más estricto. Métodos como la inyección y el implante son los más utilizados porque permiten mayor control sobre los cuerpos. A los hombres se les entregan condones pero es imposible asegurar que los utilicen, de hecho es común que no lo hagan aludiendo que no les gusta o que no es necesario porque las mujeres están planificando.

### *Interrupción del embarazo*

Como se abordó en el capítulo sobre la guerra simbólica, el aborto es uno de los puntos más álgidos en la retórica sobre las organizaciones insurgentes. Sobre este tema mucho se ha dicho, tanto por parte de la insurgencia como de sus críticos y opositores.

En el marco del Proceso de Paz, en diciembre de 2015, momento en que estaba pronto a finalizarse el documento de borrador conjunto acerca del quinto punto de la Agenda de Diálogos (víctimas del conflicto armado), surgió el escándalo nacional de “el enfermero”. Se trataba de un supuesto médico capturado en España, investigado por la Fiscalía General de la Nación por estar acusado de haber realizado cerca de quinientos abortos forzados a guerrilleras de las FARC-EP y del ELN.

En su cuenta de Twitter Iván Márquez, comandante de las FARC-EP y jefe negociador de la Delegación de Paz, afirmó que “el enfermero” no tenía ninguna

relación con la Organización y que la situación respondía a un montaje relacionado con la proximidad (en aquel momento) del acuerdo sobre víctimas (El Espectador, diciembre 27 de 2015). A lo que se refería el jefe guerrillero es que la Jurisdicción Especial para la Paz (parte fundamental del acuerdo mencionado) prohíbe la aplicación de figuras como la amnistía, el indulto y en general el cobije de tal Jurisdicción, para crímenes de lesa humanidad. Hablar de quinientos abortos estaría dando cuenta de una práctica de violencia sexual sistemática que clasificaría como crimen de lesa humanidad.

Paola, Patricia, Andrea y Sara, junto a otras guerrilleras recluidas, escribieron una carta pública referida al escándalo de “el enfermero”, en la que hacen las siguientes precisiones, que concuerdan con sus relatos individuales:

En primer lugar, consideramos que los hechos deben contextualizarse. Una mujer no emplea el aborto como método de planificación. ¡Eso no sucede! Es su última alternativa. Una decisión personal a la que en ocasiones recurre cuando los métodos anticonceptivos fallan o por razones de fuerza mayor. Una opción difícil y no exenta de contradicciones.

[...] En segundo lugar, la lucha armada revolucionaria es una vida de muchas privaciones, de zozobra constante ante la inminencia del combate, de largas jornadas de marcha en terrenos difíciles en las que, como el caracol, hay que llevar la casa a cuestas. Por lo tanto, por elemental sentido común, es fácil comprender que en estas condiciones, la decisión más sensata es la de evitar el embarazo. No obstante, el instinto de reproducción –como cualquier otro instinto regulado por la cultura– en ocasiones transgrede las normas y termina imponiéndose.

A todo combatiente fariano se le dan a conocer sus derechos y deberes consagrados en los estatutos de la organización. Uno de ellos es la obligación de planificar cuando se decida asociarse o tener pareja afectiva. En todos los frentes, la enfermería lleva un control riguroso y la mayoría de la militancia es muy disciplinada. Sin embargo, ningún método es cien por ciento seguro y también, por qué negarlo, hay guerrilleras que junto a su pareja deciden tener hijos y asumir las sanciones establecidas: realizar trabajo físico e intelectual y dejar al bebé al cuidado de sus parientes más cercanos. Aunque, la verdad, unas cuantas deciden quedarse con su hijo y abandonan la lucha armada.

En tercer lugar, es preciso señalar que no es fácil para algunas mujeres renunciar a tener hijos o a vivir alejadas de ellos, viéndolos solo de vez en cuando. Tener hijos es una forma simbólica de no morir creyendo perpetuarse en ellos. Quizá las personas de escasos recursos económicos son más proclives a tener familiar numerosas porque excluidos de todo, los hijos son lo único que tienen realmente suyo.

La conclusión es clara. El deber de planificar establecido en las Farc no es más que un ejercicio consecuente de una “ma-paternidad” responsable y no por una política de violencia de género, como de manera malintencionada pretende mostrarse. En las Farc el aborto es la excepción y no la regla. (Carta prisioneras políticas, marzo 2016)

Cabe anotar que en Colombia, mediante sentencia C-355 de 2006, la Corte Constitucional legalizó la interrupción voluntaria del embarazo (IVE) solo en tres circunstancias: cuando el embarazo pone en peligro la salud física o mental de la mujer, o su vida; cuando el embarazo es resultado de una violación o de incesto; y cuando hay malformaciones del feto que son incompatibles con la vida por fuera del útero. Por fuera de estas tres condiciones, el aborto es un delito que puede acarrear entre dos y cinco años de privación de la libertad.

Si bien la sentencia de la Corte fue un paso importante en la lucha por garantizar los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, cada año las cifras de mujeres que mueren por abortos mal practicados son considerables<sup>127</sup>, en un contexto donde los programas de educación sexual y planificación familiar son insuficientes y no hay garantías para que las mujeres decidan sobre sus cuerpos y sobre la cantidad de hijos que pueden/quieren tener.

En las FARC-EP, el aborto es presentado como una manifestación del derecho de las mujeres a decidir sobre sus cuerpos, derecho que no es garantizado por el Estado colombiano. Algunas guerrilleras reconocen que pueden haberse presentado casos en que se practicó un aborto sin que la mujer embarazada lo deseara, sin embargo los discursos de la Organización coinciden en afirmar que no es ésa la política.

En la guerrilla, la práctica del aborto se ha ido despojando de su carga de moral religiosa. El hecho que por las circunstancias particulares expuestas, sea una necesidad extrema, no significa que lo consideremos deseable, banal o trivial. (Mujer Fariana, septiembre 28 de 2014)

Tenemos el convencimiento que las mujeres tienen el derecho a disponer de sus cuerpos y decidir por ellas mismas sobre su maternidad, pero también sabemos que más allá de los deseos, están las duras circunstancias y los peligros propios de una vida de rebelde... en este sentido, nos despojamos de la carga moral-religiosa y practicamos el aborto, en medio de la selva, como el recurso último de la combatiente para seguir dueña de su destino... (Mujer Fariana, enero 31 de 2015)

Los derechos de que disfrutaban las guerrilleras atendiendo a su condición específica de mujeres, hacen expreso reconocimiento a su autonomía para decidir libremente sobre su propio cuerpo, conquista irrenunciable del movimiento feminista y de liberación de las mujeres tras enconadas luchas a lo largo de la historia patria contra los más reaccionarios sectores de la sociedad patriarcal y machista colombiana. No puede ser de otra manera tratándose de mujeres libres, conscientes, comprometidas con una causa de transformación y lucha social, es decir, mujeres revolucionarias. (Mujer Fariana, agosto 28 de 2015)

---

<sup>127</sup> Según datos del informe de 2011 realizado por el Guttmacher Institute de Nueva York, se estima que en 2008 en Colombia ocurrieron 400.412 abortos inducidos (de los cuales el 99.92% fueron clandestinos) y 911.897 embarazos no deseados, cifras superiores al promedio de América Latina y el Caribe. El total de abortos anuales corresponde al 44% del total de los embarazos no deseados, de los cuales un tercio termina en complicaciones que requieren atención médica, siendo las mujeres pobres de zonas rurales las más afectadas, con una tasa de complicaciones de 53%, de las que la mitad no recibe tratamiento médico (Guttmacher Institute, 2011).

Si hay embarazo, es porque no se han respetado las normas sobre planificación, o porque esta no ha funcionado. Entonces, el comandante de la unidad y la guerrillera o la pareja analizan la situación. Pesa mucho la disciplina: ¿Fue por descuido? ¿No funcionó la planificación? ¿La pareja quiso? Luego se toma una decisión conjunta, ¿hay condiciones médicas para interrumpir el embarazo o para dar a luz? ¿Condiciones militares? La decisión se toma en función del deseo de la interesada, pero también se tiene que tomar en cuenta la situación militar, las condiciones médicas, la situación de las familias y que ese incumplimiento en las normas de planificación familiar no ponga en peligro al resto de unidades guerrilleras. (Semana Voz, noviembre 27 de 2015)

Como se aborda más adelante, Sara, Carmenza y Andrea tuvieron un hijo siendo guerrilleras. En los tres casos, los métodos anticonceptivos fallaron. Andrea quería interrumpir el embarazo pero no se lo permitieron porque podría en riesgo su vida por la etapa avanzada en la que lo diagnosticaron. Sara y Carmenza, junto a sus parejas, quisieron continuar con su embarazo y les fue permitido.

### *Maternidad*

Los relatos de las organizaciones insurgentes reconocen que en muchos casos, por decisión propia o por la imposibilidad de interrumpir el embarazo, la reproducción se ha dado. En la historia que se cuenta sobre la participación de las mujeres en las FARC-EP, este punto está presente desde el inicio:

Innumerables fueron las dificultades que en esa época [surgimiento de las FARC-EP] enfrentaron las mujeres: guerrilleras y civiles. Tenían sus esposos, no había ni sabían de la planificación familiar, así que en medio del trasegar de la guerra llegaban los hijos, uno, dos, tres y hasta más, y claro, *tenían la misma disyuntiva de hoy: o los dejaban con familiares y amigos para continuar en la lucha, o se iban a criarlos.* (Mujer Fariana, mayo 24 de 2014; énfasis agregado).

Este fragmento hace alusión a una marca de género que, como su autora lo señala, ha permanecido en el tiempo, desde los orígenes de la organización guerrillera hasta la actualidad. Esta marca tiene que ver con las implicaciones del rol materno (basado en la reproducción) para las mujeres que participan de la lucha armada, que lleva consigo una serie de coerciones sobre su militancia, inexistentes la mayoría de veces para los hombres, para quienes también se pone en juego ser o no ser padres pero sin que el cuerpo ocupe un papel tan determinante. Como en el caso de Paola, que se sumó a las FARC-EP teniendo un hijo, o en los casos de Sara, Andrea y Carmenza, cuyos hijos nacieron en un contexto guerrillero, las opciones parecen restringirse a dejarlos con un tercero o encargarse ellas mismas del cuidado pero renunciar a su vida política y militante.

La reproducción biológica aparece como incompatible con la lucha armada básicamente por dos cosas: por la imposibilidad de tener a los hijos e hijas cerca y por la persecución que el Estado desencadena contra ellos para llegar hasta sus madres y/o padres o amedrentarlos. Varios documentos oficiales se refieren al respecto:

En la guerra no es posible criar hijos por dos causas fundamentales: una, no podemos traer hijos a este mundo si no podemos criarlos porque estamos trabajando para conseguir una sociedad más justa para hombres y mujeres, y no nos queda ni tiempo ni forma de hacerlo. Eso es parte del sacrificio que debemos hacer, si dejáramos a nuestros hijos con las familias o amigos, el Ejército y los diversos organismos de seguridad los perseguirían, de hecho, hay varios casos en los que han asesinado o utilizado a hijos de combatientes para llegar hasta sus padres, como es el caso de la hija de Lucero y Simón Trinidad<sup>128</sup> por citar un ejemplo. (Gara, marzo 4 de 2013)

Es preciso recordar que una mujer embarazada necesita cuidados básicos que no son compatibles con la vida en una guerrilla móvil, donde cada combatiente debe moverse diariamente, cargar equipos pesados, entrenamientos exigentes y sortear operativos del enemigo; donde se puede sufrir ataques o bombardeos en cualquier momento y donde no siempre se tiene a mano los medicamentos y el personal profesional de la salud necesarios. Se debe pensar, además, en el futuro del niño o de la niña que nacerá de padres guerrilleros, cuyas familias suelen ser perseguidas por el Estado. [...] es conocido que numerosos hijos e hijas de guerrilleras y guerrilleros fueron arrancados de los brazos de sus abuelas o parientes para ser entregados al Bienestar Familiar, instituto que se ha prestado de diversas formas a la utilización de los menores en la guerra, en muchos casos entregándolos al ejército o usando la información de su parentesco para infiltrar y golpear a la insurgencia en acciones de guerra sucia. (Mujer Fariana, septiembre 28 de 2014)

En repetidas ocasiones, han circulado de manera restringida las denuncias sobre robos de bebés de guerrilleras, facilitados por la actuación del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), con características similares (pese a todas las diferencias de contexto) a las prácticas de apropiación de niños por parte de las dictaduras cívico-militares del Cono Sur. Victoria Sandino, afirma en una entrevista para GARA, periódico de Euskal Herria:

La primera situación es que Andrea [guerrillera de las FARC-EP] no podía cuidar ni ir a por su bebé, porque se exponía a ser capturada. Y al ser capturada, se exponía a tortura, desaparición o a ser asesinada. Así que autorizó su entrega a una amiga suya de la infancia; pero el Ejército estaba custodiando el lugar y vigilando el acceso al bebé y no dejó que se lo entregaran a la reclamante. Luego el padrastro insistió en que se lo entregaran pero no lo logró, con el argumento de que el padrastro no podía demostrar parentesco de consanguinidad.

Por supuesto que hay una actuación incorrecta por parte del hospital, porque permitió que fuera el Ejército quien retirara a la criatura. (Gara, agosto 13 de 2015)

---

<sup>128</sup> Por medio de la hija de Simón Trinidad –comandante de las FARC-EP, integrante del Estado Mayor Central, actualmente recluso en una prisión de máxima seguridad de Estados Unidos, condenado a 60 años– y Lucero Palmera, la inteligencia colombiana intentó muchas veces llegar hasta ellos. El 19 de septiembre de 2010, la niña y su madre, Lucero Palmera, fueron asesinadas en el bombardeo que efectuó el Estado colombiano contra el Frente 48 de dicha organización insurgente en el departamento de Putumayo, en el que murieron cerca de 60 guerrilleros.

Además de los argumentos esbozados para no ser madre, se reconoce como una posición válida para las mujeres no desear serlo, como sucedió con Patricia. Los relatos públicos de Candelaria Viva y Natalie Mistral, guerrilleras de las FARC-EP, afirman en similar sentido:

Pero también están las mujeres que han decidido no ser madres porque no quieren traer bebés a esta sociedad capitalista que no les ofrece más que sufrimiento o simplemente porque no es cierto que toda mujer quiera ser madre. Ese también es un derecho que tenemos como mujeres guerrilleras. (Mujer Fariana, marzo 10 de 2014)

Desde los primeros días de mi ingreso, he estado sorprendida del gran número de madres en las filas guerrilleras. Habiendo hecho conmigo misma el compromiso moral de no embarazarme –pues mi elección de la vida guerrillera no me parece compatible con la maternidad, ya que, de tener hijos, no concebiría estar lejos de ellos y no estoy lista para renunciar a la lucha– me di cuenta rápidamente que estas camaradas habían conciliado las dos cosas para mi irreconciliables: ser madre y ser guerrillera ¡Pero a qué precio! (Mujer Fariana, septiembre 13 de 2015)

Como se muestra en estos relatos, el autocontrol sobre el cuerpo para evitar la reproducción constituye parte del sacrificio de las guerrilleras, en correspondencia con el compromiso y los valores del mundo guerrillero –analizados en el capítulo anterior–, atravesado por una jerarquía moral en cuya cúspide está la lucha, imponiéndose sobre la maternidad y también sobre las relaciones de pareja.

En su relato, Patricia expresa que decidió conscientemente no ser madre y se mantuvo consecuente con tal decisión, principalmente por las condiciones sociales del país:

No cumplí con mi “destino” y no lamento no haber tenido hijos. Ha sido una de mis decisiones más sensatas. Quizás si estuviera en un país socialista, que garantiza el mínimo vital a un pueblo, mi opción hubiera sido distinta. Me entristecen las personas que se ven obligadas a aceptar cualquier empleo y tienen que inhibirse de luchar por sus derechos por temor a ser despedidas y no poder cumplir con la obligación de sostener a sus hijos. Triste pasar la vida haciendo lo que no se quiere. ¡Triste la vida que solo puede ocuparse en conseguir los medios de supervivencia! (Entrevista Patricia, marzo 2015).

Aunque, como se ha dicho, la maternidad no se incentiva ni forma parte de las prioridades del proyecto revolucionario, los casos de cuatro de mis cinco interlocutoras de campo, dan cuenta de las diferentes condiciones en que una guerrillera puede llegar a ejercer su maternidad.

Sara quería ser mamá pero no lo había planeado. Después de romper una relación en la nueva unidad que se había conformado, tuvo algunos encuentros con otro de sus compañeros y quedó embarazada. Aunque conocía la política de la Organización sobre los embarazos decidió, junto a su pareja, tener a su hijo y defendió su decisión para que fuera respetada.

A pesar de que hay normas en las FARC sobre los embarazos, yo siempre me sostuve en mi decisión y prácticamente la puse por encima de todo para tener a mi hijo, y con mi familia poco tenía comunicación pero ellos sabían que yo estaba embarazada. Bueno, me llegó la hora de tener a mi hijo, que nació en el año 2003, pero la vida me hizo una mala jugada. Creo que ahora sí me voy a poner sentimental y mucho...

Ese día tuve un hermoso bebé y me sentía muy feliz de tener a mi hijo. A los 15 días de haber tenido a mi cachorro pasó algo inesperado: los paramilitares mataron a mi papá y a mi hermano lo desaparecieron. Créame que no sabía qué hacer, no podía estar con mi madre y si en esos momentos me hubiera aparecido donde ella no sé qué hubiera pasado. No había un comandante cercano para decirle lo que estaba pasando. Con dolor y todo tenía que llevar todo con calma, pero son cosas de las cuales uno queda marcado y son cosas que no se superan. Eso me dio más fuerza para continuar en las FARC.

Después de que todo pasó decidí tener a mi hijo solo 45 días. No me sentía en condiciones de estar con él. Para mí era muy duro separarme y dejarlo tan bebecito pero era lo mejor, además mi hermana quería llevárselo. Yo sabía que con él estaría bien, muchos se preguntan por qué una guerrillera es tan mala o sin sentimientos para dejar un hijo, pero no es eso. Hay *deberes* [de nuevo el compromiso] en los cuales uno debe de dejar lo que más quiere para dar un desenlace mejor, y yo estaba dispuesta a todo y era y soy consciente de mis cosas y aun estando hoy en estas condiciones ni siquiera mi hijo, ni la muerte de mi padre, ni la desaparición de mi hermano y la soledad de mi madre [las pruebas límites del compromiso] me han hecho desistir de seguir adelante. (Carta Sara, noviembre 2014; énfasis agregado)

Carmenza evita hablar de su hijo y de su familia porque ambos temas representan su “talón de Aquiles”. Al respecto afirma en una de sus cartas:

Ellos [su hijo y el resto de su familia] sufren al saber que estoy en este lugar [la prisión], pensaban que todo era locura de infancia. Cuando nació el niño, fue el comienzo del paramilitarismo en la región donde me encontraba. Ubiqué el niño en un sitio seguro, y con más ánimo empuñé mi fusil. Pienso que unos buenos padres deben buscar el bienestar de los hijos y de las nuevas generaciones. Espero que él entienda la necesidad de la lucha armada, y no sienta *vergüenza* por mi decisión sino, por el contrario, se sienta *orgulloso* por saber que su madre se negó a ser una mujer tradicional, por una noble causa. (Carta Carmenza, abril 2015; énfasis agregado)

Al preguntarle cómo asumió estar lejos de su hijo, afirma que era algo “normal, ya que hay madres que deben dejar a sus hijos para poder trabajar y sostener a su familia”.

Andrea también describe a su hijo como su “talón de Aquiles”, y expresa que no le gusta hablar de él porque, como “cualquier ser humano”, ella piensa, quiere, extraña, llora, sueña y siente. Tenía una relación de pareja con un guerrillero de la misma unidad, su “socio”. Ella planificaba con el método de la pila, no quería ser madre porque no se sentía preparada para ello, pues sabía que debería dejar a su hijo y eso la hacía pensar que era mejor no ser madre. Después de un año y medio de relación, pidió al médico de la unidad que la examinara porque sentía mareos y



nauseas, ante lo que él afirmó que podría ser paludismo, sin embargo le entregó una prueba casera de embarazo. El resultado no fue claro, así que utilizó otra, confiada de que no era posible. La segunda prueba confirmó el embarazo.

El médico mando a llamar al comandante y a mi compañero y les dio la noticia. Yo manifesté que quería abortar pero el médico dijo que era riesgoso porque tenía tres meses. Lo hablamos con mi compañero y a los dos nos dio mucho miedo abortar por lo que había dicho el médico. Hablamos con el comandante y él dijo que nos apoyaba en la decisión que tomáramos, así que después pensarlo bastante decidimos tener a nuestro hijo. (Entrevista Andrea, junio 2015)

Andrea siguió desarrollando sus tareas, con un embarazo que transcurrió con un buen estado de salud. Cuando tenía cinco meses sentía que su rendimiento disminuía, pero la unidad estaba en plena marcha y eso dificultaba que pudiera salir para pasar los meses de embarazo que le quedaban por fuera. Pasaron dos meses hasta que el comandante le dijo que debía aprovechar que el “panorama estaba más tranquilo” y que la unidad había detenido su marcha para irse, y que regresara cuando lo considerara conveniente.

Andrea se fue a la casa de la familia de su compañero, donde nació su hijo. Estuvo con él siete meses, momento en que decidió regresar con su unidad guerrillera “antes de que la separación fuera más dura”.

Sobre su hijo, afirma que lo lleva en el corazón, que lo ama más que a su vida.

Solo quiero que cuando él sea grande pueda decir “mi madre luchó por algo justo, hoy somos libres”, que él se sienta *orgulloso* de mí y que luche por lo que quiera ser sin dejar que nada ni nadie lo doblegue. (Entrevista Andrea, junio 2015)

Los hijos representan el punto débil de las interlocutoras de campo, porque forman parte de sus afectos más profundos y al mismo tiempo del sacrificio de su elección de ser guerrilleras. En sus testimonios no se perciben sentimientos de culpa por no estar con ellos o por haberlos “abandonado”, lo que no significa que no los extrañen<sup>129</sup>. Las madres de estos relatos coinciden en que quisieran haber acompañado de cerca el crecimiento de sus hijos, disfrutarlos, pero si no lo hacían era porque estaban luchando por su bienestar, porque en algún momento ellos pudieran “vivir en una sociedad mejor”. Esperan que sus hijos sepan entenderlo así y que compartan sus ideales y lucha.

Las categorías de vergüenza, honor y orgullo –examinadas en el capítulo anterior– aparecen de nuevo en los relatos de Sara, Andrea y Carmenza, esta vez para mostrar la forma en que desde las mismas configuran su sentido de la maternidad.

---

<sup>129</sup> Las palabras de María Eugenia Vásquez sobre su propia experiencia afirman al respecto: “Renunciaba por segunda vez a ser mamá. Dejaba en manos de otros la vida de mis muchachos, confiada en que habría un tiempo para estar juntos en mejores condiciones. El oficio de la guerra no era compatible con el de la maternidad. Una vez más, mi vida personal quedaba relegada por la misión de soldado, pero lo hacía sin remordimientos; con pena pero sin remordimientos” (Vásquez, 2000:392)

Esto rompe con aquella idea naturalizada de la maternidad y el instinto materno, en contravía de lo planteado por Blair y Londoño cuando afirman que los sentimientos que embargan a las mujeres que han sido combatientes son la culpa y el dolor derivados de haber transgredido los patrones social y culturalmente aceptados de lo femenino al negar su rol como

mujeres-madres en la renuncia a su maternidad; al no cumplir el papel tradicional de madres por haber tenido los hijos en su periodo de lucha armada, y, de una manera particular, al participar en acciones violentas socialmente vistas como antinaturales en las mujeres, como ejercer la crueldad y matar, cuando ellas han de ser “dadoras” de vida. (Blair y Londoño, 2003:112).

En el mismo sentido, Londoño, a partir de las entrevistas a excombatientes, sostiene que

ninguna desearía para sus hijos una vida igual a la suya y muchas se sienten culpables de las experiencias vividas por ellos en sus años de guerra o de los riesgos –no calculados entonces– que esto tuvo para sus vidas. Ello evidencia al narrarlo otro aplazamiento vivido por las mujeres: el de una maternidad “normal”, que no podían vivir mientras la guerra fuera el escenario de su cotidianidad y el lugar de su práctica como madres-guerreras (Londoño, 2012)

Las palabras de Bourdieu, retomadas por Scott, pareciesen una interpelación directa a estas autoras al afirmar que la división del mundo, al estar basada en referencias a “las diferencias biológicas y sobre todo a las que se refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción” (Bourdieu, 1980:366; en: Scott, 1986), se presenta como la mejor fundada de las ilusiones colectivas. Al respecto Godelier, también citado por Scott, plantea que

No es la sexualidad lo que obsesiona a la sociedad, sino la sociedad la que obsesiona la sexualidad del cuerpo. Las diferencias relativas al sexo entre los cuerpos son evocadas continuamente como testimonios de relaciones y fenómenos sociales que nada tienen que ver con la sexualidad, y no sólo como testimonio de, sino también como testimonio para; en otras palabras, como legitimación. (Godelier, 1981:17; en: *Ibídem*)

Esto pone sobre la mesa el carácter cultural de la maternidad como construcción social, lo que, ratificado en las experiencias de vida de mis interlocutoras, devela el carácter mítico del instinto maternal<sup>130</sup>, que constituye una expresión de dominación sobre la mujer dotada de gran fuerza social, pero que es solo una ficción.

En el mismo sentido, se evidencian las múltiples formas de vivir la guerra y de ser mujer en la misma, exaltando una vez más lo importante de no caer en generalizaciones que anulen la existencia de dichas diferencias. Entre las

---

<sup>130</sup> Uno de los aportes teóricos más importantes sobre este tema está consignado en el libro *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal, Siglos XVII al XX*, escrito por Elisabeth Badinter en 1989. Ver también el estudio de Norma Ferro *El instinto maternal o la necesidad de un mito*, 1991.

combatientes también existen mujeres que, como Patricia, deciden no ser madres y no sienten culpa por eso; ellas sí que han sido invisibilizadas por los estudios de la academia en Colombia interesados en deslegitimar a las organizaciones insurgentes más que en comprender sus percepciones sobre el mundo.

### **¿Violencia sexual como arma de guerra?**

Junto a los temas de la planificación, el aborto y la maternidad, aparece también en la retórica sobre las organizaciones insurgentes acusaciones de abusos sexuales hacia las guerrilleras por parte de los comandantes y otros guerrilleros. Erika Cortés<sup>131</sup> afirma que la “institución militar es un ambiente masculinizado”, donde las mujeres pueden ser “ultrafeminizadas” siendo víctimas de abusos sexuales por parte de “combatientes de rangos más altos” y con labores restringidas a la cocina y al cuidado de los enfermos (Cortés, 2014:62).

Según esta idea, las mujeres serían una suerte de esclavas sexuales. Los relatos de guerrilleras activas que encontramos al respecto, expresan una idea diferente.

Patricia sostiene que ser guerrillera representa, entre otras cosas, la posibilidad de vivir la sexualidad de manera “más libre, de sentirse amada, deseada, porque en la guerrilla nadie la va a estar espiando a ver qué hace, puede ‘machacar’ [tener relaciones sexuales] con quien quiera y no hay mayores restricciones al respecto”. Y añade que en muchos casos esto puede ser un atractivo fuerte para las mujeres que ingresan.

En los estatutos de las FARC-EP, la violación a mujeres (guerrilleras o civiles) es tipificada como un delito grave que se sanciona convocando Consejo Revolucionario de Guerra (Mujer Fariana, agosto 28 de 2015), que puede decretar como castigo la pena de muerte.

Al respecto la Delegación de Paz de las FARC-EP expresa en un comunicado público:

En las FARC-EP, el maltrato en todas sus formas es severamente castigado; la violencia sexual es tipificada como delito grave y tratada como tal. No obstante la normatividad existente y teniendo en cuenta el origen sociocultural de nuestra militancia, reconocemos que aún persisten prejuicios y algunas actitudes patriarcales que se expresan de forma sutil, indirecta o subjetiva, como en el resto de la sociedad colombiana, pero con la diferencia de que nuestros principios nos obligan y permiten combatirlos, con la promoción de los valores revolucionarios y culturales de respeto e igualdad, y específicamente dignificando el papel de las mujeres en nuestra organización y en la sociedad.

[...]Por principio, rechazamos rotundamente golpear a las mujeres, utilizar la violencia sexual como arma de guerra, o como instrumento de presión, de represalia, de venganza o humillación, las cuales no son y nunca han sido

---

<sup>131</sup> Aunque la investigación se refiere a las organizaciones paramilitares, la autora hace varias generalizaciones donde alude a todos “los grupos armados”, es decir también Ejército y guerrillas.

prácticas de las FARC-EP, como tampoco aquellas asociadas a la violación y abuso de sus cuerpos, la trata y la esclavitud. (Mujer Fariana, septiembre 7 de 2014).

En relación con la violencia sexual, cabe mencionar que una de las particularidades de género que presenta el conflicto político, social y armado, tiene que ver con las violencias sobre los cuerpos de las mujeres, que usualmente toma la forma de violencia sexual. En la retórica institucional sobre conflicto y violencia sexual es común encontrar alusiones recurrentes a la guerrilla, a los paramilitares en menor medida y a la Fuerza Pública casi nada.

No quisiera terminar este aparte sin referirme brevemente a un tema del que muy pocos hablan, que también tiene que ver con el conflicto político, social y armado y con lo mencionado en el capítulo sobre guerra simbólica acerca de la pérdida de soberanía asociada a los imaginarios sobre la insurgencia. Como parte del informe presentado por la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, en su ensayo sobre la injerencia de Estados Unidos en la estrategia contrainsurgente aplicada en Colombia, el historiador Renán Vega Cantor califica como “imperialismo sexual” a la impunidad de la que gozan funcionarios de Estados Unidos –gracias a los acuerdos bilaterales y a la inmunidad diplomática– respecto a la violencia sexual que ejercen contra mujeres civiles de los territorios aledaños a las bases donde hacen presencia y especialmente contra guerrilleras.

Vega menciona el caso de Melgar y Girardot (municipios donde existen bases militares estadounidenses), donde 53 menores de edad fueron abusadas sexualmente por mercenarios estadounidenses, quienes filmaron y vendieron los videos como material pornográfico. Igualmente retoma el relato de un oficial de inteligencia de marina, quien confesó “Yo infiltré a una pelada [en la guerrilla] con un GPS así de grande (apuntando al mouse de un computador) en su vagina” (Citado en Vega, 2015:746).

Como lo expresa Cynthia Enloe, una base militar no es solo una instalación de bombarderos, combatientes y transbordadores. Lo que usualmente se deriva de su presencia es la satisfacción de las necesidades –entre ellas las sexuales– de los soldados a costa de las comunidades y sus recursos. (Enloe, 1993:240)

Lo anterior permite pensar que el tema de la violencia sexual contra las mujeres en general en un contexto de guerra, y específicamente contra las mujeres guerrilleras<sup>132</sup>, no ha sido abordado en todas sus dimensiones por la retórica sobre la insurgencia, omitiendo aristas fundamentales para un análisis integral.

---

<sup>132</sup> Una consigna utilizada por grupos paramilitares en sus entrenamientos dice: “sube, sube guerrillero, en la cima yo te espero, con granadas y mortero, y de baja te daremos, a tus hijas violaremos y después las mataremos”. (Observatorio de Desarme, Desmovilización y Reinserción de la Universidad Nacional, citado: en Eln-voces, noviembre 23 de 2015).

## Controlar las emociones

La supresión de las emociones es otro de los puntos que construye la retórica sobre las organizaciones insurgentes, que afectaría principalmente a las mujeres.

El dolor, la tristeza, la compasión, la ternura, la debilidad, el miedo, no resultan buena compañía para los guerreros y guerreras. *No llorar la muerte de sus compañeros*, no mirar la cara del soldado muerto en combate, no dar señales de debilidad física son [...] estrategias encaminadas a amordazar determinadas emociones en aras de construir la imagen del guerrero (Blair y Londoño, 2003:110; énfasis agregado).

Si bien Blair y Londoño tienen razón cuando afirman que el objetivo es construir “la imagen del guerrero”, se equivocan al afirmar que esto implica una supresión de emociones como la tristeza, la compasión, el miedo. En un contexto de guerra el miedo siempre está<sup>133</sup>, pero efectivamente no es una buena compañía para los guerreros y guerreras, no tanto porque implique una “masculinización” sino porque no corresponde al ethos guerrero, ya que cuando el miedo adquiere altos niveles la pelea se torna mucho más difícil. Las palabras de Sara parecieran un diálogo directo con Blair y Londoño:

Los muertos sí se lloran y nos duelen, pero sabemos que más importante que llorarlos es dignificar su memoria, hacer que estén presentes en nuestro accionar cotidiano, recordando que esta lucha también ha sido de los miles de hombres y mujeres que han perdido la vida en ella. Esto es lo que permite mantener la moral de la tropa en alto, que es lo más importante para poder seguir. Imagínate que nos quedáramos llorando todo el día! Es mejor transformar los sentimientos de dolor y rabia en más fuerzas para seguir adelante. (Carta Sara, septiembre 2014).

En el libro que escribió Jorge Enrique Botero sobre Alexandra Nariño, ella dice sobre este tema que “los muertos de la guerra se lloran un instante y se recuerdan en cada nuevo combate” (Botero, 2011:86).

Y en similar sentido se presenta el relato de las organizaciones insurgentes cuando afirman en sus documentos públicos:

A uno *le duele* la muerte de cualquier guerrillero, porque uno sabe que aún sin conocerlo, es un hermano de lucha que ha sufrido del mismo modo o quizás más que nosotros esta guerra. Pero *le duele más cuando son guerrilleros que han compartido años al lado de uno*. Pero también tenemos claro que una guerra, lamentablemente, se trae consigo los muertos de ambos contendores. Si fuera de otro modo, no sería guerra.

[...]Nosotros nunca nos alegramos cuando muere un soldado, porque sabemos mejor que nadie que esos soldados que mueren todos los días son campesinos, son gente pobre al igual que nosotros. Y porque ellos están de ese lado es porque los obligan a pagar servicio, o se ven en la necesidad de hacerlo para

---

<sup>133</sup> Al respecto resulta útil el relato de Rubiela: “Uno siempre siente miedo, porque al miedo no le hicieron pantalones. Uno no está solo, está con los demás compañeros y ellos le dan mucho ánimo...” (Alape, 2002:3)

ganarse un sueldo y alimentar sus familias. O están engañados. Nosotros hemos sido formados con la concepción de tenerle un profundo respeto al enemigo. Aquí, ni aun siendo prisioneros de guerra, se permite maltratar a un soldado con malas palabras. El comandante Manuel Marulanda luchó toda la vida porque no se llamara chulos a los soldados. (Mujer Fariana, noviembre 1 de 2013; énfasis agregado)<sup>134</sup>

Estos relatos muestran cómo no se trata de una “supresión” de las emociones sino de un ejercicio de racionalización de las mismas en concordancia con el ethos guerrero. Como ocurre con todas las profesiones, la “profesionalización” de una guerrillera –o lo que sería la formación de un cuadro– implica moldear el cuerpo y el espíritu, interiorizar ciertos atributos como condición necesaria al “oficio”. La guerra así lo demanda. Militares, médicos, enfermeros y demás profesionales que lidian con la muerte en su cotidianidad están obligados a controlar las emociones al respecto, de lo contrario es imposible actuar profesionalmente.

### *Amor sublime y doloroso*

Otro de los elementos recurrentes en la retórica sobre la insurgencia y el lugar de las mujeres en la misma hace referencia a las relaciones afectivas, presentadas como faltas de emociones y especialmente de demostraciones. Aunque esto tiene que ver también con las relaciones entre compañeros, usualmente se utiliza para referirse a las relaciones heterosexuales erótico-afectivas.

Al respecto, como parte del relato oficial, plantea Raúl Urrego, integrante de la Delegación de Paz de las FARC-EP:

“No hay espacio para el amor”, es una afirmación consignada en el análisis de alguien en otro medio, esto para remarcar soterradamente en la psiquis del lector(a), que las experiencias sentimentales y afectivas carecen de espacios en nuestro círculo. Quiero decirle a quienes afirman esto, que no hay amor más puro y sincero que el que se puede llegar a sentir en la guerrilla, acá nos entregamos a nuestra relaciones de manera abierta y libre, sin intereses. Lo único que nos mueve a compartir amores con alguien, a querernos, es el saber que en medio de la dureza de nuestras jornadas tenemos a alguien que nos acompaña y se preocupa por nosotros, eso no está prohibido. (Mujer Fariana, diciembre 10 de 2015).

Sobre las relaciones erótico-afectivas en la vida guerrillera, mis interlocutoras de campo afirman que no son la prioridad<sup>135</sup> y que son muy diferentes a las que se viven en la vida civil. Las diferencias que enuncian tienen que ver con la

---

<sup>134</sup> El texto de Alape contiene relatos que van en similar vía: “Le pregunto a Sonia sobre la muerte. ‘No opinaría nada. sería difícil ponerse a opinar porque uno no sabe cómo le va a llegar la muerte...’ y cuando por causa tuya le llega la muerte a otro, ¿qué opinas? ‘diría que fue un fracaso terrible porque por culpa de uno muere un compañero...’ ¿y cuando es el enemigo? ‘si uno la cuelga ellos sí lo matan a uno, ¿si me entiende? Si ellos también la cuelgan, uno los baja. Aunque sabemos que somos el mismo pueblo que estamos enfrentados. Por eso nosotros preferimos que ellos se rindan y no matarlos...’” (Alape, 2002:4)

<sup>135</sup> Esto coincide con el relato de Sonia, que sostiene que “en la guerrilla el amor es secundario, primero está la lucha, primero están las ordenes a cumplir, los materiales que hay que estudiar y el estudio para realizarse, para capacitarse y para poder aspirar a algo...” (Alape, 2002:2)

posibilidad de elegir “libremente” con quién compartir la sexualidad y con quién apostar a construir una relación estable. Cuando se establece una relación, debe ser informado ante la dirección de la unidad, espacio donde se avala formalmente y se permite, por ejemplo, compartir la “caleta”<sup>136</sup>. A partir de ahí, la pareja es reconocida entre la guerrillerada como “socios”<sup>137</sup>. Esto está relacionado con una sociabilidad afectiva endogámica, que una vez establecida entre parejas estables, se promueve como parte del disciplinamiento de los cuerpos que requiere la actividad guerrillera, trasladando la actividad política a la pareja. Carnovale plantea, como parte de su estudio sobre el PRT-ERP que

El espacio de la sexualidad y el amor no podía estar excluido de la normativización implicada en la construcción de un partido sustentado en la certeza de que serán “células fuertes, disciplinadas, homogéneas” las canteras de “millares de revolucionarios” para quienes “no hay vida” fuera de la revolución. Entonces, si no había vida fuera de la revolución, la fiesta de los cuerpos y los andares irreverentes del deseo también debían someterse a la semántica y a las razones revolucionarias. La revolución era, en definitiva, una instancia trascendental y devoradora de los cuerpos, deseos, secretos y amores. (Carnovale, 2011:267).

Sostener una relación de pareja en el tiempo suele ser complicado por los constantes movimientos y traslados propios de la actividad guerrillera. Sin embargo hay excepciones en que las parejas se mantienen juntas por años, como sucedió en el caso de Andrea, quien afirma:

En la guerrilla el amor ocupa un segundo lugar, pues uno no se casa ni nada así pero sí es libre de escoger su pareja. En mi caso, tuve una relación de 8 años con el papá de mi hijo, pero él era muy mujeriego y yo era celosa. Allá las compañeras de cierta forma se respetan los novios de las otras, pero él conseguía civiles y pues de alguna manera tuve una desilusión amorosa con él. El único tiempo que estuvimos separados en esos años fue cuando yo salí a tener a mi hijo. Además de las responsabilidades que teníamos en la unidad, creo que el comandante nos apreciaba y trataba de no trasladarnos, aunque sí nos mandaba por periodos cortos a hacer tareas a otro lado. (Entrevista Andrea, septiembre 2014).

“Sublime y doloroso”, así describe el amor guerrillero Victoria Sandino Palmera, integrante de la Delegación de Paz de las FARC-EP. En su relato sobre la historia de Juana y Esteban, dos guerrilleros que se encontraron 22 años después de haber interrumpido su relación de pareja por cuestiones “del trabajo”, Victoria Sandino describe el amor en la guerrilla como una *combinación de todas las formas de amar* [como una extensión de la teoría leninista y su propuesta de combinar todas las formas de lucha], afirmando que una promesa de reencuentro

es casi una utopía. No por falta de afectos, de amor, o de voluntad, es por la lucha misma. Porque la movilidad nos lleva a parajes muy distantes, unos de otros; los planes que nos corresponden pueden ser diferentes, y claro, también

---

<sup>136</sup> Cama artesanal que se arma en los campamentos.

<sup>137</sup> Aunque las dinámicas cotidianas de las relaciones de pareja puedan presentar vicios tradicionales, el uso de estos términos para nombrarlas podría estar enmarcado en la propuesta de las organizaciones insurgentes de construcción de una nueva sociedad.

la guerra, que nos puede arrebatarnos la vida. Tal vez por eso los amores en la guerrilla son más intensos.

Somos camaradas y sobre esa base hemos aprendido a tejer fuertes lazos de amistad, sostenida en profundos afectos, surgidos de la admiración que sentimos por muchas y muchos de nuestros compañeros. Nos queremos intensamente, como una gran familia. Somos la combinación de todas las formas de amar. (Mujer Fariana, julio 23 de 2015).

La participación de los altos mandos en la resolución de conflictos asociados a la esfera de lo “íntimo” o lo “privado” –autorizando relaciones pero también sancionando comportamientos indebidos– forma parte de las dinámicas de control y regulación, además de constituir un espacio de denuncia y apelación por tratos injustos. Hay que decir que esto no significa que en todos los casos funcione de la mejor forma, también se presentan casos de abusos de autoridad que no tienen sanción alguna, sobre todo cuando son perpetrados precisamente por altos mandos.

### **Apuntes finales**

Este capítulo dio cuenta de algunos de los aspectos con fuertes marcas de género en la vida cotidiana de las organizaciones insurgentes, que además han sido foco de atención para la retórica que circula acerca de tales organizaciones y el lugar de las mujeres en ellas.

En los sentidos y prácticas sobre la reproducción biológica, el manejo de las emociones, las relaciones erótico-afectivas y otros elementos que constituyen el proceso de disciplinamiento de los cuerpos en el marco de la confrontación, puede notarse una mezcla particular entre lo “público” y lo “privado”, donde aspectos que usualmente forman parte de una esfera considerada como íntima, son puestos sobre el campo de lo colectivo. Esto da origen a fuertes tensiones, en las que puede llegar a evidenciarse la falta de correspondencia directa que existe entre la eficacia simbólica y la eficacia material, y esto en relación con el discurso de la igualdad de las organizaciones insurgentes y las múltiples mediaciones presentes en su materialización.

Los relatos de mis interlocutoras de campo dieron cuenta de las diversas formas en que los aspectos señalados cobran sentido en su condición de combatientes y de mujeres, aportando al mismo tiempo pistas valiosas sobre el modo en que se estructura, en términos simbólicos y concretos, el mundo guerrillero.



## CONSIDERACIONES FINALES

Esta investigación se propuso analizar los sentidos que construyen sobre la militancia armada mujeres que son parte activa de estas organizaciones insurgentes, examinando la retórica que circula sobre ellas y sus motivaciones de ingreso y permanencia, desde su condición conjunta de militantes y de mujeres.

Desarrollar etnografía “bajo el fuego” (Nordstrom y Robben, 1995), significó la posibilidad de acercarme a las complejidades cotidianas y estructurales que implica la confrontación política, social y armada para las diferentes dimensiones de la vida social, de las que difícilmente logra escapar el ejercicio académico. Fue precisamente esto lo que hizo más urgente y necesario asumir el reto de lograr una comprensión en medio del distanciamiento (Elias, 1990), para lo cual la reflexividad etnográfica (Guber, 2001) me resultó bastante útil.

En este sentido, la prisión como institución total (Goffman, 1970) se me presentó como un espacio de inmensa complejidad, imposible de enmarcar en caracterizaciones dicotómicas por su estrecha relación con las dinámicas del conflicto político, social y armado que ha atravesado la historia de Colombia, en el que en análisis de las relaciones de género no puede dejarse de lado.

Las retóricas (Alexander, 2003) sobre la Fuerza Pública, las organizaciones insurgentes y las mujeres que participan en una y otra se construyen a partir de dispositivos relacionados directamente con la estructura cultural, los sentimientos y emociones colectivas que le dan forma y son formados por ésta. En la construcción de tales retóricas ocupan un lugar muy importante los medios masivos de comunicación y el texto cultural mediático (Abu-Lughod, 2005) que por ellos circula, materializado en videos, campañas, telenovelas, series televisivas, artículos de diario, cuñas radiales, etc. Quienes participan en esta construcción persiguen diferentes fines aunque lleguen a apoyar la misma causa (por ejemplo la desmovilización).

Esta retórica es fundamentalmente política y es lo que permite decidir contra quiénes debe perpetuarse la persecución y el aniquilamiento, configurando un panorama donde la violencia en su forma política, estructural, simbólica y cotidiana se cuela en todas las dimensiones de la vida social del país. La configuración de la categoría “terrorista” no es solo una idea, se traduce en prácticas, sentimientos, emociones masivas producidas en la lucha por determinar lo hegemónico, como una herramienta de violencia simbólica en manos del Estado para decretar qué es lo normal, lo aceptable, expulsar a los márgenes todo lo que no cumpla los parámetros de la normalidad creada y así asegurar el mantenimiento del orden social y simbólico, de las estructuras culturales.

Las retóricas sobre los “héroes de la patria”, los “terroristas” (y las mujeres en unos y otros) son reales aunque no siempre sean visibles. Tan reales como los chupetes, los balones o la imagen de Shakira invitando a la desmovilización. Ambas retóricas conviven e inciden en la configuración de las dinámicas de una sociedad atravesada por la guerra, creando contrastes cotidianos, como los informes de

violaciones a los derechos humanos por parte de la Fuerza Pública y las imágenes circulantes de un ejército nacional movido por el amor. Estas retóricas se han instalado en los imaginarios sociales, el uso que hacen de las emociones y los sentimientos ha sido acertado en la medida que logra una identificación de una parte importante de la población con los símbolos de producción de sentido. Como plantea Alexander,

People are not evil, but they are made to be. Scandals are not born from the facts but constructed out of them, so that we can purify ourselves. We do not mourn mass murder unless we have already identified with the victims, and this only happens once in a while, when the symbols are aligned in the right way (Alexander, 2003:4).

Efectivamente, aquel uso de las emociones colectivas en las retóricas mencionadas ha logrado a menudo que los símbolos se alineen en el camino correcto.

En medio de la confrontación simbólica y cultural, se ha construido en Colombia una imagen específica de las mujeres guerrilleras, que las asocia a la victimización, al estereotipo de mala madre o madre frustrada, de masculinización. Esto en contraposición a la imagen de las mujeres en la Fuerza Pública, quienes supuestamente lograrían conservar su feminidad aunque actúen en contextos masculinizados, y ello sería el elemento que marca la distinción con el enemigo, es decir la insurgencia y las mujeres que la integran.

La desmovilización se presenta entonces como un imperativo moral más que como una cuestión política –y en el caso de las mujeres guerrilleras como una posibilidad de regreso a la feminidad–, a través de campañas que no discuten directamente la política sino que buscan generar impacto emotivo apelando a la familia, a sus valores y al significado que la población en general le da a estos, como elementos definitorios de la humanidad. El humanitarismo, como mezcla de razón y emoción, es una herramienta importante para tales propósitos, en cuanto permite que los intereses políticos del Estado que atraviesan la confrontación –y la consecuente motivación a la desmovilización– se puedan desarrollar de forma legítima y amigable.

Como plantean Keally McBride y Annick Wibben en su análisis sobre el lugar del género en la justificación de la invasión a Afganistán por parte de Estados Unidos, las doctrinas de contrainsurgencia también hacen uso del género en su intención de presentar las intervenciones militares como humanitarias, progresistas y necesarias para promover los derechos humanos; y esto no solo tiene consecuencias retóricas sino también (y sobre todo) prácticas (McBride y Wibben, 2012).

Tanto en la Fuerza Pública como en las organizaciones insurgentes, en relación con su condición militar, valores ético-morales como el orgullo, el honor, el sacrificio, el dar la vida, son componentes –aunque adquieran formas diferentes– fundamentales del compromiso con la tarea de defender la patria. Sin embargo, en la retórica sobre unos y otros, la valoración positiva se atribuye a la Fuerza Pública, lo que se explica, entre otras cosas, por la eficacia de los dispositivos culturales

manejados –y el lugar de lo sagrado en ellos– y la diferencia en el acceso a la construcción y difusión de los mismos.

Las trayectorias biográficas y carreras militantes de mujeres que se reivindican a sí mismas como guerrilleras, discuten abiertamente con gran parte de aquella retórica que pesa sobre ellas y sobre las organizaciones de las que forman parte, evidenciando la racionalidad presente en el gran campo de mediaciones que explica su vocación por la lucha armada y su compromiso por una causa que supone poner en juego la propia vida.

No existe una única razón para desear y llegar a ser parte de una organización insurgente ni un único tipo de persona que se vincule, aunque pueda haber características que predominen. Ni las FARC-EP ni el ELN existen como grupo inmutable; su mantenimiento en el tiempo se da a través de un inmenso esfuerzo continuado de creación y recreación de la identificación colectiva, en medio de la negociación permanente entre lo individual y lo colectivo que permite su construcción afectiva y estratégica (Manzano, 2015).

El compromiso político es un proceso, más que un logro. Entre el deseo de ser parte de una organización insurgente –que no surge necesariamente por adhesión ideológica– y la conversión en guerrillera, no hay una correspondencia automática ni instantánea, por el contrario es un proceso que toma tiempo y que depende de múltiples factores. El ingreso, como primer paso en tal proceso, se da según los contactos que se tengan y el conocimiento previo de la aspirante por parte de las organizaciones. Por lo general, ingresar representa una transición en la que el núcleo familiar es remplazado por un nuevo mundo de relaciones sociales en el que se construyen lazos de unión basados en la camaradería, la solidaridad, el afecto.

El proceso de conversión en guerrillera se inicia con ritos de pasaje (Turner, 1997; van Gennep, 2008) de naturaleza militar y política que tienen como objetivo adaptar los nuevos cuerpos y espíritus al mundo guerrillero, disciplinarlos para consolidar el *ethos* guerrero (Elias, 1994; Castellanos, 2011). Así se forma un cuadro guerrillero, a través de la interiorización de un mundo de valores ético-morales donde el honor, el compromiso (Peristiany, 1966; Pitt-Rivers, 1979), el desinterés (Bourdieu, 1997; Wilkis, 2008; Pudal, 2011) y la disposición a *dar la vida por la causa* (Carnovale, 2011) se ubican en el centro de la vida guerrillera y deben ser puestos a prueba recurrentemente.

Además de las grandes pruebas de la vida guerrillera –el combate, la muerte, la prisión–, para las mujeres existen algunas dimensiones de la vida cotidiana, con una evidente marca de género, en las que se ponen a prueba dichos valores ético-morales y el disciplinamiento, siendo también campos de tensión. Esto tiene que ver, entre otras cosas, con lo asociado a la reproducción biológica, las emociones y las relaciones erótico-afectivas.

Entendiendo el género como un dispositivo de poder (Scott, 2008), estas dimensiones de la vida de las mujeres guerrilleras permiten entender la forma en que se estructura la percepción y la organización, concreta y simbólica, del mundo

guerrillero. Esto tiene que ver también con la construcción de un relato histórico – que cumple una función cohesionadora– en el que las mujeres son protagonistas de los movimientos insurgentes.

Tal relato –que circula de arriba hacia abajo– ha ido incorporando reivindicaciones propias de género, reconociendo la existencia de “vicios patriarcales” en las organizaciones, que aparecen como una preocupación en el discurso oficial de las organizaciones, en la voz de quienes tienen mayor jerarquía. Los relatos cumplen, entre otras cosas, la función de mostrar la vigencia de las organizaciones insurgentes, combatiendo el señalamiento que las tilda de expresiones arcaicas (Beltrán, 2015).

Estos vicios se expresan, por ejemplo, en que a las mujeres les resulte más difícil, tanto en términos objetivos como subjetivos, asumir lugares de mando en la jerarquía guerrillera, en la que la destreza militar parece ubicarse en la cúspide de la jerarquía moral. Este aspecto es quizá el mayor argumento de quienes sostienen que para las mujeres, ser combatientes implica un proceso de “masculinización”. Desde un análisis diferente, puede sostenerse que las condiciones propias de la guerra hacen de las competencias militares una virtud a la que deben hacerse hombres y mujeres, lo que no guarda correlación directa con aquel supuesto proceso de masculinización.

Lo anterior tiene que ver con un rasgo importante de las sociedades guerrilleras, y es la ausencia de una división sexual del trabajo. Al no haber tareas claramente diferenciadas por sexos y al no dar un lugar central a la reproducción biológica, las dinámicas de género tienden a reconfigurarse. Esto evidencia lo errado de pensar en forma apriorística que la guerra es inherentemente masculina y que las mujeres que participan de la misma presentan un desvío de su condición, inherentemente femenina.

La planificación, el aborto y la maternidad –como partes del lugar de la reproducción en las organizaciones insurgentes– son un foco de tensión en el que la juridicidad y la moral guerrillera presentan fuertes fisuras.

La reproducción biológica aparece como incompatible con la lucha armada por las condiciones en que la misma se libra. Por ello, la planificación y la interrupción del embarazo resultan mecanismos legítimos para evitar la reproducción, lo que no quiere decir que funcionen en todos los casos.

Estos mecanismos recaen especialmente sobre el cuerpo de las mujeres, configurando una particularidad del sacrificio como guerreras, en el que también adquieren matices particulares los valores del orgullo, la vergüenza y el honor, en el marco de una jerarquía en cuya cúspide se encuentra el compromiso con la lucha.

Lo anterior pone sobre la mesa el carácter cultural de la maternidad y la condición mítica del instinto maternal (Badinter, 1980; Ferro, 1991), resaltando su naturaleza social y evidenciando las múltiples formas en que las mujeres pueden vivir la guerra y sus dimensiones más íntimas.

Finalmente, vale resaltar que el ámbito de la guerra tiene particularidades que no pueden borrarse de tajo, pues son las que lo constituyen. Una de esas particularidades, es la reconfiguración de los roles de género, de lo que en las organizaciones insurgentes pasa a significar ser hombre y ser mujer, así como lo masculino y lo femenino. Acercarse a este escenario con los lentes con que se miraría un escenario ajeno al mismo no es útil en términos del análisis.

Los estereotipos de género en las narrativas de la guerra han promovido un “análisis desde la diferencia –‘todo lo que no es masculino debe ser femenino’– que no permite discernir dinámicas complejas en contextos que fomentan similitudes entre feminidades y masculinidades” (Dietrich, 2014:85). Es decir, examinar lo femenino y lo masculino en el contexto de la guerra entendiendo ambas categorías como fijas y predeterminadas imposibilita ver los hilos más finos y las formas en que están tejidos. Pensar, por ejemplo, que en un contexto de guerra la reproducción biológica, la muerte, las relaciones afectivas, las emociones, puedan tener el mismo significado que en un contexto civil, es un claro ejemplo de lo que puede producir no mirar la guerra con los lentes de la guerra.

Otra consideración básica que no puede perderse de vista es que la desigualdad existente históricamente entre hombres y mujeres y los lugares que ocupan en la estructura social unas y otras no se pueden transformar automáticamente por decreto o con voluntades individuales o colectivas (de una organización o grupo humano). Lo que intento decir con esto es que si bien las organizaciones insurgentes pueden tener un discurso de igualdad y equidad de género, los hombres y mujeres que deberían llevar eso a la práctica son sujetos sociales, que han incorporado los valores y sentido común que conforman la cultura donde han crecido –campesina en gran proporción–, y por ende es imposible pensar que solo porque se mandate se pueda eliminar la discriminación hacia las mujeres, propia del patriarcado, en los espacios que se han llamado públicos y mucho menos en los que se consideran íntimos o domésticos.

Lo anterior no debe conducir de ninguna forma a la lógica de “como no está todo hecho no se ha hecho nada”, lo que significa reconocer que en un contexto guerrillero se modifican algunas de las condiciones que tradicionalmente han asegurado a las mujeres una posición inferior respecto a los hombres, y que ello logra modificar las dinámicas de las relaciones de género respecto al orden social amplio, aunque aún quede bastante por recorrer para alcanzar la equidad plena.

## BIBLIOGRAFÍA

ABU-LUGHOD, Lila. La interpretación de la (s) cultura (s) después de la televisión. *Etnografías contemporáneas*, 2005, vol. 1, no 1, p. 57-90.

AGIER, Michel. Humanity as an identity and its political effects (a note on camps and humanitarian government). *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development*, 2010, vol. 1, no 1, p. 29-45.

AGUIÑADA, Dinora. "Una mirada feminista sobre la participación de las mujeres en la guerra. El caso de El Salvador". En: RAYSOO Fenneke (comp.). *Hommes armés, femmes aguerries. Rapports de genre en situation de conflit armé*. Ginebra: DDC/Unesco/IUED, 2001. p. 105-116.

ALAPE, Arturo. La mujer en la guerrilla de las FARC. *Archivo Chile*, 2002.

ALEXANDER, Jeffrey C. *The meanings of social life: A cultural sociology*. Oxford University Press, 2003.

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.

ÁRAGÓN, Andrea. ¿Los hombres son guerreros y las mujeres pacíficas? La estereotipación de género en el ámbito de la seguridad internacional. *Revista Prisma Social*, 2011, no 7.

ARENDT, Hannah. *Sobre la revolución*. Buenos Aires: Alianza Universidad, 1992.

AVILA, Berta. La Mujer Guerrillera en Recuerdo y Texto: Nicaragua y El Salvador. *Pitzer Senior Theses*, Paper 7, 2008.

AZKUE, Irantzu Mendiá. "Estrategias de organizaciones de mujeres para una paz con justicia de género". En: Acsur; Hegoa. *Mujeres en situaciones de conflicto: Reflexiones en clave feminista*. 2008. Disponible en: [http://www.ceipaz.org/images/contenido/Mujeres%20en%20situaciones%20de%20conflicto\\_reflexiones%20en%20clave%20feminista.pdf](http://www.ceipaz.org/images/contenido/Mujeres%20en%20situaciones%20de%20conflicto_reflexiones%20en%20clave%20feminista.pdf). Consultado 04/06/2015.

BADINTER, Elisabeth. *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós, 1989.

BAILEY, Frederick George (ed.). *Gifts and poison: the politics of reputation*. Oxford: Blackwell, 1971.

BARLEY, Nigel (1983). *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*. Barcelona: Anagrama. 2004.

BARTH, Elise. *Peace as disappointment: the reintegration of female soldiers in post-conflict societies: a comparative study from Africa*. Oslo: International Peace Research Institute (PRIO), 2002.

BECKER, Howard. *Los extraños. Sociología de la desviación*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, 1971.

BELTRÁN, Miguel Ángel. Las motivaciones de la Guerra: una mirada a través de los relatos de vida de guerrilleros de las FARC presos en cárceles colombianas. *Cuadernos de Marte*, 2015, no 7, p. 131-160.

BELTRÁN, Miguel Ángel, et. al. *Los presos políticos y las mentiras oficiales*. Publicado 27/05/2012. Disponible en: <http://prensarural.org/spip/spip.php?article8265>. Consultado 20/09/2012.

BENNET, Olivia; et. al. *Armas para luchar, brazos para proteger. Las mujeres hablan de la guerra*. Barcelona: Icaria, 1995.

BIONDI, Karina. *Junto e misturado: imanência e transcendência no PCC*. São Carlos: UFSCar, 2009. p. 10-43.

BLAIR, Elsa; LONDOÑO, Luz María. Experiencia de guerra desde la voz de las mujeres. *Nómadas*, 2003, no 19, p. 106-115.

BLAIR, Elsa; NIETO, Yoana. Las mujeres en la guerra: una historia por contar. *Revista Universidad de Antioquia*, 2004, vol. 277, p. 12-26.

BODEI, Remo. *Destinos personales: la era de la colonización de las conciencias*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2006.

BOTERO, Jorge Enrique. "La vida no es fácil, papi". *Tanja Nijmeijer, la holandesa de las Farc*. Bogotá: Ediciones B Colombia, 2011.

BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

BOURDIEU, Pierre. *La ilusión biográfica. Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama, 1977.

BOURDIEU, Pierre. *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 1997.

BRADOL, Jean-Hervé. "Introducción. Un orden mundial sanguinario y la acción humanitaria". En: WEISSMAN Fabrice (Ed.). *A la sombra de las guerras justas. El orden internacional y la acción humanitaria*. Barcelona: Icaria editorial, 2004. p. 17-34.

CAPOTE, Virginia. Del testimonio a la ficción en textos sobre mujeres de la guerra colombiana. *Les Ateliers du SAL*, 2012, vol. 1, no 2, p. 257-270.

CAPOTE, Virginia. *Mujeres en guerra. Un acercamiento a historias de vida de excombatientes colombianas*. Disponible en: [http://www.colombianistas.org/Portals/0/Congresos/Documentos/CongresoXVII/Capote\\_Diaz\\_Virginia.pdf](http://www.colombianistas.org/Portals/0/Congresos/Documentos/CongresoXVII/Capote_Diaz_Virginia.pdf). Consultado 14/10/2015.

CARNOVALE, Vera. Jugarse al Cristo: Mandatos, formas de sacralización y construcción identitaria en el PRT-ERP. *Entrepasados*, 2005, vol. 1, no 28, p. 11-26.

CARNOVALE, Vera. La guerra revolucionaria del PRT-ERP. *Sociohistórica*, 2010, no 27, p. 41-75.

CARNOVALE, Vera. *Los combatientes: historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2011.

- CARNOVALE, Vera. ¿Por un mundo mejor?. *Nueva Sociedad*, 2012, vol. 238, p. 88-101.
- CASTELLANOS, Juan Manuel. *Formas actuales de la movilización armada*. Manizales: Universidad de Caldas, 2011.
- CASTRILLÓN, Gloria Yaneth. ¿Víctimas O Victimarias? El Rol De Las Mujeres En Las FARC: Una Aproximación Desde La Teoría De Género. *Revista Opera*, núm. 16, enero-junio, 2015, p. 77-95.
- CASTRO, María Clemencia. *Del ideal y el goce: lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- CEPEDA, Iván. Genocidio político: el caso de la unión patriótica en Colombia. *Revista Cetil*, Año 1, No. 2, septiembre de 2006, p. 101-112.
- COCKBURN, Cynthia. *Gender, armed conflict and political violence*. Washington DC: The World Bank, 1999.
- COCKBURN, Cynthia. *Mujeres ante la guerra: desde donde estamos*. Barcelona: Icaria Editorial, 2009.
- COHN, Carol; ENLOE, Cynthia. A conversation with Cynthia Enloe: Feminists look at masculinity and the men who wage war. *Signs*, 2003, vol. 28, no 4, p. 1187-1107.
- COLLOVALD, Annie. Pour une sociologie des carrières morales des dévouements militants. En : COLLOVALD, Annie (dir.). *L'humanitaire ou le management des dévouements. Enquête sur un militantisme de 'solidarité internationale' en faveur du Tiers-Monde*. PUR, Rennes, 2002, p. 177-229.
- CORTES, Erika. Feminización y subalternización del otro enemigo. Construcción y destrucción de corporalidades en contextos de conflicto armado y violencia extrema. *Colombia Internacional 80*, enero a abril de 2014, p. 83-133.
- DIETRICH, María Luisa. La "compañera política": mujeres militantes y espacios de "agencia" en insurgencias latinoamericanas. *Colombia Internacional 80*, enero a abril de 2014, p. 83-133.
- DONADIO, Marcela; TIBILETTI, María de la Paz. *Atlas Comparativo de la Defensa en América Latina y Caribe*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: RESDAL, 2014.
- EHRENREICH, Barbara; et al. Fukuyama's Follies: So What If Women Ruled the World?. *Foreign Affairs*, 1999, vol. 78, no 1, p. 118.
- EL-BUSHRA, Judy; SAHL, Ibrahim MG. *Cycles of violence: Gender relations and armed conflict*. Nairobi, Kenya: Acord, 2005.
- EL-BUSHRA, Judy. Transforming conflict: some thoughts on a gendered understanding of conflict processes. *States of conflict: Gender, violence and resistance*, 2000, p. 66-86.
- EL JACK, Amani; ASTURIAS, Laura E. *Género y conflictos armados: Informe general*. Institute of Development Studies, BRIDGE, 2003.
- ELIAS, Norbert. *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*. Barcelona: Península, 1990, p. 63-65.



- ELIAS, Norbert. *Los alemanes*. Madrid: editorial Instituto Mora, 1994.
- ENLOE, Cynthia. *The morning after: Sexual politics at the end of the Cold War*. Univ of California Press, 1993.
- ENLOE, Cynthia. Beyond'Rambo': Women and the Varieties of Militarized Masculinity. *Women and the military system*, 1988, p. 71-93.
- FALQUET, Jules. División sexual del trabajo militante: reflexiones en base a la participación de las mujeres en el proceso revolucionario en El Salvador (1981-1992). FEMENÍAS, María Luisa (comp.) *Perfiles del feminismo Iberoamericano*, 2007, vol. 3.
- FASSIN, Didier. "Introduction. Humanitarian government". En: *Humanitarian reason. A moral history of the present*, University of California Press, 2012. p. 1-17.
- FERRO, Norma. *El instinto maternal o la necesidad de un mito*. España: Siglo XXI Editores, 1991.
- FILLIEULE, Olivier. Propuestas para un análisis procesual del compromiso individual. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 2015, vol. 9, no 2.
- FREDERIC, Sabina; CALANDRÓN, Sabrina. Gender Policies and Armed Forces in Latin America's Southern Cone. *Res Militaris*, ERGOMAS issue n°1, *Women in the Military*, Part One, September 2015.
- FREDERIC, Sabina. *Los usos de la fuerza pública: debates sobre militares y policías en las ciencias sociales de la democracia*. Argentina: Biblioteca Nacional, 2008.
- GAXIE, Daniel. Rétributions du militantisme et paradoxes de l'action collective. *Swiss political science review*, 2005, vol. 11, no 1, p. 157-188.
- GEERTZ, Clifford (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, 2003. p. 19-40.
- GOFFMAN, Erving. *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu, 1970.
- GOLDSTEIN, Joshua S. La correspondencia entre género y guerra. *Debate Feminista*, 2002, vol. 25, p. 115-130.
- GOMÁRIZ, Enrique; GARCÍA, Ana Isabel. *Género y seguridad democrática*. Fundación Género y Sociedad, 2003.
- GRABE, Vera. *Razones de vida*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 2000.
- GUBER, Rosana. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2001.
- GUERRERO, Clara Inés. *Insurrectas. Memorias de mujeres insurgentes* (sin fecha). Disponible en: <http://docplayer.es/11293901-Insurrectas-memorias-de-mujeres-insurgentes.html>. Consultado 05/03/2015.
- Gutmacher Institute. *Embarazo no deseado y aborto inducido en Colombia. Causas y consecuencias*. Nueva York, 2011. Disponible en:

<http://www.gutmacher.org/pubs/Embarazo-no-deseado-Colombia.pdf> 2011. Consultado 11/09/2015.

HARNECKER, Marta. Retos de la mujer dirigente, entrevista a la comandante Rebeca. *La Habana: Mepla, Colección Letra Viva (cuadernos de trabajo)*, 1994.

HOBBSAWM, Erick. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica. 1991.

IBARRA, María Eugenia. Guerrilleras y activistas por la paz en Colombia: incursión política y rupturas identitarias. *Pensamiento psicológico*, 2008, no 11, p. 65-84.

IBARRA, María Eugenia Ibarra. *Mujeres e insurrección en Colombia: reconfiguración de la identidad femenina en la guerrilla*. Bogotá: Universidad Javeriana, 2009.

IBARRA, María Eugenia. *Trasformaciones identitarias de las mujeres como resultado de su participación en política en las guerrillas y en las acciones colectivas por la paz en Colombia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007.

JIMÉNEZ, Carolina. Las mujeres y la guerrilla: ¿ un espacio para las políticas de género?. *Araucaria*, 2014, vol. 16, no 32.

JOE. *The Joint Operating Enviroment*. 2008. Disponible en: <http://fas.org/man/eprint/joe2008.pdf>. Consultado 15/01/2016.

KOHAN, Néstor. *Género, clase y lucha armada por el socialismo. Entrevista a la comandante Rebeca (Lorena Peña) de la dirección del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador*. Publicado 14/10/2005. Disponible en: <https://www.rebellion.org/noticia.php?id=21301>. Consultado 0/08/2013.

LARA, Patricia. *Las mujeres en la guerra*. Bogotá: Planeta, 2000.

LE BRETON, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002. p. 7-12.

LELIÉVRE, Christiane; et al. *Haciendo memoria y dejando rastros: encuentros con mujeres excombatientes del Nororiente de Colombia*. Fundación Mujer y Futuro, 2004.

LONDOÑO, Luz María. *De sexo, amor y guerra: Experiencias de mujeres y niñas excombatientes*. Medellín, 21 diciembre 2012. Disponible en: <http://nel-medellin.org/londono-f-luz-maria-de-sexo-amor-y-guerra-experiencias-de-mujeres-y-ninas-excombatientes/>. Consultado 14/07/2014.

LONDOÑO, Luz María. La corporalidad de las guerreras: una mirada sobre las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje. *Otras voces. Revista de estudios sociales*, No. 21, agosto de 2005, p. 67-74.

LONDOÑO, Luz María; NIETO, Yoana. Encuentros con mujeres excombatientes: en busca de otros lenguajes para contar la guerra. *Revista Universidad de Antioquia*, No. 0280, abril-junio 2005.

LONDOÑO, Luz María; NIETO, Yoana. *Mujeres no contadas: procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia, 1990-2003*. La Carreta Editores, 2006.

LÓPEZ Y RIVAS, Gilberto. *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos. Manuales, mentalidades y uso de la antropología*. México: Ocean Sur, 2013.

MANRIQUE, Diana. *La ternura armada: algunas aproximaciones al papel de las mujeres al interior del Ejército de Liberación Nacional en el contexto colombiano*. Universidad de Chile, 2009.

MANZANO, Virginia. Formación de dirigentes, jerarquía y disciplina en organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires: un enfoque antropológico de los movimientos sociales. *Avá*, 2006, no 9, p. 77-92.

MANZANO, Virginia; RAMOS, Ana. Procesos de movilización y de demandas colectivas: estudios y modos de abordar lo político en la vida social. *Identidades*, 2015, p. 1 – 25.

MAUSS, Marcel. "Técnicas y movimientos corporales". En: MAUSS, Marcel; LÉVI-STRAUSS, Claude. *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos, 1971. p. 335-356

MCBRIDE, Keally; WIBBEN, Annick TR. The gendering of counterinsurgency in Afghanistan. *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development*, 2012, vol. 3, no 2, p. 199-215.

MEDINA, Medófilo. *La operación "Sodoma", o el golpe al "corazón de la maldad"*. Publicado 04/10/2010. Disponible en: <http://www.razonpublica.com/index.php/conflicto-drogas-y-paz-temas-30/1434-la-operacion-sodoma-o-el-golpe-al-corazon-de-la-maldad.html>. Consultado 07/01/2015.

MOSER, Caroline; CLARK, Fiona. *Victims, perpetrators or actors?: Gender, armed conflict and political violence*. Palgrave Macmillan, 2001.

NASH, Mary; TAVERA, Susanna. *Las mujeres y las guerras: el papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*. Barcelona: Icaria Editorial, 2003.

NORDSTROM, Carolyn; ROBBEN, Antonius C.G.M (comp). *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*. Berkeley: University of California Press, 1995.

PERISTIANY, J.G (Ed.). *Honour and shame. The Values of Mediterranean Society*. Chicago: The University of Chicago Press, 1966.

PITT-RIVERS, Julian. *Antropología del honor o política de los sexos. Ensayos de antropología mediterránea*. Barcelona: Editorial Crítica. 1979.

Programa Somos Defensores. *Los Nadies. Informe enero-junio 2015 sistema de información sobre agresiones contra defensores y defensoras de DD.HH en Colombia*. Disponible en: <http://somosdefensores.org/attachments/article/134/los-nadie-informe-semestral-siaddhh2015.pdf>. Consultado 25/09/2015.

PUDAL, Bernard. Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia. *Revista de Sociología*, 2011, no 25.

RAYAS VELASCO, Lucía. *Armadas. Un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*. México, DF, El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 2009.

- ROBLES, Azalea. *Colombia y sus miles de presos políticos silenciados*. Colombia, 2012. Disponible en: [azalearobles.blogspot.com](http://azalearobles.blogspot.com). Consultado 20/09/2012.
- RODRÍGUEZ, Alba Nubia. *Acción colectiva, violencia política y género: el análisis de las organizaciones insurgentes político-militares en Colombia: el Ejército de Liberación Nacional (ELN) actor de referencia*. Madrid: Universidad Complutense, 2009.
- RODRÍGUEZ, Alba Nubia. Entre el compromiso y la huida. Mujeres militantes en los grupos insurgentes colombianos. *Amnis. Revue de civilisation contemporaine Europes/Amériques*, 2008, no 8.
- RODRÍGUEZ, Alba; et al. *Mujeres y conflicto armado: Representaciones, prácticas sociales y propuestas para la negociación*. Cali: Universidad del Valle, 2001.
- ROJAS DE FERRO, María Cristina. Las "almas bellas" y los "guerreros justos". *En otras palabras... "Mujeres, guerra y paz"*, 1998, no 4, p. 38-48.
- SALAZAR, Alonso. *Mujeres de fuego*. Medellín: Corporación Región, 1994.
- SÁNCHEZ-BLAKE, Elvira. Memoria de mujeres en el conflicto colombiano: Reportajes, testimonio y nuevas semantizaciones. *Tercer Milenio. Revista de comunicaciones, periodismo y ciencias sociales*, vol. 23.
- SÁNCHEZ-BLAKE, Elvira; et al. De actores armadas a sujetos de paz: mujeres y reconciliación en el conflicto colombiano. *Revista La Manzana de la Discordia*, 2012, vol. 7, no 2, p. 7-14.
- SÁNCHEZ-BLAKE, Elvira. *Patria se escribe con sangre*. España: Anthropos Editorial, 2000.
- SAWICKI, Frédéric; SIMÉANT, Johanna. Inventário da sociologia do engajamento militante. Nota crítica sobre algumas tendências recentes dos trabalhos franceses. *Sociologias*, 2011, vol. 13, no 28, p. 200-255.
- SCOTT, Joan W. El género: una categoría útil para el análisis histórico. *Historical review*, 91, 1986, p. 1053-1075.
- SCOTT, Joan W. *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- SCOTT, Joan W. *Las mujeres y los derechos del hombre. Feminismo y sufragio en Francia, 1789-1944*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012.
- SEGATO, Rita Laura. Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres. *Sociedade e Estado*, 2014, vol. 29, no 2, p. 341-371.
- STOCKING, George W. *After Tylor: british social anthropology, 1888-1951*. Madison: University of Wisconsin Press, 1995.
- SUCHODOLSKI, Bogdan; BORRÀS, María Rosa. *Teoría marxista de la educación*. México: Grijalbo, 1965.
- THEIDON, Kimberly. Género en transición: sentido común, mujeres y guerra. *Cuadernos de antropología social*, 2006, no 24, p. 69-92.

TRUÑO, María. No solo víctimas: mujeres en el lugar social de víctima y relaciones de género. *Otro Derecho*, 2007, vol. 36, p. 129-147.

TURNER, Victor (1967). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. España: Siglo XXI Editores, 1997.

VAN GENNEP, Arnold. *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza Editorial. 2008.

VÁSQUEZ, María Eugenia. *Escrito para no morir: bitácora de una militancia*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000.

VECCHIOLI, Virginia. Elias y el Holocausto. Sobre los desafíos de la producción de un conocimiento sociológicamente distanciado de las víctimas y los victimarios en la Argentina. *Revista del Museo de Antropología*, 2015, vol. 8, no 2, p. 193-200.

VECCHIOLI, Virginia. Expertise jurídica y capital militante: reconversiones de recursos escolares, morales y políticos entre los abogados de derechos humanos en la Argentina. *Pro-Posições*, Campinas, v. 20, n. 2 (59), maio/ago. 2009, p. 41-57

VECCHIOLI, Virginia. Las Víctimas del Terrorismo de Estado y la gestión del pasado reciente en la Argentina. *Papeles del CEIC*, International Journal on Collective Identity Research, 2013, no 1, p. 1-30.

VECCHIOLI, Virginia. "Políticas de la Memoria y Formas de Clasificación Social. ¿Quiénes son las 'Víctimas del Terrorismo de Estado' en la Argentina?". En: GROPPPO, Bruno y FLIER Patricia (comps.), *La imposibilidad del olvido*. La Plata: Ediciones Al Margen, 2001. p. 83-102.

VECCHIOLI, Virginia. Profesionales del derecho, activismo jurídico y creación de nuevos derechos. Hacia una mirada comprensiva del derecho desde las ciencias sociales. *Política*. *Revista de Ciencia Política*, 2011, vol. 49, no 1, p. 5-18.

VECCHIOLI, Virginia. Reseña del libro de Eric Agrikoliansky\_ *La Ligue Française des Droits de L'Homme et du Citoyen depuis 1945*. *Sociologie d'un engagement civique*. Paris. L'Harmattan. 2002. 390 páginas.

VEGA, Renán. *El caso de Miguel Ángel Beltrán, terrorismo de Estado en tres actos*. Publicado 12/08/2015. Disponible en: <http://justiciaypazcolombia.com/El-caso-de-Miguel-Angel-Beltran>. Consultado 20/11/2015.

VEGA, Renán. "La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia. Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado". En: Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Febrero de 2015. p. 697-761.

VELÁSQUEZ, Magdala. Anotaciones para una postura feminista en torno a las mujeres, la guerra y la paz. *Revista Nova & Vetera*. Instituto de derechos humanos de la ESAP, 2000, p. 87-108.

VELÁSQUEZ, Magdala. Reflexiones feministas en torno a la guerra, la paz y las mujeres, desde una perspectiva de género". En: RAYSOO Fenneke (comp.). *Hommes armés, femmes aguerries. Rapports de genre en situation de conflit armé*. Ginebra: DDC/Unesco/IUED, 2001. p. 75-101.

VERGEL, Carolina. Entre lutte armée et féminisme: quelques reflexions à propos des femmes combattantes en Colombie. *Revista Derecho del Estado*, 2012, no 29, p. 233-263.

VITERNA Jocelyn. *Mujeres en la guerra: quiénes ganan, quiénes pierden*. Publicado 24/02/2014. Disponible en: <http://www.elfaro.net/es/201402/academico/14850/Mujeres-en-la-guerra-Qui%C3%A9nes-ganan-qui%C3%A9nes-pierden.htm>. Consultado 26/09/2014.

WILKIS, Ariel. El desinterés como regulación social: a propósito de las prácticas de “militantes”, “voluntarias” y “manzarenas.” *Estudios de Antropología Social*, CAS/IDES, Volumen 1, Nro. 2, 2008.

ZENOBI, Diego. O antropólogo como “espião”: das acusações públicas à construção das perspectivas nativas. *Mana*, Brasil, Museo Nacional de la UFRJ, Vol. 16(2), 2010, p. 471-499.

### Fuentes web

ACR. “Hoja de datos”. Publicado septiembre 2015. Disponible en: <http://www.reintegracion.gov.co/es/la-reintegracion/Cifras/Hoja%20de%20Datos%202015.pdf>. Consultado 02/01/2016.

Canal RCN. *El Estilista: El drama por sobrevivir dentro y fuera del secuestro*. Publicado 11/06/2014. Disponible en: <http://rumbabogota.com/noticias/2014/06/11/el-estilista-rcn/>. Consultado 15/07/2015.

Cannes. *Alias María (alias María)*. Disponible en: <http://www.festival-cannes.com/es/archives/ficheFilm/id/434ee0ff-f4e8-4b40-bf8f-ef2bef4924f5/year/2015.html>. Consultado 13/01/2016.

Caracol Radio. *Gobierno suspendió campañas de desmovilización*. Publicado 09/11/2015. Disponible en: [http://caracol.com.co/radio/2015/11/09/nacional/1447033865\\_125915.html](http://caracol.com.co/radio/2015/11/09/nacional/1447033865_125915.html). Consultado 07/01/2016.

Clarín. *Colombia: arranca el diálogo de paz y una guerrillera es protagonista*. Publicado 18/11/2012. Disponible en: [http://www.clarin.com/mundo/Colombia-arranca-dialogo-guerrillera-protagonista\\_0\\_813518688.html](http://www.clarin.com/mundo/Colombia-arranca-dialogo-guerrillera-protagonista_0_813518688.html). Consultado 30/11/2012.

DANE (a). Boletín técnico “Pobreza monetaria. Resultados año móvil julio 2014-junio 2015”. Septiembre 17 de 2015. Disponible en: [http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones\\_vida/pobreza/bol\\_pobreza\\_m\\_on\\_jul14\\_jun15.pdf](http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones_vida/pobreza/bol_pobreza_m_on_jul14_jun15.pdf). Consultado 27 de septiembre de 2015.

DANE (b), Oficina de información diplomática. “Ficha país: Colombia”. Publicado abril 2015. Disponible en: [http://www.exteriores.gob.es/Documents/FichasPais/colombia\\_FICHA%20PAIS.pdf](http://www.exteriores.gob.es/Documents/FichasPais/colombia_FICHA%20PAIS.pdf). Consultado 15/08/15.

El Colombiano. *Campañas de desmovilización apuntan al Eln*. Publicado 09/12/2015. Disponible en: <http://www.elcolombiano.com/campanas-de-desmovilizacion-apuntan-al-eln-DC3253027>. Consultado 07/01/2016.

El Espectador. *Luz M. Bustos, primera mujer general en Colombia*. Publicado 28/04/2009. Disponible en: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo138310-luz-m-bustos-primera-mujer-general-colombia>. Consultado 30/11/2012.

El Espectador. *Proponen servicio militar obligatorio para las mujeres*. Publicado 14/11/2012. Disponible en: <http://www.elespectador.com/noticias/politica/proponen-servicio-militar-obligatorio-mujeres-articulo-386864>. Consultado 30/11/2012.

El Espectador. *Farc lanza web sobre las vivencias de las mujeres guerrilleras*. Publicado 12/10/2013. Disponible en: <http://www.elespectador.com/noticias/paz/farc-lanza-web-sobre-vivencias-de-mujeres-guerrilleras-articulo-452079>. Consultado 20/03/2014.

El Espectador. *Director colombiano disecciona en 'Alias María' la guerrilla colombiana*. Publicado 19/05/2015. Disponible en: <http://www.elespectador.com/entretenimiento/agenda/cine/director-colombiano-disecciona-alias-maria-guerrilla-co-articulo-561260>. Consultado 13/01/2016.

El Espectador. *Farc califica como "montaje" caso de 'El Enfermero' que realizó 150 abortos*. Publicado 27/12/2015. Disponible en: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/farc-califica-montaje-caso-de-el-enfermero-realizo-150-articulo-607822>. Consultado 23/01/16.

El Tiempo. *Seré una general estricta en mis decisiones y en mi trabajo*. Publicado 03/11/2008. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3169582>. Consultado 30/11/2012.

El País. *Tanja, Nijmeijer este es tu reto*. Publicado 19/10/2012. Disponible en: <http://www.elpais.com.co/elpais/opinion/columna/angela-cuevas-dolmetsch/tanja-nijmeijer-este-tu-reto>. Consultado 30/11/2012.

El País. *Razones para no perderse la película Alias María*. Publicado 12/11/2015. Disponible en: <http://www.elpais.com.co/elpais/entretenimiento/noticias/razones-para-perderse-pelicula-alias-maria>. Consultado 13/01/2016.

El Tiempo. *Lenys Lozano Castrillón, la primera mujer piloto de la aviación naval*. Publicado 15/07/2012. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12031304>. Consultado 30/11/2012.

El Tiempo. *La verdadera Tanja*. Publicado 18/11/2012. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12386190>. Consultado 30/11/2012.

Eln-voces. *Ley Rosa Elvira Cely: más allá del feminicidio*. Publicado 08/06/2015. Disponible en: <http://www.eln-voces.com/index.php/voces-del-eln/militancia/278-ley-rosa-elvira-cely-mas-alla-del-feminicidio>. Consultado 10/12/2015.

Eln-voces. *El rostro de las mujeres en el conflicto*. Publicado 23/11/2015. Disponible en: <http://www.eln-voces.com/index.php/voces-del-eln/comando-central/editorial/466-el-rostro-de-las-mujeres-en-el-conflicto>. Consultado 10/12/2015.

Gara. *Lo más duro es saber que tu hijo se expone a la persecución del Estado*. Publicado 04/03/2013. Disponible en: <http://gara.naiz.info/paperezkoa/20130304/390775/es/Lo-mas-duro-es-saber-que-hijo-expone-persecucion-Estado>. Consultado 14/11/2015.

Gara. "Exigimos al Estado la devolución de los hijos de los guerrilleros". Publicado 13/08/2015. Disponible en: [http://www.naiz.eus/eu/hemeroteca/gara/editions/2015-08-13/hemeroteca\\_articulos/exigimos-al-estado-la-devolucion-de-los-hijos-de-los-guerrilleros](http://www.naiz.eus/eu/hemeroteca/gara/editions/2015-08-13/hemeroteca_articulos/exigimos-al-estado-la-devolucion-de-los-hijos-de-los-guerrilleros). Consultado 15/01/2016.

JEJIN- Ejército Nacional de Colombia. *Campaña Dejando Huellas*. Publicado 11/07/2015. Disponible en: <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=380304>. Consultado 03/08/2015.

La Haine. *Feminismo marxista y revolucionario: "Nosotras las guerrilleras ¿Trofeos de guerra?"*. Publicado 16/01/2014. Disponible en: <http://www.lahaine.org/mundo.php/feminismo-marxista-y-revolucionario-noso>. Consultado 13/01/2016.

Mujer Fariana. *Presentación de la página dedicada a las mujeres colombianas*. Publicado 11/10/2013. Disponible en: <http://mujerfariana.org/index.php/inicio-portal/presentacion>. Consultado 18/10/2015.

Mujer Fariana. *Una mujer en la guerrilla, es una combatiente más*. Publicado 01/11/2013. Disponible en: <http://mujerfariana.org/index.php/vision-de-mujer/89-una-mujer-en-la-guerrilla-es-una-combatiente-mas>. Consultado 10/11/2015.

Mujer Fariana. *Construyamos futuro*. Publicado 10/03/2014. Disponible en: <http://mujerfariana.org/vision-de-mujer/222-construyamos-futuro>. Consultado 12/04/2015

Mujer Fariana. *Farianas en el 50 aniversario*. Publicado 24/05/2014. Disponible en: <http://mujerfariana.org/index.php/vision-de-mujer/115-farianas-en-el-50-aniversario>. Consultado 13/05/2015.

Mujer Fariana. *Por una Nueva Colombia sin discriminación de género*. Publicado 07/09/2014. Disponible en: <http://mujerfariana.org/index.php/vision-de-mujer/165-por-una-nueva-colombia-sin-discriminacion-de-genero>. Consultado 14/05/2015.

Mujer Fariana. *Apoyo al Día de la Despenalización del Aborto en América Latina y el Caribe*. Publicado 28/09/2014. Disponible en: <http://mujerfariana.org/index.php/vision-de-mujer/176-apoyo-al-dia-de-la-despenalizacion-del-aborto-en-america-latina-y-el-caribe>. Consultado 12/04/2015.

Mujer Fariana. *Las farianas sí sufrimos al leer tantas ridiculeces...* Publicado 31/01/2015. Disponible en: <http://mujerfariana.org/vision-de-mujer/250-las-farianas-si-sufrimos-al-leer-tantas-ridiculeces>. Consultado 06/03/2015.

Mujer Fariana. *Paz con justicia social desde las mujeres*. Publicado 06/03/2015. Disponible en: <http://mujerfariana.org/index.php/vision-de-mujer/280-paz-con-justicia-social-desde-las-mujeres>. Consultado 18/10/2015.

Mujer Fariana. *51 años de aporte de las mujeres a la construcción del ejército del pueblo*. Publicado 27/05/2015. Disponible en: <http://mujerfariana.org/index.php/vision-de-mujer/344-51-anos-de-aporte-de-las-mujeres-a-la-construccion-del-ejercito-del-pueblo>. Consultado 30/08/2015.

Mujer Fariana. *Discriminación de género: ¿Un problema de las FARC-EP?*. Publicado 07/07/2015. Disponible en: <http://www.mujerfariana.org/vision-de-mujer/mirada>



[futuro/370-discriminacion-de-genero-un-problema-de-las-farc-ep.](#) Consultado 30/10/2015.

Mujer Fariana. *Amores guerrilleros*. Publicado 23/07/2015. Disponible en: <http://www.mujerfariana.org/vision-de-mujer/380-amores-guerrilleros>. Consultado 10/10/2015.

Mujer Fariana. *Las mujeres y las FARC-EP, una constante histórica de valoración y respeto*. Publicado 28/08/2015. Disponible en: <http://mujerfariana.org/vision-de-mujer/400-las-mujeres-y-las-farc-ep-una-constante-historica-de-valoracion-y-respeto>. Consultado 30/10/2015.

Mujer Fariana. *Ser madre y guerrillera: un camino lleno de dolor*. Publicado 13/09/2015. Disponible en: <http://www.mujerfariana.org/vision-de-mujer/411-ser-madre-y-guerrillera-un-camino-lleno-de-dolor>. Consultado 12/12/2015.

Mujer Fariana. *Respuesta al comentario de Efraín Mayozka, sobre el aborto*. Publicado 04/12/2015. Disponible en: <http://mujerfariana.org/vision-de-mujer/215-respuesta-al-comentario-de-efrain-mayozka-sobre-el-aborto>. Consultado 10/01/2016.

Mujer Fariana. *“Alias María”*. Publicado 10/12/2015. Disponible en: <http://www.mujerfariana.org/vision-de-mujer/453-alias-maria>. Consultado 13/01/2016. Página 12. *Tanja*. Publicado 21/10/2012. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-206024-2012-10-21.html>. Consultado 30/11/2012.

Prensa Rural, *Carta a Medófilo Medina de Timoleón Jiménez*. Publicado 13/01/2012. Disponible en: <http://prensarural.org/spip/spip.php?article7176>. Consultado 22/03/2015

Semana. *El enigma de los Cuevas*. Publicado 17/09/2001. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-enigma-cuevas/47320-3>. Consultado 11/01/2015.

Semana. *¿Quién es Salud Hernández?*. Publicado 07/12/2002. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/quien-salud-hernandez/55477-3>. Consultado 11/01/2015.

Semanario Voz. *Alexandra Nariño: “La violencia sexual no es táctica de guerra”*. Publicado 27/11/2015. Disponible en: <http://www.semanariovoz.com/2015/11/27/alexandra-narino-la-violencia-sexual-no-es-tactica-de-guerra/#more-25478>. Consultado 11/12/2015.

Semanario Voz. *Conocer un campamento guerrillero*. Publicado 24/12/2015. Disponible en: <http://www.semanariovoz.com/2015/12/24/conocer-un-campamento-guerrillero/>. Consultado 13/01/2016.

Soho. *La paz según Soho*. Edición 187, noviembre 2015. Disponible en: <http://www.soho.com.co/edicion/187>. Consultado 11/01/2015.

## **Fuentes de imágenes utilizadas en el capítulo 2**

Imagen 1. Mujer en las Fuerzas Armadas. Tomada de: DONADIO, Marcela; TIBILETTI, María de la Paz. *Atlas Comparativo de la Defensa en América Latina y Caribe*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: RESDAL, 2014, p. 172

Imagen 2. Serie de televisión Comando Élite. Tomada de: [comandoelite.canalrcn.com](http://comandoelite.canalrcn.com). Consultado 31/07/2015.

Imagen 3. Pantallazo de un video de Youtube que muestra el lugar donde se efectuó la Operación Sodoma. Tomada de: <https://i.ytimg.com/vi/D-cTNlst2ic/hqdefault.jpg>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 4. Pantallazo del noticiero RCN que muestra la imagen del monitor de un avión de la Fuerza Aérea Colombiana señalando el objetivo donde se descargarán toneladas de explosivos, en el marco de la Operación Sodoma. Tomada de: <https://i.ytimg.com/vi/hYued68livI/hqdefault.jpg>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 5. Telenovela El Estilista. Tomada de: [http://st-listas.20minutos.es/images/2014-07/384163/4480660\\_640px.jpg?1404931849](http://st-listas.20minutos.es/images/2014-07/384163/4480660_640px.jpg?1404931849). Consultado 31/07/2015.

Imagen 6. Mujeres personajes de El Estilista. Arriba: Tatiana Gómez, Andrea Cadavid y Martha Perrone (esposas de empresarios retenidos por la guerrilla). Abajo: Alias Terra, Alias Lourdes y Alias Liliana (guerrilleras). Tomada de: <http://entretenimiento.terra.com.co/famosos/quienes-son-los-personajes-de-el-estilista-de-rcn.94520393b4aa6410VgnVCM3000009af154d0RCRD.html>. Consultado 07/01/2016.

Imagen 7. Pasacalles de la Operación Navidad instalado en un lugar selvático con el mensaje “si la navidad pudo llegar hasta la selva usted también puede llegar hasta su casa. Desmovilícese. En navidad todo es posible”. Tomada de: <http://theinspirationroom.com/daily/2011/operation-christmas/>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 8. En el marco de la Operación Ríos de Luz, aparecen botes piraña con soldados depositando sobre el río bolas con mensajes y juguetes en su interior. Tomada de: <http://www.dandad.org/en/rivers-light/>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 9. Esta imagen de la Operación Belén muestra un letrero instalado en la selva con el mensaje escrito en letras fluorescentes “Guerrillero siga la luz. En navidad todo es posible. Desmovilícese. Línea gratuita 146 y 147”. Tomada de: <http://es.coloribus.com/archivo-de-publicidad-y-anuncios/al-aire-libre/ministerio-de-defensa-nacional-operation-bethlehem-18273255/>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 10. Imagen de la campaña Eres mi hijo. En Navidad te espero, que muestra varios soldados sosteniendo afiches con fotos de niños, niñas y jóvenes con el mensaje “antes de ser guerrillero/a eres mi hijo/a”. Tomada de: <http://www.codigo.pe/publicidad/lowe-spp3-vuelve-con-la-campana-para-desmovilizar-guerrilleros-de-las-farc/>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 11. Campaña Regalos de Navidad con los mensajes “Al desmolizarme me regalé una mamá/ un hijo/ un trabajo/ un grupo musical”. Tomada de: <http://dialogo-americas.com/rmisa/images/2014/12/08/camp.png>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 12. Volante de la campaña Desmovilícese, vuelva a jugar. Tomada de: [http://www.ejecutortolima.gov.co/modulos/subprogramas/archivos\\_evidencias/IMG\\_0046.JPG](http://www.ejecutortolima.gov.co/modulos/subprogramas/archivos_evidencias/IMG_0046.JPG). Consultado 31/07/2015

Imagen 13. Campaña Yo le guardo el puesto. Muestra un militar señalando un espacio que supuestamente está destinado a un desmovilizado/a, donde está pegado el mensaje “Guerrillero, Colombia le está guardando el puesto”. Tomada de: <http://noticiasrptv.com/wp-content/uploads/2014/10/24105012snapshot90.jpg>. Consultado 31/07/2015

Imagen 14. Volante promoviendo la desmovilización de las FARC-EP. Tomada de: [http://www.cuartadivision.mil.co/recursos\\_user/imagenes//editores/125235/DESMOVLIZACION\\_URIAS Rondón.jpg](http://www.cuartadivision.mil.co/recursos_user/imagenes//editores/125235/DESMOVLIZACION_URIAS Rondón.jpg). Consultado 31/07/2015.

Imagen 15. Afiche publicitario de la campaña Chupetes. Tomada de: <http://www.semana.com/vida-moderna/salud/bueno/galeria/en-imagenes-unos-nominados-premio-lapiz-acero-2011/270110-3>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 16. Imagen de video invitando a la desmovilización, donde se muestran en primer plano instrumentos para practicar un legrado. Tomada de: <https://www.youtube.com/watch?v=d5BkUWJzuGM>. Consultado 31/07/2015.

Imagen 17. Portada de la edición 187 “La paz según Soho” de la revista Soho. Tomada de: <http://www.soho.com.co/edicion/187>. Consultado 11/01/2015.